EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

CARMELO ANAYA

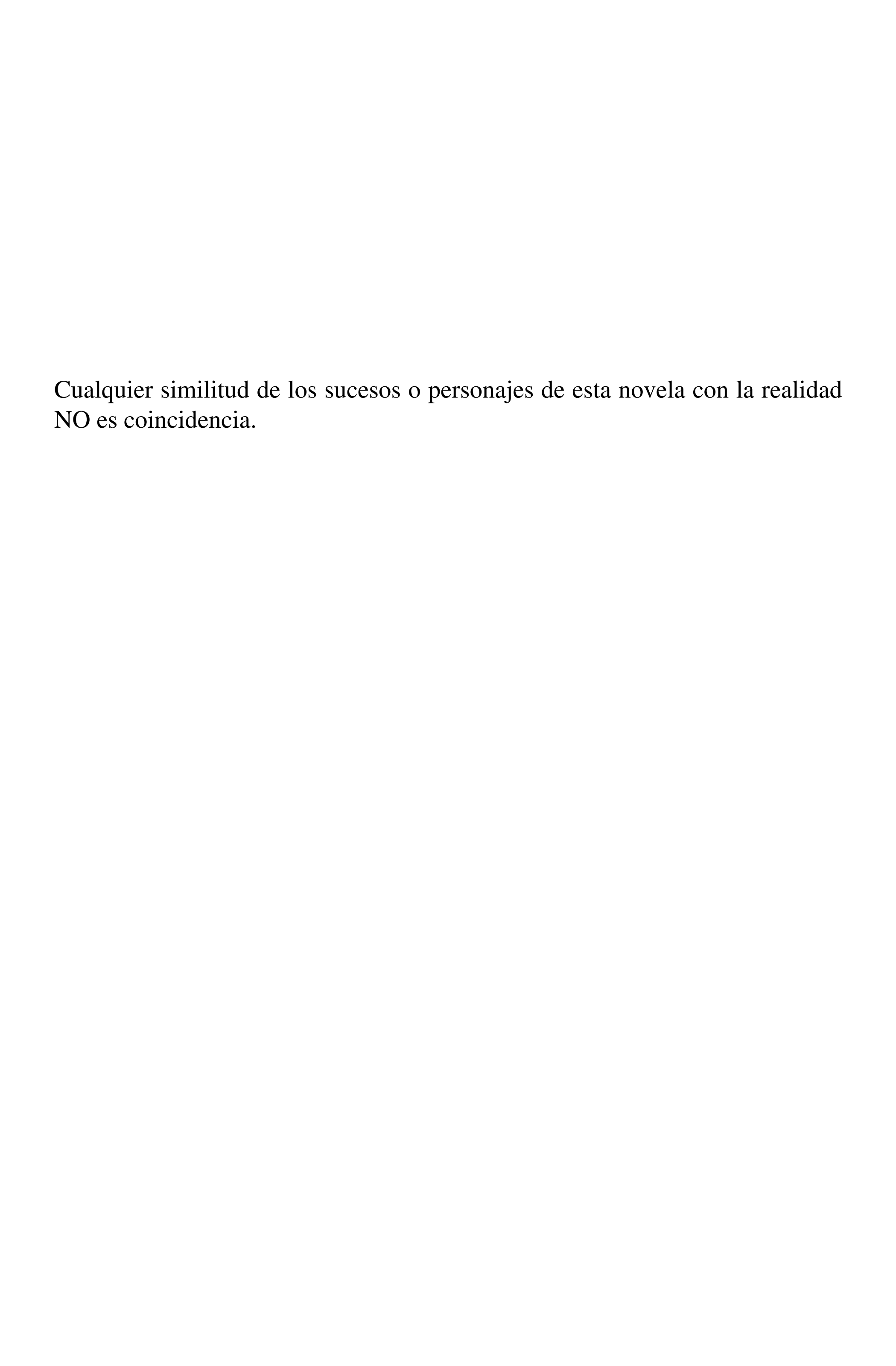


EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

CARMELO ANAYA

EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

ÍNDICE


Cualquier similitud de los sucesos o personajes de esta novela con la realidad NO es coincidencia.

“*Desde el comienzo de este libro vengo hablando de identidades asesinas, expresión que no me parece excesiva por cuanto que la concepción que denuncio, la que reduce la identidad a la pertenencia a una sola cosa, instala a los hombres en una actitud parcial, sectaria, intolerante, dominadora, a veces suicida, y los transforma a menudo en gentes que matan o en partidarios de los que lo hacen*”.

Identidades Asesinas, de Amin MaalouF

“La verdad está en el fondo de un pozo; si usted mira en un pozo ve el sol y la luna; pero, si se tira, ya no están ni el sol ni la luna; está la verdad.”

El día de la lechuza, de Leonardo Sciascia

“*El hombre común no busca la verdad hasta*

no haber agotado todas las demás posibilidades.”

El conocimiento inútil, J F. Revel

JORNADA PRIMERA (domingo)

0:48 horas de la madrugada

La noche era tan oscura que temían que la luz del todoterreno fuera advertida en kilómetros a la redonda. Ahogaron unas palabras y circularon, a medida que se acercaban a su trágico destino, sólo con los pilotos de posición. Conocían bien el lugar. Cualquier otro se hubiera perdido en el laberinto de edificios de plástico.

La noche era tan fría que el sudor se helaba en el acto. Un sudor desagradable y tenso que eran incapaces de controlar. Los miembros se encogían dolorosamente, abrigados por las ropas militares y de montaña que vestían.

Alguno ya se había bajado el pasamontañas y su respiración se agitaba aún más, provocando en los otros un estrés innecesario. Le llamaron la atención. La casi plena oscuridad que reinaba dentro del automóvil les impedía verse las mandíbulas apretadas y los ojos brillantes de furia, de odio, de temor. Sólo el hombre de pelo canoso, cuyo apellido era precisamente Blanco, que aún no se había puesto el pasamontañas, aparentaba el aplomo y la calma que requería una acción tan transcendente como la que se disponían a llevar a cabo.

- No nos juzgarán los hombres. Nos juzgará la Historia –clamó el más joven de ellos, rememorando la arenga de don Pelayo.
- Sólo los hombres nobles de espíritu son capaces de luchar y sacrificarse a sangre y fuego por su país –recordó también, sentencioso, Blanco.
- Amén –musitaron los demás.
- Su espíritu nos acompaña – musitó otro, el más bajo y grueso, al que llamaban Lucas Martos, quien no podía evitar cierto temblor de las manos que portaban las armas.

Ante las dianas era el mejor tirador. Pero Blanco le había dicho que esta noche se vería si tenía cuajo. Ahora, fue tajante:

- Silencio. Hay que concentrarse en nuestro cometido. Si ahora tenéis que jadearos temblará vuestra

mano. Quiero una acción contundente, precisa. Si alguno falla, no volverá a contar para nosotros.

Tragaron saliva los demás y el silencio se hizo tan denso como la oscuridad. Sólo las tenues luces del salpicadero rebotaban en el rostro endurecido por una expresión de determinación del conductor, quien guardaba un aire marcial que faltaba a los otros dos, sentados en el asiento trasero.

- ¿Qué ruido es ése? –preguntó Lucas Martos.

Blanco se giró en el asiento. Lo miró sin decir nada, fijamente. A los ojos. Como había aprendido de don Pelayo.

- Las guías de hierro que hemos puesto para que no queden marcas de los neumáticos en los caminos –explicó el más joven.
- Ya estamos cerca –advirtió el conductor, sin reflejar la menor emoción en su rostro, como comprobó Blanco.

Se sentía tranquilo de llevar a Vila con él. Había sido un acierto admitirlo en el grupo, como había dicho don Pelayo. En cada uno de sus gestos, en su determinación, en su frialdad, se apreciaban su instrucción y su familiaridad con las armas. Blanco dudaba de los otros, pero no de Vila. Al menos, podría contar con un compañero de forma incondicional. Los otros estarían a prueba.

Vila detuvo el todoterreno a un kilómetro del objetivo, como habían convenido. Lo introdujo en un camino que penetraba en un trozo de tierra situado entre dos invernaderos. Nadie pasaría por allí a estas horas. Pero, por si acaso, quedaba oculto a las miradas, pues el camino hacía una curva en dicho lugar y los plásticos negros lo sumergían en la negrura abisal de su opacidad.

- Cerrad con cuidado –ordenó Blanco.

Todos empujaron las puertas del coche hasta atrancarlas.

- Comprobad las armas.

Lo hicieron al unísono. Ligeros clics metálicos estallaron sordos en la oscuridad. De lejos, de muy lejos, llegaron los ecos sordos de los ladridos de unos perros. Cuando todos hubieron comprobado sus armas, situados ante la puerta trasera del coche, rodearon a Blanco. Éste pasó revista.

- Pelao –llamó.

El más joven adelantó un paso. Elevó las manos, enguantadas, bajó su pasamontañas y mostró a Blanco una automática de 9 mm.

- Listo –dijo, dando un paso atrás.
- Lucas Martos- llamó Blanco.

El más grueso imitó los gestos de su compañero y compareció ante Blanco mostrando una escopeta de cañones recortados en una mano y un revólver en la otra.

Vila no esperó a que mencionase su nombre. Mostró una escopeta de caza de repetición, cargada con postas. Le había quitado el tope legal y podía escupir cinco demoledores cartuchos en un instante.

- ¿No llevas pistola?
- No querrás que use la de reglamento –se quejó.

Blanco comprendió que tenía razón. Pronto dispondrían de un arsenal. Aún así, podría haberle proporcionado un arma corta. No tenía importancia. Disponían de armas de sobra para la operación.

- Vamos a concluir la sexta jornada –dijo, admonitorio.
- Y al séptimo día descansó –apuntó Vila, con amarga sorna.

Los cuatro hombres echaron a andar en la oscuridad. A pesar de la negrura de la noche, sus pasos no vacilaban. Conocían demasiado bien el trayecto. Portaban una linterna que sólo a tramos encendían un instante, el mínimo imprescindible para comprobar que no había obstáculos inopinados en su camino.

Los cuatro hombres se confundieron con la noche. Eran pura negrura cuando atravesaban viejos caminos angostos situados entre parcelados invernaderos; cuando atravesaban plásticos que ululaban al viento lento de la noche, que resoplaban cuando sentían la embestida de los cuerpos.

- No encendáis la linterna bajo los plásticos –advirtió Blanco, que temía que los plásticos multiplicasen el efecto óptico de la luz.

Caminaban sin prisas, seguros pasos hacia el destino elegido de los soldados.

- No nos juzgarán hombres. Nos juzgara la Historia –musitaba Lucas Martos.

Nadie se molestaba en pedirle silencio. Los vientos perezosos de la noche se encargaban de silbar entre los plásticos y ahogaban cualquier exclamación. Podrían gritar hasta romperse la garganta o vaciar sus cargadores y nadie oiría nada.

Acabando de cruzar el último invernadero, salieron a un camino. Ya sólo los separaban de su destino unas decenas de metros. Blanco se detuvo.

- Tomad –dijo.

Protestaron los demás.

- ¿Qué es? – preguntó Vila.
- Bolsas de plástico. Por si alguno vomita –aclaró Blanco.
- ¿Qué te crees? – reprochó Vila.
- Hasta Chapote vomitó cuando lo de Miguel Ángel Blanco –repuso, firme.- No quiero que vayáis dejando vuestro ADN por ahí.

Recogieron las bolsas. Se bajaron los pasamontañas hasta cubrirse totalmente los rostros. Blanco desvió la mirada a ambos lados. Campos negros y quietos, como la muerte, a su derecha. A la izquierda, muy a lo lejos, la autovía. De cuando en cuando se veía la estela fugaz de algún automóvil.

Blanco recordó las veces que había estado allí cuando era mucho más joven. No era un lugar habitual de visita, pero sí había venido alguna vez, a comprar productos al dueño de la propiedad, que ahora había destinado a vivienda de sus trabajadores el viejo cortijo. Era una construcción de una planta, ancha y baja. Tenía dos puertas al frente, la que fue de la vivienda y la que era de la cuadra en su día. La zona destinada a cuadras había sido transformada en vivienda. Se veía esa parte de la fachada más nueva, sin las irregularidades de la piedra del otro lado, pues habían revestido las viejas cuadras de ladrillo para elevar las paredes hasta un techo nuevo. Una luz pálida, una mínima bombilla desnuda, alumbraba débilmente la puerta principal del cortijo. Ésta mantenía su aire antiguo, un postigo en el centro, a la altura de la cabeza, con una cruz formada por dos rejas cruzadas.

Sin decir palabra, Blanco avanzó por el campo llano que los separaba del viejo cortijo. Ni el menor vestigio de alerta en los de la casa. Todos dormidos. Esperaban encontrar, al menos, a siete de ellos. Será sonado. Uno por día desde que todo comenzó, pensó Blanco. Pero se guardó de decir nada. Ya estaba frente a la casa. Hizo un gesto a Vila y éste se separó del grupo y se apostó ante la puerta de las habitaciones construidas sobre las viejas cuadras. Hizo otro gesto a Lucas Martos y éste se acercó a la puerta, apuntó a la cerradura con la recortada. Blanco levantó la mano. Todos respiraron hondo. Blanco dejó caer la mano e, instantáneamente, se oyó un disparo, un estrépito,

y la puerta fue fulminada, abriéndose en su carne de madera un boquete del tamaño de una mano, giró sobre sus goznes y dejó paso a un interior oscuro. El Pelao entró gritando y encendió un interruptor. La luz se hizo en una habitación rectangular ocupada por una sencilla mesa alargada, flanqueada de sillas a ambos lados. Un mueble antiguo ocupaba el fondo y, a la izquierda, una chimenea dejaba ver restos de ceniza. Cerca de la chimenea, un pasillo. A la derecha, una puerta. Cerca del aparador, otro pasillo. Cada uno de los hombres tomó una dirección.

Se oyeron gritos en el interior. Una voz de mujer. Palabras ininteligibles. Apareció en un pasillo un hombre en pijama. Blanco disparó a la cara, apuntando al ojo izquierdo. El hombre, cuyo rostro era un espanto de sorpresa y terror, una expresión negra, cayó fulminado. Lucas Martos descargó la escopeta de cañones recortados. Un grito y el estrépito de algo que cae brutalmente impulsado, arrastrando sillas. Tres disparos de pistola. El Pelao está haciendo su trabajo, pensó Blanco. Fuera, un solo disparo de escopeta.

Después, silencio. Los hombres registraron la casa. No había nadie más. ¿Por qué Vila no había hecho más que un disparo? Éste se presentó en ese instante.

- No hay nadie más allí. Sólo había uno –gritó entre dientes, rabioso.
- Apagad la luz –ordenó Blanco.

Se hizo la oscuridad más profunda de nuevo. Blanco calculó que no habrían pasado más de cuarenta o cincuenta segundos. Perfecto. Sólo quedaba el amargo regusto de encontrarse con menos botín del esperado. Sabía que vivían en el cortijo al menos siete personas. Faltaban tres. Sólo habían matado a cuatro. Blanco fue examinando los cadáveres uno a uno.

- ¿Estáis bien? ¿Necesitáis las bolsas?

Todos negaron con la cabeza.

Blanco alumbró con la linterna al hombre que él había abatido. Sí, lo conocía de vista. No recordaba su nombre, pero lo había visto alguna vez junto al dueño del cortijo. Lucas Martos había acabado con su esposa, a la que también recordaba, junto a la entrada de su dormitorio. Por alguna razón, no se encontraban juntos el matrimonio. La mujer había caído fulminada y había arrastrado sillas en la caída, quedando el cuerpo encajado entre ellas. Blanco quitó las sillas, giró el cadáver y disparó en el ojo izquierdo de la mujer. Luego, en la habitación a la que había entrado el Pelao, encontraron al chico. Un niño de unos diez años, calculó Blanco. Dos disparos en el pecho y uno en el brazo. Blanco giró la cabeza del niño y disparó, tras vacilar unos segundos, en su ojo izquierdo. A la luz de la linterna, pudo ocultar las arcadas. También pudo aguantar la bilis que le subió hasta la garganta. Los niños… Él no era un

hombre sin entrañas. Pero era necesario.

- ¿Habéis oído los gritos que daban en su puto idioma? Parecían animales –comentó Lucas Martos.

Cuando salieron a la noche, el aire frío les heló el sudor, ahora multiplicado. Pero una extraña calma se había apoderado del grupo. Blanco se acercó al moro que había abatido Vila. Tenía el pecho destrozado por el cartucho de postas. Blanco giró el cadáver y disparó al ojo izquierdo.

- ¿Hay alguien que no entienda lo que significa un disparo en un ojo? –preguntó Blanco.

1:30 horas de la madrugada

Lo primero que sintió fue rabia. La misma rabia que había sentido toda la vida en su presencia, la misma que había sentido toda su vida en su ausencia. Rabia consecuencia de la vergüenza que le producía su hermano. Ese ser hecho a medias, apenas una lejana apariencia humana para un ser débil, enfermizo, ensimismado, torpe, que era objeto de sorna para todo el mundo.

Desde que él tenía uso de razón, su mera existencia le había avergonzado. Las bromas infinitas sufridas a lo largo de veinte años no dejaban lugar a dudas. No podían estar todos equivocados.

Resonaban en su mente los comentarios jocosos y humillantes de sus amigos. Los susurros sonrientes de la gente en los bares cuando los veían juntos hacía tiempo. Las pocas veces que él permitía que lo vieran con su hermano. Era un apestado, había que reconocerlo. Lo había sido toda su vida. Y ahora, al final, había encontrado la forma de joderlo por última vez, de una forma definitiva. Lo que tendría que aguantar…

Recogió el cuerpo del suelo. El hermano inerte ya no supondría nunca más un motivo de vergüenza para él. Su mente actuó rápido, entre jadeos. Se sentía enormemente excitado y su respiración se entrecortaba, como si hubiera corrido una maratón.

Habría de ser en el Mercedes, tan viejo y destartalado que levantaba comentarios irónicos hasta en los mecánicos, que lo humillaba aún más al llevar grabado su apellido, tan conocido en toda la comarca, en las puertas.

- Vete de aquí. Aléjate –oyó la voz del padre, poco antes de su muerte.

El viejo sabía lo que era preciso hacer y él no había hecho. Alejarse de la casa vieja, del maldito negocio, del hermano medio imbécil. Eran tan

diferentes. Ya el viejo lo decía. Como si no fuerais míos los dos. Me pregunto cuál de vosotros será el mío, se quejaba, echando la culpa del medio imbécil, sin decirlo, a la vieja ya ausente. La dentadura huida del viejo dejaba salivar demasiado los labios, su rostro era una calavera amarillenta sobre las sábanas inmaculadas la tarde antes de su muerte. Diciéndole, ordenándole, que se marchara, que se alejara de la maldita casa y del hermano, que no podría acarrearle otra suerte que la desgracia.

La desgracia que ahora veía retorcida en el suelo de hormigón sin pulir de la trastienda, entre utensilios de campo de toda clase, entre sacos de fitosanitarios y herramientas apiladas en el suelo, colgadas de clavos en las paredes, suspendidas de ganchos y poleas del techo, en las estanterías.

Hacía mucho frío en el pequeño almacén. El cuerpo, el cuello retorcido en una posición imposible, era el testigo de la desgracia que le anunció el viejo, como una bruja anuncia las tragedias.

Y él, ahora, tenía que esconder el cuerpo del hermano de las miradas que murmurarían, de las risas disimuladas, de los comentarios.

Comprobó una vez más, sin creérselo aún del todo, que no había pulso. Al girar el cuerpo, los ojos, medio velados por los párpados, lo miraron. Una helada corriente eléctrica recorrió su columna vertebral. La última mirada, entre fija, cristalina, como ida, lo traspasaba. Como si mirasen los ojos muertos algo inmaterial, más allá de su rostro helado de frío, de rabia, de humillación definitiva e insalvable.

Lo cargó sin miramientos. Como a un saco de los que acostumbraba a levantar hasta el hombro. Lo llevó hasta el maldito Mercedes que su hermano había dejado, como siempre, junto a la puerta metálica del almacén. Abrió la puerta del lado derecho y dejó caer el cuerpo sobre el asiento de vieja tela raída. Lo sujetó con el cinturón de seguridad y se dispuso a conducir el cadáver hacia algún lugar, lo suficientemente lejos para no tener que pensar en él nunca más. Al día siguiente recibiría la terrible noticia. Llamaría a su amigo, el de la funeraria, una noche de vela en el tanatorio y adiós, hermano, adiós. Hasta nunca.

Buscó una garrafa de gasolina y la dejó entre los asientos. Necesitaba algo más. Buscó una amoladora pequeña y la dejó entre las piernas del cadáver.

Dudó hacia dónde dirigirse y pronto se decidió por la carretera de la sierra. Era lo más lógico. ¿Dónde mejor simular un accidente? Lo súbito de los acontecimientos lo había desbordado. Decidió serenarse y echarle la sangre fría que todos le presumían. David Herraz no era un cualquiera. Era un tipo de carácter, tan distinto a su hermano, pensaban todos, que no parecían de la misma familia. Un cazador certero. Pronto, un auténtico soldado, le prometían.

Sintió envidia de los compañeros. ¿Qué estarían haciendo ellos en este

momento? Sintió su ausencia. Querría que supieran: sus actos, su determinación.

Condujo sin cruzarse con un solo vehículo por un camino asfaltado que lo dejaría en la carretera cercana a Turre. Cruzar el pueblo no fue problema. Ni un testigo. Y si alguien veía circulando el Mercedes, en la oscuridad no podría distinguir cuántos lo ocupaban. No había problema. Todo el mundo sabía que el hermano era un bicho raro. ¿A quién le extrañaría que en noches de insomnio cogiera el coche y fuera Dios sabe dónde a hacer quién sabe qué?

Pronto dejó la carretera que conducía hasta la autovía del Mediterráneo y se introdujo por la que se elevaba hasta Sierra Cabrera. Durante un buen rato no reparó siquiera en el cadáver que se movía al vaivén de las curvas más que para empujarlo, que no lo molestase al conducir. Pensaba cómo explicaría… Una rareza más, ya ves, debió coger el coche para quién sabe qué y, claro, de noche, en esa carretera, él que no conducía muy bien… Era torpe, ya lo sabes, diría con aire compungido.

Antes de Rancho Grande detuvo el vehículo. Conocía bien el lugar. Bastaba un paso en falso en aquella curva y el vehículo se deslizaría barranco abajo. Al menos, cuarenta metros. Apagó las luces del coche. Abrió la garrafa de gasolina y, con un paño, empapó las ropas del cadáver. Luego, el rostro y, especialmente, el cuello. Debían desaparecer las señales. Del todo. El fuego purificador se encargaría del trabajo. Luego, pasó el cuerpo al asiento del conductor y dejó caer el resto de la gasolina. Tiró a un lado la garrafa de gasolina, que explicase la presencia de tanto combustible en el interior del vehículo. Conectó la máquina al encendedor del vehículo y dio el contacto con cuidado. Puso la palanca de cambios en punto muerto y empujó el coche. Éste se movió lentamente, perezosamente, como un viejo elefante que se resiste a iniciar el último viaje a su cementerio. Los viejos y desgastados neumáticos crujieron sobre la hierba. Se hundió el morro del coche. Enseguida se deslizó como por un tobogán. Se hundió en el pozo de la noche. Estruendo de hierros contra rocas. La primera llama que iluminó la muerte que se deslizaba vertiginosa, camino del fondo abisal del barranco. El estruendo final del coche contra el fondo del vaso y, entonces, la explosión. Una llamarada que iluminó la noche entera un instante. David, a pesar de sentirse tan solo en la noche oscura, entre la inmensidad negra de las imponentes montañas y el cielo sin estrellas, sintió un estremecimiento de esperanza, como si esa llama fuera el inicio de la vida solitaria, sin el hermano no elegido, que ansiaba desde hacía tiempo.

No miró atrás. Como Caín, inició la vuelta al mundo prometido en la oscuridad. Conocía los caminos que lo devolverían en un par de horas de frío y soledad a la vieja casa del padre.

Atardecer

La llamada de aviso había sido confusa. Alguien, con fuerte acento magrebí, gritaba aterrado que había muertos. Fue difícil conseguir una explicación coherente de lo que había ocurrido. Y más difícil aún entender las explicaciones que daba a gritos el hombre.

Tras perder más de media hora al confundirnos en el laberinto de caminos entre invernaderos y campos de cultivos, podemos aparcar frente a un viejo cortijo. Inmediatamente, López reconoce el lugar:

- Hace mucho tiempo que no vengo por aquí. Pero recuerdo esta casa – comenta, aprensivo ante lo que podemos encontrarnos. - Se llama Cortijo Llano.

Estaba en su casa, metido hasta las cejas en una mesa de camilla, al abrigo del brasero, huyendo del desapacible día, cuando le han avisado. Él me ha llamado. Yo estaba en casa, aburrido y solo, mirando de cuando en cuando el mar y fumando sin parar de puro hastío. Hubiera preferido seguir allí.

Nuestro conductor, García, detiene el coche junto a un Terrano verde y blanco de la Guardia Civil, apaga el contacto de la Citroên y comenta:

- Allí. Hay un cuerpo.

Vemos, entre tres uniformes verdes de la Guardia Civil, un cuerpo tendido, cubierto por una manta.

- El que llamó a comisaría dijo que había varios muertos, ¿no? – pregunta López.

Bajamos del coche y saludamos a los agentes de la Guardia Civil. Todos muy jóvenes. Todos desconocidos para mí.

- A nosotros también nos avisaron – comenta uno de ellos, completamente calvo y enjuto, abrigado en tantas capas de verde como una alcachofa.

Veo el cuerpo de un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, vestido con un pijama sucio. Tiene barba rala y un disparo en el ojo izquierdo. Levanto la manta y descubro el pecho destrozado por un disparo de escopeta.

- Allí es peor… - dice con la voz rota el agente calvo.

Nos encaminamos hacia la otra casa, pero ninguno de los guardias civiles nos acompaña. Alguien ha abierto un boquete en la puerta de un disparo. La puerta está ligeramente torcida, salida de sus goznes. Enseguida reconozco el olor de la sangre seca. A pesar de la tarde gris, aplomada, penumbrosa, creo oír el zumbido de las moscas. Por debajo de esa corriente, un olor a incipiente putrefacción invade mis sentidos con viejos reconocimientos, viejos terrores. Tiemblo ante lo que vamos a encontrar, lo presiento. Y comprendo que no hayan querido acompañarnos. Ya somos mayorcitos para verlo por nosotros mismos. No tienen obligación de soportar doble suplicio.

Encendemos las linternas porque en el interior apenas se puede ver. La luz de la tarde que declina no deja ver otra cosa que bultos oscuros en la penumbra. Doy la luz de la estancia y encuentro una habitación ligeramente desordenada. Una mesa amplia, rectangular, que ocupa el centro de la habitación, flanqueada de sillas. A la izquierda, una chimenea donde se aprecian restos de ceniza. Un mueble barato el frente. Una puerta enfrente y dos pasillos, uno a cada lado de la habitación.

- Lo peor está en la habitación de enfrente –dice alguien a nuestra espalda.

Veo al agente de la Guardia Civil, que se resiste a entrar en la casa y nos habla desde la puerta. Su expresión me da miedo. Abrimos del todo una puerta y vemos el cuerpo menudo de un niño. En la penumbra, el impacto es menor. Cuando López, a mi espalda, da la luz, no puedo soportar la visión. Disimulo mi desmayo apoyándome en la pared. Un niño acribillado a balazos. Al menos, dos en el pecho. Otro balazo en el ojo izquierdo.

- ¡Dios santo! –suelta López, la voz quebrada.

García, directamente, sale de la habitación y oigo una arcada bestial. La habitación gira ante mis ojos, lentamente, hasta que se detiene. Sé que lo que veo no lo olvidaré jamás.

- Hay más, comisario –dice el Guardia Civil desde la puerta.

Salimos. No tenemos palabras. López está lívido. Yo también.

Señala el guardia, desde la puerta, a ambos lados con su mano. Sigo su señal y veo un cuerpo tendido en un pasillo. Esta vez el tamaño no ofrece duda. Al menos, no se trata de un niño. Se trata de un hombre que aparenta más de cuarenta años, con bigote fino, delgado. Sin embargo, éste sólo ha recibido un impacto: un disparo en el ojo izquierdo. Nadie se molestó en meterle más plomo.

López y yo no tenemos palabras. El terror se disipa y comienza a dejarme

pensar. Y entonces es peor.

Retrocedemos por el pasillo y avanzamos por otro, situado justo enfrente. Una puerta abierta a medias. Encontramos el cuerpo ensangrentado de una mujer. El desorden aquí es mayor. La tierra desolada que deja a su paso una recortada. El pecho y el abdomen de la mujer, tendida entre sillas derribadas a su alrededor, está destrozado. Viste un camisón que ofrece un boquete redondo y negro en el centro. Se la he subido muy arriba y observamos con pudor las piernas desnudas, cruzadas en una postura antinatural. También tiene un disparo de bala en el ojo izquierdo.

Cuando por fin salimos a la calle, enciendo un cigarrillo y respiro hondo. Pero sé que nada podrá borrar estos recuerdos de mi mente. Me atormentarán el resto de mi vida.

- ¿Algo más? –pregunto al guardia civil calvo y enjuto.

Niega con la cabeza.

- ¿Le parece poco?
- Una puta locura –dice López, que parece coger aliento. Sus ojos brillan de lágrimas a pesar de la escasa luz que nos ilumina.

Miro a mi alrededor, para no dejar entrar en mi mente el pensamiento que sé que penetrará amargo dentro de un segundo. Campos serenos. Invernaderos que parecen olvidados en la tarde aciaga de domingo. El mar no se ve desde aquí. Tras la casa, muy lejos, la autovía. El cielo, arrasado de gris y oscurecido de nubes gordas como bolas de lana sucia. Tan sucia que parecen pesar toneladas.

- ¿Quién ha avisado? – pregunto.

El guardia civil camina hacia la otra vivienda, ante cuya puerta está tendido el cadáver que vimos primero.

- Avisa a todo el mundo –ordeno a López.

No pierde un segundo en volver al coche.

Entramos en la casa, y encontramos a un magrebí sentado ante una mesa, la cabeza entre las manos.

- Rachid – dice el guardia civil. -Éste es el comisario. Cuéntale a él lo mismo que a nosotros.

El hombre eleva la cabeza. Veo unos ojos muy blancos, muy hundidos, llenos de lágrimas y horror. Tiene una barba oscura que le cubre toda la cara.

El pelo negro despeinado y la frente arrugada. Viste una zamarra de piel de borrego y unos pantalones de pana. Hace ademán de levantarse, pero le digo que se siente con un gesto. Rachid me mira con ojos que imploran tantas cosas: compasión, comprensión, abrigo, protección, y comienza a contar con un fuerte acento africano:

- Los encontré cuando llegué…
- Vive aquí –aclara el guardia civil, que permanece de pie, a mi lado. Yo me he sentado frente a Rachid, para que me mire a los ojos, para que me sienta cerca. - Había ido el sábado por la tarde a Almería, con un hermano, y volvía hoy para incorporarse al trabajo mañana a primera hora.
- ¿En qué ha venido?
- Tiene su coche detrás de la casa. Dice que hasta que no se ha bajado del coche y ha llegado a la casa, no ha visto nada.

Rachid comprende claramente al Guardia Civil, porque asiente a todo lo que dice.

- Al primero que vi fue a Suleimán —continúa. - Creí que se habría puesto enfermo, pero cuando me he acercado…

Su rostro se desfigura y sus rasgos se borran para apretarse en nudos de carne tensa, a punto de estallar. Suspira y sorbe por las narices y consigue continuar:

- Entonces, lo he visto. Tenía sangre en el pecho. Y sangre en el suelo. Mucha sangre. Y luego, sangre en la cara. ¡¡¡Asesinos!!! –grita y se rompe en un mar de lágrimas, ya destrozado completamente.

El Guardia Civil y yo salimos a la calle, desde donde nos observaban sus compañeros y García, sin mediar palabra.

- Gracias –le digo a los Guardias Civiles.
- Estamos esperando a nuestros mandos –dice otro de ellos.

Asiento.

\- Ya he avisado a todos. Vienen de camino los de la científica, comisario.

Vuelvo a asentir y enciendo un cigarrillo. No siento el helor de la noche que ya cubre el cielo. Siento el frío gélido de lo que se avecina. El pensamiento se estrella en mi cerebro con destrozos de bomba en expansión. Enseguida se concreta en la pregunta aparentemente inocente de uno de los agentes de la Guardia Civil:

\- Comisario, ¿cree que estos asesinatos están relacionados con el crimen cometido la semana pasada, el de don Matías Bereza?

Noche

No es frecuente ir recogiendo cadáveres en una ciudad pequeña como Baria. Por eso, los pocos crímenes que se cometen me acusan sin pudor con el dedo cuando alguno no se resuelve. El agente de la Guardia Civil lo ha dicho con la mayor de las inocencias, pero era un pensamiento que yo esquivaba, no queriendo reconocer ante mí mismo lo inevitable: la matanza de moros obedecía a una venganza por la muerte, seis días antes, de don Matías Bereza. No es un secreto. No es una sospecha. Ni siquiera es una posibilidad. Es tan evidente como la noche que nos envuelve.

Acerco la cara a las llamas y mis ojos se pierden en el fuego. Tarde inhóspita de un domingo de otoño. Un lugar tan desolado como éste en el que ahora estamos. En aquel caso, ni una casa cerca, sólo una barraca de bovedillas para guardar los utensilios del trabajo. El resto, invernaderos hacia todos los puntos cardinales. No estoy seguro de cuántos kilómetros nos separan de aquel lugar, pero no pueden ser muchos. Aunque el laberinto de plástico en que nos encontramos nos confunda.

Alertados por el propietario, el primero en llegar por la mañana, pudimos ver la cabeza de don Matías Bereza sobre la techumbre de la barraca. El resto, un menudo cuerpo de hombre de sesenta y tantos, del tamaño del de un chiquillo, estaba tirado entre la tierra removida de la entrada del invernadero más cercano y un trozo de acequia, junto a una goma negra y gruesa. Una piedra ancha de pizarra había servido de mesa para la decapitación. La negrura de la pizarra se había vuelto espesa y pegajosa de la sangre, que había rebosado hasta casi llenar el trozo de acequia, como la de un cerdo en una matanza se recoge en un barreño.

Nadie tuvo ninguna duda. Don Matías había sido decapitado por un

integrista musulmán. En sus dedos crispados aún sostenía unas hebras de lo que resultó ser una kufiyya, un pañuelo palestino. Después, el escándalo, la preparación para los disturbios, mucho menores luego que los sucedidos en El Ejido hace unos años. Tras el alivio de la ausencia de disturbios y persecuciones, la investigación hacia ningún lugar. Ya no esperaba una reacción de esta envergadura. Ahora no son palizas aisladas, no son muchedumbres gritando consignas racistas o acosando a un delegado del Gobierno. Ahora es una matanza de moros, el asesinato de tres adultos y de un niño.

Una masacre de la que soy responsable. Si hubiera detenido a los asesinos de Matías Bereza, esto no hubiera ocurrido. Esa convicción es la de todos los que me rodean.

También es la mía.

- ¿Es una respuesta al asesinato de don Matías? –pregunta con menos inocencia el guardia civil que ha estado a nuestro lado desde el principio.

Se llama Germán Ruiz, es menudo, aunque no tanto como el cuerpo sin cabeza de Matías Bereza. Se ha quitado la gorra y su cráneo prematuramente calvo aparenta ser duro como una piedra. Puedo ver sus venas cruzar la piel sinuosas y eléctricas. No se ha querido ir, a pesar de que sus compañeros sí lo han hecho.

- Estoy seguro –le digo.
- No se culpe, comisario. Nadie es culpable, más que los que han disparado –intenta atenuar mi pesadumbre López, mientras echa un trozo de leña al fuego.

Ya se han ido los de la científica con sus muestras. Se han ido mis hombres, que volverán al amanecer para continuar la investigación. Se ha ido el forense y se han llevado los cuerpos. Queda una soledad de espanto, Germán, López y yo. Me he negado a irme y ellos han querido quedarse. Nadie tiene apetito, aunque hemos comprobado que la familia tenía provisiones en el frigorífico. Sólo bebemos agua y callamos, esperando con angustia el amanecer para comprobar que, a pesar del terrible crimen, el nuevo día será indiferente a la vida y a la muerte. Entonces haremos nuestro trabajo, aunque no nos lleve a ninguna parte, como ha ocurrido con el crimen de don Matías Bereza.

- No pudieron dejar el coche muy lejos –dice Germán.

- ¿Por qué? – pregunta López.
- No podían arriesgarse a que surgiera un imprevisto y tener que huir a pie. No. Estoy seguro de que el coche estaba cerca, aunque por aquí no hemos visto rodadas.
- Los caminos están asfaltados y donde no hay asfalto la tierra está endurecida. Hace tiempo que no llueve –lamento, pensando por anticipado que será inútil buscar huellas de neumático.

Se impone de nuevo el silencio. Hemos acercado sillas en torno a la chimenea. A López se le cierran los ojos de cuando en cuando, pero vela tenaz y leal a mi lado.

- De todos modos, Germán tiene razón. Mañana, –digo a López, que abre un ojo a media asta- los hombres se desplegarán y buscarán en círculos, cada vez de un radio mayor, en busca de algo, lo que sea. Seguro que no dejaron lejos el coche –digo a Germán, reflejándome en unos ojos inteligentes y despiertos.

Temo que el muchacho no dormirá bien en mucho tiempo. Es joven y duro, pero lo que ha visto hoy es una muesca en el corazón.

- Lo hicieron de una forma muy profesional –comienzo.

López abre otra vez el ojo y Germán me mira fijamente.

- Desde que advirtieron el peligro hasta que los acribillaron no pudieron pasar más de unos pocos segundos -afirmo.
- ¿Por qué? –pregunta López, bostezando.
- Porque todos están cerca de sus camas. Unos pocos segundos para despertar, advertir el peligro y levantarse. Unos pocos pasos y caer ante los asesinos, que ya estaban dentro de la casa –

continúo.

- A la mujer la mataron en su dormitorio –admite López.

- Hay muescas en la puerta de la habitación. Cayó en el dormitorio, impulsada por la descarga de una escopeta de cañones recortados. Le dio tiempo a levantarse y salir corriendo, nada más. Apenas unos segundos. Tíos entrenados, que no vacilaron al disparar.

- ¿Quiere decir que no es una venganza por lo de don Matías? –pregunta, perspicaz, Germán.

- Seguro que lo es -admito. - Pero no es ningún amigo de don Matías o alguien que le tenía aprecio. Es alguien que ha actuado como un profesional. Alguien que ha preparado esto a conciencia y lo ha ejecutado fríamente.

- ¿Y el que han matado en la otra casa? A ése le dio tiempo a salir a la calle.

- Creo que lo esperaban fuera, para matarlo en cuanto saliera, como a un conejo. Se apostaron y esperaron a que saliera –asiento con la cabeza mientras hablo.

Se hace de nuevo el silencio. Sólo se oye el crujir de la leña seca en el fuego.

- La que nos ha caído encima, comisario –se queja López.

JORNADA SEGUNDA (lunes)

Mañana

Poco después del amanecer me llaman urgentemente de la comisaría. Debo acudir de forma inmediata. Alguien ha enviado un mensaje a la dirección de correo electrónico de la comisaría, allí donde se formulan las quejas y las sugerencias de los ciudadanos, es decir, a una dirección electrónica que habitualmente no sirve para nada.

En este caso, el mensaje llevaba un *asunto* que heló la sangre de los agentes que lo leyeron: *Reivindicación del atentado sucedido en Baria*.

Una vez en mi despacho, rodeado de Martín y García, abrimos el correo. Se despliega inmediatamente y aparece el vídeo de una grabación. La ampliamos a pantalla completa y vemos a tres sujetos con la cabeza cubierta por un pasamontañas, vestidos de negro y sentados frente a una mesa cubierta por un paño rojo y gualda. Tras ellos, una pared blanca y desnuda en la que alguien ha escrito, en rojo, las palabras *GUARDIA NACIONAL ESPAÑOLA*. A ambos lados, dos banderas españolas, otra vez la tela roja y gualda, sin símbolo alguno.

Sólo verlo me produce escalofríos. Me recuerda como una gota de agua a otra los muchos que he visto de los de allí arriba: la misma ridícula escenificación, la misma siniestra apariencia, la misma impresión de estulticia infinita de los actores.

De los tres aprendices de Ku Klux Klan, sólo el del medio se mueve. Tiene entre sus manos un folio y, enseguida, una voz deformada electrónicamente comienza a hablar:

“*Ponemos en conocimiento de todos los españoles que la acción llevada a cabo en la ciudad de Baria esta noche ha sido ejecutada por Guardia Nacional Española. No podíamos dejar sin respuesta el asesinato de nuestro compatriota don Matías Bereza.*

Guardia Nacional Española velará por una España para los españoles. No aceptaremos la invasión musulmana.

Desde aquí advertimos que todos aquellos musulmanes que no abandonen nuestro país se convierten en objetivos inmediatos de nuestra organización.

Trataremos a los musulmanes como ellos tratan a nuestros hermanos cristianos en sus países.

Iniciaremos, si es necesario, una nueva Cruzada para salvaguardar

nuestros valores y la esencia de nuestra Historia de raíces cristianas.

Hacemos un llamamiento a todos los españoles para que actúen con responsabilidad y defiendan aquello por lo que lucharon durante siglos nuestros antepasados y continúen la lucha por una España única y libre.

Guardia Nacional Española se compromete solemnemente con todos los españoles a llevar su lucha hasta el final, consiguiendo la liberación de nuestro país de la invasión silenciosa musulmana. ¡¡VIVA ESPAÑA!!"

El vídeo se detiene. La pantalla se queda tan inmóvil como yo. ¡¡¡Otra vez no, por favor!!! ¡¡¡Otra vez no!!!, es la voz que grita en mi conciencia.

- ¿Ya está? –pregunta tontamente García.
- ¿Y han tenido que elegir nuestra ciudad para empezar estos hijos de puta? –se queja Martín.
- Traedme todos los expedientes de agresiones a moros, de quemas de sus casas, de sus coches, de agresiones a personas e instituciones que colaboren con ellos, lo que sea, de los últimos años.
- ¿Qué pretende encontrar, comisario?
- Lo que no supimos ver.

Mediodía

El bautismo de Guardia Nacional fue recibido con estupefacción en toda la ciudad. enseguida superó el ámbito local y a mediodía, ya podía ver la apertura de todos los telediarios de todas las cadenas nacionales con el mismo vídeo que había tenido el honor de recibir en primer lugar.

- El primero que lo ha publicado ha sido El Heraldo de Baria, comisario –me advierte López a media mañana.
- ¿Ese periodicucho?
- El mismo.

Puedo ver la portada cutre con una fotografía a toda plana, extendida sobre mi mesa. El titular de hoy eclipsa cualquier otra noticia: *Guardia Nacional reivindica el atentado de Baria*. A cinco columnas, letra enorme, negra como la sangre en la oscuridad.

Lo primero que me llamó la atención cuando me trajeron el periódico es que éste parecía familiarizado con el nombre del grupo terrorista que había llevado a cabo los asesinatos. Abreviaba el nombre a Guardia Nacional e, incluso, le confería una ideología demasiado precisa para quien no hubiera oído hablar jamás de él. Lo calificaba como un grupo de patriotas que, equivocados, habían llevado a cabo una acción terrible en salvaguarda de la Patria. El editorial te dejaba mudo de estupor: reconocía la gravedad de los hechos, lo terrible de los cuatro asesinatos, la especial sensibilidad agitada por la muerte de un niño inocente. Pero, y en la conjunción comenzaba a helarse la sangre, había que reconocer la gravedad de la situación. Quienes habían llevado a cabo la ejecución tal vez estaban hastiados de ver pudrirse una situación contra la que nada hacían los poderes públicos: ¿Qué había hecho el Gobierno para evitar la islamización sin remedio? ¿Qué había hecho la Policía para evitar que hubiera auténticos guetos islamistas en las ciudades de toda España? ¿Qué hacían esos mismos poderes contra los ataques de todo tipo que sufría la Nación Española? Dentro de poco tendríamos que pedir permiso a los musulmanes para sacar en procesión a nuestros santos patronos.

El resumen es escueto, pero significativo. La verborrea de juegos florales de los cincuenta continuaba a doble columna una página entera. Le faltaba la rima.

- ¿Quién coño ha escrito esto?
- El director se llama Esteban Porcel no sé qué –explica López.
- Quiero saber inmediatamente quién paga esta mierda.

López mueve toda su corpulencia con presteza recortada por el cansancio de haber pasado la noche en una silla, casi sin pegar ojo.

Vuelvo a leer el libelo y no doy crédito. Estaba ahí, ante mis ojos, y no supe verlo. No conozco la historia del periodicucho, pero su editorial de hoy ha de responder a una trayectoria, no puede ser cosa improvisada. Lleva editándose demasiado tiempo en la ciudad para que no le hayamos prestado la atención que merecía. Otro mérito que añadir a mi trayectoria.

Aparto el periódico y vuelvo a centrar mi atención en la pila de casos que me han dejado sobre la mesa. Hemos descubierto tres incendios, seis palizas y dos roturas de escaparates de la misma carnicería regentada por musulmanes en el barrio de San Cristóbal. He dado orden a Martín de que se centre en esos casos, a ver qué averigua. La mayoría eran sucesos sin importancia en un principio, que se cerrarían sin mayores investigaciones. ¿Pudieron ser los

antecedentes de lo que ha ocurrido finalmente?

Pulso un botón de mi teléfono y el agente de puertas reconoce mi voz.

- Llama a Malasaña. Dile que se le acabaron las vacaciones- ordeno.
- Le va a sentar como una…
- Me da igual.

Corto. No voy a dejar de vacaciones ahora a uno de mis mejores agentes.

- Comisario. He visto algo en estos expedientes.

Entra Martín con una copia de los mismos expedientes que yo tengo sobre mi mesa. Los extiende ante mis ojos:

- Todos, excepto dos que se produjeron en vacaciones, el incendio de un local que iban a destinar a mezquita y el incendio de una casa donde vivían seis marroquíes, se produjeron en fines de semana.

Nos miramos. Martín tiene los ojos muy redondos, lo que le confiere un falso aire de niño que desmiente su furia. Debo agarrar cortas las riendas que le suelto, pues de lo contrario estaríamos todos los días en el juzgado defendiendo nuestro honor contra denuncias de agresiones policiales. Lleva el cabello corto con una raya recta y firme como un fusil en el lado izquierdo. Mediana estatura, usa zapatos de tacón doble. Atildado, hoy no se ha puesto corbata, pero viste traje gris con camisa de color crudo.

- ¿Y?
- Pues que, si todos los ataques obedecieran, esto es una suposición aún, a unas mismas personas y a un mismo objetivo, querría decir que los autores, creo que son más de uno por lo que he visto en los expedientes, vienen de fuera cuando no trabajan: en vacaciones y fines de semana.
- ¿Cuánto tiempo has investigado?
- Lo que usted nos dijo. Los tres últimos años.
- Y el patrón se repite – pregunto más que afirmo.
- Sí.

- Bien. Continúa por ahí. Busca quién acostumbra a venir en fines de semana o vacaciones…
- Es casi imposible…
- Apóyate en López. Conoce a casi todo el mundo de esta ciudad.
- Tendremos que hacerlo por grupos.
- Cierto. Céntrate en grupos de gente joven, de entre veinte y treinta o treinta y cinco años como mucho. Gente que tenga cierta relación con armas: policías…
- ¿Policías?
- ¿Por qué no? Policías, gente de seguridad…
- Cazadores…
- También.

Nos interrumpe García.

- Comisario. Ya hemos podido hablar con el dueño del cortijo donde vivían esas personas. Ha venido esta mañana porque estaba de viaje. Nos ha dicho que eran buena gente, que trabajaban para él desde hacía cinco años la familia y desde hacía dos Suleimán.
- ¿Le habéis preguntado si durante los últimos días han tenido alguna visita imprevista a su finca, gente que pretendiera comprarle sus productos o que fuera con cualquier excusa?
- Tuvieron que reconocer el terreno antes de actuar, ¿no? –pregunta Martín.
- No lo harían sin asegurarse antes –afirmo.

Martín espera con la boca abierta:

- Le hemos preguntado. Ha dicho que como él no está todos los días, hablará con sus encargados y con

todos los que trabajan por allí –dice García.

- Bien.
- Otra cosa, comisario. Hemos descubierto una huella -suelta.

Martín y yo nos incorporamos como perros de caza que huelen un rastro.

- Suéltalo, coño.
- Hemos ido haciendo el rastreo por círculos concéntricos cada vez más amplios, como nos dijo. A tres kilómetros hemos descubierto una huella que dejó un coche grande, lo digo por el tamaño de la rueda, en un charco que se había formado en una esquina de una finca.
- Si la pérdida de agua era antigua, podría ser de cualquiera –objeta Martín.
- Hemos hablado con el dueño. El sábado por la mañana estuvo allí y no había ninguna pérdida de agua. Debió haber una rotura en la tubería el sábado por la tarde o el domingo.
- No perdemos nada por investigarla. Es posible que la hayan dejado ellos. A tres kilómetros del objetivo no creo que tuvieran tantas precauciones –comento.
- Pero si en los otros tramos de camino no había huellas, ¿cómo puede haberla aquí? –insiste Martín.
- Era una especie de bache. Seguramente se quedó más bajo y no se dieron cuenta de borrarla –explica García.
- Bien. Continuad así. Enviadla a la científica, a ver si sacan algo.
- Nada nuevo, seguramente, comisario –comenta Martín cuando se retira García. – Si es de

un coche grande es que usaron un todoterreno. Hay miles por aquí.

- No perdemos nada, Martín. Es otra pista. Se intenta a ver qué pasa.

Cuando Martín se retira me siento abrumado. No era esto lo que esperaba cuando me destinaron a un lugar tranquilo del Sur. Sol y playa, me dijeron. Cuatro peleas de borrachos y poco más. Te lo mereces, después de tantos años aquí arriba, me dijeron.

Y una mierda.

Tarde

- No quiero que nadie os vea allí. Si queréis ir, perfecto. Pero os confundís con el público. No os quiero en primera línea. La primera lección que hemos de aprender es la discreción.

Los cuatro hombres asintieron.

- Habéis hecho un buen trabajo. Están confundidos, pasmados. No se esperaban esto.
- Acaba una y empieza otra –comenta Vila. - No podrán resistirlo.
- Te equivocas –atajó el hombre de mirada fría y azul. - Ellos no han acabado. ETA no está muerta. Tengo la esperanza de que algún día seremos nosotros los que acabaremos con ellos.
- Pero han anunciado…
- Han mentido porque el Gobierno ha dado pasos en la dirección deseada por ellos. Y no olvides nunca que esa dirección es la contraria a la nuestra. Algún día, repito, tendremos que vérnoslas con ellos.

Todos asintieron de nuevo. Cuando hablaba Don Pelayo, como le llamaban

entre ellos, todos callaban. Hacía tiempo que venían dándole forma a su grandioso proyecto, entre esas mismas paredes. Como no querían intrusos, la mujer que limpiaba vendría mucho más tarde, cuando ya ellos no estuvieran allí y hubieran podido celebrar su cónclave con total discreción. Para entonces, los documentos, los planos de la ciudad, las copias del comunicado enviado al Heraldo de Baria, así como los pendrives con el vídeo del comunicado y las armas, habrían desaparecido en los escondites. El sótano estaba bien guardado y disimulado. Y habían excavado zulos repartidos en varios cientos de metros alrededor de la vivienda. Las armas con que habían atacado estaban a resguardo, enterradas. No quedaría otra cosa que la solariega casa cortijo, lugar de reunión habitual de un grupo de cazadores amantes de Sierra Cabrera.

Don Pelayo miró su reloj.

- No tenemos tiempo que perder. El mitin ha de salir perfecto. El clima propicio se ha creado por la propia sociedad española. Nosotros hemos contribuido con nuestra acción de ayer. La gente está dispuesta a oír. Está cansada de los mensajes débiles, enfermizos, patéticos, de los partidos habituales.
- ¿Por qué no matamos también a los de ETA, además de a los moros?

Don Pelayo volvió su cráneo voluminoso, de cabello cano cortado al uno. La carnosa boca apretada, los mofletes duros y los ojos como piedras.

- Si tenemos éxito, algún día ejecutaremos allí arriba algo más que la eliminación de unos pocos etarras.
- ¿Tendremos éxito?

Las preguntas de Blanco siempre eran las más certeras. Exactas y entre los ojos, como sus disparos.

- ¿Dudas? –preguntó don Pelayo.
- Sabe que me metí en esto el primero. Que tengo dudas sobre el resultado de nuestra misión. Y que aún así seré el primero en continuar hasta vencer o morir –confirmó Blanco.

- Nunca he dudado de ti. Pero lo conseguiremos. Os lo he dicho en otras ocasiones. Mirad los ejemplos: Sabino Arana, un enfermizo gilipollas que concibió un proyecto grandioso en la cama, convaleciente. Recibió la visita de su hermano y de pensar en apoyar a los carlistas, cambió radicalmente: recibió una iluminación. Concibió un pueblo propio. Una nación propia. Sin amos. Una nación vasca. De la enfermedad nació el mito. Nada de fueros, nada de limosnas, nada de señores extranjeros. Una Nación. Convirtió su realidad en un mito. Hizo realidad y sentimiento, y amor y emoción, y odio, de una idea. Porque la nación es una idea, un mito. ¿Hay un destino más alto para los hombres que hacer realidad un mito? ¿Qué convertir en carne y sangre una idea superior? Esto es lo que acerca el hombre a Dios. Y esa nación que nosotros hemos concebido obtendrá su destino en lo Universal, y hacia ese destino la llevaremos nosotros, pastores entre las ovejas. Un grupo escogido de pastores, de líderes que no podemos, salvo delito de lesa traición a Dios y a la Patria, hacer dejación de nuestro deber. ¿Queremos dignidad? La tendremos. Queremos recobrar la esencia verdadera, cristiana y noble, de nuestra España. Y lo haremos.

Hizo una pausa algo teatral.

- ¿Qué nos diferencia de los hijos de Sabino? ¿Acaso la izquierda

abertzale no es patriota? Si el País Vasco no estuviera en España y no amenazaran la integridad de nuestra patria, nada.

- Con nosotros no negociará ningún gobierno –afirmó Blanco, firme, el único que mantenía su mirada fija en los ojos definitivos de su jefe.
- ¿Por qué?
- Porque somos de derechas.

Se hizo un silencio. Todos miraron a don Cristóbal Cárdenas, al que llamaban respetuosa y admirativamente don Pelayo, en recuerdo del inicio de otra Reconquista.

- Hoy tenemos cuatro muertos. Cuando tengamos cuatrocientos, negociarán con nosotros. Si matamos mucho y bien, conseguiremos nuestros objetivos, como ellos.
- ¿Sólo con muertos? –preguntó Blanco, escéptico.
- ¿No ves lo que te rodea? –replicó don Pelayo. - ¿No aprendéis de lo que veis? ¿Miráis sin ver? En el País Vasco el voto independentista es mayoritario. ¿Creéis que se consiguió en un día? ¿Creéis que se hubiera conseguido de no haber provocado ese conflicto? Jamás. La gente es acomodaticia. La gente hace lo que ve e imita a su vecino. Si ves a tu vecino, que es un buen tío, que un día apoya a ETA, acabas pensando que no puede ser tan malo. Y poco a poco vas viéndolo como lo lógico y natural. Nosotros haremos lo mismo. Sin apoyo político, ETA no hubiera sido más que otro GRAPO.
- ¿Cómo lo haremos? –preguntó Lucas Martos.
- Hoy comienza la convicción del

pueblo español. El MET es tan importante como Guardia Nacional. El apoyo político es esencial. Cuando termine el mitin fundacional comprobarás que no has visto otra cosa igual en tu vida. La gente está madura. Ved los ejemplos: no hace ni veinte años Jesús Gil convenció a una ciudad entera, las más rica y próspera de España, de convertirse en un fortín fascista. Y lo consiguió. Y se extendió por otras muchas ciudades. No tuvo el éxito que debiera porque no nos tenía a nosotros, ni tenía lo que nosotros tenemos. En el País Vasco lo han tenido y nosotros lo tendremos.

Don Pelayo calló ceremoniosamente. Cuatro pares de ojos lo miraban con la avidez con que hubieran observado a una mujer desnuda.

- Tenemos la crisis que ha provocado este sistema injusto y corrupto. Tenemos millones de personas ávidas de oír un discurso como el nuestro, lejos de las patéticas soflamas de los partidos habituales, débiles, corruptos e ineficaces. La gente no quiere la libertad engañosa y fútil de la democracia. La gente quiere trabajo y seguridad. Así ha sido siempre España.
- Pero esa gente trabajadora es de izquierdas mayoritariamente –objetó Vila.
- En absoluto. Es de quien le proporcione trabajo, derechos y seguridad. Nacieron antes los esclavos que los amos, ¿no lo sabíais? En el 36, la izquierda quería una dictadura del proletariado; la clase media, una dictadura fascista. Ahora no hay

apenas proletariado. Sólo hay clase media. A ellos nos dirigimos. Tenemos millones de potenciales seguidores. Y los conseguiremos. ¿No recordáis a nuestro amigo Le Pen? En apenas unos años, casi gana unas elecciones. Nosotros haremos lo mismo.

Lucas Martos levantó su vaso de vino.

- Amén.
- Amén.
- Amén.
- Amén.
- Arana – continuó, lanzado, don Pelayo- concibió su nación vasca y, en breve tiempo, menos de cuarenta años después, estuvo a punto de conseguirlo. Sólo Franco lo impidió. Sabino dio el paso de foralista a independentista. Nosotros podemos dar el paso de la España destrozada y sin principios a la España que todos soñamos. Y en menos tiempo.

Volvieron a brindar. Todos estaban seguros de las palabras de don Pelayo. Eran el Evangelio. Si él lo decía, así sería. Y si necesitaban cuatrocientos muertos, los pondrían sobre la mesa.

- No hay gobierno que soporte cuatrocientos muertos. El terror es lo único que permite ver el espectro de una sociedad, el fondo, su esencia. Nuestro poder germinará y funcionará con los mismos esquemas que el actual: unos pocos mandan y los demás obedecen. Nuestros reclutas son legión: descontentos, ociosos, rencorosos. Así se arman los ejércitos. ¿Qué si no eran los Tercios de Flandes? ¿Qué, La Legión Extranjera? –añadió don Pelayo.- Y si los otros vuelven, que no creo que tarden más de un

par de años si la vía política se estanca, ningún gobierno podrá con una carnicería en el Norte y otra en el Sur. La gente reclamará paz y seguridad.

- Entonces les ajustaremos las cuentas a esos hijos de puta de ahí arriba – ratificó Lucas Martos dando otro trago de vino.

Levantaron la reunión. Cuando ya estaban de pie, en la puerta de la casa, antes de subir a los coches, don Pelayo se dirigió a Blanco, apartándose de los otros.

- ¿Estás seguro de que nadie cometió errores?
- Seguro.

Se abrazaron. En la calle, don Pelayo había vuelto a ser Cristóbal Cárdenas y sabía que tenía en el hombre del cabello blanco a su más fiel aliado. Su proyecto, nacido hacía años, cuando concibió la idea de crear un periódico, El Heraldo de Baria, y la idea de crear un grupo de soldados decididos, pero que nunca había podido pasar de acciones menores, se había encarnado en este hombre de estatura mediana, bien parecido, que Lucas Martos le había presentado hacía ya dos años. Dos años de adiestramiento y había resultado ser el general perfecto. Diestro en el manejo de las armas, lúcido en la estrategia y frío en la determinación. Inteligente en la apreciación política. El Destino lo había enviado para ser su mano derecha.

Cristóbal Cárdenas subió a un Tuareg de diez cilindros. Dio el contacto y vio a sus hombres dispersarse por los alrededores de Las Soledades, ese paraíso solitario de la Sierra donde habían germinado sus más preciosos proyectos.

Atardecer

Le había dado la noticia un empleado de una funeraria. Lo llamó por teléfono, a la casa. No había pegado ojo, y el día ya alumbraba fuerte tras las persianas. Su hermano había sufrido un accidente de tráfico. No había nada que hacer, dijo, profesionalmente consternado. David Herraz no respondió. El otro, desconcertado, pensó que se había cortado la comunicación.

- ¿Dónde está? –preguntó finalmente David.

- En la Clínica Forense.
- ¿Por qué? –David se incorporó en la cama de un salto.
- Bueno. Es un accidente. Siempre tienen que levantar el cadáver y esclarecer las causas de la muerte.
- ¿No ha sido un accidente? –preguntó con ira David.
- Claro. Será pura rutina. Es que…
- ¿Qué?
- Ha quedado totalmente calcinado. Siento decírtelo, pero…

David cortó la comunicación. Había pasado la mañana nervioso, indeciso de si presentarse en la Clínica. Finalmente se vistió y así lo hizo. Observaba cierto recelo en todas las miradas, pero se aseguró a sí mismo que sólo se trataba de aprensión. Le prometieron que los resultados de la autopsia estarían esa misma tarde.

Pasó el resto del día en la casa, con el negocio de ventas de fitosanitarios y maquinaria agrícola cerrado. No se encontraba con ánimos de aguantar a la gente. Además, ¿qué pensarían? Él vendiendo como si no pasara nada y su hermano en la mesa del forense, calcinado.

Firmó recibos de seguros, firmó órdenes para el sepelio, firmó un puñado de documentos a cuál más estúpido.

Sólo a media tarde recibió una visita. La mujer llamó con los nudillos a la puerta acristalada del negocio. David oyó los golpes desde el piso superior y no acudió. Tampoco quiso saber de quién se trataba. Luego, cuando oyó pasos en la escalera adosada a un lateral del edificio, supo quién era. Dejó la puerta abierta y corrió hasta su cuarto. Hacía frío, pero se quedó desnudo de cintura para arriba.

Oyó la voz que lo llamaba. No respondió. Oyó los pasos, seguro de que penetrarían hasta el fondo de la casa. Esperó, hasta que la mujer estaba a un paso de la puerta de su dormitorio. Tendría que haberse desnudado completamente, pensó. Pero ya era tarde.

- ¿Qué haces, chiquillo?

David abrió la puerta como si sólo ahora se percatara de la presencia de otra persona en la casa.

- ¡Ah! Eres tú. No te había oído.
- Pues no será que no he llamado.

David observó los ojos femeninos que paseaban por su cuerpo. Se erizó su piel, los pezones comenzaron a dolerle de tensión sensual y frío. La mujer dio

un paso atrás.

- Te espero en el comedor.

Frustrado, como tantas otras veces, David agarró de mala forma una sudadera y siguió a la mujer.

Las piernas gruesas, aunque bien formadas. El culo embarnecido de la mujer carnosa de cincuenta y tantos. Los huesos anchos y firmes aún. La melena caía suavemente sobre la espalda. Sintió un deseo feroz de agarrarla del pelo y comerle la boca de un mordisco. Sintió la tensión. Sólo cuando ella, ya en el comedor, se volvió hacia él, hizo un gesto para enfundarse la sudadera. Pero antes de que lo hiciera, la mujer dio dos pasos hasta él, lanzó una exclamación de pena y lo abrazó. David sintió dolor, dolor de deseo. Los pechos tan anchos de la mujer dejaron una huella de calor en su pecho aún desnudo. La abrazó con fuerza por la cintura ancha y pegó su cuerpo al de ella.

- ¡Qué pena! –dijo ella, elevando su cara.

Tenía los rasgos definidos, y aunque la piel comenzaba a flojear, aún era muy suave. La mirada era brillante, como un punto de ignición en el deseo de David.

- Ahora somos los únicos vecinos –dijo él, encajando su vientre entre las caderas poderosas de la mujer.
- ¿Cómo ha podido ocurrir? Con lo bueno que era.

Una lágrima se deslizó por las mejillas de la mujer. Dio un paso atrás. David la dejó alejarse con movimientos lentos que querían detener el instante.

- Como era tan raro… –vaciló él al responder.
- ¿Qué haría en esas carreteras a esas horas? –preguntó la mujer.

David se puso la sudadera y se encogió de hombros. Suspiró y buscó un paquete de tabaco que había sobre la mesa. Encendió un Ducados.

- El caso es que oí anoche ruidos raros. Coches que venían y luego otro que se iba. ¿No oíste tú nada?

La expresión de la vecina ya no era tan tierna, ni su lágrima había caído del ojo que la contenía. David adivinó una perspicaz suspicacia en la expresión astuta de la mujer, que la afeaba como una mancha. La tensión nerviosa y sensual que lo atenazaba se disipó. Se sintió apuñalado. ¿Qué había oído Regina? ¿Qué quería insinuar?

- Yo no oí nada. Volví tarde.
- ¿Es que no te habías llevado el coche? Como volviste andando…- dejó caer Regina.

Noche

Plaza de toros de Baria. Aforo, unas siete mil localidades, según comenta López, versado en la lidia. Aquí ha visto a algunos de los grandes. Tardes inolvidables, comisario, se extasía. Incluso vi a José Tomás, jefe. ¡La hostia! ¡Él no va más! Creo que jamás podré ver algo semejante.

- Eres un bárbaro –bromeo.
- ¡Bah! Idioteces. Una bestia y un hombre. Es la vida, comisario. Y algunos hacen arte de eso. El toro es para lidiarlo y después comérselo. ¿Para qué otra cosa sirve un toro?

Damos unos cuantos empujones y conseguimos colocarnos en una posición privilegiada. Sabía que iba a ver un acto multitudinario. Pero tras los últimos acontecimientos ha cobrado una trascendencia que no podía haber imaginado. Lo que en un principio no era más que el acto fundacional de una nueva agrupación local de electores se había convertido, a raíz de los asesinatos, en un acto de relevancia nacional.

Había solicitado los permisos para la celebración del acto una asociación que vela por preservar las costumbres locales. Sin embargo, según nuestras últimas indagaciones, se iba a convertir en la presentación de un nuevo partido político de ámbito nacional.

Separar este acto de los crímenes recientes era un pecado de ingenuidad que no estaba dispuesto a cometer. Ya había cometido demasiados.

López, hijo y vecino de la ciudad, que apenas ha salido más allá de sus límites, se impregna del ambiente y luego me lo cuenta. A veces, tengo la sensación de que si no tuviera a López yo no sería el comisario de esta ciudad, sino que estaría en un mundo aparte, en las mismísimas nubes.

Vemos una muchedumbre que se agolpa en los vomitorios y se anuda en las escaleras, buscando acomodo. La noche es fresca, pero nadie ha dejado de venir. Me cuenta López que Cristóbal Cárdenas, el promotor de todo esto, es un personaje muy considerado en la ciudad. Es médico, tiene una clínica particular donde atiende a todo el mundo: cuando no tienen dinero, es igual,

hablan con él y alguien los atiende. La gente lo aprecia mucho, dice López.

- ¿Tú también?
- Hasta ahora sí.

Nos miramos un segundo. Ambos sabemos que lo que se inicia ahora no es un acto inocente. Lo hubiéramos podido pensar hace unos días, pero no después de ver los cuatro cuerpos acribillados. Huele que apesta esta asociación de Amigos de la Tradición.

- Por cierto, comisario. Don Cristóbal Cárdenas es el propietario del Heraldo de Baria.
- Pero quiero saber quién lo paga.
- Él tiene toda la pasta del mundo.
- No es suficiente. Quiero saber si recibe subvenciones públicas, cuánto y de quién. Si recibe dinero de asociaciones o de particulares, cuánto y de quién.
- Bueno, no se ponga así. Acabo de empezar.

Nos quedamos en el foso, apoyados los codos en la barrera, mientras observamos cómo un grupo de gente de lo más elegante va haciéndose presente en el palco. Grupos de muchachos van de un lado a otro de la arena colocando sillas y siguiendo instrucciones de un grupo de musculados jóvenes, carne de gimnasio, que se sienten importantes con pinganillos en las orejas.

- Que graben especialmente el palco, a las personas que ocupen las sillas situadas en la arena y a los matones de los pinganillos. Quiero primeros planos de todos –ordeno a López.

Éste repite las órdenes por un walki a tres hombres que tenemos grabando el acontecimiento. Con sus credenciales policiales han buscado las mejores posiciones.

Comienzan a oírse los chillidos electrónicos de los micrófonos. Un segundo después, alguien pide por megafonía que se ocupen los asientos. La banda municipal comienza la pachanga con un pasodoble. Cuando está a punto de concluir, un individuo vestido de traje oscuro se pone de pie en el palco y se acerca a un micrófono.

- Es don Luis Costas –me susurra López. - El presidente de la

asociación Amigos de la Tradición.

Con voz de pito, da las buenas noches mientras entorna los ojos porque un foco lo apunta despiadadamente. Un segundo después, corregido el error, el señor Costas da la bienvenida y se muestra satisfecho de la afluencia masiva de sus queridos convecinos al acto de hoy. Un acto trascendental, no sólo para la ciudad de Baria, sino para toda España, como se verá a continuación. Explica que la Asociación Amigos de la Tradición se ha visto obligada a dar un paso adelante, no por protagonismo, sino por imperiosa necesidad de rescatar del olvido en que se ha incurrido por la incuria de los políticos débiles y corruptos los principios tradicionales del país. ¿Acaso es malo defender a la familia? ¿Acaso es malo defender nuestra Historia? ¿Acaso es malo defender las señas de identidad de nuestra Patria?

Sus preguntas retóricas arrancan una salva de aplausos. Miro a mi alrededor, curioso, y observo expresiones de satisfacción, risas, asentimientos.

El señor Costas se limpia la boca con un pañuelo y termina su arenga invitando a todos los que quieran defenderse de los continuos ataques que sufre el país a oír el discurso fundacional de lo que no será una simple asociación más, sino la aurora de un movimiento de masas en el que cada español será único y partícipe a un tiempo de un renacer de la verdadera esencia de nuestros corazones, tan vilipendiada y olvidada en las últimas décadas.

Da un gritito agudo y menciona a don Cristóbal Cárdenas. Una salva de aplausos. Se vuelve y saluda a un hombre, ambos iluminados por un foco potente que muestra el abrazo.

Don Cristóbal Cárdenas se acerca al micrófono. Levanta su mano en petición de silencio. Espera pacientemente, al menos un minuto, dominando la escena.

- Don Luis Costas lo ha dicho –comienza, la voz grave, serena, firme. La voz de un orador poderoso. - Nuestro paso adelante no es una estrategia. No es un acto de vanidad. Lejos de nosotros los pecados capitales. Nuestro paso adelante es una obligación. Un deber de cualquier hombre entero que se precie, de cualquier hombre que se considere hijo de sus padres, heredero de sus mayores, respetuoso de la tradición que ha hecho de él ese hombre que es.

Lo interrumpen aplausos arrebatados, jalean desde aquí y desde allá; gritos: Bravo, Así se habla. Súplicas: sigue.

- Es el deber de un hombre que ve cómo se desmorona a su alrededor el mundo que se construyó durante siglos. Cómo ese mundo es atacado, sin piedad. Es víctima de la horda extranjera. Pero también es víctima de los débiles, corruptos y traidores de dentro. Y nadie con dignidad puede permanecer impasible ante esta situación.

Don Cristóbal Cárdenas permanece inmóvil mientras arrecian los aplausos. Espera, paciente, aparentando una seguridad inconmovible.

- Nos hemos visto obligados a dejar de ser esa asociación simpática que todos vosotros conocéis desde hace años para arrojarnos a la arena política y luchar por ese mundo que intentan destruir. El acto de hoy no es una mera reunión de amigos nostálgicos. Es mucho más. Es el nacimiento de lo que hemos llamado Movimiento Español Tradicionalista.

El nombre del nuevo partido político es recibido por una salva de aplausos y jaleado exaltadamente por la muchedumbre. Cárdenas no lee. Conoce su discurso perfectamente, lo estructura, lo interrumpe en el momento idóneo, lo continúa sin gritar, sólo manteniendo ese tono de autoridad que sólo los grandes oradores poseen.

- Están aquí, con nosotros, amigos de muchos otros lugares de nuestra España. Han venido amigos de la Falange Española. Han venido amigos del Frente Nacional de Francia, Monsieur La Roche. Han venido amigos de Alemania, el señor Dieter Munchen; de Austria, de Italia, de Portugal. ¿Y por qué han venido de estos países hermanos? Porque sus problemas son nuestros problemas. Y

nuestros problemas son sus problemas. Porque somos herederos de una misma tradición que algunos están pisoteando sin escrúpulos y otros atacando silenciosamente. Y porque saben, como nosotros, que no nos jugamos sólo algunas tradiciones, sino toda una civilización: la civilización cristiana de la que ha nacido Europa.

Un clamor de aprobación.

- Nos culparán de ser extremistas, amigos. De no ser demócratas. Pero, ¿hay democracia cuando los gobernantes de los países son impuestos por la banca judía, como en Grecia, como en Italia? No tengáis miedo de las etiquetas. ¡Debemos llevar con orgullo y satisfacción nuestra raza, nuestra nacionalidad, nuestra cultura, nuestra religión! ¡¡Y no temer a nada ni a nadie!!

Nuevamente es interrumpido el orador por los aplausos. Hace una señal apenas perceptible y éstos cesan, permitiéndole continuar su discurso:

- No aceptaremos la debilidad de los partidos. No aceptaremos su traición. Nosotros no prometemos, aseguramos. Aseguramos orden, vivienda para todos los españoles, protección para los trabajadores, Justicia para todos y no sólo para unos pocos.

La plaza se inflama. Observo a los asistentes: veo expresiones encendidas, manos que estallan, voces que jalean, rostros iluminados de jóvenes, de albañiles, de amas de casa, de empleados, que me rodean, extasiados, convencidos.

Cárdenas bebe un trago de agua. Mira a su auditorio, se recrea en su éxito y continúa.

- Ayer ocurrieron unos crímenes

horribles en esta ciudad, todos estáis al tanto. Sin embargo, más allá de dichos crímenes, ¿qué es lo que vemos? El hastío de unos ciudadanos que se rebelan contra la invasión silenciosa de los que vienen de fuera, de los que no se integran con nosotros y no quieren compartir su pan, de los que quieren imponernos sus leyes, su dios, su religión. ¿Estamos dispuestos a aceptarlo? ¿O nos convertiremos en peregrinos y soldados de esta Cruzada?

Es la arenga de un general. Se desata una histeria de vivas, de aplausos, de bravos, de así se habla. Cárdenas deja transcurrir largos segundos y luego continúa, sereno y firme:

- Desde aquí hacemos un llamamiento a todos los españoles. Porque su Destino es nuestro Destino. Y nuestro Destino es el suyo.

Arrecian nuevos aplausos.

- He tenido un sueño –interrumpe con voz dura, el tono sentencioso.- He soñado que dentro de veinte años habrá millones de musulmanes nacidos en España. He soñado que las iglesias se habrán convertido en mezquitas. He soñado que las campanas serán mudas y sólo se oirá la voz de los muecines. He soñado que no podremos ver el rostro de nuestras hermanas, ni de nuestras amigas. He soñado que los libros de texto de nuestros niños no mencionarán nuestra historia ni a la Iglesia. He soñado que mis hijos deberán huir o someterse. ¡¡He soñado!! ¡¡¡Y el sueño se ha convertido en una pesadilla!!!

Cárdenas interrumpe su discurso abruptamente. La gente salta violentamente de sus sillas, de sus asientos, aplaudiendo, jadeando, gritando, algunos llorando. Miro a mi alrededor y ya no sólo veo gestos de asentimiento, veo ojos encendidos y manos que escupen entusiasmo con violencia. La plaza entera es un clamor. La banda de música explosiona con el himno nacional a todo volumen.

Le doy en el brazo a López, y le suelto:

- Este tío es dinamita.

Noche

Tengo la incómoda sensación de ser observado por millones de ojos. Los siento a mi espalda, acusándome en silencio. Los siento frente a mí, mirándome con cierto desprecio. A mi lado, mirando por encima de mi hombro lo que escribo, susurrándome que soy un estúpido, que no me he dado cuenta de nada.

Otra voz se apiada de mí y la oigo, lastimera, decir que no tengo culpa, que nadie se hubiera dado cuenta antes. O que, de hacerlo, no hubiera podido evitarlo. Nadie puede evitar el mal, me cuchichea. Sólo puedes perseguirlo.

Si antes pensaba que la matanza de Cortijo Llano era consecuencia directa del asesinato seis días antes de don Matías Bereza, ahora lo dudo mucho. Los crímenes de una familia magrebí y de su vecino son un plan premeditado, acorde con el clima que se ha creado para el nacimiento de un Frente Nacional en España que aproveche la confluencia del temor al islamismo, del rechazo a los extranjeros, y de la crisis económica, terrible, que nos asola. Pretenden atraer a masas de población descontentas con la situación actual, masas que sufren la crisis y no encuentran en las respuestas habituales del sistema político una solución a las situaciones vitales sin salida en que se encuentran. Es sabido que la incertidumbre empuja a la gente al extremismo. Los Cárdenas de España son demasiado listos para dejar escapar una oportunidad como ésta.

No. El nacimiento del MET al que he asistido hace un rato en la plaza de toros no es un acto inocente. Y no se organiza algo así, con visitas de colegas extranjeros, en dos días. Ni se reúnen significativos miembros de la ultraderecha de todo el país en un rato, cuando algunos incluso se odian entre ellos. No. Quien ha elegido el momento ha sabido hacerlo. Ha esperado la celebración de las elecciones del 20 de noviembre y la caída del partido socialista. Espera pescar en aguas revueltas.

Así lo hago constar en el informe que concluyo de redactar. Lo envío un

segundo después al Ministerio del Interior, con copia a mis jefes inmediatos.

Supondrán que intento esquivar mi responsabilidad. Pero ellos no han estado en la plaza de toros esta noche. Ellos no han visto nacer a la criatura. Un monstruo que da escalofríos. Si se demuestra la conexión con los crímenes, el monstruo adquirirá unas dimensiones impensables. España será devorada por dos fieras, en el Norte y en el Sur.

La fiera del Norte, aletargada en su hastío de hambre satisfecha con gula, pero ¿hasta cuándo? La fiera del Sur emergiendo de las cenizas de una política insustancial y de una crisis demencial. En medio, un pueblo acostumbrado a soportarlo todo y propicio a los extremos más de lo que queremos creer.

Me quedo en mi despacho. A pesar de no haber dormido la noche anterior. Debería ir a descansar. Presiento que esperan días duros. López se ha ido. Todos se han ido. Apenas un agente abajo, dormitando. Me duele el cuerpo, pero apenas puedo sentirlo. Mike ha debido cerrar ya, de modo que ni siquiera me queda el consuelo de una copa para mal llevar mi carga. Debería levantarme, ir a casa, dormir un rato y darme una ducha. Prepararme para mañana. Pero la mente no me deja descansar. Alucino entre ideas descabelladas sobre los crímenes. Imagino pistas imposibles que tengo el arrebato inmediato de asaltar, pero que luego me parecen ideas lunáticas, fruto de la desesperación. Me asalta la imagen del niño acribillado. Y, sobre todo, me asalta la frustración de no haber resuelto el crimen de Matías Bereza. ¿Se hubiera evitado la matanza de haber sido mejor policía? Tal vez, aunque ahora no estoy seguro.

De todos modos, investigamos los antecedentes de todos los musulmanes cercanos al islamismo en Almería, Granada y Murcia. Ninguno de los miembros de Justicia y Espiritualidad, ni de la Federación Islámica de la Región de Murcia ni del PRUNE pudieron estar involucrados. Los informes de las policías respectivas, incluso del CNI, eran concluyentes. Estaban controlados. Buscamos a antiguos miembros del GIA que se hubieran quedado en la zona. Nada.

Investigamos a todos los musulmanes que habían trabajado en la finca donde ocurrió el crimen y en las fincas de toda la zona. Todos tenían coartada. Ni uno solo era sospechoso de estar relacionado con cédulas islamistas.

Se analizaron los trozos de tela que Matías tenía entre sus dedos. Oportuno, ¿eh? Un trozo de pañuelo palestino. ¿Alguien había visto a algún musulmán últimamente con un pañuelo palestino al cuello? Seguro. Le cortaron la cabeza, sí. Pero no es la única seña de identidad de un asesino islamista, ¿verdad? ¿Cuántas decapitaciones se producen en Occidente? Demasiadas.

Recuerdo a Manuel, el dueño del invernadero al que Matías iba a ver cuándo se encontró con su asesino. O asesinos. ¿Por qué no estaba allí si había

quedado con Matías para venderle sus productos? Alguien lo había llamado, diciéndole que su hijo, al que habían robado el móvil apenas unas horas antes, había sufrido un accidente. Manuel, delgado, la camisa remangada, harto de trabajar, olvidó a Matías y corrió hasta el hospital, donde buscó en vano a su hijo, que estaba de parranda con los amiguetes, sin teléfono.

¿Casualidad o premeditación?

Las pesquisas para investigar el robo del teléfono del hijo de Manuel no dieron fruto. Cuando se lo robaron estaba en un pub abarrotado de gente, las chaquetas, chupas y cazadoras amontonadas en rincones, la música a todo volumen, docenas de personas chocando unas contra otras. Nadie vio nada. ¿Alguien robó el móvil para que Manuel no pudiera contactar con su hijo y se fuera del lugar donde había quedado con Matías? Cuando lo mencioné, casi me toman por loco. Ve fantasmas por todos lados, comisario.

¿Quién llamó a Manuel para mentirle y alejarlo de aquel lugar, del Pago del Collado? La llamada era oculta. Imposible averiguarlo.

Estoy convencido: alguien quería que Matías estuviera solo en aquel maldito lugar, perdido de la mano de Dios, donde sólo Manuel y sus trabajadores acuden.

Entonces, me interrogué: ¿Quién era Matías Bereza? ¿Por qué él? Aparentemente, el mejor hombre de la ciudad. Maestro aún no jubilado, pero de cierta edad. Había pedido la excedencia para atender el comedor social de Cáritas. Daba de comer a cientos de personas sacudidas por la crisis. A diario. Unos decían: me ha pagado la hipoteca, pero con la promesa de no decírselo a nadie. Otros, si no fuera por él, mis hijos no comerían. Había conseguido ropas, libros, medicinas. Todo gratis. Para todos los que le pedían algo. Para todos lo que necesitaban algo y acudían a él. Algún funcionario municipal me aseguró que si no hubiera sido por Matías habría habido una revolución en la ciudad. ¿Quién podría dar de comer a toda esa gente, comisario? Tenemos un paro del cuarenta y cinco por ciento. ¿Qué podemos hacer? Si no fuera por él…

El mismo Manuel me dijo: cuando me enteré que me pagaba los productos de su propio bolsillo, me entró algo… No pude cobrárselos a partir de entonces. Le daba todo lo que no podía exportar. Y algo más. Le pedía a mis amigos, que tienen otros cultivos, que todo aquello que no pudieran colocar, me lo dieran. Algunas veces, yo también lo pagué. Para Matías. Merecía la pena, ese hombre. Ver sollozar a un hombre hecho y derecho porque otro buen hombre ha sido asesinado en su tierra, que ha regado con su sangre, es duro. Muy duro.

¿Por qué alguien iba a asesinar al mejor de los hombres?

Me lo pregunto mientras me deslizo por un tobogán oscuro, dulce, y ya no recuerdo nada más…

JORNADA TERCERA (martes)

Mañana

- ¡Comisario! –me despierta López, su voz tan dulce atronando en mis oídos.

Apenas puedo abrir los ojos. La luz que penetra por el ventanal de mi despacho taladra mi cerebro.

López se acerca a mi mesa y atrapa el mando de la televisión. Mientras, consigo sentarme en el sofá donde he dormido. Mi boca huele a alcantarilla. Mi ropa, a sudor y tabaco. Siento un escalofrío y toso el tabaco del día anterior.

- ¡Mire!

Ha conectado el canal 24 horas de Televisión Española. Veo una calle fea de una ciudad cuyo nombre aún no he oído. Es una calle de edificios de dos plantas, fachadas bastas de ladrillo, locales cerrados con puertas de aluminio.

- ¡Han matado a otro! –grita López.

Me levanto y acudo a su lado. Ahora se ve una ambulancia y un coche de la Policía Nacional. López da volumen y me entero de que han asesinado a un emir en Alicante de un disparo en la nuca. Le han disparado a la puerta de su mezquita, un bajo de un edificio de horrible fachada.

- ¿Son ellos? –pregunto sacando un cigarrillo del paquete.
- Seguro –responde.
- Al menos, no ha sido aquí –afirmo cínicamente.
- Eso es Alicante, comisario.

Un rato después, tras una ducha y un cambio de ropa, reúno a todos los hombres. Bajamos a una sala amplia y nombro a los que quiero que estén conmigo, permanentemente, a partir de ese momento. López, Martín y Malasaña, que aún no ha llegado, pero que está de camino, serán el grupo principal. Los demás, estarán a sus órdenes.

- Quiero que los demás os distribuyáis el siguiente trabajo: hay que visitar todas las gasolineras, en círculos, alrededor de los lugares de los crímenes.

- ¿A qué crímenes se refiere?
- También al de don Matías Bereza.
- Eso es buscar en todas las gasolineras de la comarca.
- Perfecto. Eso tenéis que hacer. A ver si encontráis coches, preferentemente todoterreno, que pasen por allí cierto tiempo antes y cierto tiempo después de los crímenes.
- ¿Cuánto tiempo?
- Depende de la distancia a los lugares. Haced una proporción. En todo caso, dos horas antes y dos horas después como mínimo.
- ¿Y los demás, comisario? –pregunta García.
- Los que llevéis más tiempo en la ciudad, quiero que reviséis los vídeos del mitin de anoche.
- ¿Qué pasa con el mitin de anoche? – pregunta Rondón, desde el fondo, levantando la mano y con voz ofendida.
- Quiero que hagáis una lista de los asistentes al mitin de anoche.
- Yo también estuve –levanta la voz Rondón. - ¿Y qué?
- Pues te incluyes en la lista. Quiero que identifiquéis a los asistentes.
- ¿A todos? –pregunta alguien.
- ¿Queréis dejarme acabar, coño? A todos los que tengan protagonismo. A los que se ocupaban de la organización y, sobre todo, de la seguridad. Destacad en vuestro listado a todos los que conozcáis o sepáis que tengan un trabajo relacionado con armas, o sean cazadores, o miembros del club de tiro de la ciudad. Empezad por Rondón.
- ¡No me toque los huevos, comisario!

-

¿Quieres que vaya hasta allí y probamos?

Mañana

Dispongo sobre la mesa, frente a mí, abiertos como un abanico, los principales periódicos nacionales. El Mundo titula: *Reivindicados los asesinatos de Baria*, y subtitula: *Un nuevo grupo terrorista, Guardia Nacional Española, reivindica los asesinatos*. El País titula: *Surge grupo terrorista de extrema derecha*, a cuatro columnas. El subtítulo reza: *Aprovechando los momentos de confusión, surge un nuevo movimiento terrorista, Guardia Nacional Española, que ha reivindicado los crímenes cometidos en Baria hace dos días*.

Más o menos, todos los periódicos están en la misma línea. La letra pequeña es menos amable con nosotros. Desde incompetencia policial por no haber previsto una reacción al crimen de Matías Bereza, cometido supuestamente por islamistas unos días antes, hasta negligencia por no haber advertido el nacimiento de nuevos grupos terroristas, a pesar del momento propicio debido a la crisis económica y política que vive el país. Afortunadamente, sobre este último punto, se centran más en criticar al CNI que a nosotros. Ningún periódico menciona al comisario de Baria. Seguramente porque hasta hace dos días ni siquiera sabían que había comisaría de policía en la pequeña ciudad del Sur. No habla del asesinato del imán en Alicante, posterior al cierre de las ediciones. Aunque aún no ha sido reivindicado, a nadie le quedan dudas de quién lo ha cometido. ¿Por qué en Alicante? ¿Por qué no en Lérida, cuyo imán es un fundamentalista bien conocido? ¿Por qué no en Málaga? ¿O en Melilla, la ciudad española con más porcentaje de población musulmana? Estoy convencido de que hay una respuesta para ello. La buscaré. Aunque todos me ninguneen. Los periódicos, primero. Mis superiores después. A primera hora recibo una llamada. Están estudiando mi informe de anoche. De momento, me envían refuerzos, para estudiar de cerca el asunto. O sea, que vendrá alguien de Madrid a meterme el dedo en el ojo.

Observo la televisión sin atención. Repiten una y otra vez las imágenes que he podido ver a primera hora. Llamo a mi colega de Alicante. Está a ciegas. Tanto como yo, aunque no se lo digo. Esperamos el comunicado para que no quepa la menor duda en las certezas que nos asaltan.

Soy el centro de atención de todo el país. Tan incómodo como si me hubieran dejado en pelotas en la Puerta del Sol.

Mañana

Los dos vehículos penetraron en el barrio de San Cristóbal a marcha lenta. Giraron en las esquinas con precaución. Si alguien se hubiera fijado, hubiera visto una furgoneta Mercedes vieja y destartalada, a la que habían colocado pegatinas negras en los laterales, y un Peugeot gris metalizado.

Avanzaban tan lentamente que algunos peatones se quedaron mirando la procesión. Los cristales también habían sido cegados con telas oscuras. Sólo se podía ver al conductor y a su acompañante en ambos casos a través de las lunas delanteras. Pero vestían jerseys de cuello alto muy subidos, hasta la nariz, oscuros, y enormes gafas de sol, a pesar de que el día estaba grisáceo y tristón, de apagada luz.

Desde los coches, los hombres veían a mujeres que deambulaban tranquilamente, algunas con carros de la compra, otras que entraban y salían de los comercios. La mayoría de ellas vestían ropas largas y llevaban pañuelos sobre la cabeza. No se habían molestado los hombres de los coches en aprender los nombres de esos ropajes de otro lugar y otra época. ¿Para qué? Sólo verlos los ofendía.

Llegaron a la plaza de San Cristóbal. Una plaza pequeña, con un enlosetado central en el que hay un jardín no muy cuidado y, en una esquina, columpios para los niños. Varias palmeras se alzan imponentes y antiguas entre setos. Un sauce llorón derrama sus lágrimas junto a los columpios. Alrededor de la plaza, el asfalto, por el que se deslizaban ambos vehículos lentamente, como en un acto de contemplación. Los hombres podían ver los comercios, casi todos de musulmanes. El barrio de San Cristóbal es donde se han reunido casi todos los magrebíes que viven en la ciudad. Y pakistaníes. Tenía uno la sensación de entrar en una ciudad diferente, africana, no europea. Locutorio Abdellah, ante el cual un asiático oscuro de piel fumaba un cigarrillo. Una taberna sin nombre, con varias mesas en la puerta para que los fumadores cumpliesen la Ley. En las mesas, varios hombres bebían café. Éstos miraron con detenimiento los coches. Luego, los observaron con extrañeza. Las matrículas eran raras. Como las que llevan los coches de juguete. Algún comentario entre ellos. Más allá, el bazar Marroco. A la puerta tres mujeres charlaban, con bolsas en las manos. Y, al lado, la carnicería, ante la que se detuvieron los dos vehículos. Conectaron los intermitentes de emergencia y taponaron la calle, por la que nadie más podía circular. Todo se quedó en silencio, como tiempo suspendido, unos segundos. De pronto, se abrieron las puertas de los coches y cuatro hombres por vehículo descendieron ágilmente. Todos vestían ropas oscuras. Negras o grises. Todos portaban bates de béisbol o cadenas. Uno, una escopeta. Éste se quedó junto a los coches,

vigilando. Dos de los asaltantes corrieron hasta los hombres que había ante la taberna. En un segundo se plantaron ante ellos y, antes de que pudieran reaccionar, comenzaron la agresión. Las sillas cayeron empujadas por los cuerpos impulsados por los golpes. Las mesas volcaron con sus tazas y sus refrescos. Gritos. Aullidos de dolor. El sonido hueco de los golpes de los bates en los huesos. Gritaban los crack de los huesos rotos. Las mujeres aullaron, lenguas aterrorizadas. Corrieron a esconder a los pocos niños que, afortunadamente, había en la plaza a esa hora de la mañana.

Otros tres hombres entraron en la carnicería. Golpearon sin compasión a dos mujeres, que cayeron al suelo. Saltaron el mostrador y pegaron en el pecho al carnicero, dejándolo sin aliento, luego en las piernas, para que no pudiera levantarse. Después, arreciaron los golpes a los cristales de los mostradores, a las carnes expuestas, a la caja registradora. El que llevaba una mochila colgada a la espalda, la abrió, tras dar una patada a una de las mujeres, que intentaba levantarse. La mujer aulló y se encogió sobre su vientre. El hombre lanzó vísceras y sangre de cerdo al suelo, a las paredes, por todas partes. Los otros dos hombres corrían por la plaza apaleando a todo el que encontraban. Un golpe de cadena en las piernas, una patada con botas militares en la cabeza o el vientre o los riñones. Cuerpos retorcidos, gritos, aullidos, terror.

Sonó un silbato. Los hombres, con precisión militar, volvieron a los coches. El último en subir fue el que vigilaba apostado junto a ellos con la escopeta. Antes de hacerlo, disparó tres veces a través de las cristaleras de la carnicería. Restos de cristales se incrustaron en los cuerpos tendidos en su interior.

En un minuto, habían hecho su trabajo y los coches habían desaparecido.

Mañana

Cuando nos personamos en la Plaza de San Cristóbal, ya han evacuado a los heridos. Comprobamos los daños sufridos por la carnicería y las quejas y llantos de los vecinos. La sensación de ir detrás de los acontecimientos es frustrante. Tal vez podamos identificar a los agresores, en el mejor de los casos. Será una victoria pírrica. Mucho me temo que no serán los mismos que llevaron a cabo la matanza. De estar en lo cierto, las cosas pintan peor. Significa que están muy organizados y son suficientes en número para actuar en diversos escenarios con acciones totalmente diferenciadas. La estrategia me suena. Me suena demasiado. Y la música no me gusta nada.

Vuelvo a la comisaría con la misma sensación de vacío que me asaltaba

unas horas antes. La única esperanza: que identifiquemos los vehículos y a los asaltantes y, de ahí, podamos coger un hilo hasta los hermanos mayores, los que no se limitan a pegar y destrozar, los que asesinan. Doy orden de revisar todas las oficinas bancarias, gasolineras y negocios susceptibles de disponer de cámaras de seguridad en torno al barrio de San Cristóbal. Por lo que nos dicen, las matrículas habían sido camufladas, de modo que sólo un golpe de suerte nos podrá ayudar. Sueño con una delación, pero, ¿un grupo incipiente que no acumula más que un éxito detrás de otro ante una policía incapaz? Imposible. Ahora están exaltados, exultantes de su arrojo.

Ordeno a todos los hombres que presionen a sus soplones. Es una ciudad pequeña, tal vez alguno sepa algo… Pero también es cierto que, precisamente por ser una ciudad pequeña, es más difícil conseguir que la gente hable. Todos se conocen, de un modo u otro. Cuesta sacarles algo importante. A veces, no nos dicen más que lo ya sabemos.

Poco a poco, van llegando a la comisaría los agredidos que pueden tenerse en pie. Otros, se han quedado en el hospital. Varios traductores se reparten el trabajo y mis hombres se anclan a sus mesas para tomarles declaración. Llevará horas. Cuando comencemos a tener las cosas claras, será de noche.

Un momento después, se oye un tumulto en la puerta de la comisaría. Lo que faltaba. Cuando salgo, me encuentro varias docenas de musulmanes gritando, levantando sus manos, protestando. Cuando me ven, como no llevo uniforme, piensan que soy el jefazo y sus gritos e imprecaciones, que afortunadamente no entiendo, se encrespan. Tiendo las manos hacia ellos. Al frente de la manifestación, Mohamed Salah Eddine, el emir de Baria. Hablé con él hace unos días. No fue una conversación hostil, pero tampoco amistosa.

- ¡¡Comisario!!- grita.

Bajo la escalinata y me acerco a ellos. Salah Eddine me espera con ojos endurecidos de juez implacable.

- ¡¡¡Esto es inadmisible!!!.

Habla con un acento dulce del Magreb. Cuando estoy frente a él, me rodean hombres y mujeres indignados. Los comprendo. Callo y espero que se desahoguen. Nos miramos. Salah Eddine hace un gesto y los demás, paulatinamente, callan.

- Esto es inadmisible, comisario. ¿Qué clase de gente hay en este país?
- No muy diferente a la que hay en el suyo.

Se pone rojo de ira. Sus labios finos, medio escondidos en una barba negra demasiado poblada, se ponen tirantes, a punto de explotar.

- ¿No les basta con asesinar familias enteras, que ahora tienen que golpearnos y humillarnos y ofendernos?
- Estoy tan ofendido como usted, aunque no me crea. Es mi responsabilidad. Y trabajo…
- ¡No trabaja! –me interrumpe.- Ni siquiera han encontrado al asesino de aquel buen hombre. Y sólo porque no les cabe en la cabeza que no sea musulmán.
- Sabe que eso no es cierto.
- Sí es verdad. Y como no encuentran un musulmán al que cargarle el mochuelo, no encuentran nada.
- Era la primera línea de investigación, sabe que yo…

Ahora no me interrumpe sólo Salah Eddine, sino todos los que me rodean, gritando indignados, en un español más o menos entendible, que la policía española siempre quiere meter en la cárcel a moros, no a cristianos.

- Les aseguro que me da la igual la religión de quien sea el asesino. Si no me creen, pueden ir a quejarse donde les parezca.

Me doy la vuelta para volver a la comisaría.

- Comisario, luego saldremos en la tele. Y diremos la verdad sobre usted. Y haremos una manifestación y…
- No dejen de hacerla. Todo lo que hagan me parecerá bien. Ahora váyanse a cuidar a su gente. El resto, es mi trabajo.

Cuando subo las escaleras que conducen a la comisaría, López, que ha salido a vigilar que a su comisario preferido no le pase nada, me pregunta:

- ¿Los disolvemos?
- No. Que se desahoguen. Tienen razón.

Mañana

Habían pasado dos días desde el asesinato de Matías. Estábamos atascados. La búsqueda de elementos radicales en la zona no había dado resultado. Incluso en el caso de que Matías Bereza llevase consigo dinero para pagarle a Manuel los productos para abastecer el comedor de Cáritas, y siempre que el motivo del crimen hubiese sido el robo, ningún ladrón le hubiera cortado la cabeza. Era, sin lugar a dudas, un mensaje.

Fui a ver a Salah Eddine. Lo teníamos más o menos vigilado. Del partido Justicia y Espiritualidad, aparentaba moderación. Pero nunca podemos estar seguros de sí es sólo una apariencia. Además, ¿qué es moderación para un musulmán? Lo que para ellos es moderación para nosotros es incomprensible en el siglo XXI.

Lo veo ahora, ahí abajo, desde mi ventana, rodeado de los suyos, ofreciéndoles indignación y consuelo. López baja los escalones y habla con él. Le pone la mano en el hombro, comprensivo. No oigo sus palabras, pero le estará prometiendo que haremos todo lo posible. Si no me cree a mí, tal vez crea a López. A él lo conoce desde hace años.

López aguanta el chaparrón que yo no he tenido ganas. Asiente con la cabeza, por supuesto. Empuja suavemente a Salah Eddine y a los que lo rodean. Les pide que se vayan.

López me acompañó. Lo encontramos en su mezquita. Llama la atención la sencillez de sus templos. Lo esperamos en la puerta. Salió unos minutos después. Apenas miró de reojo a López y luego nos pidió que lo siguiéramos. Nos condujo hasta un edificio desvencijado que había en la esquina. El barrio de San Cristóbal tiene las arrugas en el rostro de una madurez de los sesenta mal llevada. Los votos de sus habitantes no deben valer mucho. Casas viejas con fachadas sin pintar ni revocar. Bloques de tres plantas, a lo sumo, del último franquismo. Viviendas sociales de ladrillo rojo, estrechas como cajas de cerillas. Un barrio de aluvión de los sesenta que se había convertido en un barrio de aluvión magrebí durante los noventa y la primera década del siglo XXI. Las calles, estrechas y largas, habían sido dispuestas alrededor de la plaza del mismo nombre, en la que se ha producido el ataque esta mañana, el único espacio abierto de todo el barrio.

Subimos por una escalera de paredes desconchadas y placas de terrazo de un color indefinido. Salah Eddine abrió una puerta de chapa. Nos invitó a entrar en una estancia casi desnuda, apenas una mesa y unas sillas. Cuatro puertas se abrían a dependencias interiores. Una ventana dejaba penetrar la luz muy blanca del día.

Salah Eddine es un hombre menudo, de gestos definidos y precisos, seguro de sí mismo, con la certeza en las cosas que otorga la fe inquebrantable. Me lo había advertido López, no sería fácil hablar con él.

Antes de que nos invitara a sentarnos, espetó:

- ¿Vienen a culparnos? Todos los musulmanes somos culpables del asesinato de don Matías.

Recuerdo sus palabras, ahora que lo veo alejarse de López, ahí abajo, seguido de los suyos. Pero se vuelve, mira fijamente a López y levanta un dedo en señal de advertencia. Sus labios dicen algo que no puedo oír.

Sí oigo, en cambio, lo que dijo aquel día:

- Ustedes ya tienen sus culpables. Somos nosotros.
- La víctima tenía un trozo de kaffiya entre los dedos. Y le habían cortado la cabeza. No es el modo habitual de asesinar aquí.
- ¿Los europeos nunca han cortado cabezas? Puedo darle una clase de historia –vomitó.

López quiso introducir algo de paz. Levantó las manos. Preguntó si podíamos sentarnos. Salah Eddine respiró hondo. Nos ofreció una taza de té. López asintió. Hubiera sido un insulto no aceptar.

Lo oíamos trajinar en la cocina mientras esperábamos el té. López, por lo bajo, me pidió prudencia. Salah Eddine era nuestra única esperanza de encontrar un poco de colaboración entre la comunidad musulmana.

Mientras disponía las tazas de té sobre la mesa, observé su rostro. Si le quitabas la barba rala y negra que lo cubría seguramente hubiéramos encontrado una cara de niño grande. Rasgos leves, apenas resaltados. Estructura redonda. Ojos profundos y oscuros.

- Señor Salah Eddine –comencé cuando tomó asiento frente a nosotros.- Tenemos mucho interés en encontrar al asesino de don Matías. Sea quien sea. Pero es urgente hacerlo pronto. Ayer hubo una manifestación, y los gritos no eran nada agradables, especialmente para ustedes.

Me miró adustamente, pero no respondió. Se inclinó sobre su té, sopló

sobre la taza y bebió un primer sorbo.

- No quiero que se repitan los acontecimientos de El Ejido de hace unos años -continué.- Nadie sufrió más entonces que la comunidad musulmana de allí. ¿Es eso lo que quiere usted?
- Lo que quiero yo es que no se culpe a los musulmanes de todos los hechos horribles que suceden en su país –replicó Salah Eddine.
- Nada más lejos de nuestra intención.

Aparentemente más relajado, López se animó.

- Necesitamos toda la ayuda posible. Salah Eddine, no tenemos por qué mentirnos entre nosotros. Es evidente que el crimen parece cometido por un fanático islamista. Tenemos que cogerlo antes de que alguien quiera tomarse la justicia por su mano.
- ¿Por qué ha de ser un islamista?

Cuando nos disponíamos a rebatirle y repetirle los indicios que teníamos y que todo el mundo sabía porque habían sido publicados en la prensa, hizo un gesto y nos pidió que lo escuchásemos.

- ¿Saben que la mayoría de los islamistas radicales no surgen en nuestros países, sino en Europa?
- Pero entre los suyos- repliqué.
- Pero educados en Europa – me miró fijamente, con aire de reproche.
- Educados por ustedes, en sus mezquitas. No por nosotros. Le recuerdo que en este barrio tenemos noticias de que han impuesto la sharia y disponen de policías para mantener su propio orden.
- ¿Y por qué no han hecho nada?
- Lo haremos, descuide –le advertí.

Sonrió. Estaba confiado. Pensaba que no llegaríamos hasta ellos. Hice el gesto de levantarme para marcharme. Hablar con él era una pérdida de tiempo. Pero López me detuvo.

- O estás con los que han hecho esto o estás con nosotros, Salah Eddine. Si no nos ayudas, será peor para vosotros. Alguien se tomará la justicia por su mano y nosotros no tendremos más remedio que entrar a saco en tu barrio.

La advertencia pareció afectarle. Levantó las manos en gesto de paz y dijo:

- ¿Quiénes sufren más los ataques de los fanáticos? Ustedes en Europa han sufrido algunos atentados, sí. Terribles. Pero la inmensa mayoría de los ataques se producen en nuestros países. Entre nuestra gente. Bombas en los mercados, que no destrozan a niños occidentales, sino a niños musulmanes. Quienes más sufrimos somos nosotros, no ustedes.

Escupe las últimas palabras con desprecio.

- ¿Saben lo que tuve que pasar en Argelia? ¿Acaso lo saben ustedes? –gritó.

Luego, tras mirarnos detenidamente, más calmado, añadió:

- Qué sabrán ustedes…
- Por eso mismo, Salah Eddine, necesitamos tu ayuda –intentó López.

La rememoración de sus años jóvenes, no hace tanto, en su país, puso humedad en sus ojos.

- ¿Creen acaso que cuando nos hieren no sufrimos? ¿Que cuando degüellan o decapitan a uno de nuestros amigos, de nuestros familiares, no sufrimos? ¿Creen que no sufrimos cuando toman en vano el nombre de Dios y nos destrozan con bombas?

Nos miró detenidamente. López y yo bebimos de nuestro té, muy amargo. Esperamos.

Salah Eddine suspiró.

- Si hubiera alguien así en mi comunidad, lo sabría. No, comisario. No hemos sido nosotros. Nadie, al menos, de esta comunidad. Si hubo alguien de paso, lo desconozco. Pero si se empeña en buscar entre nosotros, perderá su tiempo y el asesino verdadero escapará.

Mediodía

- Fue un éxito el mitin de ayer, don Cristóbal – comentó Lucas Martos, obsequioso.
- Lo fue, lo fue –repuso con sonrisa satisfecha Cristóbal Cárdenas.

Se habían reunido de nuevo en Las Soledades.

- ¿Habéis contactado con Blanco?
- Todo ha ido bien, señor –dijo Vila.

Estaban sentados alrededor de una larga mesa de comedor, de madera maciza, sin un solo adorno, que Cárdenas había encargado expresamente para esta estancia. La casa cortijo era enorme. Con una planta dispuesta en cruz, como una iglesia, aspecto que siempre había fascinado a Cárdenas desde que concibió su proyecto y que le había hecho adquirir la finca, con sus treinta y cinco hectáreas alrededor, como la semilla desde la que nacería un nuevo país. Y con ese nombre tan acorde con las largas y solitarias horas en que había reflexionado sobre el porvenir, sobre sus obligaciones y deberes para con la Patria. Las Soledades era el ámbito donde había surgido una mística del sacrificio que Cárdenas estaba dispuesto a llevar a sus últimas consecuencias.

- Blanco está en su trabajo, con total normalidad –apostilló Vila.

Adornada sólo con muebles rústicos de madera maciza, Cárdenas no había querido que entrara en su casa ni un solo mueble, ni un solo objeto que no fuera ratificado por una fabricación o confección patria, de acuerdo a los sistemas clásicos. La mesa hecha a mano. Las sillas, el aparador. Colgados, cuadros con antiguas fotografías de sus antepasados. Paredes de piedra. Una chimenea enorme en la cual crepitaban maderos como vigas. Tenía una familia encargada de su mantenimiento, pero les avisaba cuando venían para que se bajasen a la ciudad. No quería un solo testigo. Amaba la soledad de Las Soledades, donde había concebido todo el proyecto, hacía ya muchos años. Tenía la espina clavada de que había tardado mucho tiempo en llevarlo a la práctica, en comenzar. No había sido tan decidido como Sabino. Él había

sabido provocar una explosión desde el principio. Se consolaba pensando que no se daban las mismas circunstancias. Demasiados años de dudas, de avances y retrocesos, de no decidirse por no encontrar las personas adecuadas. Cuando lo hizo, tantos viajes por toda España, contactando con unos y con otros, falangistas, fascistas, nazis, franquistas. Los despreciaba, aunque ellos se considerasen políticos puros, como se llamaban a sí mismos. ¿Qué eran? Insustanciales nostálgicos que ni siquiera se atrevían a soñar con un cambio profundo del país, que se limitaban a rememorar el pasado cada 20 de noviembre y a quejarse sin hacer nada. Para él, estaban ciegos. Era ahora o nunca. El país estaba maduro para el cambio. Las políticas traidoras de los últimos años, la crisis económica, hacían gran parte del trabajo.

- ¿Se fueron nuestros amigos extranjeros? –preguntó Lucas Martos.
- Los hemos llevado esta mañana al aeropuerto de Almería.

Cristóbal Cárdenas elevó su vaso de vino. Todos hicieron lo mismo. El vino, de sus propios viñedos, era hecho por él, con sus propias manos. Tenía algo de sangre propia. Se levantó.

- Por el nacimiento de un proyecto nuevo, grande y único que convierta a nuestra España en Única y Grande otra vez.

Todos brindaron.

- Y todo en siete días –dijo el Pelao, con admiración.- Lo hemos hecho todo en siete días.
- Sólo es el comienzo. Nos queda mucho trabajo –rectificó Cárdenas.
- Sí, señor.

Volvieron a beber.

- ¿Habéis leído el comunicado por la acción de anoche? –preguntó Cárdenas, satisfecho de la redacción.
- Fantástico. Al pueblo español le quedarán claras las cosas –dijo Vila.- Estarán con nosotros.
- Al pueblo español hay que grabarle las cosas a sangre y fuego. Lo amo –dijo con pesar

Cárdenas.- Lo amo tanto que me duele –su gesto de descompuso en una muestra de dolor.- Pero… Es tan débil, tan cobarde.

- ¿Por qué dice eso, jefe? – preguntó el Pelao, ofendido.

Cristóbal Cárdenas lo miró largos segundos, con esa profunda mirada azul que los estremecía.

- Es cobarde. Si no, ¿cómo es posible que haya soportado cuarenta años a ETA? – su tono de voz, casi un susurro, se fue elevando- ¿Te cabe en la cabeza que ni una sola víctima de ETA se haya vengado? ¡¡¡Ni una!!! – gritó, indignado. - ¿Cómo es posible que mi pueblo haya permanecido sin reaccionar? – sus ojos se humedecieron.
- Podemos hacerlo nosotros – advirtió Vila.
- Aún no. Nuestra prioridad son y serán los moros –ordenó Cárdenas. - Pero a todos los cerdos les llega su San Martín.

Tarde

- ¿Sabes por qué te hemos llamado?
- No.

El inspector Salas se encontraba en su despacho, a la espalda de la comisaría. Se trataba de un hombre bajito, atildado, de peinado perfecto y pantalones a raya. Llevaba una camisa de marca, con un jugador de polo bordado. Había dejado su chaqueta de lana en una percha, perfectamente dispuesta.

Cuando entró David Herraz abortó una expresión de disgusto. Poco más de veinte años, sin trabajo conocido más que vivir del hermano muerto, que llevaba el negocio como un esclavo. Cazador compulsivo, vestía ahora unos tejanos descoloridos y una camisa azul, sobre la que se había colocado un

chaleco de cazador.

- ¿Por qué no me dejan enterrar a mi hermano?
- Eso lo decidirán otros. ¿Sabes por qué te hemos llamado?
- No.

Salas se sentó frente a David Herraz. Los separaba su mesa de trabajo.

- ¿Quieres ver a tu hermano? –preguntó Salas llevando la mano a la pantalla del ordenador.- O tal vez prefieras ver las fotografías.
- ¿Qué quiere decir?
- No es muy agradable.
- ¿Es que hay alguna duda de que se trata de mi hermano? Me mostraron sus cosas. Era su coche.
- ¿Y a él?
- Los de la funeraria, que me conocen, me dijeron que era mejor que no lo viera.
- Imagínate cómo quedó.
- Si el coche se quemó…
- A eso quiero llegar.

David Herraz elevó los ojos, suspicaz, hasta los almendrados ojos del policía. Observó que tenía ojos de chica el madero. La piel muy cuidada, casi brillante. Este tío se pone cremas, pensó.

- Tenemos ya el informe de la autopsia.
- ¿Y qué?
- A tu hermano lo asesinaron.

La reacción de David Herraz sorprendió al policía. Agachó la cabeza y sonrió. El inspector Salas esperaba una reacción abrupta, improperios, quejas malsonantes, expresiones de estupor, de indignación y de incredulidad. En cambio, sólo una sonrisa callada.

- ¿Te hace gracia?
- ¿Quién iba a querer asesinar a mi hermano?
- Dímelo tú.
- Imposible. Mi hermano era un infeliz. No le había hecho daño a nadie en su vida.

- Tal vez tenía algo que le interesaba a alguien.
- ¿Mi hermano? ¡Bah!
- A ti.

Las palabras sonaron como un disparo. David miró al policía a los ojos. Con ira. Si no hubiera sido policía... Si no hubieran estado en la comisaría… Ese pijo de mierda se tragaría las palabras. Supo que podría partirle su cara de chica con una mano a la espalda.

- ¿Está usted loco?
- No. Loco fue el que lo hizo, pensando que somos idiotas.

David Herraz comenzaba a comprender que algo había hecho mal. Muy mal. Cambió la expresión y observó al policía con un gesto de extrañeza y de pena.

- ¿Cómo?
- ¿No sabes cómo lo mataron?
- ¿Cómo iba a saberlo?

Salas se lo pensó.

- Lo estrangularon con una cuerda antes de meterlo en el coche y quemarlo. Algún estúpido pensó que el fuego borraría el rastro de la cuerda en el cuello. Pero no pensó en los daños internos. Un forense lo ve tan claro como me ves tú ahora a mí.

David movió la cabeza a un lado y a otro, negando.

- Supongo que ahora te quedarás tú sólo el negocio. Todo para ti, ¿eh?

David se encogió de hombros.

- Eres su único heredero, ¿verdad?

Tardó en responder, pero movió la cabeza afirmativamente. Se sentía confuso. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Se mordió los labios.

- ¿Tienes pasaporte?
- No.
- No quiero que te vayas lejos de aquí en los próximos días. ¿Te ha quedado claro?

David miró al policía. No soportaba que le hablara así. Pero ahora debía

disimular. Y pensar. Pensar mucho.

- ¿Dónde estabas antenoche, de madrugada?

Tarde

Sabía desde el principio que no iba a ser fácil. Me consideraban un caso perdido. Mi retiro en el Paraíso del Sur no era tal. Era un castigo al último rincón de la península. Una comisaría abarrotada de trabajo burocrático, con pocos hombres y sin posibilidades de ofrecer mérito profesional alguno. Estarían tirándose de los pelos. Surge un nuevo grupo terrorista y ha de tocarle a éste. Así que no podía esperar una colaboración desinteresada. Venían a supervisarme, dando por anticipado que mi trabajo sería deficiente, que mis posibilidades de solucionar los crímenes inexistentes. Para colmo, entendían que aún no estaba probada la relación entre el grupo que había reivindicado la matanza de Cortijo Llano, Guardia Nacional, y otros grupos políticos, de modo que, por ahora, la matanza no era sino una respuesta inmediata al asesinato de don Matías Bereza. Esto implicaba que mi incompetencia en resolver el primer crimen había desencadenado el segundo.

No lo dijo tan claramente, pero lo dio a entender. Una hora antes, el Comisario Jefe de Almería me llamó para anunciarme que los refuerzos de Madrid acababan de aterrizar y estaban de camino.

Así que venían a supervisarme y, en definitiva, a hacerse cargo de las cosas. Incluso, si era necesario, ya disponían de un cabeza de turco que cargase con las críticas.

Los hago esperar un rato. No es conveniente que crean que todo el monte es orégano. López me avisa:

- Vaya par de colegas. Además, uno tiene pinta rara y no se ha presentado.
- Del CNI – le digo.

Se queda con la boca abierta.

- ¿Te crees que iba a surgir un nuevo grupo terrorista que, por cierto, parece que ha pasado por delante de sus narices sin enterarse, y no iban a venir corriendo? Lo que me extraña es

que no hayan venido antes.

El primero es grueso, calvo, lleva unas gafas de lectura colgantes de un cordel que cae hasta el cuello, y viste un traje gris. Parece un contable. Cincuentón largo, su mirada es grisácea, desvaída, suspicaz. Repasa todo lo que ocurre a su alrededor, profesional y con cierto falso aire ausente. Sonríe levemente. Su mano es floja cuando nos saludamos, como si le molestara el contacto con la mía. Se presenta como el comisario Raya, de la Comisaría General de Información.

El otro es alto y delgado, no de menor edad que el anterior, pero su aspecto es mucho más aguerrido. Viste una chaqueta de cuero y tejanos muy lavados. La frente se adentra demasiado en un cráneo brillante y liso como el culo de un crío. Tiene los ojos marrones muy separados y demasiado pequeños, así que uno cree ver nada más que carne en la cara, como si el resto de rasgos hubieran sido borrados a medias con una goma. El comisario Raya lo presenta como su ayudante, Blanes, sin ofrecer rango ni ninguna otra distinción.

No hace falta. He acertado.

Se sientan frente a mí, el comisario Raya abre una carpeta, en la cual seguramente no habrá mucho más que mi informe, aunque no la deposita sobre la mesa para que yo no alcance a ver su contenido.

- La situación es grave, comisario –me dice.
- Lo sé.

Hace un gesto incómodo por mi interrupción.

- No hacemos demasiado caso del comunicado que se emitió tras el atentado –continúa.

Me suelta el rollo. No creen que haya surgido un nuevo grupo terrorista. Piensan que será una cosa de la prensa por el comunicado, pero que se disolverá como un azucarillo en cuanto se resuelva el primer crimen y que todo quedará en una venganza. Es prioritario detener a los autores del primer crimen. Los otros caerán por sí solos. La experiencia nos dice que la mayoría de grupos terroristas, caso de que éste lo sea, no resisten más que una temporada en liza. Necesitan apoyo táctico y estratégico, mucho dinero, y muchas otras cosas que, según sus informaciones, es impensable que puedan darse en esta parte del país.

- Se nota que no estuvo anoche en el mitin de ese nuevo partido político –vuelvo a interrumpirle.- Si hubiera estado allí, tal vez podría plantearse cambiar de opinión.

Vuelve a mostrarse molesto por la interrupción. Se ve que aprendió la lección y que las interrupciones le hacen perder el hilo. Mira de reojo a su compañero, esboza un suspiro de paciencia y continúa.

- Según nuestras informaciones, ese grupo será efímero. Un poco de ruido y poco más.
- Eso pensaban en Francia con el Frente Nacional, al principio.

El comisario Raya, mirando hacia abajo, cierra la carpeta e intenta intimidarme con una mirada fija y airada. Permanezco impasible.

El silencio se vuelve espeso, cargado. Me entran ganas de fumar.

- Comisario –comienza.- Hemos venido por instrucciones de nuestros superiores. Tenemos órdenes de tomar perfecto conocimiento de su investigación y ayudar en la medida de lo posible.
- Todos los elementos de nuestra investigación están a su disposición. Les diré a mis hombres que colaboren plenamente. Toda ayuda será bienvenida.
- No esperaba otra cosa de usted. También ha recibido órdenes en tal sentido.
- No las he recibido. Pero no me considero infalible. Espero que ustedes nos ayuden a encontrar a esos asesinos.

Ambos se relajan levemente. No obstante, Raya se humedece los labios.

- Comisario. No queremos ofenderle. Pero tenemos instrucciones precisas de dirigir esta investigación.
- Si es un asesinato normal y no un atentado de un grupo terrorista, me gustaría saber la razón.
- No es misión nuestra cuestionar las órdenes.

Abro el cajón de mi mesa y pongo un cenicero sobre la mesa. Busco un paquete de Marlboro y les ofrezco.

- No se puede fumar en edificios públicos –afirma Raya.
- Bueno. Ya que me están dando una patada en el culo…

Raya resopla y Blanes sonríe.

- No lo tome así.
- Bueno –les digo, mientras enciendo el cigarrillo. Ellos han rehusado acompañarme.- Dispondrán de todo lo que tenemos. Pero si esperan que me vaya a mi casa, se han equivocado. Mientras no me lo ordene el Ministro del Interior en persona, seguiré en mi puesto y yo también trabajaré. Ordenaré que les preparen un despacho.

Raya esboza una mueca que parece una sonrisa cansada. Como si esperara que yo presentase todos los inconvenientes del mundo.

- No sé si me ha entendido bien…

Blanes intercede. Por primera vez, oigo su voz, ronca y sorda.

- Por mi parte, no hay problema. El conocimiento de la zona por parte del comisario nos puede ser útil. Nadie pretende apartarle, comisario –me dice, mirándome ahora a mí.- Pero tenemos que cumplir nuestras órdenes.
- Bien. No hay problema. Espero que las pruebas que encontremos las compartamos para poder llegar al fondo de este asunto.

Carraspea Raya y afirma:

- Las pruebas serán competencia exclusiva nuestra, comisario. Ya hay demasiados comentarios…
- ¿A qué se refiere? – ahora el que lo mira a los ojos con ganas de

soltarle algo más que unas palabras, soy yo.

- No nos engañemos, comisario. Se dice que en esta comisaría se *fabrican* pruebas.
- ¿Cómo ustedes en el 11-M?

Pega un respingo que lo pone firme sobre la silla. Está a punto de levantarse. Se pone rojo, aire de indignación. Sus labios se bufan en las imprecaciones que lo asaltan, pero se contiene finalmente, la mano de Blanes en su brazo.

- Dicen, comisario, que tiene usted amistades sospechosas –deja caer Blanes, mirándome con una sonrisa.- Creo que un tal Michael Rigby es muy amigo suyo.
- Puedo elegir a los amigos. Por desgracia, no puedo elegir a los compañeros.

Obviamente, la reunión termina inmediatamente. Cuando salen de mi despacho, ordeno a García que les habilite un despacho en la parte trasera. Digo de viva voz, para que todo el mundo me oiga, que todo lo relacionado con el asesinato de don Matías Bereza, así como con los asesinatos de Cortijo Llano, debe ser puesto a disposición de nuestros compañeros de Madrid.

Cuando vuelvo a mi despacho, llamo a López. Éste cierra la puerta tras él como si fuéramos a contarnos secretos, mirando por encima de su hombro a Raya y a Blanes, que están al otro lado de la sala, hablando con García. López cierra la puerta.

- Todas las pruebas que les entreguéis, primero hacéis una copia para mí, sin decírselo a nadie. Además, Martín, Malasaña y tú no os dejéis ver mucho. No quiero que os den ni una orden. Vosotros estaréis sólo a mi disposición.
- Perfecto, comisario.
- Y otra cosa. Dile al Lila que tengo que verlo, cuanto antes.
- ¿Al Lila?
- Al Lila, López. Y cuanto antes.

Tarde

Estuvo varias horas en los locales habituales, buscándolos. Ni siquiera respondían al teléfono. Ni Vila ni Lucas Martos. Pensaba decírselo al primero, porque confiaba más en su consejo, al fin y al cabo, era Policía Municipal. Pero temía su reacción. Tenía, sin embargo, más confianza en Lucas Martos, un colega más accesible. Vila siempre parecía tener un palo metido por el culo. Estirado y muy seguro de sí mismo, era capaz de decirle que se buscara la vida. O peor, que le diera explicaciones de dónde había estado hacía dos noches, sobre la madrugada.

Aún le roía el cerebro la maldita pregunta del policía. Había tenido que salir por peteneras. Ni me acuerdo, estaba borracho, con los amigotes. Tengo que hacer memoria. El policía, el tal inspector Salas, lo miró con esos ojos que parece que se pinta, la piel brillante de una chica, y esbozó un gesto perceptible que él interpretó de desprecio. Para aquel tío, él era sospechoso de la muerte de su hermano.

Por fin le habían dado los permisos necesarios para enterrarlo. Ya estaba el cuerpo en el tanatorio. Tendría que ir. Y pasar allí la noche, recibiendo palmaditas en la espalda. Vaya mierda.

Si nadie va a echar de menos a Eusebio, ¿qué coño? ¿Por qué han de ir todos a darme la tabarra esta noche? Ni siquiera podré dormir.

David Herraz llegó a casa preocupado por no haber sabido ocultar la verdad. Acojonado, por ser evidentemente sospechoso para el policía maricón. Cabreado por no haber podido localizar a los colegas, a ver si le ayudaban proporcionándole una coartada. ¿Dónde estarían hace dos noches? Como estuvieran en sus casas, acompañados, menuda cabronada. Ni coartada ni nada. ¿Y qué les dirá? ¿Dónde estaba? David pensó decirles que estaba con una puta que recogió en la curva del polígono. Pero, ¿dónde? Sí. Ahora caía. Se reirían de él por coger una puta barata de las que esperan en la calle, a la intemperie. Pero no se extrañarán. ¿Y dónde podría haberla llevado? ¿Toda la noche en el coche, hasta la madrugada? Sí. Nos fuimos a la playa, a una de esas urbanizaciones en las que ahora no hay nadie. Podría echar un vistazo y decir que pegó una patada a una ventana y se coló y estuvo follando hasta las tantas. O decir, simplemente, que estuvo en el coche, con la calefacción encendida. Una mamada y dos polvos. Vale, pensó. Ya tenía la excusa para que los colegas mintieran a la bofia. Una puta barata que vete tú a saber dónde está. Ni siquiera me acuerdo de ella, joder. Estaba hasta arriba de cubatas.

David subió las escaleras y comenzó a desnudarse. Se daría una ducha, se pondría unos pantalones de vestir y una chaqueta para aguantar el maldito velorio.

Encendió la luz de su cuarto. A ver si tenían al menos la decencia de ir al velatorio de su hermano. Entonces se lo diría. A Lucas Martos el primero, sí. Sin duda. Seguro que se enrollaba.

Se quitó el chaleco de cazador y lo tiró sobre la cama. La mierda de los días tan cortos del último otoño y no se ve un pijo en la casa. Encendió la luz. Los postigos estaban abiertos. Se veía la casa de Regina, al otro lado. Apenas unos metros. ¿Por qué coño tenían que haberlas hecho tan juntas con el espacio que había alrededor? Había que ser gilipollas, pensó de sus padres. Y menuda pájara, Regina. ¿Qué quería insinuar cuando dijo que había oído mucho ruido? Sintió una punzada de frío al pensar que la muy graja bien pudo asomarse a la ventana. No vería lo que ocurría dentro de la trastienda, por supuesto que no. Pero sí su coche. Sabría a qué hora volvió. Podría echarle por tierra su coartada. La muy...

David se quedó completamente desnudo. Dio varios paseos por el dormitorio, buscando la ropa que se pondría luego. Pero cuando llegaba al armario, debía detenerse e intentar recordar qué había decidido ponerse. Su mente estaba más en la búsqueda de la coartada que en otra cosa, en la imagen del hijoputa del inspector, que parecía mirarlo aún acusadoramente, y en la preocupación por lo que pudiera haber visto Regina. Sí. Pudo ver su coche cuando llegó, con lo que podría decir que volvió a casa un buen rato antes de lo que él podía admitir. Sacó finalmente toda la ropa y la dispuso sobre la cama. Entró en el baño contiguo. Hacía frío. Tenía la piel de gallina. Dio el agua caliente y conectó un calefactor. Comprobó el agua inclinándose sobre la bañera. Al elevarse, su mirada atravesó la ventana y cayó en Regina. Allí estaba, la viuda sin calor, ¿mirándolo? No la había visto antes porque ella no había encendido la luz. Sintió una subida de deseo, brusca y voraz como un ataque cardíaco. Sintió calor súbitamente. Sintió el corazón acelerado. El deseo emergió de un latigazo, una llamada silenciosa a través de la calle en penumbra del atardecer. La mujer, serena, sin inmutarse, continuaba haciendo lo que aparentemente había estado haciendo hasta ese momento. David vio moverse sus brazos redondos, de carne excesiva y blanca, como si tejiera. Ella elevó los ojos. Las miradas se cruzaron. Ninguno se movió un milímetro. David se exhibió. Ella lo observó. Él le clavó los ojos. Hubiera podido calentarla como una llamarada con esa mirada. Una mirada que se volvió súplica. El deseo irracional lo ablandaba y lo volvía dúctil, como un chocolate espeso y ardiente. Si los amigos lo supieran... No se reirían de él por irse con una puta de saldo. Lo humillarían. ¿Cómo puede gustarte la vieja? Pero David sabía que no era tan vieja. Él también la había visto desnuda. La había sorprendido. O ella se había dejado sorprender. ¿Desde cuándo llevaban así? Desde que él era un adolescente y alguna casualidad hizo que la mujer sola lo mirara como un hombrecito y él la mirara por primera vez con mirada de hombre. ¿Cómo explicarle a nadie que él, con veinte años, deseaba a su vecina viuda, cincuentona y gordita, más que a ninguna otra mujer en el

mundo, por bellas y jóvenes que fuesen? David se metió en la bañera. Dejó caer el agua muy caliente sobre su cuerpo. Luego, de golpe, un chorro frío. Pero la tensión de su deseo no decaía. Deseaba tanto a la maldita vecina que le dolía. Algún día haría un disparate. Algún día tendría que tenerla. Porque no podía morirse así.

Atardecer

Ciertamente, no esperaba esto. Cuando me lo suelta López, no doy crédito. Ha atendido a un vecino de Baria, un industrial que se dedica a la venta de maquinaria, cuyo negocio está ubicado en el polígono industrial y ante cuya nave se pueden ver docenas de máquinas relucientes y amarillas de todas clases: grúas, palas, toros, que ha venido con una carta extraña.

Le agradezco a López que me evite tener que atender al hombre, pero luego me trae la carta que ha recibido. Está inserta en un sobre de plástico, dispuesta para enviar al laboratorio inmediatamente. En ella, Guardia Nacional, sin emblemas ni enseñas, le anuncia que pronto recibirá una llamada de un teléfono sin identificar en la cual le advertirán que despida a los empleados moros que tiene contratados en su negocio y que habrá de preparar una cierta suma de dinero para entregar en el momento y lugar que le indicarán. Las razones de dirigirse a él son, en primer lugar, como castigo por haber empleado a moros cuando podía haber contratado a españoles y, en segundo lugar, para hacerle partícipe del honor de haber sido designado como uno de los españoles que debe colaborar en la lucha por una España nueva y cristiana, respetuosa de sus tradiciones y orgullosa de sí misma. Concluía la carta con un ingenioso ¡Viva Guardia Nacional! ¡¡Viva España!!

- Menuda mierda –digo a López.
- Joder, comisario. Si se van a meter con todos los que tienen empleados moros, no vamos a acabar nunca.

En ese momento, nos interrumpe García. Debemos conectar la televisión. Están retransmitiendo el comunicado de los terroristas por el asesinato de Alicante.

Vemos a una periodista de TVE que mira fijamente a la cámara, con expresión de circunstancias. *Cuando parecía que la pesadilla terrorista concluía en España…*, oímos nada más conectar el aparato.

- ¿Quién dice que hubiera acabado? –protesto tontamente ante la

pantalla.

- ¿Usted tampoco lo cree, comisario?
- Si les damos lo que quieren, dejarán de hacerlo. Si no les damos lo que van a querer, comenzarán otra vez. Me apuesto contigo el sueldo de un mes.
- Pero no sabemos lo que ocurrirá en el futuro.
- Yo sí. En menos de dos años, López. El sueldo de un mes.
- Yo no me apuesto nada.
- Pues yo sí. Si me equivoco, te pagaré gustoso el sueldo de un mes. Sin extra.
- "*La acción llevada a cabo esta mañana en Alicante* –lee la locutora- *ha sido llevada a cabo por Guardia Nacional Española. El ejecutado era un miembro activo del islamismo que quiere destruir España*."
- Todos los terroristas son igual de retóricos y escriben fatal. Menuda mierda –comento.
- Chiss, jefe –protesta ahora López.
- "*Continuaremos la lucha en todo el territorio nacional. Quienes, de religión musulmana, no abandonen nuestro país, son objetivos prioritarios de Guardia Nacional Española.*"

La locutora concluye la lectura.

- Lo suyo no es la dialéctica
- ¿Tiene ganas de broma?
- Por lo menos, a éste se lo han cargado lejos. Algo es algo.
- No sea cabrón, jefe.

García vuelve a abrir la puerta. Cuchichea con alguien.

- Jefe –dice, con cara de extrañeza.- ¿Ha llamado usted al Lila?

Me levanto. Le digo que sí. Que lo dejen abajo, en alguna habitación donde pueda hablar con él a solas.

- ¿Has preparado la sala grande con las pantallas para ver los vídeos de ayer? –pregunto a López.

Éste asiente.

- Pues encarga comida y dile a los otros que me esperen. Nos vamos a hartar de ver la tele.

Desciendo hasta la entrada de la comisaría y un agente me indica que el Lila está en una habitación al fondo. Cuando me ve, el Lila se encoge un poquito. No sería la primera vez que le suelto una colleja. Pero él me respeta como a un padre. Y, aunque nadie me creería si lo dijera, yo lo aprecio. No como a un hijo, desde luego. Pero, aparte de un poco cabrón, en el fondo es un infeliz.

- Siéntate.
- ¿Qué he hecho ahora, comisario? No he hecho nada –se lamenta.

Hago un gesto de prestidigitador que sus ojos no son capaces de seguir y pongo delante de ellos un billete de doscientos. Se le nubla la vista tras las gafotas de hipermétrope. Es menudo, delgado a base de no comer y de beberse medio país. Viste un pantalón de mono, azul y sucio, y un polar que debió ser marrón alguna vez. Sobre el polar, una zamarra de plástico.

- ¿Qué es eso, comisario?
- ¿Te gusta?
- Como un cubalibre.
- Tócalo.

Casi no se atreve. Piensa que soy capaz de soltarle una hostia. Pero luego se aficiona, cuando comprueba que no pasa nada. Se lo quito de un manotazo.

- ¿Lo quieres?
- Coño, jefe. ¿Trabajar para usted?
- Más o menos.

Se endereza como si fuera un honor. En el fondo, lo que piensa es que le deberé un favor.

- Lila. Te necesito dos o tres días. Horario completo.
- ¿Sin beber?
- Cuando los pipiolos se vayan a dormir, puedes beber. Pero a primera hora, a por ellos.

- Diga, jefe.
- Hay arriba dos tíos. Unos pijos de Madrid. Uno tiene cara de úlcera y viste un traje gris. Apesta a madero. El otro es alto y tiene una frente que parece un culo. No los pierdas de vista. Y ojo, que tienen pinta de perspicaces.
- ¿De qué?
- De ser más listos que tú.

Abre la boca, en gesto de comprensión, pero no protesta.

- Tienes que pegarte a ellos y decirme en los próximos días dónde van y lo que hacen.
- ¿To el puto día?
- Se supone que la mayor parte la pasarán aquí, en comisaría. Y cuando salgan, te avisamos. Tú los sigues y luego me dices dónde van y con quién se ven.
- Vale, jefe.
- Toma, un adelanto.

Le suelto uno de cincuenta. Sé que puedo contar con él. A pesar de sus cogorzas es listo y escurridizo. Y nadie se fija en un tío como el Lila. Él no disimula. Es así.

Noche

Es reconfortante oír su voz. Hacía mucho. Realmente, no lo llamo más que cuando estoy apurado. Pero él responde siempre. Aún me pregunto cuándo demonios le salvé la vida, si es que lo que dice es cierto. Tiene más información que yo, desde luego. Es posible que sea así, que alguna vez una decisión mía le salvara la vida. Durante mucho tiempo, compartió su vida más conmigo, que era como su sombra, que con su familia. El hombre de Madrid no iba solo a ningún lugar. Le acompañaba, bien adelantándome, bien tras él. Puedo dibujar su perfil con los ojos cerrados.

Ya está enterado de todo lo que ocurre aquí. Le informo de los últimos acontecimientos. Las cartas de amenazas a quienes empleen moros, las cartas solicitando el impuesto terrorista. No lo duda:

- Han aprendido la lección –dice. – Sólo tienen que imitar a los de ahí arriba y obtendrán algún beneficio.

Le comento que estoy convencido de que el nuevo grupo político, el MET, es su brazo político, su franquicia.

- No te quepa la menor duda. Investígalos. A éstos sí les aplicarán la legislación antiterrorista. Son de derechas –ironiza.

Le comento que me han puesto zancadillas y ya tengo a dos tíos de Madrid revisando mi investigación. Responde que lo suponía. Que no iban a dejarme solo. Pero que desconfíe. Mi información no sólo debe entregarse a ellos. Debo utilizar todos los conductos posibles, especialmente la fiscalía y el juez.

- Si les das la información sólo a ellos, puede que la utilicen de forma no idónea.

Siempre sabe utilizar las palabras que dicen mucho, aunque no lo parezca. No le digo que les he puesto al Lila tras ellos, pero me ratifica en mi decisión. Decisión que, de descubrirse, me costaría un serio disgusto. Antes de concluir, me dice que no me preocupe, que velará por mí como yo lo hice por él. Abrumado por un agradecimiento inmerecido, le pregunto qué le parecen los últimos acontecimientos de ahí arriba, que conoce mejor que nadie.

- Cuando se le llama paz a que un terrorista deje de matar, se está legitimando su violencia –responde.- Los crímenes cometidos se han asumido como parte razonable del precio.

No necesito más, aunque un escalofrío me sacude la espalda. Sí. Tiene razón. Como siempre.

- ¿Ha merecido la pena? –pregunto.

Y el hombre de Madrid sentencia:

- Miro a España y no la reconozco. Han envilecido hasta la memoria de las víctimas.

Estoy seguro de que, si lo viera, descubriría un sollozo en su expresión. Pero la voz, serena, no le tiembla, cuando añade:

- Para ellos sí ha merecido la pena. Más de ochocientos muertos y

miles de mutilados y heridos. Hemos negociado con ellos y les hemos otorgado legitimidad. Sus crímenes pasarán a la historia, ahora, como una lucha. Verdugos y víctimas a la misma distancia de la Justicia. Quedarán moralmente legitimados. De ahí a su objetivo final, es sólo cuestión de tiempo. De poco tiempo, comisario. Ambos los veremos.

- Lo siento.
- Tú no tienes la culpa.
- En la medida en que me toca. Yo trabajé allí. Tal vez no lo hicimos lo suficientemente bien.
- Ni lo pienses. La culpa la tiene quien contemporiza con ellos, quien les reconoce valía política. Tú, como la mayoría, hiciste bien tu trabajo.
- Hubiéramos acabado con ellos –digo, con nostalgia.
- Hubiéramos acabado con ellos –ratifica.- Pero todo cambió cuando la comprensión envilecida y la ignorancia quisieron hacerse Derecho sin ser Ley. Esto sólo puede ocurrir en un país que desprecia la Ley, como el nuestro.

Colgamos. Me siento más triste que enfurecido. Me pesan los muertos de allí arriba, cada uno de ellos, como una sombra de mala conciencia en el alma.

Subo al piso superior y encuentro a López y a Martín visionando los vídeos del mitin del MET. García, que también es de Baria y conoce a muchísima gente, les ayuda. Identifican e imprimen primeros planos de los que les llaman la atención.

- Los pijos de Madrid se han ido ya –comenta López.
- ¿Les has dado lo que tenemos?
- Todo.
- ¿No se han quedado para ver los vídeos?
- No se lo he dicho.

López se encoge de hombros.

- Comisario, ¿siempre tiene que joderme las vacaciones? –suelta una voz a mi espalda.

Me vuelvo y descubro a Malasaña. Tiene la misma jeta de atravesado de siempre. Las vacaciones no le han dulcificado el carácter. Está comiéndose un bocadillo más largo que su brazo. ¿Cómo puede meter tanta comida en un cuerpo tan canijo?

- Has crecido –le digo, porque sé que lo pone furioso.

He de reconocer que si no fuera su comisario no tendría pantalones a gastarle esa broma.

- Y usted está cada día más gordo.

No es verdad, pero contraataca.

- ¿No sabías lo que pasaba por aquí? ¿He tenido que mandarte llamar? Podrías haber venido por tu propia iniciativa.
- ¿Para qué? Investigue usted, jefe. Yo soy un hombre de acción. Yo quiero que usted los encuentre. Y luego, yo, cargármelos.

Martín se ríe de buena gana. García apostilla:

- Siempre el fiel cumplidor de la Ley.

Malasaña tiene bastante. Da cuatro pasos muy firmes hasta García, el bocadillo en la mano, y se planta ante él. Siempre erguido más allá de lo razonable, para evocar una estatura que la naturaleza le hurtó, lo compensa con mala hostia y una determinación implacable.

- A Martín y a mí siempre se nos resisten, ¿verdad, Martín?

Martín asiente. Pero en lugar de responder, fija su mirada en la pantalla y comenta:

- Mirad. Otra vez. Con este tío habló al menos tres veces durante el mitin.

Congela la imagen y vemos, desvaída, la figura de Cristóbal Cárdenas, antes de comenzar su alocución, que habla al oído de un hombre.

- ¿Sabemos quién es?
- Es Miguel Ángel Vila, comisario. Es Policía Local en la ciudad. Lo conozco desde hace tiempo –reconoce López. - Además, coincidimos en el Club de Tiro.
- ¿Buen tirador?
- De los mejores –responde, sin dejar de mirar su pantalla.
- Supongo que no tendrá antecedentes, siendo alguacil.

Miro a Malasaña.

- Acaba la cena, que te vas.
- ¿A dónde?
- A seguir a un colega.
- Ese tío no es colega mío. Yo soy madero y él es un alguacil –dice mientras se palmea las manos para limpiarlas de migajas de pan.

Malasaña daría el tipo perfecto para un Lazarillo. Debería haber sido actor. Tiene el pelo muy negro peinado hacia atrás, como se peinan los hombres, dice cuando nos reímos de él, mirándonos con desprecio. La frente es estrecha y desmiente el tópico de que debajo no hay nada. Gasta unos ojos pequeños con una bola de color indefinido en el centro que te estremece cuando te mira con saña. Creo que jamás lo he visto bien afeitado. Siempre le resta una mancha oscura en la jeta que desdibuja los rasgos de una nariz pequeña y una boca furiosa, que si se abre es para morder. Viste unos tejanos descoloridos y una camiseta negra sobre la cual suele usar una cazadora vaquera. Le faltan apenas veinticuatro horas de no cambiarse para parecer un pordiosero.

- ¿Y qué quiere que haga esta noche, comí?
- Ese es tu problema. Te pegas a él. Cuando entre a trabajar lo dejas. Llama a quien quieras para que te ayude en el seguimiento, pero que sea discreto.

Busca su cerveza. Empina una litrona y acaba con más de medio litro que quedaba de un trago. La nuez parece un cigüeñal.

- Ahí os quedáis, pringaos –dice con sorna al salir.
- ¿A quién más tenemos por aquí? –pregunto, sentándome entre López

y Martín.

- Hemos pedido los antecedentes de los que hemos podido identificar – dice López.

Veo ante mí unas cuantas fotografías. Unidos a ellas con clips, algunos documentos de los antecedentes de los individuos.

- También hemos identificado a todos los que se ocupaban de la seguridad en el mitin, comisario.
- ¿Tan pronto?
- A algunos los conocemos. Son casi todos de aquí.
- ¿Qué tipo de gente?
- Lo mejor de cada casa- interrumpe Martín.
- Sí, jefe. Han buscado a los más broncas de la ciudad. Gente joven que no trabajan, que se dedican a tomar copas, fumar porros y armar jaleo.
- Ordena a dos o tres hombres que sigan a estos chavales a partir de mañana por la mañana, con discreción. Que vean qué hacen, dónde se juntan, adónde van, todo eso.

Madrugada

Terminamos de madrugada de estudiar los vídeos. Luego, guardo con llave las fotografías y expedientes y discos.

- Vaya horas de llegar a tu casa – digo a López, tras despedir a Martín y García.- Se va a poner buena tu mujer.
- No hay problema, comisario. Me ha dicho que no vuelva hasta que los cojamos. Está aterrada e indignada la pobre. El otro día, viendo el telediario, se puso a

llorar. Le dio una lástima lo de la familia. Y lo del niño…

Lo invito a subir al Golf y no pregunta a dónde mi dirijo. La bestia domesticada que es mi coche pone rumbo al centro, cruza la plaza del Ayuntamiento y se introduce por calles estrechas, colmadas de viviendas de dos plantas con fachadas de puertas de doble hoja de madera y ventanas hasta el suelo con rejas, repletas de macetas, y balcones en las plantas superiores. A cada trecho, alguien con poco gusto por la estética y demasiado interés por el negocio, había construido contenidos bloques de viviendas en los que habían forjado una imitación de las fachadas tradicionales. Las calles me conducen hasta un anchurón donde antiguamente había una ermita, cuyos cimientos de muro y piedra había aprovechado Mike para apoyar su club.

El Baria City Blues está ubicado en el bajo de uno de aquellos edificios. Una entrada mínima a un extremo del bloque de viviendas, puerta de madera oscura, discreta, y el letrero en pequeñas letras de luz azul.

Empujamos la puerta y bajamos las escaleras de madera roja como la sangre. Cruzamos una cortina roja, gruesa y pesada como la puerta de un castillo. La luz cenicienta deja ver un espacio cálido y penumbroso. Apenas dos figuras en todo el local. Me sobra una.

Nos recibe un blues desconocido para mí. Como casi siempre. Mike nos mira desde el extremo de la barra que pule continuamente. Me pregunto qué demonios hará siempre tras la barra si casi nunca tiene más que un cliente o dos.

López y yo nos quedamos al inicio de la barra, lejos de la figura que se encorva al otro extremo, sin rasgos en la penumbra púrpura. Una figura de hombre subido a un taburete, inclinado sobre una copa de la que no retira la mano.

Mike se acerca a nosotros. Nos ve observando al colega y dice:

- Es un amigo.
- No hemos comido nada desde no sé cuándo –le digo.

Mike asiente y nos invita a sentarnos en uno de esos reservados cuya función anula la escasa afluencia de público.

Al momento, llega con dos sándwiches y dos cervezas. López se liquida uno en dos bocados.

- ¿No te da pena ponerle tan poco a un tío tan grande?

Mike sonríe y vuelve al interior de la barra.

- ¿De verdad le han dicho algo

sobre Mike, comisario? –pregunta López.

Asiento y confirmo.

- Los amigos de Madrid.
- Y a ellos, ¿qué carajo les importa?
- Tenían que pisarme el callo para empezar.

Mientras López se traga su cerveza, como despacio y sin ganas. Vuelve Mike con otros tres sándwiches, dos para López y uno para mí.

- Hoy casi me echan de la policía por ser amigo tuyo –comento.
- Podría darte trabajo aquí –responde.- No doy abasto.
- Ya lo veo.

Mientras acabamos de cenar, Mike nos prepara un par de pelotazos. Luego, los planta ante nosotros y se sienta a nuestro lado.

- Mucho trabajo – comenta, fatalista.

Ya casi ni recuerdo el tiempo que lleva aquí y no hay manera de que pierda ese acento inglés tan profundo e identificable.

- Eres conocido en el CNI –le digo.- A ver si un día me cuentas por qué.

Sonríe. Una sonrisa casi juvenil, con esa cara pecosa que tiene.

- Tal vez dejarías de ser amigo mío.

Dejo la comida a un lado y doy un trago al mejor gin-tonic del mundo. No sé lo que habrá hecho en otras vidas, pero aquí es el mejor barman de la provincia. Sin duda.

- Así que aún me recuerdan –susurra.- El pasado nos persigue-bromea.
- Supongo que no tendrán mucho contra ti. Sólo querían desacreditarme a mí.
- Puedes dejar de ser amigo mío.
- Me desacreditan más muchos compañeros.

Asiente en silencio. Nos miramos y reímos.

- ¡Ah! La policía española… - deja caer.
- Tal vez moleste en tu gremio que yo sea tu amigo –digo.

Ahora ríe de verdad.

- Si mis antiguos colegas supieran que eres mi amigo, acabarían con los dos.
- Pues no se lo digas.
- No se lo diré.
- Así que te llamas Michael Rigby –dejo caer.- No lo sabía.
- He tenido muchos apellidos. Ése me gusta.
- ¿Por la canción de The Beatles?
- Claro. Look at all the lonely people. Eso es lo que somos nosotros: lonely people.
- Lonely people –repito con amargura.

López traga el último sándwich de un bocado. Acaba otro tercio de cerveza de un trago y pega un tientazo al gin-tónic que lo deja temblando, todo a una. Juro no invitarlo a comer hasta que se acaben las restricciones de la maldita crisis y nos repongan el sueldo íntegro.

- Os veo cansados –comenta Mike.- Los terroristas, ¿no?
- Como si hubiera pocos. Han de surgir más. Y encima aquí – le respondo.
- También es puta causalidad –dice López.- Que sea aquí. ¿No es lo suficientemente grande España? Podían haber ido a otro sitio a dar por saco.
- España es cada vez más pequeña, López.
- ¿Tenéis algo?- se interesa Mike.

Muevo la cabeza a un lado y a otro.

- Nada por ahora.
- Ya que se trata de gentuza, si necesitáis mis habilidades, no dudes en llamarme –se ofrece

Mike.

- ¿Qué habilidades? –pregunta, ingenuo, López.

Nos callamos y lo miramos. Comprende que ha metido la pata.

- ¡Ah!
- ¿Usted es el comisario?

El hombre que estaba al otro lado de la barra se acerca a nosotros con su vaso mediado en la mano. Se queda a unos pasos y eleva su copa.

- Brindo porque cojan pronto a esos subnormales.

Miro a Mike. Si es amigo suyo, no le diré nada. Pero Mike, en contra de lo que esperaba, lo invita a sentarse con nosotros.

- Os presento a…
- Whiskey Morán, para servirles.

Hace un gesto anticuado, acorde con su presentación, inclinando mucho su cabeza de borracho irredento, y toma asiento con cierta torpeza. No está fresco como una lechuga, precisamente. López me hace un gesto casi imperceptible. Se ve que lo conoce.

- Mi nombre no tiene objeto. Todos me conocen por el mote, como debe ser en los pueblos y en las ciudades pequeñas. Lo que unen los motes, ¿no lo han pensado nunca? Y el mío está muy bien puesto. Con ingenio y precisión: Whiskey Morán. Whiskey por mí y Morán por mi padre. Del apellido de mi madre no quiero acordarme para no ensuciarlo demasiado.

Menudo charlatán se nos ha plantado aquí, pienso. De pronto, el hombre, en la cercanía, reconoce a López. ¡Hombre!, se levanta y pasa el brazo por el hombro de López, en un amago de abrazo. Viste un pantalón gris oscuro de buena hechura, pero cuya raya se quebró hace tiempo; una camisa azul y una chaqueta negra de cuero.

- Morán es profesor en el instituto –dice López.
- Ex, querido López, ex –profesor. Estoy de baja por depresión.

Mira su whiskey, que no ha soltado en ningún momento, y repite:

- Por depresión. En realidad, yo no estoy deprimido. Lo están los demás. Yo estoy contento. Solo, pero contento. Tengo a mi amigo Mike y, luego, cuando me largo, tengo una soledad perfecta y espesa en mi casa.

Casi creo que está hablando de mí.

- Así que ustedes son los encargados de buscar y detener a los criminales- vuelve a elevar su vaso de whiskey.

Tiene la cara angulosa, las carnes casi ausentes. Se ve que es carne de barra. El cabello de un indeciso color castaño peinado hacia atrás, la barba dura de varios días y una nariz de huesos marcados. Sus ojos, de pupilas muy dilatadas, nos miran alternativamente, buscando nuestra aprobación a cada uno de sus gestos, de sus palabras. Necesita amigos nuevos. No le daremos ocasión.

- Los encontrarán pronto –sentencia, y bebe un largo trago. Muestra el vaso casi vacío, sólo un hielo que tintinea en el fondo, a Mike, que se levanta.
- ¿Por qué? –le pregunto.

Busca un cigarrillo y nos ofrece otro. López y yo lo acompañamos. Cuando nos prende fuego, comienza:

- Comisario… Ser terrorista en estos tiempos en un país democrático, de izquierdas o de derechas, me da igual, es síntoma de un desequilibrio mental. No se hacen terroristas porque sí. No cualquiera se hace terrorista. Se hacen terroristas los que sufren una tara, ya sea intelectual, emocional, sentimental o social. Y de éstos, sólo unos pocos. ¿Qué significa? Pues que no son personas normales, como usted o yo, que cocemos nuestras frustraciones en un vaso de whiskey o huimos de nuestra soledad en los bares, o en

los libros, o viajando, o vaya usted a saber cómo. Quienes se rebelan contra un gobierno democrático suelen esconder desequilibrios psicológicos: agresivos, aburridos, confusos mentales. O sea, tarados. Llenan sus vidas, que de otro modo estarían vacías. Además, son profundamente imbéciles. La lucha terrorista casi nunca ha sido fructífera, excepto ahora la de ETA. Siempre ha sido contraproducente, casi siempre han fracasado, excepto en aquellos pocos casos en que estaban insertos y respaldados por movimientos políticos de masas más amplios. ¿A qué nos lleva esto? A que los terroristas son todos. Los que matan y los que los apoyan o se lucran y benefician de sus acciones criminales. ¿Qué diferencia a un tipo del PNV de otro de Amaiur o Bildu? ¿Un deje izquierdista? Anecdótico. Lo fundamental es el movimiento, la acción política. Y es una acción terrorista. ¿O no lo es el que no renuncia al fruto del crimen? ¿Cómo llamaríamos al que espera que mates a otro para llevarse el botín contigo? Estábamos equivocados. Todos son terroristas.

- Pero unos son políticos y otros terroristas –protesta López.

Mike vuelve con otro whiskey y lo planta ante Morán:

- ¿Estás seguro? Unos mueven el árbol y otros recogen el fruto. Todos defienden lo mismo y empujan en la misma dirección. Unos agitan la calle y otros recogen los votos. La política, de

este modo, es la continuación de la guerra por otros medios. Amigo López. De nuestra ingenuidad han vivido tantos años… Ya no los mueve el amor, ni el altruismo, ni la idea de conseguir una vida mejor o en libertad. Los mueve el odio, y en ese odio, lo moral no es más que una pequeña molestia que se calma con más sangre. ¿Dónde están el heroísmo y el sacrificio? ¿En cometer atentados asegurándote la impunidad? Ya no son los terroristas románticos o idealistas del siglo XIX, que lo arriesgaban todo, especialmente la vida… Hoy, los criminales son más humanitarios que los terroristas. Sólo matan por interés. Los terroristas, por convicción. Ésta los lleva a la satisfacción fanática de sus actos y, en una perversa espiral, a la crueldad y al sadismo. Lo de la otra noche no ha sido más que el principio.

- ¿Qué quiere decir?
- Que harán más daño. Y más cruel aún. Presentimiento y palabra de borracho, comisario.

Whiskey Morán eleva su copa. Deja la mano alzada y ríe.

- ¿De qué te ríes? –pregunta López.
- ¿Lo han pensado alguna vez? El mismo tipo que degüella o decapita en nombre del Islam, si hubiera nacido en Chicago sería protestante; si hubiera nacido en Nápoles sería católico. Convertimos lo accidental en esencial y hacemos de ello una bandera. Una puta bandera.

Whiskey Morán ya no ríe.

- Es patético –concluye.

Se lleva la mano al pecho, como si jurara, y bebe un trago largo y definitivo de su whiskey lúcido y amargo.

JORNADA CUARTA (miércoles)

Mañana

Cuando llegamos está todo el mundo allí. Somos los últimos en ser avisados. A las 8 de la mañana, un ciclista que se ejercitaba en la carretera de pendientes elevadas y curvas cerradas que conduce de Mojácar hasta Carboneras, cerca del hotel El Algarrobico, ha descubierto un cuerpo caído sobre las rocas. Se trata de una escarpada orilla, de rocas negras y antiguas, afiladas como cuchillos. El hombre ha caído desde el acantilado y se ha estrellado en las rocas. Su cuerpo ha sido lamido por la marea, con apetito de carne muerta. El forense, inclinado sobre el cuerpo, nos recibe abajo. Conseguimos llegar sorteando rocas. Un joven agente de la Guardia Civil nos abre camino. Ellos han sido los primeros en llegar, a quien primero ha avisado el asustado ciclista. Luego, cuando lo han visto los agentes de la Guardia Civil, nos han avisado a nosotros.

- Debe llevar, por lo menos, ocho horas –dice el forense.- Aunque ha estado casi sumergido en agua. No se lo ha llevado la marea porque quedó el cuerpo encajado en las rocas.

Debemos tener cuidado de no acercarnos demasiado, pues las mínimas olas alcanzarían nuestros pies.

- ¿Por qué nos han llamado? –pregunto.

López, que está a mi lado, aún no ha despertado del todo. Ha venido dormitando en el coche. No le gusta el espectáculo y permanece mudo.

- El muerto tenía esto.

El joven agente de la Guardia Civil nos señala: los cuadros y colores de un pañuelo palestino me recuerdan inmediatamente el trozo de tela encontrado entre los dedos de don Matías Bereza.

- Y esto otro.

Nos muestra un cuchillo grande, un machete de montaña.

- Aún tiene restos de sangre.
- Habrá que analizarla –comenta el forense.- Pero seguro que tiene la sangre de don Matías Bereza. Creo

que ha encontrado a su hombre, comisario.

- No debía ser así – me lamento.

Se trata de un hombre magrebí. Vestía, en el momento de la caída, unos pantalones de pana y una camisa bajo una cazadora de tela marrón.

- Se llamaba Hamid Boudhim. Aquí está su cartera.
- ¿Habéis averiguado algo sobre él? –pregunto al guardia.
- No. Todavía no sabemos nada. Mis mandos me han dicho que le avise a usted, que lleva la investigación de la muerte de don Matías.
- Gracias. ¿Causa de la muerte?
- Traumatismo por la caída. Casi seguro.

El forense se incorpora. Ha concluido. El resto, en la sala de autopsias.

- Aparte de la hora de la muerte con más exactitud, poco más podré decirte –comenta.

Ojeo la cartera del muerto. Un NIE a nombre de Hamid Boudhim. Nacido en Tánger, el 7 de noviembre de 1.977. Lleva una foto de una chica guapa, también magrebí. En la foto se ve a un hombre de rostro agraciado, sin rastro de barba, cabello negro corto y ojos redondos y grandes. Tiene un rostro de arquitectura masculina, con nariz firme y labios ligeramente gruesos. La mirada firme, fija en la cámara que lo fotografiaba. El rostro del cadáver que tengo delante no parece corresponder al mismo hombre. Destrozado por el impacto, se ha deformado hasta límites increíbles. Cuando mueven el cadáver para montarlo en una camilla, los miembros se mueven en arquitecturas imposibles, rotos los huesos de brazos y piernas. Es lo que ha quedado: un despojo.

- ¿Dónde ha estado desde el día del crimen? –pregunta López.
- ¿Y cómo ha acabado aquí? –pregunto.

Dejamos que se lleven el cadáver y, mientras lo izan y lo introducen en el coche fúnebre, llegan los de la científica. Acordonan la zona y comienzan a trabajar.

Como no abro el pico, López me dice:

-

No es culpa suya, comisario. No teníamos ninguna pista sobre este tío.

Recuerdo todos los errores cometidos. Cegada en los primeros días la vía del asesino islamista, comencé a pensar en otras posibilidades. Más imaginación que inteligencia, seguramente, fue la causa.

Cuando estoy así, López no suele molestarme, así que hacemos el viaje de vuelta en completo silencio.

Me pregunté por la vida de don Matías Bereza, aquel hombre atrozmente asesinado al que todo el mundo parecía admirar y respetar. A la pregunta de por qué él, sucedió la pregunta de qué podía haber en su vida que llevase a alguien a querer asesinarlo. Tal vez sólo estuvo en el lugar inoportuno en el momento inoportuno. Pero me resistía a creerlo, porque alguien se había cuidado (no creía en las casualidades) de que Manuel no estuviera en su invernadero para recibirlo.

Así que investigué su vida. Maestro en excedencia, Matías Bereza, don Matías para todo el mundo, era una institución en la ciudad. Un hombre bueno en toda la extensión de la palabra. No estaba casado. Nadie le había conocido mujer a lo largo de su vida dedicada al magisterio. Había formado a generaciones enteras de ciudadanos de Baria. Me dio por pensar que tal vez dedicó a los demás su vida porque existía alguna carencia en la suya. Los que no somos buenos tendemos a pensar que incluso para la generosidad hay una causa egoísta.

Me presenté en el colegio donde había trabajado tantos años y pregunté por sus compañeros de más edad. Alguno casi me muerde cuando le insinué que tal vez había algo en su vida privada que había provocado su muerte. Otro, me echó de su despacho. Estaba difundiendo calumnias sobre Matías, su amigo de toda la vida. Pregunté a compañeros más jóvenes, maestros de cuarenta y tantos años que habían trabajado con él tiempo suficiente para conocerlo a fondo. Jamás a nadie se le había pasado por la imaginación que don Matías Bereza pudiera ser homosexual.

Investigué en los ambientes homosexuales de la ciudad. Nada.

Me presenté en el comedor social que dirigía y para cuya dedicación había solicitado la excedencia de su profesión. Comprobé la cantidad de gente que iba a comer a diario. La pesadumbre de los que le ayudaban: Nada volverá a ser igual a partir de ahora. Desde que él falta, no llegamos a reunir la cantidad de comida que él era capaz de conseguir. Hemos reducido en un treinta por ciento las comidas. No sabemos hacerlo como él. Descubrí lágrimas en las cocineras. Descubrí voces que se quebraban en sus ayudantes. Cólera por su muerte en sus colaboradores. Indignación en las gentes que acudían allí a diario. Don Matías hacía el milagro de los panes y de los peces a diario,

dijeron.

Me exhortaron a encontrar al culpable. A matarlo, si podía. Y no fui capaz de hacer nada. Sólo esperar a que un muerto aparezca en un acantilado. ¿Caída? ¿Suicidio? ¿Asesinato? Ni puta idea. Como no tenía ni puta idea de nada más.

Finalmente, llamé a su hermana. Una hermana soltera que se había ido a vivir a Almería tras el crimen por no habitar la casa que compartiera con el hermano durante décadas. Me explicó, ante mi sorpresa por su dedicación, que Matías había querido ser misionero cuando era niño. Y que quería serlo mientras fue joven. Pero que las necesidades familiares lo obligaron a hacerse maestro para sostener a la familia. Era el mayor de cuatro hermanos y necesitaban su sueldo. Nos crió a todos, me dijo la hermana, sollozando a través del teléfono. Le pregunté por las aficiones de Matías, a qué dedicaba su tiempo. A los demás, dijo, rotunda. No tenía otra afición que dedicarse a los demás. Cuando le insinué que si podía haber en su vida privada algo… reservado, que pudiera explicar el odio que sentía su asesino, ella guardó silencio. Continué diciendo que no se le había conocido ninguna mujer a lo largo de su vida, que… Colgó. Colgó violentamente. Al día siguiente fui a verla a Almería y le pedí perdón. Pero para entonces me miraba con ojos doloridos, aunque finalmente dijo que su hermano no había sido jamás homosexual, que se había enamorado de joven de una muchacha, y que luego, nada. Sólo un hombre soltero, creyente y dedicado a los demás.

Otra vía muerta.

Y ahora aparece su asesino, oportunamente caído al fondo de un acantilado, con un pañuelo palestino y un cuchillo con restos de sangre que, estoy seguro, me confirmarán en unas horas que pertenece a don Matías Bereza.

Mediodía

Germán Ruiz me está esperando en la comisaría. Sube conmigo las escaleras y accedemos a mi despacho.

- ¿Es el asesino de don Matías? –pregunta, refiriéndose al cadáver encontrado en el acantilado.
- Suponemos –digo.

El Germán Ruiz que me mira al otro lado de mi mesa de despacho ha perdido años y parece menos cargado de hombros. Vestido de paisano, parece un chaval cualquiera, la cabeza afeitada por una alopecia galopante, las venas

jóvenes y nervudas cruzando su cráneo, la expresión despierta y viril. En su día libre no se ha afeitado y tiene más pelo en la jeta que sobre el cráneo. Se queda quieto un momento, como si no acabara de decidirse por dónde empezar. Intento ayudarle.

- No te lo puedes quitar de la cabeza, ¿verdad?

Asiente. Una expresión dolorida aparece en su rostro. Supongo que la sombra que vela su mirada permanecerá ahí mucho tiempo. No es fácil ver lo que vimos la otra noche.

- ¿Querías saber cómo va la investigación?

Asiente, pero también se encoge de hombros.

- Supongo que están haciendo todo lo posible.
- Lo intentamos.

Lo invito a sentarse, porque permanece de pie, ligeramente envarado, incómodo.

Busco el cenicero en el cajón y lo invito a un cigarrillo. Chupa hondo, deja el humo largo rato en su pecho y luego lo expulsa lentamente. Después, parece que de golpe se ha quitado un peso de encima.

- He pensado… -comienza, pero no se decide, así que le digo:
- Eres un tío listo. Dime lo que piensas. Todo lo que me pueda ayudar es poco.

Se echa hacia delante en el sillón y pone los antebrazos sobre la mesa.

- Comisario. Me llamó la atención el mitin de la otra noche. Tan cerca de los asesinatos de los moros.
- También a nosotros.

Eso lo anima y prosigue:

- Fui al mitin.

Como supongo que no fue por afinidad con los locos que lo organizaban, callo y espero.

- Por supuesto, fui de paisano. Me metí entre la gente. Estuve de un lado a otro. Y procuré fijarme.

- Nosotros también lo hicimos. Lo grabamos.

Germán se pone la colilla en la boca y busca algo en los bolsillos traseros de sus tejanos. Extrae un papel doblado que me tiende. Lo abro y veo una lista de nombres.

- Me fijé en ese grupo de gente, comisario.

Leo los nombres, pero excepto Vila, el policía local que vimos hablar tres veces con Cristóbal Cárdenas y que mandé seguir, los demás no me dicen nada.

- ¿Quiénes son?
- Los conocía de vista a algunos. Luego, he preguntado.
- ¿Por qué te fijaste en ellos?
- Porque parecían ocupar un lugar de honor. No hacían nada, más que estar allí discretamente, aplaudir de cuando en cuando, como el resto de la gente. Pero… No sé… Estaban a un lado, como si no fueran especiales, pero la gente de seguridad iba continuamente a preguntarles cosas. Vi al que se apellida Vila, que es un Policía Municipal de aquí, que hablaba varias veces con el orador, y éste le daba palmaditas en la espalda, como si tuvieran muchísima confianza.
- Buena observación. ¿Y los demás?
- Cuando Cristóbal Cárdenas hablaba, se fue junto a éstos –señala otros nombres de la lista- y se sentó con ellos. A pesar de la cantidad de gente que había, nadie había ocupado su lugar. Todos le dieron palmaditas, se estrecharon las manos, y eso que se habían visto media hora antes. Era como si se animaran unos a otros. Bueno… No es mucho, pero me llamó la atención.
- ¿Y estaban todos estos juntos?

- Son un grupo, una camarilla, y no estaban todos. He preguntado por ellos, como el que no quiere la cosa y he puesto nombre a la mayoría de los que forman el grupo. Son unos ocho o diez que parecen todos uña y carne. Tienen un grupo de cazadores que mis compañeros del Seprona me dicen que se junta continuamente en Las Soledades.
- ¿Dónde?

Germán Ruiz sonríe, seguro de la sorpresa. Apaga su cigarrillo y yo hago lo mismo.

- Las Soledades es un cortijo de la hostia, donde se reúnen a cazar. ¿Y sabe quién es el propietario?

El nombre me viene a la cabeza tan rápidamente como él lo dice.

- Cristóbal Cárdenas.

Se calla un minuto largo. Miro la lista. La observo. Los seguiremos a todos, aunque tenga que emplear a todos los hombres a tiempo completo. Aunque tenga que utilizar chorizos que me deben favores, como en el caso del Lila.

- También tienen un grupo de tiro olímpico y son socios del club de tiro. Son una piña. No me dan buena espina, comisario.
- ¿Piensas que de entre esta gente podrían salir los pistoleros?
- ¿Usted no?

Asiento lentamente.

- Son fanáticos de las armas. Fanáticos de la caza. Así que están familiarizados con las armas y la caza. Alguien lo dijo la otra noche. Los disparos a la familia eran certeros. La firma del tiro en el ojo izquierdo. Y la espera, lo cazaron como un conejo, al cuarto hombre.
- Hábitos de caza –comento.
- Y si estaban en el mitin de la otra

noche, también serán fanáticos de extrema derecha.

- ¿Has pensado en dejar la Guardia Civil? Podrías venirte conmigo.

Se ríe. Muestra unos dientes regulares y fuertes. La carne delgada se curva en líneas firmes y duras.

- Mi novia dice que me sienta bien el verde. Hace juego con mis ojos.
- Ganarías más.
- Seguro. Porque mira que ganamos poco. Y ahora, encima, con los recortes…
- Mis recomendaciones no te vendrían bien. Pero buscaría quien te ayudara. Y te quedarías aquí.

Se levanta. Me ofrece su mano.

- Lo pensaré.

Tiene un saludo seguro y firme.

- Cójalos.

Otra vez vuelvo a ver esa sombra en la mirada que lo había abandonado un segundo, cuando el furor de la inspiración y la caza se habían adueñado de él. Es la visión de la muerte en su alma.

- Lo haré.

Por primera vez, hago una promesa que no estoy seguro de cumplir. No he sabido hacerlo en el caso de don Matías Bereza, ¿por qué voy a ser capaz ahora? También debe velar una sombra mi mirada, porque dice:

- Sé que puede hacerlo, comisario.
- ¿Has puesto esto en conocimiento de tus superiores?
- Sí. Pero aún no tenemos órdenes precisas, más que de permanecer a la expectativa. Por cuestiones políticas, no quieren reconocerlo como un atentado terrorista y lo tratan como un asesinato común. Se supone que es de su competencia, comisario.
- Gracias.

Germán abre la puerta del despacho, pero antes, le digo:

- Si te necesito, ¿puedo contar contigo? Extraoficialmente…
- Claro. Llámeme. Cambiaré el turno con un compañero y le ayudaré en lo que pueda.

Tarde

El inspector Salas estaba convencido de que el tío que tenía enfrente no era trigo limpio. Que había algo sucio en su actuación. Que tenía interés en ver al hermano muerto. ¿No se beneficiaba enormemente de la muerte del hermano?

Los informes que había recabado acerca del fallecido y de su hermano, única familia que tenían ambos, además de unos tíos lejanos y unos primos con los que apenas tenían contacto, no favorecían a David Herraz. En los lugares donde había indagado, todos coincidían. Un vivalavirgen que dejó los estudios y que luego, al volver al pueblo para ayudar a su hermano a trabajar en el negocio que ambos habían heredado de sus padres, no había hecho nada. Se dedicaba a vivir del trabajo del hermano, y la única tarea en la que se le conocía aplicación era su afición a la caza. Lo demás, las copas con los amigotes y las juergas.

El hermano fallecido, en cambio, era todo lo contrario. Feo a más no poder, según le dijeron y según comprobó en las fotografías de álbumes familiares. Dedicado en exclusiva a su trabajo, no se le conocía otra actividad. Soltero forzoso, había quien decía que todas sus luces se dedicaban a llevar el negocio de venta de fitosanitarios, abonos, maquinaria y útiles de trabajo. Para las demás actividades de la vida, un negado. Tal su laboriosidad se diluía luego, cuando se veía obligado a relacionarse con los demás, en una torpeza infinita que levantaba la hilaridad de todo el mundo. Objeto de chistes, de gracias y de burlas, su propio hermano le daba de lado y jamás verías juntos a los hermanos por la ciudad. Nadie recordaba haberlos visto comer juntos en un restaurante, o tomar un café o una copa. Muchos lo tenían por maricón, aunque Salas no pudo averiguar nada al respecto.

- ¿Dónde me dijiste que estabas en la madrugada de anteayer? –preguntó Salas.

Esta vez no lo había entrevistado en su despacho. Lo había llevado a la sala de interrogatorios. Esperaba que la desangelada sala lo intimidase un poco. Pero David Herraz no mostraba sus emociones. Tenía una expresión concentrada, lo que le confería cierto aire severo que lo volvía más atractivo.

Toda la fealdad que se había concentrado en su hermano muerto era solidez física en el hombre joven que tenía delante. Llevaba el pelo negro muy corto. La arquitectura de la cabeza merecía una escultura. El perfil era de canon y debía medir uno ochenta y cinco aproximadamente de físico atlético. Vestía unos tejanos y una camisa azul bajo una cazadora de piel marrón.

- Ya se lo dije –respondió David.- Estaba con los amigos y luego me fui por ahí, con unas copas de más. Estuve con una puta, ya lo sabe.

David quería aún explotar su primera falsa coartada. Aunque ya había concertado con Lucas Martos la coartada que éste y Vila le proporcionarían, prefería no utilizarla de no ser imprescindible.

- Sí, lo dijiste. Pero no nos has dicho con quién.
- Yo qué sé…- dijo encogiéndose de hombros.- La primera que pillé.
- ¿Dónde estuvisteis?
- En algún rincón de la playa, en el coche.

Salas abrió una carpeta que había dejado sobre la mesa. Se echó hacia atrás para que David no pudiese ver los documentos.

- Me dicen que a la una y media de la mañana llegó un coche a tu casa.

Se volvió a encoger de hombros.

- No lo sé. No estaba allí.
- Pues yo sí lo sé.

Salas dejó un vacío de silencio, hasta que el otro le devolviera la mirada a los ojos, expectante.

- Era tu coche.

David negó con la cabeza. Incluso esbozó una sonrisa. Lo veía venir.

- Te vio una vecina –añadió el inspector.

David se mordió los labios. La muy puta… Jugaba con él. La odió. La odió intensamente.

- Quiero hablar con ella. Veremos si dice lo mismo conmigo delante –retó.
- Esto no es un juzgado. Aquí no

hay careos. ¿Por qué has dicho que no estabas en casa a esa hora?

- Porque no estaba. Además –se alumbró David.- Mi hermano no murió en mi casa. No sé qué quiere decir con todo esto. Se ha muerto, ¿no? Pues ya está.
- Ya está no. Tu hermano no murió en el coche. Y lo sabes. Ya estaba muerto.

Se mordió los labios con fuerza. Deseó matar a Regina. Matarla y enterrarla muy hondo.

- Le prendieron fuego al cuerpo y al coche y lo tiraron por un barranco para que pareciera un accidente. Pero no lo fue. Fue un asesinato –afirmó el inspector Salas.

David lo miró subrepticiamente. Ahora era incapaz de mantener la mirada del policía.

- ¿No tienes nada que decir?

David respiró hondo. Elevó la cabeza, suspiró, pero no miró al inspector.

- ¿Por qué volviste andando a tu casa a las seis de la mañana?

El inspector iba asestando sus golpes poco a poco. David Herraz estaba cada vez más acorralado y él lo veía, lo olía. El inspector estaba cada vez más seguro de que se encontraba ante el culpable.

- ¿También se lo ha dicho mi vecina? Es que me quiere mucho –ironizó David.
- Nosotros sabemos muchas cosas. Unas personas nos dicen unas cosas y otras personas nos dicen otras. Y atamos cabos.
- ¿Cabos? Me cago en la puta…
- Te has convertido en un hombre rico, ¿verdad?
- Yo no he matado a mi hermano –fue la primera vez que miró a los ojos, profundamente, al policía.
- ¿Tenía enemigos tu hermano?

Cerró los ojos con fuerza. Por primera vez, sintió deseos de llorar. La imagen de su hermano muerto, de su hermano ardiendo como una tea, se le presentó en la mente de una forma terrible. Por primera vez sintió miedo. Por primera vez sintió pena por el hermano muerto.

- Uno se enfadó con él. Mucho – dijo. Y esta vez no mentía.
- ¿Quién? ¿Por qué?
- Un moromierda que quería comprarle una casa vieja que tenemos en el barrio de San Cristóbal.
- ¿Para qué?
- Para hacer pisos y vendérselos a los suyos, supongo.
- ¿No le vendió? ¿No era tuya también la casa?
- No. Era sólo suya.
- ¿Por qué no vendió?

David no quería responder. Recordaba cuando se lo había comentado. Una de las pocas veces que habían estado juntos, cenando a la misma mesa, en la casa, solos. Cuando Eusebio se lo comentó, respondió él, con desdén, si iba a vender a los moros de mierda que se van a cargar el país. El hermano, apocado, bajó la cabeza y no dijo nada más. Eusebio siempre bajaba la cabeza. Por todo. Ante todos.

- ¿Cómo se llama?

El inspector anotó el nombre del moro que quería comprar la casa.

- ¿Y crees que este hombre pudo matar a tu hermano?
- ¿No mataron a don Matías?

Salas cerró la carpeta. Hablaría con el moro. Pero estaba convencido de que era una pérdida de tiempo. El que sabía mucho más de lo que decía estaba sentado frente a él.

- Bien. Te vas a quedar aquí…
- ¿Qué?
- Detenido. No me gustan tus explicaciones. Mientes más que hablas. Echas la culpa a otros. Y tus andanzas la noche que murió tu hermano no están claras.
- ¿De qué me acusa?
- Eres sospechoso del asesinato de

tu hermano. ¿Tienes abogado? Si no, llamaremos uno de oficio.

David sintió una corriente eléctrica helada que le corría por la espalda. Se quedó anclado a la silla metálica y fría en la que estaba sentado. Abrió la boca, pero su rostro sólo mostró estupor y miedo. Fue incapaz de hablar mientras el policía se levantaba y recogía su carpeta.

- ¡Espere! –gritó antes de que Salas saliera.

Salas se quedó junto a la puerta de la sala de interrogatorios abierta. Un agente al otro lado esperaba para conducir al detenido al calabozo.

- Estuve con unos amigos esa noche.
- ¿Por qué no lo has dicho antes?
- Algunos son casados.
- ¿Quiénes y dónde?

David dio los nombres de Lucas Martos y de Vila, el policía municipal, dijo, para añadir cierta respetabilidad a su coartada.

- Estuvimos en Las Soledades. El cortijo donde nos juntamos a cazar. Había varias putas y Vila es casado. Por eso no quería decir nada.

Salas miró al agente que aún esperaba.

- Enciérralo hasta que comprobemos la coartada –le ordenó, tras apuntar los hombres.

Anochecer

Estoy en el despacho, con Malasaña, quien me cuenta la vida anodina del policía municipal Vila.

- Desde anoche no ha hecho nada raro, comisario. Cuando lo localicé, llamando a la Policía Local y mintiendo acerca de que tenía que hablar personalmente con él, y comprobé que estaba en su casa, hasta ahora, no ha hecho

otra cosa que estar de servicio. Sale dentro de una hora. Me apostaré frente al cuartel para seguirlo.

- No lo dejes. Bajo ningún concepto.

Su nombre también está en la lista que me ha dado Germán, por supuesto.

- ¿Cómo va lo demás?
- Lentamente. Mal.
- Estos procesos siempre son lentos, jefe. Y eso contando con que no nos estemos equivocando de gente.
- No podemos esperar.
- Hay que tener paciencia –insiste.
- Tú no viste al niño acribillado.
- Pero he visto otras cosas –repone.- ¿Y el muerto de esta mañana?
- Me han confirmado que los restos de sangre del cuchillo coinciden con la de don Matías Bereza.
- Así que ya tiene a su asesino.
- Ni lo he encontrado yo ni las cosas están claras. ¿Crees que un tío que le corta la cabeza a otro se cae por un acantilado?
- Depende de lo que estuviera haciendo.

En mi despacho hay más humo que en un puticlub de madrugada. Me levanto y abro la ventana. En ese momento, entran López y Martín, con los ojos rojos. La espesura del ambiente es un puñetazo en sus ojos.

- ¡joder, jefe! Esto es una cámara de gas.
- El aire puro es perjudicial para la salud –rezonga Malasaña.
- Esto es lo que hemos encontrado.

Ponen sobre la mesa varios fotogramas extraídos de las imágenes grabadas por las gasolineras que hemos rastreado en todas las vías que circundan los lugares donde se produjeron los asesinatos. Ya que debían hacer ese trabajo, les pedí que buscaran también en las horas previas y posteriores al asesinato de don Matías Bereza y en las vías de acceso, incluso a varios kilómetros, del Pago del Collado. Era un disparo a ciegas, pero si debíamos pedir las grabaciones, unas pocas horas más de trabajo bien podían emplearse.

- Jefe. Los coches que no repostan

no se ven bien, puesto que pasan por la carretera y sólo se ven unos perfiles bastante vagos. Entre los que repostan a esas horas, no hemos descubierto nada –dice López.- Sólo en la gasolinera de la antigua carretera de Almería hemos visto una coincidencia, aunque seguramente no es nada…

Me inclino sobre un fotograma que señala López con el dedo. Se ve, borrosa, la entrada a una gasolinera y un trozo de asfalto de una carretera general. Martín me ofrece otro fotograma. Es de la misma cámara y del mismo lugar, pero los dígitos en su ángulo superior izquierdo señalan el día indicado. Apenas se ve la parte baja, a todo lo largo, de un vehículo todoterreno. En ambos casos.

- Por esa carretera se puede ir a ambos lugares, a Cortijo Llano, donde asesinaron a la familia, y al Pago del Collado, donde decapitaron a don Matías –añade López.- En un caso tiras luego hacia el sur y en el otro hacia el oeste, por carreteras secundarias y luego por caminos.
- ¿Se trata del mismo coche?
- Lo parece.
- Es un Toyota Land Cruiser, jefe –comenta Martín.- El primer día, cuando mataron a don Matías, pasa delante de la gasolinera una hora u hora y media antes de la hora de la muerte según el forense. En el otro caso, dos horas antes.
- En ambos casos va en la misma dirección. Es decir, que va de la ciudad a las afueras.

Malasaña, cuando me siento mirando con atención las fotografías, apoya la mano en mi sillón y pega la cabeza a mi oreja. Lo miro:

- ¿No tenías algo que hacer?
- Me pica la curiosidad.
- Pues a mí me pica la curiosidad de qué hará el tal Vila cuando se quite el uniforme.

- Vale, vale.
- ¿Cómo podemos saber más datos del coche? –pregunto, un poco a tontas.
- Eso no vale para nada –dice Malasaña, antes de salir dando un portazo.

Los tres nos quedamos mirando la puerta. Dejo los fotogramas sobre la mesa. López y Martín se sientan frente a mí. Veo el cansancio en sus ojos, hinchados.

- No podemos descansar. Vamos a comenzar seguimientos esta misma noche. Los tres.
- Jefe, necesitamos más gente.
- Es que los demás también lo van a hacer.

Dejo sobre la mesa el listado que me ha dado Germán. He pedido los antecedentes de todos ellos. Saco una carpeta de un cajón y se la entregó a López.

- Asigna los seguimientos de esa gente. De los cuatro primeros, menos Vila, que ya es cosa de Malasaña, los haremos nosotros.
- Tengo que ir a casa. Comer algo y ducharme –se queja Martín.
- Lo haremos los tres, aunque yo empezaré mañana. Esta noche tengo otra cosa que hacer. Id a casa un rato y poneos ropas más discretas.
- A mí me toca –comienza López.- ¿Lucas Martos? A éste lo conozco.
- ¿Y a mí? –pregunta Martín.
- Éste –señala López.- El Pelao. Vaya, te ha tocado la china.
- ¿Por qué?
- Éste se pasa la vida en los bares. Vas a dormir poco esta noche, Martín.
- ¿Y el tuyo?

López se encoge de hombros.

- Un capullo. Ya veremos.

Ambos recogen la documentación para encargar el resto de seguimientos. Se levantan.

- Jefe, ¿puedo preguntarle una cosa?

Asiento.

- Si el informe de la sangre en el cuchillo demuestra que el moro que hemos encontrado hoy mató a don Matías Bereza, ¿Por qué insiste en examinar los vídeos de las gasolineras también de aquel día? El caso está cerrado, ¿no?
- ¿Estás seguro?
- Yo no estoy seguro de nada.
- Yo tampoco.

Noche

Cuando salen, busco otro expediente en mi cajón. Tiene más de cincuenta hojas. Me lo han enviado desde Madrid, donde solicité la información al Servicio de Delitos Financieros.

López apenas ha tenido tiempo de investigar la financiación del MET y, además, sería demasiado para él.

Comienzo a leer y lo que veo me deja helado. No comprendo cómo la corriente subterránea de una sociedad mueve las olas hasta que concluyo la lectura. Encuentro referencias a financiación de Yunque, Falange o Movimiento Nacional, y veo que cuentan con subvenciones y ayudas aparentemente desinteresadas de todo tipo de organismos. Suponía que nadie financiaba a grupos parafascistas y resulta que, bajo la apariencia de asociaciones o fundaciones, reciben ayudas de organismos públicos, de entidades paralelas a los partidos políticos y de empresas de todas clases. La Policía ha desglosado sus ingresos conocidos en grupos: simpatizantes, asociaciones religiosas, asociaciones de vecinos, políticas. Mencionan que se camuflan dichas ayudas de múltiples maneras: como compras masivas de lotería; como compra de material para oficinas inexistentes, como organizaciones de eventos que no se llevan a cabo o que se sospecha son mucho menos costosos de la cantidad recibida; subvenciones de ayuntamientos con alcaldes simpatizantes.

Sobre el MET, apenas disponen de datos. Su reciente constitución les ha impedido investigarlo aún, pero sí disponen de información sobre dos asociaciones radicadas en Baria y que llevaban tiempo activas: Asociación Indálica para la Reserva de los Valores y Tesoros Culturales y Agrupación para la defensa del Sureste. Ambas habían recibido de alcaldes de diversas localidades de la provincia más de doscientos mil euros. Y de la Junta de Andalucía otros ciento veinte mil euros. Tales cantidades en apenas dos años y sin que se supiera demasiado bien en qué habían sido empleadas.

Ambas asociaciones habían sido ligadas al MET desde que éste había solicitado su inscripción en el Registro de Partidos Políticos con su aval, entre otros.

A ambas se las relacionaba igualmente con empresarios hoteleros de la provincia, cuya colaboración económica se sospechaba, y de empresarios del sector de la construcción que, al parecer, habían realizado obras desinteresadamente para el MET en los últimos meses, como una sede completamente nueva en Baria.

Los informes internos de la policía sostienen que, además de la creciente financiación privada y pública de estos grupos de extrema derecha, también han creado empresas de seguridad con que financiarse.

Financiarse y algo más, me temo.

Me ratifica en lo anterior descubrir que reciben fondos de organizaciones paralelas de izquierda. A la primera perplejidad sigue el entendimiento. La misma operación que se practicó en Francia por la izquierda, fomentando una extrema derecha que se les fue de las manos y que acabó con el Frente Nacional a un paso del Elíseo.

Finalmente, se menciona el auge en votos, aún demasiado dispersos para provocar alarma, pero incesante en los últimos quince años, elección a elección.

Y todo esto ha ocurrido a un palmo de mi nariz y no me he enterado. Las corrientes subterráneas, como las enfermedades víricas, atacan sin que te des cuenta. Pero ahora sí estamos viendo los síntomas, crudamente.

Noche

Me escaqueo de los seguimientos y hago lo que tenía previsto desde que lo vi predicar en el púlpito. Acudo solo. Aunque antes me he informado. Por

supuesto, no tiene antecedentes. Un ciudadano ejemplar. Médico, fundó una clínica que atiende a miles de personas de toda la provincia. Incluidos pobres de solemnidad que no tienen para pagar y a los que don Cristóbal Cárdenas proporciona una ficha especial, firmada personalmente por él, para que tengan acceso a todos los servicios de la clínica. En ésta, menos operarte de cambio de sexo, casi de todo. Un pequeño hospital a las afueras de la ciudad. Un edificio para el cual el Ayuntamiento aceptó un cambio de uso por interés general tramitado en menos de tres meses. A los doce, ya abría sus puertas. Un edificio de aire moderno, claramente hospitalario, cuya superficie, incluyendo los amplios aparcamientos, debe alcanzar varias hectáreas. Las malas lenguas dicen que al otro lado del aparcamiento construirá viviendas para los empleados, que les venderá a precios módicos, y un pequeño hotel, para los parientes de los enfermos. Más de cien camas. Un restaurante. Una cafetería. Sótanos para radiología. Un lujo para la ciudad.

Iluminado como una feria todo el año. La obra de un gran hombre, dicen unos. El negocio del siglo, dicen otros.

Su casa, en cambio, está situada al otro lado de la ciudad. Ni siquiera ha querido codearse con las mejores urbanizaciones. Ha aprovechado un viejo cortijo al que la ciudad se acercó poco a poco hasta engullirlo, para cerrar una parcela escandalosamente grande, cercada en todo su perímetro por una muralla de más de dos metros de alto. A pesar de que es de noche, puede uno ver los perfiles de las arboledas. Cipreses en una esquina, la más alejada de la vivienda. Unos abetos que dios sabe cómo pudieron crecer en un clima tan cálido. Varios nogales y, sobre todo, sauces, muy llorones la mayoría. Hay pinos de copa redonda y pinos esbeltos y puntiagudos. La muralla se abre al frente, dividida por una puerta de hierro negro de más de seis metros de anchura. Cuando toco el fono responde una voz que me pide que espere, a pesar de mi rango. No culpo al servicio, que seguramente obedecerá a su señor antes que al Presidente del Gobierno.

Entro en el recinto y me sorprende un rumor de agua que corre. Si desde fuera podía ver las copas de los árboles, ahora compruebo la belleza de la que se ha rodeado. Jardines inspirados en el Generalife, rumor de agua, iluminación de espectáculo sereno y hermoso. Una ancha calle entre plátanos que no descubrí desde fuera porque están desnudos de otoño me conduce hasta una entrada de película. Extensión de grava, porche elevado al que se accede por dos escaleras de piedra. Una fachada de columnas blancas que resalta una puerta tan esbelta como la de un castillo, y ventanales inmensos.

Detengo el Golf y compruebo que un hombre me espera a la intemperie. La luz que estalla a su espalda me impide ver sus rasgos, pero sé que es don Cristóbal Cárdenas en persona quien recibe en actitud solícita al comisario de su ciudad.

Subo las escaleras de piedra y nos estrechamos la mano.

- Es un honor que visite mi casa, comisario –dice.

Su apretón es firme y decidido. Y su mirada directa y precisa. Como imaginaba, el servicio está presto a dispensarnos su atención, porque una mujer vestida con cofia mantiene la puerta abierta hasta que la atravesamos y penetramos en un cálido viaje a otro mundo.

Don Cristóbal Cárdenas debe ser un obseso de la luz, porque tanto su clínica como su casa están iluminadas en los más recónditos rincones. Me asaltan luces cálidas en cada esquina, luces indirectas que resaltan un mueble de época, un cuadro que temo preguntar si es original, porque imagino que sí lo será. No soy experto, pero pensar los precios de lo que me rodea hace temblar mis rodillas de funcionario con recortes.

Me conduce amablemente hasta un salón más grande que mi casa y se levanta de un sillón tan mullido como un guante una mujer enteca y seria, impecablemente vestida para la hora y el lugar. Me ofrece una mano reseca y huesuda que toco con el temor de un pueblerino que accede a la Corte. Incluso temo haber inclinado ligeramente la cabeza. Me solivianto de mi propia inclinación y, desconsiderado, pienso que si don Cristóbal Cárdenas se rodea de cosas bellas es para compensar la rigidez y frialdad uterina de su esposa. Hago una asociación de ideas y digo:

- Una vivienda propia de un caudillo.

No en vano la mujer recuerda como un cromo a doña Carmen Polo de Franco. Inmediatamente pienso que la edad de Cárdenas no se corresponde en absoluto con la de su esposa y ello confirma los cuchicheos del braguetazo que dicen pegó al cargar con semejante muermo.

Satisfecho, y ronroneando con una sonrisa la alusión al Caudillo, Cárdenas me despide de su esposa y me conduce por pasillos más amplios que muchas calles de la ciudad, impecablemente limpios, hasta un despacho de muebles antiguos y pesados, de maderas labradas con dedicación de orfebrería y cortinas pesadas. En lugar de sentarse a la mesa de despacho, me conduce y con una mano me invita a sentarme en un sofá que rodea una mesa baja y redonda, de madera más noble que la Duquesa de Alba. Me ofrece una copa, pero respondo que estoy de servicio.

Luego me dice que nos presentaron en una ocasión, alguna fiesta o celebración que no recuerdo. Cuando excuso mi mala memoria, hace un gesto, abre un mueble bar y pone dos copas sobre la mesa. Luego, busca una botella de Luis Felipe y sirve dos copas.

Me mira a los ojos con una sonrisa.

- No se lo diré a sus superiores.

- Rectificar es de sabios –digo, cogiendo la copa y oliendo.

Una paz inmensa penetra en mi interior. El licor lame la copa al compás de mi mano. Ambos levantamos la copa en un brindis sin palabras y saboreamos el coñac.

Tardamos más de un minuto en hablar. Elogiamos la bebida, nos observamos.

De cerca, Cristóbal Cárdenas es un hombre de baja estatura que compensa con una personalidad indiscutible. Tiene cortos y gruesos los dedos de las manos. Todo su cuerpo es corto y demasiado grueso. Pero no se observa debilidad en el conjunto. Lo compensa una mirada fija que desnuda. Ojos azules y de pupila casi brillante. Me ha recibido en chaqueta, parte de un traje al que ha quitado la corbata, seguramente única relajación que se permite en la casa.

- ¿Qué le trae a verme, comisario?

Que la belleza de las cosas que lo rodean anonade al más pintado; que su riqueza produzca admiración en muchos; que su buen nombre sólo merezca elogios en toda la ciudad; que haya caído en la debilidad de sentirme abrumado en su presencia, en la de su esposa y en su casa, no hacen sino encorajinarme.

- Me preocupa usted.
- ¿Yo? Por Dios, comisario. Soy un ciudadano modélico.
- Es usted la mecha de una hoguera.

Sonríe con bonhomía muy bien aprendida. Los mofletes de su rostro se estremecen. Bebe de su copa y la deja sobre la mesa. Me mira fijamente.

- Dígame por qué.
- Estuve en su mitin. Ha creado usted un nuevo partido.
- Efectivamente, comisario. ¿No considera necesario un partido como el Movimiento Español Tradicionalista? ¿Qué tiene en contra?
- Que su discurso incita a la violencia.
- ¿Le parezco violento?
- Hay hombres no violentos que provocan grandes violencias. La historia lo demuestra.
- No se preocupe, comisario. No

tiene nada que temer de nosotros.

Doy un buen trago a mi coñac y también dejo la copa sobre la mesa. Me inclino hacia delante y le suelto:

- Me ha llamado mucho la atención que su mitin haya coincidido exactamente con la matanza de Cortijo Llano.
- Soy un hombre religioso, comisario. Lamento esas muertes. Ha sido una desgraciada coincidencia.
- ¿Por qué se dieron a conocer precisamente ese día?
- Como usted sabrá, porque lo sabe todo el mundo en la ciudad, el partido se estaba gestando desde hacía tiempo. Pero no llegamos a tiempo de presentarnos para las últimas elecciones municipales, de mayo pasado. Con las generales del mes pasado era más prudente esperar y disponer de tiempo por delante. Nuestra intención es ir creciendo hasta las próximas elecciones municipales en Baria, para las que faltan tres años y medio, y entonces presentar una candidatura seria.
- Tal vez debió suspender el mitin, a la vista de los acontecimientos.
- Imposible, comisario. Demasiada organización, demasiados compromisos. Tuvimos visitas del extranjero. Además…- Cárdenas deja un minuto de suspense mientras toma su copa y bebe.

La vuelve a dejar sobre la mesa de centro y dice:

- La matanza no se hubiera producido si ustedes hubieran detenido al moro que mató a don Matías Bereza.
- ¿Pretende decir que la culpa del asesinato de dos hombres, una

mujer y un niño inocentes es culpa de la policía?

- No, comisario, no se ofenda. Quiero decir que la vida es así: acción-reacción. Crimen-venganza. Ha sido así toda la vida. Y así será. Es la naturaleza humana. Y lo único que digo, sin desmerecer su trabajo ni el de la Guardia Civil, por supuesto, es que, si el criminal hubiera sido detenido, seguramente ello hubiera apaciguado los ánimos.
- Los ánimos no estaban exaltados, aunque lógicamente hubo la indignación habitual en estos casos.
- Sí. Sí lo estaban, aunque ustedes no hayan sabido verlo. Tampoco han sabido encontrar al culpable y una caída tonta en la costa ha sido el único modo de encontrarlo.
- Aún no sabemos si fue él el asesino de don Matías Bereza. ¿Conocía usted a don Matías?
- Por supuesto. Incluso fue mi maestro en el colegio. Cuando él era joven y yo un crío. Le tenía un gran afecto y… Lamento decirle esto, comisario, pero su investigación sobre… ciertos aspectos de la vida de don Matías, ha sido totalmente equivocada, como han demostrado los acontecimientos.
- ¿Usted cree?
- Sin duda. Don Matías era un hombre bueno. Hurgar en su vida, insinuar que pudiera ser un maricón…

Cárdenas mueve la cabeza a un lado y a otro, como lamentando una fatalidad. Bebe de su copa y me mira a los ojos. Ya no observo en ningún momento su primera cordialidad.

- ¿Qué relación tenía con don Matías actualmente?
- Distante. Él estaba dedicado por entero al comedor social. Una actividad elogiable, qué duda cabe. Pero sólo temporalmente útil. Era reacio a proyectos de mayor envergadura.
- ¿No pertenecía a su movimiento ni a sus asociaciones?
- En absoluto. Don Matías era un alma buena, libre y equivocada.

Me retrepo en el sillón, observando al hombre que bebe de su coñac entrecerrando los ojos. Huelo cierta queja.

- ¿Le propuso que perteneciera al MET?

Cárdenas sonríe.

- Se lo hemos propuesto a todo el mundo –dice inocentemente, abriendo sus brazos.
- Pero él hubiera sido una persona de peso. Supongo que una persona como él atraería muchas simpatías.
- Matías… don Matías, siempre fue alérgico a todo lo que fuera protagonismo. Él que no quería usar su influencia.

Lo dice casi con amargura. Como si lo sintiera sinceramente.

- Observé -continúo-, que en el mitin había ciertos servicios de seguridad. Gente joven. Algunos conocidos en la comisaría por ser algo violentos.

Antes de que concluya, abre otra vez los brazos.

- Sólo eran meros organizadores. No disponemos de seguridad privada. Aún no disponemos de fondos. Contratamos a unos jóvenes para que indicaran a la gente dónde sentarse, organizaran un poco, ya se puede imaginar.

- A propósito de fondos. No parece que les falten. Hay varias asociaciones vinculadas a ustedes que obtienen subvenciones cuantiosas.

Por primera vez, observo una mueca de disgusto en su cara. Su mirada se vuelve instantáneamente pétrea.

- Son asociaciones perfectamente legales. No sé a qué viene que la policía se interese por esto.
- Pero tienen pocos asociados. Apenas hay actividades y sin embargo…
- ¿Apenas…?

Se echa bruscamente hacia delante.

- ¿Es que no vio la cantidad de gente que había en la plaza de toros? Estaba llena, a rebosar. Toda esa gente es a la que nos dedicamos.
- ¿Cree que su mensaje tendrá eco?
- ¿Acaso lo duda? ¿No vio…?
- España ya no es un país de extrema derecha.

Cárdenas lanza una carcajada. Tan brutal que sus piececitos se levantan del suelo. Me mira con lágrimas en los ojos, bruscamente alegre.

- No entiende nada. ¿No ha visto España en los últimos meses? ¿No ha leído un periódico en el último año? España, comisario, no es lo que usted piensa. España es un país falangista y no lo sabe. Se lo voy a demostrar.
- ¿Cómo?
- Vea la entrevista que me harán en la televisión de la ciudad. Tal vez aprenda algo.
- Siempre estoy dispuesto a aprender –digo, cínicamente.
- Comisario, le explicaré algo. En situaciones de crisis económica y, aún más, de crisis de valores,

como ésta que vivimos, es inevitable que la gente, especialmente los jóvenes, incurran en excesos, como los que hemos visto últimamente. Se encuentran perdidos, sin un destino al que acudir y sin una razón por la que levantarse cada mañana. Así ocurrió en el 36, comisario. Las juventudes de la CEDA no participaron en algaradas hasta muy tarde, cuando fueron atacados por la izquierda salvajemente. Sólo entonces, desesperados ante la prudencia del partido al que pertenecían, se unieron a La Falange y comenzaron su lucha.

- No muy épica que digamos. Básicamente, se limitaron a asesinar gente en la retaguardia.

Inspira honda y lentamente, aguantando una cólera que se condensa en un enrojecimiento del rostro similar al de un borracho tardío. Se contiene y explica:

- ¿Ha oído las noticias? Ayer, en Italia, un hombre ha ido a un mercadillo, ha disparado contra negros, ha matado a tres y ha herido a varios, todo ello sin mediar palabra. Para usted, que sólo ve lo inmediato, no es más que un criminal. Para mí, es un síntoma. Una semana antes, decenas de personas, seguramente tan decentes como usted o yo, prendieron fuego a un campamento de rumanos. El tipo que ha disparado a los africanos se ha suicidado después. ¿Qué lección aprende usted, comisario, de ello?

Levanta la mano antes de que pueda responder.

- Sé lo que me dirá –afirma. Y

esboza un gesto de aburrimiento, como si cualquier cosa que yo pudiera decir fuese una solemne bobada.- Le diré algo, lo que yo aprendo: no se puede mezclar agua y aceite. Cuando se mezclan dos sustancias, normalmente la resultante es explosiva. Ese hombre, asesino para usted, es una víctima para nosotros. Un hombre disminuido, chupatintas de cincuenta años lo denominan los periódicos. Un hombre arrinconado, desinflado, desnutrido, pero no de comida, sino de valores. ¿Por qué? Porque la mezcolanza le ha hecho perder sus señas de identidad.

Respira hondo, me mira fijamente y afirma, rotundo:

- Intento que mis compatriotas recuperen sus señas de identidad, comisario.
- ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar para conseguirlo?

Nos miramos fijamente. No voy a bajar la mirada ante sus ojos acusadores de todo aquello que él ve en mí, la debilidad que abomina, y yo no pienso someter mi mirada a la arcaica barbarie que representa.

Se levanta bruscamente. Ha abierto la boca, como para decir algo, pero luego la ha cerrado con un apretón que me ha parecido oír hasta aquí, como un caimán que acaba de atrapar a su presa. Nos miramos un largo minuto antes de estrecharnos protocolariamente las manos.

JORNADA QUINTA (jueves)

Mañana

- He venido porque me ha parecido mi deber –explicó el hombre, sentado ante la mesa del inspector Salas.

Éste, que había comprobado la coartada de David Herraz, aceptaba de mala gana que no tenía nada que objetar ni a la coartada ni a las aseveraciones del hombre que tenía enfrente.

Un agente traía a David Herraz, que había pasado la noche en una celda. Su aspecto era menos altivo que otras veces. Una noche a la sombra surtía sus efectos. El inspector Salas lo había comprobado muchas veces, incluso en tipos duros como una piedra.

David Herraz estaba despeinado, su ropa arrugada, olía a sudor frío y la mirada era opaca, como una perla que pierde el brillo.

- Hola, David –tendió la mano el hombre.

David no lo conocía de nada. Aún así, estrechó la mano del hombre y tomó asiento a su lado, al otro lado de la mesa del inspector. Salas apretaba las mandíbulas, disgustado por verse obligado a abrir la boca y soltar el bocado que había apresado.

- Le he dicho al inspector… -comenzó el hombre.

David lo miró fijamente, por primera vez, pues antes se había estado fijando en el inspector. Como éste dejaba hablar al hombre, concentró su atención en él.

- ¿Quién es usted? – cortó.
- Soy el doctor Valdés. Y soy el psiquiatra de tu hermano.

La reacción de David no fue inadvertida para el hombre.

- ¿No sabías que tu hermano acudía a un psiquiatra?

El doctor Valdés sonrió, aparentando comprensión.

- La mayoría de la gente no quiere que se sepa que acude a un psiquiatra –dijo, mirando a ambos

hombres.- Ya sabes… La gente piensa que quien acude a nosotros está loco de atar.

El psiquiatra rió solo su chiste.

- ¿Qué hace usted aquí? – preguntó David.
- Tu hermano acudía a mí desde hace tiempo. Lo conocía muy bien. Al tener noticias de que habías sido detenido como sospechoso de la muerte de tu hermano, he acudido enseguida.

Esbozó una sonrisa de satisfacción y miró de nuevo a ambos hombres. Salas los miraba con expresión distante, un tanto ajena, molesto. David, en cambio, no modificó su expresión hosca.

- Estoy convencido de que tu hermano no fue asesinado, como sospecha el inspector. Estoy seguro de que fue un suicidio.
- ¿Y el secreto profesional?

Lo que más sorprendió al doctor Valdés no fue la pregunta, sino que no la formulara el policía, sino el beneficiado de su presencia en la comisaría, el propio hermano de su paciente.

- En primer lugar, al haber fallecido mi cliente, no hay secreto profesional que guardar –puntualizó puntilloso el psiquiatra.- En segundo lugar, estoy cumpliendo los deseos de tu hermano. Si había algo que atormentaba a tu hermano era ser una carga para ti. Si había algo que soñaba conseguir tu hermano en su vida, su único objetivo, era ser un buen hermano, una ayuda y no una carga para ti.
- ¿Quién le ha dicho que era una carga para mí? –preguntó, extrañamente ofendido, David.
- Él. Así se sentía. Por eso lo hacía todo. Por eso guardó todo su patrimonio para ti. Por eso, hizo el

testamento que hizo.

- ¿Qué testamento?
- Para ti, a pesar de todo.
- ¿A pesar de qué?
- De que lo tratabas con desdén y te avergonzabas de él.

Por primera vez, el psiquiatra miró a los ojos de David con dureza. Como éste no respondiera, continuó:

- Tu hermano sufría mucho. Le diagnostiqué una depresión. La sufría desde hacía años. El tratamiento resultó infructuoso. Lo intentamos con charlas, un poco de terapia; luego, medicación; pero no funcionaba. Tu hermano estaba destinado a morir. Tarde o temprano, me temía, haría una barbaridad. Y he venido para decirle esto a la policía, porque he creído que era mi deber. Pero si te molesta, me marcho.
- ¿Qué le dijo mi hermano? –preguntó David antes de que el psiquiatra pudiera levantarse de la silla.

El doctor Valdés miró al policía. Salas ya había oído lo que necesitaba al respecto, y dejó la carpeta donde constaba la declaración del tal Lucas Martos confirmando la coartada de Herraz sobre la mesa.

- En palabras llanas, tu hermano era una persona débil. Extremadamente sensible. Sufría por todo. Era el hermano mayor, pero se sentía un cero a la izquierda, tú lo sabes. Incluso fue así para tus padres. Cuando ellos fallecieron y tú estabas estudiando, ellos quisieron que te hicieras cargo del negocio, supongo que porque a él no lo consideraban capacitado para atenderlo. En cambio, él quería demostrar que podía hacerlo. Y lo ha hecho, ¿me equivoco?

David no respondió.

- Lo ha hecho tan bien que no ha hecho otra cosa, que ha sido incapaz de cualquier otra cosa en su vida. Porque una vez que volviste, una vez que comprobó que se convertía en una carga para tu vida, su obsesión no era otra que facilitar la tuya hasta límites irrazonables. Así, pensaba que no te habías casado ni te habías echado novia porque nadie quería tenerlo cerca. Como ves, su visión de la realidad estaba deformada por su debilidad y su dolor. En cambio, sí fue capaz de hacerse cargo del negocio. Y su obsesión se convirtió en ganar la mayor cantidad posible de dinero, todo para ti. Él jamás me dijo que lo trataras mal, sin embargo, vivo en esta ciudad, y oigo cosas. ¿Por qué no piensas ahora en cómo te has portado con él?

Salas pensó que Herraz iba a responder violentamente, pero, a pesar de que al oír las palabras del psiquiatra se movió en su silla como si hubiera recibido una punzada, no dijo nada.

Dicho su discurso, el doctor Valdés se levantó. Acercó la silla a la mesa en un gesto innecesariamente protocolario. Recogió una carpeta que había dejado allí y dijo, antes de salir:

- Temía que tarde o temprano hiciera un disparate, como supongo que así ha sido, aunque no quiero meterme en su investigación, inspector. Sólo digo que, por lo mucho que sé de Eusebio, no debe descartar el suicidio.

Y luego, mirando a David, añadió:

- Aunque sólo sea a su memoria, le debes un mínimo de respeto.

Mañana

La mañana empieza mal, como sin duda continuará el día.

Lo primero, una llamada de mis superiores. El Comisario Jefe de Almería, al aparato, me pregunta que cómo llevamos la investigación, le cuento lo que hemos avanzado y luego suelta:

- Bien, comisario. Continúe en esa línea. Se trata de una investigación criminal, de un asesinato. No se confunda. No hay que investigar a grupos y asociaciones legales que nada tienen que ver con el crimen. Tenga en cuenta que ese grupo nuevo, el MET, no es un grupo terrorista. Cómo se financie no es cosa de nuestra incumbencia. No debemos entrar en política.

Ya le han ido con el cuento.

- Los asesinatos del otro día están teniendo una gran repercusión nacional e internacional, comisario. Es lógico que desde Madrid nos manden apoyo. No lo desprecie.

Aunque no lo expresa de esa manera, se trata de una orden.

- Céntrese en los asesinatos, comisario. Encuentre a los culpables y lo demás, déjelo a otras instancias, ¿ha comprendido?

Por supuesto, le digo que sí a todo.

No hago más que colgar y enseguida suena el teléfono. Ahora es el Delegado del Gobierno. Lo que faltaba.

Saluda y afirma que está encantado de hablar conmigo otra vez. Me pregunta por la familia que no tengo y le devuelvo la cortesía. Luego, como si nada, me mete los dedos hasta la glotis.

- Comisario, he comentado esta mañana con su superior la

innecesaridad de remover barros en lugares alejados de lo que sin duda debe suponer el centro de nuestra atención, que no es otro que resolver los asesinatos de esa pobre familia de inmigrantes. Le he sugerido al Comisario Jefe que se centren ustedes en ello y dejen como cuestiones políticas la financiación de las asociaciones locales. Es indudable…

El tío no para.

- Que a todos nos preocupan dichas asociaciones, que no son precisamente un ejemplo de demócratas…

Me pregunto por qué su partido las ha subvencionado entonces, pero me guardo de preguntarle.

- Pero lo cierto es que debemos centrarnos en resolver los crímenes, porque el Mundo está pendiente de nosotros. Tenga en cuenta que el surgimiento de un nuevo grupo terrorista, ahora que parecía que esta pesadilla iba a acabar en nuestro país, es… Comisario, ¿está ahí?
- Sí.
- Bien, como le decía…

Carraspeo un par de veces y se da por aludido.

- En definitiva, comisario. No era éste el motivo de mi llamada.

Hay que joderse.

- Quería decirle que esta mañana hay una manifestación de protesta por los crímenes que hemos autorizado. Quería pedirle un trato exquisito y toda la prudencia posible, para evitar altercados que en nada beneficiarán nuestra imagen y la de la Policía.

- ¿Quién ha solicitado autorización para la manifestación? –pregunto.
- El nuevo grupo político, el MET.
- Si es pacífica, no habrá problema. ¿Nos enviarán ayuda desde allí, Delegado?
- No la creemos necesaria –responde.

Le digo que me parece perfecto. Prefiero vérmelas solo que acompañado y con las manos sujetas. Supongo que han pedido permisos donde estaban seguros de no recibir una negativa. El MET se hace con las riendas de la ciudad, pienso.

El señor Delegado me informa que comenzará a las doce del mediodía y el trayecto por donde transcurrirá es de apenas un kilómetro, para desembocar en la plaza del Ayuntamiento, donde se leerá un manifiesto.

Le he prometido portarme como un chico bueno, vigilar y proteger la manifestación como si se tratase de un grupo de escolares.

Cuando por fin cuelga, comienzo a dar voces.

Acuden todos los agentes con oído de la comisaría.

- ¿Alguien sabía que hay una manifestación?
- Claro, jefe –responde García. -Algunos de nuestros compañeros van a ir.

Lo dice con tal inocencia que me dan ganas de partirle la jeta.

- ¿Por qué no me decís nada?
- Es cosa de la Policía Local.

Lo pienso bien y les digo que avisen a López, a Malasaña y a Martín. Luego, le digo a García que escoja tres o cuatro hombres de confianza.

Les ordeno que me esperen en la sala de abajo. Miro el reloj. Aún dispongo de tiempo.

Mañana

Justo antes de las llamaditas he recibido la autopsia de Hamid Boudhim, el muerto del acantilado. No hay duda sobre la causa de la muerte, caída, accidental en principio, por el acantilado, sobre las rocas. Traumatismos

múltiples y traumatismo craneal catastrófico que causó la muerte instantánea. No se apreciaban otros signos de violencia en el cuerpo. No obstante, a Braulio le llama la atención la deshidratación del cuerpo.

Pienso en ello un rato. Pero mis pensamientos se entremezclan y no llego a ninguna conclusión. De la pérdida de tiempo que supone que le dé a la cabeza me despierta el sonido del móvil.

La voz ultra lejana del Lila me saca de mis casillas.

- ¿Estás escondido?
- No –dice resuelto.
- Entonces, ¿por qué coño hablas tan bajo?
- Ah, bueno, comisario.

Entonces me suelta el rollo. Cuando salieron de comisaría fueron a cenar. Pero a las nueve, en lugar de ir al hotel, mis amigos de Madrid fueron a una casa de esas de lujo, una mansión, dice el Lila. Le pregunto que dónde está, sabiendo ya de qué casa se trata. Piensa mal y acertarás, me digo a mí mismo. Mira, soy capaz de pensar algo, me animo.

Cuando cuelgo, suelto una sonrisa sin motivo. La turbulencia de las aguas subterráneas del Estado ensordece mis oídos. ¿Qué querrían hablar mis colegas de la capital con el jefe del MET? Seguro que están al tanto de mi visita posterior. Algo me dice que nuestras visitas no tenían el mismo objeto. Recuerdo ahora las palabras de Cristóbal Cárdenas, su confianza en sí mismo, que no se ofendiera por mi presencia en su casa. Estaba avisado y algo le había convencido de que yo no debía preocuparle.

Mañana

Cristóbal Cárdenas, vestido con traje gris y camisa azul, preside la manifestación. Portan una pancarta con el lema *Justicia para los asesinos de don Matías Bereza*. Tras él, al menos mil personas, según nos indica la Policía Local. La gente ha dibujado emblemas y rótulos en sábanas y paneles de aglomerado que dicen *fuera moros*, las más agresivas; otras: *si no os integráis, volved a vuestro país*; otras son de apoyo al MET, e incluyen consignas como *Reconquistemos España*; *No dejemos de ser nosotros mismos*; o *Luchemos contra la invasión bárbara*.

Caminan en silencio, lentamente, demorándose. A su alrededor, coches de la Policía Local, escoltan al gentío.

He mandado a García y a los hombres que él había elegido a las calles

adyacentes, para vigilar los movimientos que pueden surgir y que prevemos. Malasaña y Martín se han ido por otro lado y López y yo nos mantenemos cerca de la cabeza, avanzando a su paso unos cien metros por delante.

Pronto, Martín nos avisa. Un grupo de manifestantes del 15-M, al que se ha unido un grupo de musulmanes, avanzan por la calle Adviento hasta la Gran Vía, para cortar la trayectoria de la manifestación del MET. Le pregunto qué hacen los municipales, y responde que nada, los miran y los dejan avanzar. Le ordeno que se quede por allí, que observe y no intervenga si no es imprescindible. Un segundo después me vuelve a llamar. Me alerta: un grupo de manifestantes se ha desgajado de la manifestación del MET y avanza hacia la calle Adviento, a enfrentarse a los otros. Muestran una actitud violenta y no hay más que ver sus tipos: jóvenes de pelo cortado a cepillo, la misma carne de gimnasio que se ocupó de la seguridad en el mitin del MET.

Veo lo que se avecina. Observo la cabeza de la manifestación. Alguien habla al oído de Cristóbal Cárdenas, quien asiente. El otro, un tipo con el pelo cortado al uno, se aleja de la cabeza de la manifestación y se pierde entre el gentío. Me fijo en las primeras caras de la manifestación y llego a la conclusión de que sólo falta el brazo incorrupto de Santa Teresa: mujeres escurridas y embutidas en abrigos largos, con cabelleras que acaban de salir de la peluquería, cobrizas y amarillentas. Miembros de las asociaciones tradicionalistas que se han unido al MET. Tras ellas, rostros de hombres adustos y serios, en su mayoría maduros, que conversan al paso de su avance. Aires de empleados, de profesores, de contables, de propietarios de tiendas de ultramarinos y de hostales baratos, albañiles en paro, obreros de futuro incierto. Y amas de casa, oficinistas, maestros.

Nos introducimos por una paralela a la Gran Vía, por donde transcurre la manifestación, y cortamos hacia la calle Adviento. Por allí, vemos avanzar la manifestación de simpatizantes del 15-M. Mucho menos numerosos, no pueden ocultar su filiación. Sólo una pancarta: *Por la integración*. Los primeros manifestantes, los que más gritan, tienen el aspecto esperado: melenas y greñas, ropas sucias o que parecen sucias, algún perro plagado de pulgas, aires de hippies pasados; tras ellos, un grupo de españoles que podrían estar ahora mismo en la otra manifestación: gentes de mediana edad con aire de oficinistas, profesores o empleados. Además, estudiantes que han faltado al instituto. Mezclados entre ellos, un grupo de musulmanes de aire pacífico. Ningún barba de chivo, ninguna chilaba.

Le pregunto por el walki a García si la Policía Local los ha detenido. Me dice que no. Que están llegando a la intersección con la Gran Vía. Le ordeno que los detenga un momento, hasta que lleguemos. Le pregunto que dónde están los chicos duros. Agazapados en un bajo, junto a la intersección de la Gran Vía con la calle Adviento, me dice.

Enseguida llegamos López y yo. Veo una dotación de la Policía Local. Les

pido que cambien la trayectoria de la manifestación de los del 15-M, para evitar jaleos. Cruzan un coche a la entrada de la calle Adviento y los dejo hablando con ellos.

Reúno a los todos los hombres y les digo:

- Tenemos órdenes de no hacer nada, pase lo que pase.

Me miran extrañados.

- Yo no las voy a cumplir. El que quiera irse que lo haga ahora mismo.

Ninguno se mueve.

- Bien. Entonces, vamos a atraer a los chicos duros, haciéndoles creer que los perroflautas están aquí. Vosotros –señalo a García y sus hombres- les cerráis el paso a su espalda. Nosotros los esperamos.
- ¿Y qué vamos a hacer con ellos?
- En primer lugar, neutralizarlos para evitar que alcancen la otra manifestación. En segundo lugar, sacudirles un poco.
- ¿Y eso?
- Porque necesitamos detener a algunos para ficharlos. Les dais un poquito de cera. Luego decimos que han sido ellos quienes han empezado con la gresca, los detenemos, los llevamos a comisaría y los fichamos. Por supuesto, cuatro o cinco de vosotros os vais al médico inmediatamente, con las heridas oportunas para que os de una baja de varios días.

Todos lo tienen claro. Se van a divertir un rato y luego, de vacaciones un par de días.

- ¿Yo también? –pregunta Malasaña, con su risa torcida.
- Y una mierda.

García y los tres agentes se van hacia la intersección con la Gran Vía. Desde allí, simulan que observan la manifestación. Unos segundos después, un grupo de unos quince jóvenes sale de un bajo comercial y comienzan a extenderse por la calle Adviento. Ésta es corta y estrecha, ideal para un encuentro amistoso.

Avanzan hasta la mitad de la calle, subiéndose pañuelos desde el cuello para taparse la cara. García y los otros avanzan tras ellos. Al fondo, vemos pasar la cola de la manifestación del MET. En medio de la calle, se quedan de pronto inmóviles, una mueca de estupor en las miradas, cuando nos ven a los cuatro. No era esto lo que esperaban. Presumían carne fácil y ahora están perdidos. Dan un paso temeroso cuando ven avanzar a los cuatro hombres a su espalda. Huelo las sonrisas de Martín y de Malasaña, a mi lado.

- ¿Dónde vais, chicos? –suelta Malasaña.

El cabecilla, con el pañuelo aún tapándole la mitad de su cara de gilipollas, suelta:

- Esto no va contigo, enano.

No sabe lo que ha dicho, el muy imbécil. Pretendía comenzar yo, por eso de dar ejemplo por parte de la superioridad, pero es evidente que debo dejar el honor a Malasaña. Éste da un paso y se acerca al chaval.

- Enano de cuerpo, pero con una polla así –dice Malasaña abriendo los brazos, para cerrarlos de pronto sobre la cabeza del otro, que cae fulminado, en vertical, siendo poco más que un trozo de carne en el suelo, una postura imposible encima de piernas inanimadas.

Se oye un grito, que creo es más de pánico que de guerra y todos comienzan a correr. Veo a algunos que nos atacan, pero la mayoría intenta huir. Martín, con una patada y un puñetazo, derriba a dos antes de que yo tenga oportunidad de parpadear. López hace un molino con sus gruesos brazos y caen otros dos. García y los otros tres se ganan sus días de baja con ahínco, al otro lado de la calle. Enseguida comienzo a ver cabezas que se asoman a balcones y a ventanas. Las gentes de la cola de la manifestación vuelven sobre sus pasos y se asoman a la calle, a ver el espectáculo. Como está feo que un jefe no de ejemplo, le suelto un par de puñetazos a uno que tuvo la desgraciada idea de pasar cerca. No necesito más, he sentido el crujir de los huesos de su nariz. Ni hace por levantarse. Éste no se va a poner las Ray Ban en mucho tiempo.

En un instante, diez cuerpos tendidos en el suelo. Alguno ha aprovechado

la confusión y ha escapado corriendo. Nadie se molesta en perseguirlo. Tenemos carnaza suficiente para comenzar. Pido un furgón a la comisaría mientras mis hombres los levantan, los pegan contra la pared y los registran. Aparece de todo: navajas, porras, cadenas, bates de béisbol.

La gente, curiosa y divertida, aplaude.

Mediodía

Cuando llegamos a la comisaría con el cargamento de carne fresca, los compañeros nos aplauden y gritan, se ríen, dan collejas a los guerrilleros de chiste y les gastan bromas pesadas.

Los vamos dejando caer junto a mesas donde se les tomará declaración y se les leerán sus derechos. Luego, bajaremos a los aposentos del sótano al cabecilla y a algún otro.

Apenas entro en mi despacho, paso al baño, a lavarme la mano, pues los nudillos se han arañado del único puñetazo que he dado. Miro las manos mientras las lavo y compruebo que tengo la piel fina como la de una señorita. Ya no soy el tipo duro de antes. Hace unos años, hubiera dado más que nadie, a todo lo que se moviera a mi alrededor. Ahora, un puñetazo y casi tienen que ingresarme en la UCI.

López me espera fuera, mientras me seco las manos. Trae mala cara.

- ¿Se acuerda de Whiskey Morán, jefe?

Le digo que claro. Lo recuerdo con afecto. Una mezcla de estima por ser amigo de Mike, con una parte de pena de ver a un hombre alcoholizado y unas gotas de admiración por el cerebro lúcido que naufraga a diario.

- Le han dado una paliza.
- ¿Por qué?
- Por hablar, jefe. Lo que nos dijo la otra noche, se ve que lo repitió en una emisora de radio local.
- ¿Estaba sereno cuando hablaba?
- No le hace falta. Él tiene su punto siempre, y así se mantiene. Yo no lo oí. Pero como es un fuera de serie, aunque beba, algunos programas lo llaman para entrevistarlo.

- ¿Cuándo ha sido?

Vuelvo a mi mesa e invito a López a un cigarrillo. Ha perdido la exaltación de la violencia y ahora se muestra apesadumbrado. Seguramente, también siente afecto por Morán.

- Esta mañana. Se ve que lo esperaban a la puerta de su casa. Le han sacudido bien.
- ¿Está grave?
- Creo que no, pero maltrecho para una temporada.
- Apuesto lo que quieras a que alguno de los que tenemos ahí sabe mucho acerca de esto.

Se levanta bruscamente.

- Se lo voy a sacar, aunque sea a hostia limpia.
- No te pases – le advierto, aunque en el fondo me gusta.

Cuando sale, busco la página web del Heraldo de Baria. Quiero leer el comunicado que el MET iba a hacer ante la puerta del Ayuntamiento, a la conclusión de la manifestación. Mientras mis ojos pasean por las líneas del comunicado, me entran ganas de vomitar.

"Los ciudadanos de Baria lamentan los sucesos ocurridos días atrás en la ciudad. A la muerte de un español dignísimo y bueno, don Matías Bereza, ha seguido la muerte de cuatro extranjeros que vivían en nuestro país gracias a nuestra generosidad, aunque muchos, la mayoría de sus hermanos de religión, no hacen nada por integrarse en nuestras costumbres y no respetan nuestras tradiciones ni nuestra cultura ni nuestra religión. La ineficacia de nuestros poderes públicos propició que ocurriesen esas muertes. Una policía ineficaz ha sido la causa de la venganza, excesiva pero comprensible, de algunos de nuestros compatriotas. Existe un conflicto en nuestra sociedad que los políticos no quieren reconocer. Se niegan a reconocer el problema porque temen solucionarlo. Priman sobre los intereses de España sus mezquinos intereses de partido. Ha tenido que ocurrir un accidente para que el asesino de don Matías Bereza haya sido encontrado. Ya no se podrá hacer justicia.

Desde aquí, hacemos un llamamiento a toda la ciudad de Baria, a toda la provincia de Almería, a toda la región de Andalucía y a toda España: ¡Españoles, no calléis más! Nuestra dignidad como españoles y como patriotas nos exige actuar. Exigir el respeto que merecen nuestra cultura y nuestra religión. Exigir que los políticos corruptos, de todos los partidos, sean depuestos. Que los mejores, apolíticos, entren en los ayuntamientos y en

los gobiernos. Que gobiernen para todos, procurando trabajo y pan y relegando principios decadentes que sólo conducen a la falacia, a la mentira, a la opresión y a olvidar quiénes somos.

Españoles: desde este rincón del Sur os llamamos para que os unáis a nuestro Movimiento.”

Apenas he tenido tiempo de concluir su lectura cuando las ratas de alcantarilla entran en mi despacho. Sin mediar palabra, se sientan ante mi mesa, como si hubieran sido invitados.

En su honor, prendo otro cigarrillo. Recuerdo su visita de anoche a Cristóbal Cárdenas y les muestro la pantalla del ordenador.

- Un tipo útil, ¿no?
- ¿Qué quiere decir? –pregunta Raya.

Pero Blanes no pregunta, sólo sonríe.

No quiero decirles que sé que han estado con Cárdenas. Supondrían que estoy al tanto de sus pasos, así que desvío la atención.

- Que un grupito de imbéciles así siempre es útil. Acabo de leer el manifiesto que han proclamado al concluir la manifestación. He comprendido mis órdenes perfectamente.
- No acierto a comprender, comisario –repite Raya.
- Pues que tenía órdenes de no intervenir. Y, desde luego, la Policía Local también, porque más que vigilarlos, los han escoltado.
- No había motivo para otra cosa. Era una manifestación legal –afirma Raya, poniendo cara de inocencia si pudiera ser inocente con ese careto.
- ¿Legal? Legalizamos todo lo que interesa a determinados políticos. Porque acaban de hacer apología de un crimen.
- Yo no lo he entendido así –se defiende ahora.
- Pues convendría que aprendiera a leer.

Molesto, Raya da un manotazo en la mesa. Me mira con ojos que me harían temblar si mi corazón fuera tan suave como mis nudillos.

- Usted no ha cumplido las órdenes. Es más: ha ocasionado un tumulto. Ha golpeado a manifestantes y los ha detenido. Tenía órdenes de no intervenir.
- Claro. Pero las órdenes de no intervenir son para cuando no ocurre nada. Si un grupo de extremistas se dirigen hacia una manifestación pacífica para golpear a la gente, debo intervenir. Es lo que me enseñaron al hacerme madero.
- No había ninguna otra manifestación pacífica.
- Se equivoca. Había un grupo de jóvenes del 15-M con musulmanes, que iban…
- Esa manifestación no era legal. No habían solicitado permiso.
- ¿Y…? ¿Por eso he de dejar que los apaleen?
- Hubiera intervenido la policía local. No había problema.
- ¿Ha visto el arsenal que llevaban? Si quiero, se lo muestro.
- No lo necesito. Sólo quiero que concluya esa desgraciada intervención cuanto antes y sin armar mucho ruido.
- ¿Quién se escandaliza?
- Todo el mundo.
- ¡Ah, lástima! Yo me escandalizo cuando la policía da chivatazos a ETA, porque eso tampoco me lo enseñaron cuando me hice madero. Y ahora hay maderos que se escandalizan cuando detenemos a extremistas.

Sus ojos me fulminan. Ahora, Blanes no sonríe. Respiran hondo, tan hondo que temo que se lleven todo el humo de mi cigarrillo y no dejen nada para mí.

- Vamos a pedir que le suspendan, comisario –dice Raya.
- Me vendrán bien unas vacaciones.
- Y que le abran expediente.
- Nunca he tenido ninguno. Y el de la carrera de Derecho fue un asco.

Raya se pone rojo. Contiene la respiración y luego la suelta, una explosión de aire y perdigones que ensucian mi mesa. Saco un rollo de papel de cocina de un cajón y limpio donde ha escupido, lentamente, con dedicación de mayordomo inglés.

- Esto no va a quedar así.

Se levantan.

- ¿Están cómodos en mi comisaría? No querría que les faltase de nada. Y, sobre todo, espero que me comuniquen inmediatamente todo lo que averigüen.

No me levanto para despedirlos. No cierran la puerta.

Mediodía

En la sala de interrogatorios me espera Malasaña con su amigo, ése al que ha enseñado como se abofetea a dos manos. Los veo a través del cristal sin azogue. El chico se muestra aprensivo en presencia de Malasaña. Éste está de pie, apoyado en la pared, sin decir ni pío, pero no deja de mirarlo fijamente.

- ¿Cuánto tiempo llevan así?
- Lo menos una hora- responde el agente, uno de los que iban con García.- Lo está cociendo a base de bien.
- ¿Le ha tocado?
- No creo que haga falta.
- ¿Estás grabando?
- Sí.
- Bien.

Entro en la sala y me siento, Malasaña a mi espalda. El chico me reconoce enseguida. No le gusta nada mi presencia, aunque noto cierto alivio de no continuar a solas con el canijo loco que lo ha dejado KO sin verlas venir.

- Quiero que me vea un médico –suelta el chaval.

Apenas llegará a los dieciocho. Es alto, casi tanto como yo, y muy delgado. Como lleva el pelo al uno, le sobresalen las orejas. El rostro es huesudo y las manos de dedos largos y delgados. Viste unos tejanos y una camisa azul. Casi un uniforme.

Me vuelvo y miro a Malasaña.

- El señor quiere un médico. Don José Luis Seco Roldán quiere un médico.

Ambos nos reímos de buena gana. A carcajada limpia.

Cuando nos calmamos, tengo lágrimas en los ojos. No somos tan malos actores.

El chaval nos mira, atónito. Se le abre la boca en un gesto de protesta, pero se lo piensa mejor y decide hacerse el duro. Aunque lo tiene difícil, con la mejilla hinchada le asoma la expresión del niño que aún no ha dejado de ser.

- Quiero un abogado.

Malasaña y yo nos descojonamos otra vez.

- Mira, nene. Has querido jugar a la guerrita, y no te ha salido bien. Si me sale de los huevos, te aplico la Ley Antiterrorista y te tengo un montón de días aislado. Hasta los más duros se reblandecen como mantequilla. Así que, a partir de ahora, te vas a portar como un buen chico y nos vas a contar unas cuantas cosas.

Me mira con desprecio, colérico. Incluso tiene el valor de mirar también a Malasaña.

Éste da un paso adelante y sólo lo detiene mi brazo extendido.

- Sí, chico. Y lo vas a hacer por dos razones.
- ¿Ah, sí? –pregunta, un poco chulo.
- Como no eres muy listo, te explico por qué nos vas a responder a todo lo que te preguntemos. Primero, porque si no lo haces, te voy a

dejar a solas con Malasaña; aquí, el amigo. Ya lo conoces. Tiene mal genio. Ya sabes, la mala leche de los canijos. Y segunda, porque ya sabemos muchas cosas y, nos lo cuentes o no, vamos a ir por ahí diciendo que eres un rajado y que te has echado a llorar y has cantado por soleares.

- ¡Y una mierda! –suelta.

Me vuelvo a mirar a Malasaña y volvemos a reír. El chico se queda pasmado, mirándonos como a dos locos.

- Mira –digo, conteniendo la risa.- Tenemos un montón de soplones. No puedes hacerte una idea. Y lo comentaremos, riéndonos de ti, en los bares. Así que tus amigos se enterarán mañana mismo, y pensarán que eres un bocazas, una nena que se caga en los pantalones.

Malasaña, sin decir media palabra, mira un segundo con fijeza fiera al chaval y sale de la celda.

- En cambio, si respondes a mis preguntas, saldrás de aquí inmaculado. No pondremos ninguna declaración tuya en el atestado por los incidentes de esta mañana. Escribiremos que te has negado a declarar.

Inmediatamente vuelve Malasaña. En una mano lleva una porra eléctrica. En la otra, una jaula. Y en la jaula, un gato. Un pequeño espectáculo para un espectador privilegiado.

El chico mira a Malasaña con extrañeza temerosa. Lo ve trajinar por la sala. Mira con ojos atónitos al gato, sin comprender. Malasaña agarra fuerte la porra y la introduce en la jaula. El chillido del animal es estremecedor. El chico salta de su silla, despavorido.

- Ésta era la primera razón, no sé si me he explicado lo suficientemente bien.

Cuando consigue desviar la mirada del horroroso espectáculo, descubro en

ella pavor. Sé que me contará lo que quiero saber.

Me levanto. Lo vuelvo a sentar, agarrándolo de los brazos como un padre que conduce a su hijo.

Me siento frente a él, relajado. Lo miro a los ojos. Le hablo con la voz serena, ajeno por completo a Malasaña, que cierra la jaula, da un paso hacia nosotros, esperando mi orden. Le hago un gesto y sale, llevándose consigo la jaula del pobre animal.

- Quiero saber cómo estáis organizados. Y quién da las órdenes.

Le brotan lágrimas en los ojos. Se derrumba el muro de machos patriotas que alguien le ha metido en la cabeza a un joven poco más hombre que un adolescente. Se muerde los labios, se pasa la lengua por ellos varias veces, tartamudea, pero finalmente, larga. Y, luego, poco a poco, lo hace con tal naturalidad que uno pensaría que se está desahogando.

Me cuenta que están organizados en pretorianos e infantería. Ellos, su grupo de jóvenes, son la infantería. Se encargarían de algunas palizas, de agitar a los musulmanes, de amenazar o insultar, de regular la manifestación, de hostigar a los del 15-M y a otros grupos de izquierdas. Reciben las órdenes de Lucas Martos y su grupo. Me dice que éstos son los pretorianos. Y los nombres que desliza coinciden con el grupo de cazadores que me pasó Germán: Lucas Martos, Vila, Blanco, un tío al que ha visto poco porque vive en Alicante. ¡¡Alicante!!, rezuma mi cerebro. El Pelao. Con ellos, pero no siempre, van otros, como David Herraz. Le pregunto si se trata del mismo cuyo hermano ha muerto hace unos días. Asiente con la cabeza.

Le pregunto por Cristóbal Cárdenas. Duda, pero luego dice que casi nunca habla con él más que para darle órdenes relacionadas con la organización de acontecimientos. Sólo Lucas Martos y los demás hablan con él.

Le pregunto quién atacó a los moros en el Barrio de San Cristóbal. Responde que no lo sabe.

Dudo, pero termino por aceptarlo. Imagino que algo así no se lo encargarían a los chavales, que no los utilizarán más de lo necesario y sólo para asuntos menores.

- ¿Qué sabes de los asesinatos de la otra noche?

Su expresión de pánico no deja lugar a dudas:

- No sé nada de eso.

Me levanto bruscamente.

- Como no me has dicho toda la

verdad, te voy a dejar un rato con Malasaña –le digo, la mano en la puerta.

Salta de su silla.

- ¡¡No!! –grita.- ¡Por favor! –suplica.

Miro su cara casi de niño y siento pena. Lo dejo estar.

Anochecer.

Herraz leía el testamento de su hermano. Se lo habían entregado en la notaría. Leía y, al mismo tiempo, recordaba las palabras del doctor Valdés, grabadas en su cerebro como talladas a cincel. Sí, él no se había portado bien con su hermano. Pero tampoco Eusebio se portaba bien con él. ¿Por qué ser así? ¿Por qué convertirse en el oprobio de la familia? Incluso los viejos los sabían. *Vete de aquí*, *vete de aquí*, le decía la calavera que había sido su padre, tendido en la cama, desahuciado ya por los médicos, al que habían enviado a su casa porque el viejo se empeñaba en morirse en su cama. *Vete de aquí, y no vuelvas la cabeza…* No se fue. ¿Por qué no tuvo valor para largarse, buscarse la vida en otro lugar? Entonces, Eusebio, en lugar de ser su vergüenza, se hubiera convertido en algo ajeno, casi como un viejo amigo de la niñez, ya olvidado. Un par de llamadas al año y ya está.

Pero se quedó. Y arrastraba la presencia espectral de su hermano allí donde fuera. Todo el mundo los conocía. Todo el mundo sabía cómo era Eusebio. Las palabras lenitivas, *cosas de tu hermano, ya sabes cómo es, no le des importancia*, cuando le venían con el cuento, todas las veces posibles, ya sabes cómo es la gente en los pueblos: pueblo pequeño, infierno grande.

Pero, ¿qué había hecho Eusebio en esas ocasiones? Pasearse con el coche desvencijado que se negaba a cambiar porque aún funcionaba bien; vender allí donde otros no se atrevían o no se molestaban: a los moros, a los paquistaníes, a los sudacas, a los negros. Ir a sus barrios, a sus casas, a cobrarles. Con su aire de despistado, con su ropa vieja y sucia, con su aspecto de medio lelo. O montarle un lío a cualquier castellano viejo que se retrasase en el pago. Como al Pelao. A su propio amigo. Eusebio fue hasta su taller y no salió hasta que el otro le pagó. El Pelao lo llamó, oye, que está aquí tu hermano. Como siga así, le voy a soltar un par de hostias. Pero Eusebio, con un par de cojones que nadie podía imaginar, antes de que él llegara para poner paz, cogió una garrafa de gasolina, la roció por el taller y le mostró al Pelao un mechero. El Pelao se rajó y pagó. Vaya si pagó. Cuando él llegó, Eusebio se había

marchado. Y el Pelao no lo miraba a los ojos. David recordó la humillación que sintió. Su propio amigo ultrajado por el anormal de su hermano. Sin embargo, ahora se sorprende con una sonrisa en los labios imaginando a Eusebio con la garrafa de gasolina en la mano y al Pelao, con lo chulo que es, acojonado.

El testamento contiene una sucesión de bienes que lo convierten en un hombre rico. El cabrón de Eusebio había ido comprando bienes sin decirle nada. Había constituido una sociedad que había adquirido viviendas, solares, locales comerciales. Incluso había invertido bien en bolsa. David calculó, con un estremecimiento, que su hermano no le dejaba menos de un millón largo de euros. Pero había más. Había constituido un depósito bancario una semana antes de morir, destinado exclusivamente a abonar todos los impuestos derivados de la herencia que Hacienda le reclamaría a David.

¿Dónde está tu hermano?, resonó la voz en su cabeza. ¿Qué ha sido de tu hermano? Pero lo peor es que la voz que le preguntaba en su mente no era la de sus padres. Era la suya. La propia voz de David preguntando como el Padre a Caín.

Lágrimas en los ojos. Un estremecimiento dulce en el pecho primero. Un estremecimiento voluptuoso luego en todo su vientre. David lloró. Lloró por su hermano como jamás había imaginado que pudiera llorar por él. Se levantó, furioso. Dio un manotazo al postigo de la ventana, que se cerró con estruendo. Nadie debía verlo llorar. Era un homenaje que debía a Eusebio. Pero igual que su desprecio había sido público, su homenaje ahora debía ser íntimo.

Noche.

Los seguimientos que continuábamos haciendo no habían dado resultado hasta ahora, más allá de confirmar que el grupito de machotes se veía con frecuencia. Aún así, me había quedado con el cante. Recojo las fichas del grupo de cazadores y extraigo la del tal Blanco, el que vive en Alicante, según el chaval. Puede ser coincidencia, pero aún así llamo a mi colega, encargado de investigar la muerte del imán y le doy los datos para que abra una nueva línea de investigación. Me lo agradece sin mucho entusiasmo.

Le pregunto a Salas por David Herraz, al que también ha mencionado Seco y me cuenta cómo va el caso. Una coartada sólida y las tendencias suicidas del hermano descartan el crimen fraterno, me dice con displicencia, lamentándose de no haber encontrado a su Caín.

Sólo un punto de luz en el horizonte. Resulta que el tal Blanco, el que vive en Alicante, tiene un Toyota Land Cruiser. Además, es segurata en Alicante.

Y cazador. Puede ser sólo una coincidencia, pero ese tío cada vez se parece más a lo que buscamos.

Ya demasiado tarde para otra cosa, López y yo vamos al hospital para interrogar a Whiskey Morán. Quiero saber quién lo ha golpeado. Les vamos a devolver la deuda. Sin embargo, nuestro colega de bebida nocturna se ha escaqueado. Nos dicen que se ha ido, firmando un alta voluntaria, porque aún no está en condiciones.

Nos vamos al Baria City Blues. Apostamos a que lo encontraremos allí.

Efectivamente, lo primero que vemos al entrar es su perfil, aunque está ligeramente modificado, como si su cabeza, allá al fondo, en la penumbra, no tuviese un relieve normal, sino que fuese un bulto horroroso. Cuando nos acercamos, vemos las vendas que le cubren la cabeza. Cualquiera sabe que la medicina que le está dando Mike le cura más que todas las que podrían inyectarle en el hospital.

Su rostro está tan hinchado como una pelota de goma. Las zonas de tumefacción resaltan ennegrecidas incluso en la penumbra. Bajo la camisa, abierta hasta el pecho, sobresale la blancura de las vendas que le cubren las costillas. La mano izquierda está vendada, pero no hay problema porque los dedos de su mano derecha se ciñen como una garra sobre el ancho vaso de vidrio. Cuando se mueve, renquea de la pierna derecha. Le han dado un tratamiento a fondo. Sólo un hombre alcoholizado puede estar fuera del hospital tras semejante correctivo.

Nos recibe con una sonrisa deforme y monstruosa.

- ¡Ah! La provecta policía de un país recto y severo. Cómo me alegro de verlos, agentes. ¿No vendrán a tomar testimonio a esta víctima de la ignorancia?

Encima se lo toma con humor. Lo que demuestra que el whiskey que le sirve Mike es el mejor del mundo.

Mike nos vuelve a dar la misma cena de la otra noche, un sanchwich y un gin tonic. Esta vez López no quiere más. Nos lo tomamos en la barra, junto a Whishey Morán.

- ¿Quién le ha pegado? –le pregunto.

Se encoge de hombros:

- Chavales que debían haber estado trabajando y que son carne de paro, de ignorancia y de brutalidad. El fruto de una política proteccionista ineficaz y corrupta. Todos los que han sido demasiado débiles e ignorantes son susceptibles de caer, atraídos por esas doctrinas que les otorgan todo aquello

de lo que carecen: identidad propia, razones, personalidad, un objetivo o destino. No los he reconocido. Tenían la cara tapada.

- ¿Por qué?
- ¿Por qué necesita la barbarie agredir a la razón, comisario?
- Sin filosofías, esto no es una tertulia intelectual.
- Pues por hablar, comisario –responde, como si fuera la cosa más lógica del mundo.- Por opinar, que es la razón primera por la que cualquier sectarismo odia a los demás.
- Lo han entrevistado en la radio –comenta López.- Y éste es el resultado.

Miro a Wiskhey Morán, pensando lo que él adivina.

- Aún me mantengo sobrio algunas horas al día, comisario –explica.- Por desgracia, no consigo levantarme borracho, pero poco a poco lo voy consiguiendo.
- Morán es un intelectual –añade López.
- Catedrático de sociología y licenciado en historia, para servirles a ambos –dice Morán, haciendo una especie de reverencia abriendo el brazo útil en abanico e inclinándose hacia delante hasta que está a punto de caer.

Le ayudamos a recuperar el equilibrio. Cuando lo consigue, ajustándose a su taburete con la misma dificultad que una gorda a su corsé, bebe un sorbo de su whiskey y, dejando el vaso sobre la mesa, se pasa la mano derecha por la frente.

- No se impresione, comisario. Ambos títulos en una universidad en la que bastaba estudiar cuando te llevabas los apuntes al retrete. ¡Ah, la Gran Universidad Española!

Ratifica sus palabras con un trago larguísimo a su bebida y luego gira con dificultad cuello, hombro y tronco, una mueca de dolor en el rostro magullado, suplicando con la mirada a Mike para que traiga otro lenitivo con la prontitud que exige su necesidad.

- ¿Qué fue lo que dijo que les ha molestado tanto?
- Nada. Cositas sin importancia –responde, con risa maliciosa.
- Morán tiene publicados más de diez libros, ¿verdad? –apunta López.

Morán asiente.

- El número no tiene nada que ver con la calidad, amigo.
- Bueno… -replica López.
- ¿Pero qué dijo? –le interrumpo.
- Que si la gente termina votando al MET, todos los que lo hagan se convertirán en gentuza –se adelanta López.

Morán asiente llevándose a los labios, ávido, el nuevo copazo que le ha traído Mike, que se queda al otro lado de la barra. Mira a su amigo con una expresión en los ojos que es de entrañable comprensión.

- ¿Te vas a encargar tú? –le pregunto, una intuición repentina.
- En cuando me digáis quiénes han sido –responde, mirándome fijamente, no dejando lugar a la menor duda.

Ahora sí que temo por los pobres diablos que le han puesto la mano encima a Morán. Si nos hubiéramos encargado nosotros les bastaría con unos días de hospital. Ahora, quién sabe.

- Si uno vota a una ideología que supone excluir a los demás violentamente; si uno vota a un partido que es una extensión ideológica de un grupo terrorista y criminal; si uno vota al partido que crea un clima de asfixia en una sociedad, que provoca el exilio o la opresión de muchos, uno se

convierte en eso que ustedes denominan cómplice. Y ser cómplice de una banda de criminales, convierte a quien lo es en criminal, en gentuza. Es tan evidente como una ecuación matemática.

Morán se anima. Después de su discurso hurga con la lengua en su boca y advierto que también ha perdido varios dientes a consecuencia de la paliza.

- Es un buen motivo para darle una paliza, Morán. Si yo fuera del MET no lo dudaría un segundo -digo.
- Me han dicho que no me mataban porque no soy moro.

Lo explica y se parte de risa.

- Si supieran… Si supieran de dónde vino mi abuelo.
- Como el de ellos –apostillo.

Se ríe tanto mientras asiente que luego se lleva la mano al pecho, dolorido de la agitación de la risa. Después suspira y bebe otro largo trago. Tiene lágrimas en los ojos, no sé si del dolor o del dolor y la risa.

- Pero no sólo ha dicho eso –deja caer López, que parece al tanto.

Nos quedamos mirándolo.

- Bueno, alguna cosita más.

Nos deja en suspenso y luego comienza:

- Total, he establecido una equidistancia. He dicho que casi todos los españoles son falangistas y que el MET tenía plena justificación. Las reivindicaciones de los grupos del 15-M son casi idénticas al ideal falangista. Y como éste tenía su origen en la izquierda, también con estos partidos.
- De hecho, ha sido financiado con subvenciones de gobiernos y ayuntamientos de izquierdas –

ratifico.

- Claro. Por un lado, lo hacen buscando la desestabilización y la división de la derecha, así como para dejar una mácula en ella. Pero, por otro lado, hay una corriente subterránea de simpatía. Sus propuestas económicas y sociales, con ahogamiento del poder económico no estatal y súper-protección de los trabajadores, suponen unas señas de identidad difícilmente rebatibles.
- Es decir, que todos tenían motivos para pegarte- afirmo.

Todos ríen, incluido Morán, para quien sentirse el objetivo de esos grupos de fanáticos ignorantes supone, sin duda, un gran honor.

- Además, en esta ciudad nos conocemos todos –añade.- Y sabemos quiénes apoyan al MET entre los políticos. El alcalde, sin ir más lejos, lo mira con buenos ojos. Antiguos concejales del Psoe y del PP están ahora dejándose querer en el nuevo partido, al que ven un futuro prometedor: entre la crisis económica, que desespera a la gente y la hace más crédula respecto a promesas de orden y protección social; el argumento xenófobo, que crea un culpable a sus males, y la reivindicación de un pasado que no fue mejor, pero que lo parece a una memoria inválida y crédula, tienen un caldo de cultivo excepcional. Tienen que intentarlo. Es ahora o nunca.
- Los encontraremos –digo, mirando fijamente a Mike, que asiente, seguro de que lo haremos.
- No se ofenda, comisario, pero no confío en la policía.

- ¿Por qué? –dice, mosca, López.
- No confío en ninguna institución de este país. Hasta que no se cambien ciertas leyes y no se meta en la cárcel a los policías corruptos, a los fiscales corruptos y a los jueces corruptos, este país no merecerá un ápice de credibilidad. Si a ello unimos el cuadro anterior, no tenemos más que un país mendaz y cobarde, que huye de la libertad como un niño de un perro fiero. Le recuerdo que este país fue el que gritó *Vivan las cadenas*. Y los cuatro liberales que se congregaron en Cádiz hace doscientos años tuvieron que salir por piernas.

Morán bebe un trago y concluye:

- No. Este país teme y odia la libertad. Simula una democracia sólo aparente y se come a sus mejores hijos.
- Pero estamos en una democracia –protesta López.
- ¡Falso! –grita Morán.- Estamos en un régimen que conservó todas las estructuras fundamentales de una dictadura de cuarenta años: la policía, la primera; la judicatura, el poder económico, el poder sindical, la estructura universitaria, la jefatura del Estado, y tantas otras. Ante el féretro de Franco pasaron millones de españoles con lágrimas en los ojos. ¿Dónde cree que están ahora esos millones? ¿En un solo partido? Se equivoca. En todos. Están en todos.

JORNADA SEXTA (viernes)

Mañana.

La mañana comienza tan mal como las de los demás días desde el asesinato de don Matías Bereza. La primera noticia es que han quemado varios invernaderos. Todos los propietarios empleaban mano de obra del Magreb.

- Los avisos iban en serio, comisario –rezonga López.

Recuerdo al agricultor que nos trajo la primera carta con la petición de contribución, aún indeterminada, y la amenaza de daños si continuaba empleando a moros. Le pregunto a López. Confirma que uno de los invernaderos quemados ha sido el de este hombre.

Cuando llego, veo a mis agentes deambular de un lado a otro. Hay una dotación de bomberos y un grupo de moros que se han reunido para comentar el asunto, alejados de todos los demás. Temen que sus patronos los dejen sin empleo. Si empieza a cundir el ejemplo, no tendrán más remedio que contratar eslavos o sudamericanos. Eso lo intuyen ellos y lo sabemos nosotros. Nadie puede aguantar que le quemen su medio de vida. Tendrán que ceder.

- Estamos cerca de Cortijo Llano, ¿verdad?

Pregunto a López, intuyendo la cercanía del lugar de triste memoria. Todos los caminos se parecen, todos los invernaderos se parecen. Si no conoces bien el lugar, se trata de un auténtico laberinto. Me asegura que el cortijo está a menos de un kilómetro.

- Han vuelto –murmura López.
- Sí. No parece que tengan muchos remordimientos.

El procedimiento del incendio no ha podido ser más primitivo y eficaz.

- Ratas empapadas en gasolina –comenta el jefe de los bomberos.
- Vaya estropicio –confirma López, echando un vistazo a su alrededor.

El espectáculo es desolador. Vemos las barras de hierro desnudas, despojadas de sus plásticos, mástiles ennegrecidos y retorcidos. Las matas que no identifico y que darían pronto su fruto han sido calcinadas. Imagino a las pequeñas bestias correr despavoridas, envueltas en llamas, arrasando de fuego

todo lo encontrado a su paso. Han resultado afectados otros invernaderos cercanos. Los animales no cesarían de correr hasta su muerte.

Nada más podemos hacer aquí, así que volvemos a la ciudad.

Allí, le pido a López que me acerque a los juzgados y subo a ver al juez. Le llevo un informe de la investigación y le pido las intervenciones telefónicas de todos los miembros del grupo de cazadores que pululan alrededor de Cristóbal Cárdenas. También que intervenga el teléfono de éste. Pero cuando pronuncio su nombre, la actitud del juez cambia de inmediato. Ahora se trata de un político importante en la ciudad, no de unos sospechosos de asesinato. Me pregunta si Cristóbal Cárdenas es sospechoso. No tengo más remedio que reconocer que no. Se niega. Mirando el informe, indica que lo leerá antes de tomar su decisión. Me comenta la importancia de tal decisión, la vulneración de derechos que supone para los investigados y todo ese rollo. Me suelta que aún no hay indicios sólidos de que sean los autores y que, por tanto, debo traerle nuevas pruebas. Entonces tomará la decisión.

Lo dejo maldiciendo su beatitud de jovencito recién salido de la escuela, su temor camuflado de prudencia.

Entro en el Golf y cierro de un portazo.

Mientras volvemos a comisaría, López me informa. Nos estamos haciendo famosos, dice cínicamente. Al parecer, hay noticias de los ecos internacionales de las hazañas de Guardia Nacional. En Amberes, un argelino asaltado y acuchillado durante la madrugada, se encuentra al borde de la muerte. En Lyon, un grupo de skin heads han apaleado a un grupo de chicos y chicas magrebíes que charlaban en un parque; cinco heridos y una chica con la cabeza abierta, en coma. En Viena, un incontrolado ha disparado con una escopeta de caza sobre una casa donde residían trabajadores egipcios. En Múnich no han querido ser menos y un grupo de neonazis han apaleado a los primeros turcos que se han cruzado. Las amenazas, acosos, asaltos y agresiones contra los musulmanes se han disparado en las últimas cuarenta y ocho horas siguiendo el ejemplo español. Se cuentan por decenas los incidentes.

El Ministro del Interior ha dado una conferencia de prensa y ha asegurado que han puesto a sus mejores hombres y sus esfuerzos más denodados para atrapar a los autores de los atentados de los últimos días.

- Ya estamos perdiendo, López –comento mientras pego un frenazo ante un paso de peatones y una viejecita con un carrito de la compra me mira con odio.- Si les llamamos atentados a los crímenes, empezamos a perder.

El señor Ministro ha asegurado que la policía española está especialmente sensibilizada ante el fenómeno terrorista y ha demostrado su eficacia a lo largo de las últimas décadas. Y que del mismo modo que ha acabado con otros grupos terroristas, lo hará con Guardia Nacional.

- Pues vaya ejemplo -maldigo.

Mañana

Cuando llegamos a la comisaría, el panorama no mejora. Desde el despacho que pusimos a su disposición, Raya y Blanes me miran con desdén y rencor el primero, con una sonrisa cínica el segundo.

En cuanto me siento ante mi mesa de despacho, lo comprendo. Suena el teléfono y el Comisario Jefe de Almería me muerde. Quedaré sólo para tareas de apoyo a Raya, de momento, hasta que llegue el grupo de especialistas de Madrid. Me advierte que ponga a su disposición todos los datos de la investigación que estoy ocultando a Raya. Y que, si comprueba que oculto algún dato más, me tendré que atener a las consecuencias.

El expediente viene de camino, pienso cuando cuelga.

No he dicho más que: sí, señor; sí, señor. En cuanto cuelgo, pienso: y una mierda.

A estas alturas no me preocupa un expediente. Ni una suspensión. ¿Una expulsión? Bueno, siempre podría emplearme Mike. No hago nada bien, pero en el Baria City Blues tampoco hace falta. Para los clientes que tiene…

En esto abre la puerta López y me advierte:

- Cristóbal Cárdenas en la tele, comisario.

Sin decir nada más, busca el mando de la televisión y la conecta. Enseguida vemos a Cárdenas, embutido en un traje azul clásico, camisa celeste y corbata azul eléctrico, sentado aparentando una relajación forzada, en un plató de Tele Mediterráneo Indalo.

El periodista hace la presentación del programa especial que emiten hoy. Lo conozco, vendería a su madre por una exclusiva, aunque luego daría el titular de que ha sido secuestrada. Se llama Requena. Y explica que han debido cambiar la programación habitual para dar cabida a los acontecimientos graves e importantes que han ocurrido en los últimos días en la ciudad. Reconoce que hoy, debido a los fatales crímenes ocurridos días atrás, Baria es el lugar luctuosamente noticioso de España. Pero no sólo de nuestro país, sino que el terremoto provocado por el asesinato de la familia magrebí ha tenido un efecto contagioso y ha desencadenado agresiones y atentados en media Europa. Se pregunta si estamos viviendo una época de acusada xenofobia o sólo es un brote que se apagará en breve, como todos deseamos. A esto se une la presentación multitudinaria, hace tan sólo unos

días, también en Baria, del nuevo grupo político Movimiento Español Tradicionalista. Movimiento que ha provocado una resonancia inusitada en toda España, ya que ha obtenido inmediatamente la adhesión de toda clase de grupos políticos de lo que se considera la extrema derecha del país. Igualmente, ha despertado la simpatía de la extrema derecha de toda Europa.

Sin entrar a valorar los principios fundamentales del MET, Requena excusa que es imprescindible, para entender la realidad, conocer sus más profundas motivaciones y que, para ello, nada mejor que entrevistar, en vivo y en directo, al presidente de dicho movimiento.

- Hemos obtenido el apoyo no sólo de la extrema derecha –rectifica Cristóbal Cárdenas, aunque aún no ha sido presentado.

Requena se interrumpe un segundo, pero enseguida continúa, con reflejos. Han oído ustedes a don Cristóbal Cárdenas, que quiere rectificar alguna de mis afirmaciones, comenta a la cámara.

Ésta pasa a un plano medio de Cristóbal Cárdenas. En televisión, provoca una impresión algo diferente de la que tuve en persona. Parece menos duro, más flácido. Ahora es un tipo gordezuelo, de esos que imaginas babeando, morcillón, encima de una quinceañera.

Tras un intercambio de saludos y la pertinente presentación, Cárdenas se lanza a rectificar al periodista:

- Nosotros no hemos despertado sólo las simpatías de la extrema derecha española y europea –dice, levantando las manos a la altura del pecho y enfrentándolas, en un gesto estudiado que no ha tenido en cuenta que con sus dedos gordos y morcillones el gesto no sugiere nada positivo.- Se han fijado en nosotros organizaciones de todo el mapa político.
- ¿Cómo es eso? –pregunta Requena, con una sonrisa ligeramente sardónica en la boca, que no se molesta en ocultar.
- Porque, aunque para análisis simples seamos un movimiento reaccionario y de extrema derecha, nuestra propuesta política es, podríamos decir, de amplio

espectro.

- Tendrá que explicarnos eso, señor Cárdenas. En realidad, en esa primera impresión, no hemos sabido ver otra cosa que una nueva Falange o similar.

Cárdenas sonríe, tan comprensivo como un caimán que cierra la boca. Su gesto me recuerda el que hizo cuando le ofendí en nuestra entrevista.

- Hemos tenido apoyo y visitas para conocer nuestro movimiento de grupos socialistas y de izquierdas, de ecologistas, gente del 15-M, anarcosindicalistas, de los movimientos antisistema y antiglobalización, grupos anticapitalistas y antiliberales.
- ¿Y qué tienen en común con todos ellos?
- Mucho más de lo que un simple análisis superficial puede hacer parecer.
- ¿Cree que el MET representa a mucha gente?

Cristóbal Cárdenas esboza una sonrisa beatífica, como la de un maestro paciente ante un niño torpón.

- Mire usted, había miles de personas en el mitin fundacional de hace unos días. Además, ¿ha visto usted las movilizaciones estos meses atrás, del movimiento llamado del 15-M? Han convocado a miles de españoles. ¿Ve usted los partidos de izquierda y su capacidad de movilización? Mueven masas. ¿Qué nos diferencia de ellos? Propugnamos un control económico que acabe con las grandes fortunas a costa de los trabajadores; la nacionalización de la banca; la creación de verdaderos sindicatos gremiales que velen por la protección real de los trabajadores y no por sus

propios intereses y en el que la lucha de clases se vería superada porque habría una autogestión de las empresas; los empresarios no serían devoradores de trabajadores sino que estarían integrados en un gran sindicato de productores; los servicios públicos serían gestionados por el Estado. Todo español tendría derecho a una vivienda y no podría ningún banco dejar en la calle a una familia. Si usted acudió a nuestro mitin, comprobaría que las filas de asistentes se nutrían de votantes de barrios obreros, sectores de la izquierda desencantados de la mentira oficial en que vive nuestra sociedad.

- Pero ustedes son nacionalistas – interrumpe Requena.
- Cierto. Pero, ¿ha visto esas coincidencias básicas? Nosotros somos, como ellos, anticapitalistas y antiliberales. ¿Qué han traído el capitalismo y el liberalismo? Esta crisis que está empobreciendo a Europa y América, que deja millones de pobres en la estacada y gente que pasa hambre y faltas de todo lo esencial. Si todos luchamos contra eso, ¿qué nos diferencia, como usted pregunta? ¿El amor a la patria? Nosotros estamos orgullosos de España y de su historia, que reivindicamos. Y ellos la odian. Pero el odio es la mayoría de las veces un amor despechado: ¿qué les ha dado España a ellos en estos decenios de liberal-capitalismo? Sólo ausencia de valores. Ahí está el problema. Pero si recuperamos una España que les otorgue una

identidad y una razón de ser, verán que adoran a su patria, por eso quieren cambiarla. Y ahora pueden. Nosotros podemos. Si se unen a nosotros, que somos como ellos. Somos ellos. Ellos son nosotros.

- Pero esos grupos no son católicos –vuelve a objetar Requena.
- Nosotros no somos confesionales. Propugnamos una separación radical entre Iglesia y Estado. Y respetamos la libertad religiosa, pero sin renuncia a nuestra esencia cristiana e histórica. Luego, respetamos las opciones personales. Excepto el islam, que representa la antítesis de nuestra esencia y de nuestra historia.
- Se les acusa de xenófobos – afirma Requena.
- El pluralismo ha fracasado claramente –comienza Cárdenas.
- No lo dirá por Estados Unidos. Nueva York es un ejemplo…
- Ha fracasado –interrumpe autoritariamente Cárdenas.- Eso es una evidencia. Mire usted los sucesos de París de hace apenas unos años. ¿Qué significa? Ausencia de integración. Y si no hay integración, no puede haber convivencia. Deben ser, por tanto, los que no se integran los que se vayan. Lo contrario no sería democrático.
- ¿Reivindica usted la palabra democrático?
- Por supuesto. Pero lo democrático, la democracia, no es votar rutinariamente cada cuatro años. La democracia es añadir valor al pueblo. Y esta concepción liberal de la democracia no ha traído más

que ruina y corrupción. Hoy, estamos permitiendo en nuestro pobre país asociaciones islamistas que están prohibidas en sus propios países de origen. Eso es debilidad y ceguera, no democracia.

- En relación a este asunto, recientemente han ocurrido en nuestra ciudad unos incidentes gravísimos, como ha sido el asesinato de una familia magrebí, la quema de invernaderos, esta misma noche, de propietarios que ocupan a magrebíes. ¿Qué opina el MET de estos acontecimientos? ¿Tienen relación con el nuevo grupo terrorista que los reivindica, Guardia Nacional Española?

- Bien. En primer lugar, su segunda pregunta es una ofensa. Nosotros no tenemos la menor relación con ningún grupo violento. Nosotros no abogamos por la vía violenta. Es cierto que, leídos sus comunicados, se observa que han puesto de manifiesto claramente la existencia de un conflicto político latente en nuestra sociedad que los políticos de los partidos… oficiales, por llamarlos de algún modo, ocultan para engañar a la ciudadanía. La sociedad ha roto por estos ciudadanos que ejercen su acción política a través de modernas técnicas de lucha. Los comprendemos, pero no compartimos sus métodos.

- La Iglesia ha dicho que no son católicos, son asesinos.

- Como digo, nada tenemos que ver con la Iglesia.

Cárdenas mira a los ojos a su interlocutor. Requena tarda un segundo en reponerse de la impresión de las palabras y de la impresión de la mirada de

Cárdenas.

- Finalmente. Debo entender que apoyan ustedes la pena de muerte.
- Ni más ni menos que, no siendo hipócritas, la mayor parte del pueblo español que cree en la Justicia.

Mientras Requena despide la conexión, comento a López, otra vez:

- Este tío es dinamita.

Mañana

- Acaba de presentarse una familia de magrebíes en la comisaría – les digo.- Nos han acusado de no hacer nada para detener a los culpables. Eran un matrimonio joven y dos niños. El padre llevaba en España cinco años. Luego vino la esposa, con los dos hijos. Ambos estaban en el colegio y ya hablaban español. Han llorado. Nos han acusado –repito- de no hacer nada. De no querer hacer nada para impedir que sus patrones los echen de sus trabajos.
- ¿Y quién los puede culpar? – pregunta, retóricamente, Requena, al que he llamado inmediatamente, tras concluir su entrevista con Cristóbal Cárdenas, para que convocara una reunión con gente de su gremio.

Nos ha reunido en menos de una hora en sus oficinas. Tiene una sala de reuniones minimalista y elegante, parecida al plató donde ha realizado la entrevista. Una mesa enorme de acero y cristal y sillones de acero y cuero. Las paredes están forradas de planchas de madera y una enorme cristalera que da a la calle matiza la luz del día que pone en relieve el sellado del nombre de su empresa. Me ha asignado la presidencia de la mesa, pues la reunión se

celebra a iniciativa mía. Detrás de mí hay una gran pantalla sin volumen que desvía las miradas de los otros periodistas congregados. Se trata de dos redactores del periódico que hubiera preferido que no estuviera representado, El Heraldo de Baria, vocero del MET, y de otros seis de diferentes medios: dos corresponsales de periódicos de la capital y otros cuatro de diferentes medios locales: una radio y una televisión municipales y una radio y una televisión privadas. Todos me conocen, por supuesto, aunque con algunos no había cruzado jamás media palabra. Excepto Requena y el director de Baria Información, el resto son jóvenes, casi aprendices. Son enviados de sus jefes, que no han querido o no han podido acudir a la llamada de Requena, aun sabiendo que yo se lo pedía. Preveo su incomodidad, cuando continúo:

- Si aceptamos que nadie puede culpar la debilidad o la cobardía, vamos por mal camino. Si cedemos, no pararán.
- ¿Y quién le pone el cascabel al gato? – salta el director de Baria Información, Gómez.

Nos miramos. Nos respetamos mutuamente, y él lo sabe. Se trata de un hombre menudo, de calva más que incipiente, vestido habitualmente con un impecable traje, de modales considerados y palabra afilada en sus noticiarios. El flagelador de los políticos corruptos de la zona. Muy distinto a Requena, que teme a Cárdenas y a su movimiento, pues siempre está al cobijo del árbol que mejor sombra proporciona.

- Todos. Si todos les ponemos el cascabel al gato, no podrán salirse con la suya.
- Pero mientras tanto… Imaginemos… -responde Gómez.- Que yo soy uno de esos dueños de invernaderos. Y me dicen que o despido a los moros o me lo queman. ¿Qué hago? ¿Me convierto en un héroe arruinado o, por el contrario, cedo miserablemente y continúo con mi vida, alimentando a mi familia y cuidando de mi negocio? La policía no puede poner en esa disyuntiva a la gente. No es justo. Es más, comisario, y perdone que se lo diga, pero es una actitud intolerable por su parte, ya que son

ustedes los que deben velar porque la gente no se vea obligada a convertirse en héroes o miserables.

- Lo sé. Y trabajamos día y noche para ello.

Está claro que la diplomacia no es lo mío. No quería llegar tan lejos, sólo…

- Pero lo menos que podemos pedirles a ustedes es que no colaboren a crear una situación de histeria colectiva. Que desde sus púlpitos mantengan una actitud firme frente a lo que está ocurriendo…
- Comisario, existe la libertad de prensa –ataja Gómez, tan susceptible de su independencia como siempre.
- No pretendo decirles lo que tienen que escribir, sólo que colaboren mínimamente en mantener la serenidad y los valores y principios que se supone que ustedes comparten.
- De eso no le quepa duda –interviene Requena.- Por supuesto que no vamos a colaborar a crear un clima inconveniente. Pero tenemos que contar lo que está ocurriendo. Y lo contaremos.
- Por supuesto –respondo.- No pretendía lo contrario. Pero sí quería pedirles un pequeño favor, que ha sido el motivo principal de que los llamase.

Todos me miran, expectantes:

- Mi experiencia en el Norte… Y creo que la todos nosotros, tras treinta años de terrorismo en democracia es que es crucial el lenguaje que se utiliza, especialmente en los medios de comunicación.

Compruebo que Gómez asiente. Requena me mira con atención. El resto no aparta sus ojos de mí, pero miro sus caras jóvenes y no acabo de descifrar sus pensamientos.

- He comprobado que estos días se ha llamado a los asesinatos de la familia magregí y del cuarto hombre de todo menos frío y salvaje asesinato. Se les ha llamado…
- Así los he llamado yo –me corta Gómez.- Salvaje asesinato, masacre, horrible crimen… ¿Cómo quiere que los llame, comisario?
- Precisamente así. Pero no todos ustedes, no todos los medios que hay representados en esta mesa, han hecho lo mismo. He visto cómo se llamaba atentado a esa matanza. Si empezamos a utilizar el lenguaje de los asesinos, habrán ganado su primera batalla. Y lo están consiguiendo.

Los dos periodistas de El Heraldo de Baria se miran y luego miran la mesa. Ninguno llega a los treinta. Supongo que esperaban algo así en su periódico y por eso los han enviado a ellos. No esperaba otra cosa de los voceros del MET.

- No estamos obligados a utilizar las palabras que usted quiera –se atreve a decir uno de ellos.

Se trata de un jovencito alto y delgado, vestido con corrección: pantalones de raya, camisa blanca y chaqueta sin solapas. Una pulsera de cuero pone una nota progre en el aire pijo del chaval.

- Yo no obligo a nada. Estoy aquí para rogar que no cometamos el mismo error que hemos cometido durante treinta años con otros salvajes, llamando atentados a los crímenes, llamando acciones a las crueldades, a las extorsiones, a los robos, a los secuestros; llamando ejecuciones a los disparos en la

nuca y a las bombas; llamando lucha al terrorismo; llamando reivindicaciones políticas a sus exigencias retrógradas e injustificadas; llamando tregua a los escasos periodos en que no mataban cuando no había ninguna guerra, sino unos que asesinaban y otros que morían; llamando paz a que dejen de matar según sus intereses, cuando…

- Tal vez deberíamos darles algo, para que se contentaran, y solucionaríamos el problema.

Todos nos quedamos callados. El que habla es el otro periodista de El heraldo de Baria. Oigo las palabras de la boca joven envuelta en una barbita recortada. Me mira desde unos ojos muy redondos, de niño grande, muy destacados en una cabeza de cabello muy corto y cráneo muy redondo. Como el otro, viste una chaqueta, aunque más clásica, con solapas, y pantalones de vestir azul marino.

- ¿Ceder? ¿Es eso lo que propone tu periódico? –pregunta Gómez, picado con El Heraldo de Baria desde que éste salió a la calle. No en vano mantienen filosofías muy distantes y pelean por el mismo ámbito de oyentes y por la misma publicidad local.
- Sólo habría que…

Aunque me hubiera gustado oír la versión de El Heraldo de Baria, porque tengo la sensación, como seguramente tenemos todos, de que por boca de los jóvenes hablan Cárdenas y otros como él, Gómez no lo deja concluir.

- Si por vosotros fuera, se echaba a todos los moros en un día, o se les ejecutaba –afirma, casi gritando.
- Yo no he dicho eso –protesta el joven.
- Pero es lo que pide tu periódico. Sois los voceros de esa gentuza –grita Gómez.
- Tranquilos –pide Requena.

Los muchachos callan y terminan por levantarse. Antes de salir dicen que

comentarán a su director lo que hemos hablado. Ya sé dónde irán mis peticiones.

Mediodía

La Peña Taurina es uno de los bares más típicos de Baria. Aunque no está situada cerca de la plaza de toros, sino en la Cuesta del Cementerio, que se llama así, aunque no lleva al cementerio, sino al Barrio Alto, se había convertido en el centro de reuniones de David con sus amigos.

Todos los mediodías podían encontrarse allí. Mientras se esperaban los unos a los otros, Lázaro los surtía de cerveza, atendía mesas y apenas les daba conversación. Si querían hablar en privado, los pasaba a una habitación interior a la que sólo Lázaro, ni siquiera sus camareros, tenía acceso. David había recibido una llamada de Lucas Martos, citándolo en el bar.

Cuando llegó David, Lucas Martos ya estaba allí. Las cristaleras grandes y un poco sucias dejaban pasar una luz tamizada, pero demasiado potente para el mes de diciembre. Producía una engañosa sensación de alegría, como una alegría impostada y falsa. Al menos, así era como se sentía David. Mientras avanzaba entre las mesas de formica roja y las sillas de hierro, tan antiguas que el negro de sus patas no se sabía si era debido al color del metal o de la mugre depositada tras largos años, pensaba que ahora tenía dos motivos de vergüenza ante sus colegas: Regina y las lágrimas por su hermano. Decidió que jamás se enterarían de nada, pero antes de llegar ante Lucas Martos, que lo esperaba con una sonrisa y la mano en un tubo de cerveza, intuyó que había nacido una distancia entre ellos. A pesar del favor que le había hecho proporcionándole la coartada. También él la necesitará, pensó David.

- Menos mal que te vemos –comentó Lucas Martos, cuando David estuvo junto a él.

Se dieron un abrazo fugaz. Lucas Martos bebió de su cerveza.

Excitado por una sensibilidad que pensó jamás había tenido, David olió el sudor agrio de su amigo y le resultó desagradable. Se preguntó por qué nunca antes se había fijado en ello. Del mismo modo, ahora sus ojos percibían el local de manera diferente. Lo veía sucio; no antiguo, sino viejo; no auténtico, sino rancio. El mismo Lázaro, espigado y enteco, con esa camisa siempre fuera de los pantalones, de cuadros que parecen de una servilleta, le pareció espeso y sintió un rechazo instintivo por la comida que Lázaro les preparaba y que antes comía con gusto.

- He quedado aquí con Vila –dijo

Lucas Martos.

- ¿Para comer? – a David no le apetecía comer con ellos.

Desde anoche, cuando se había desahogado como jamás hubiera pensado, sentía la necesidad de estar solo, de permanecer en casa. Incluso, ahora, le volvía a excitar la idea de que Regina volviera a la casa, entrara con cualquier excusa y se vieran… La había odiado por hablar con la policía. Pero le concedió el beneficio de la duda: tal vez no lo había hecho con mala intención, sino movida por un sentimiento de piedad hacia Eusebio.

- ¿Todo bien con la coartada? – preguntó Lucas Martos, satisfecho.

David asintió, sin mirar a los ojos de su amigo.

- Parecíamos santos hablando con el poli: Sí, estuvo con nosotros toda la noche, claro.

Lucas Martos se partía de risa, recordando sus mentiras. Dejó de reír y comentó:

- Queremos proponerte algo.

No dijo qué. Mientras esperaban, bebieron varias cervezas. David apenas probó las tapas que le puso Lázaro. Éste se molestó.

- ¿Qué te pasa? ¿Ahora que eres rico no te gusta mi comida, te parece poco?
- Yo no he dicho nada, joder. Es que tengo el estómago revuelto – excusó.

Cuando llegó Vila se dieron un abrazo. Vila miró a Lázaro y éste, con un gesto, los invitó a pasar a la habitación reservada.

Era ésta una habitación con chimenea, en la cual se iniciaba un fuego leve, de apenas tres troncos más delgados que los brazos de David. No hacía falta más. La habitación era demasiado pequeña para un fuego mayor. Tenía una mesa rectangular y sillas alrededor. Las paredes eran blancas, pero alguien las había cubierto de azulejos de indeciso color marrón hasta un metro de altura. A partir de ahí, carteles de antiguas corridas. Sobre la mesa, ya había dispuesta una jarra de cerveza y un plato de carne en salsa.

Vila llevó tres sillas en torno a la lumbre de la chimenea y, en otra que dispuso entre los tres, puso la carne y los vasos de cerveza.

- Queríamos hablar contigo – dijo Lucas Martos, sonriente, dando un

manotazo en el hombro de David.

- Dime –respondió éste, pero cierta aprensión lo atenazaba.

Sentía el fuego de la chimenea estallando en su cara. Echó la silla hacia atrás.

- ¿Qué pasa?
- Que el fuego está demasiado fuerte – excusó.
- Pues hoy hace frío –comentó Vila.- Si te hubieras tirado tres horas pateando las calles, no te quejarías.

Lucas Martos retiró la cerveza.

- Ya está bien de bebidas bárbaras – bromeó.

Trajo una botella de vino y tres vasos grandes, que llenó casi hasta el borde.

- ¿Te ha dicho Lucas lo que queremos? –preguntó Vila.
- No.

Lucas Martos sonreía como un crío cómplice ante una travesura. Estaba seguro de su amigo.

Vila levantó el vaso de vino y los tres brindaron:

- Por nosotros.

David se secaba los labios del vino del país que bebía, ligeramente avinagrado.

- David, queremos que te involucres más con nosotros –comenzó Vila.

David se encogió de hombros.

- Tú dirás –dijo.
- Sabes… Bueno, no tienes que saberlo todo. Pero sabes lo que defendemos. Sabes por lo que peleamos. Tenemos varios proyectos, pero hasta ahora no hemos podido llevarlos a cabo porque lo que necesitábamos no lo teníamos ninguno de nosotros. Ahora sí lo tenemos. Lo tienes tú.

- ¿Qué es lo que tengo?

David estaba desconcertado. Sabía que le iban a echar en cara la necesidad de la coartada, recordarle lo muy amigos que eran y que les debía un favor. Pero ahora no adivinaba qué demonios buscaban.

- Pedirle el favor a tu hermano era inútil. Nos hubiera dicho que no. Y no podíamos discutir con él porque era tu hermano, ¿comprendes? –continuó Vila.
- Sí.
- Bien. Ahora has heredado a tu hermano. Lucas te pedirá una pequeña colaboración para el grupo. Necesitamos dinero, más que nunca. Pero no será mucho para ti.
- ¿Dinero para qué?

Vila y Lucas Martos se miraron. Luego, se mostraron comprensivos y sonrieron.

- Claro. No tienes por qué saberlo todavía. Pero lo sabrás. Te aseguro que no es para nuestros bolsillos. Tenemos ahora muchos gastos, David.
- ¿Gastos de qué?
- Joder, tío, parece que no te enteras –soltó Lucas Martos.
- Pues dímelo de una puta vez –se quejó David.
- David. Si esto sale de aquí…

David cerró los ojos, aceptando el secreto.

- El otro día dimos una paliza a unos moros de mierda. En el Barrio de San Cristóbal. Estamos haciendo cada vez más acciones de ese tipo. A ver si echamos de España a los putos moros. ¿Te ha quedado claro ahora, David?

David abrió mucho los ojos.

- No me jodas. ¿No seréis vosotros los que hicieron lo de Cortijo

Llano?

- No seas burro, coño –protestó Vila.

Vila y Lucas Martos se miraron y se partieron de risa.

- No, hombre, no. Sólo hemos aprovechado el momento. Un par de hostias por aquí. Un par de hostias por allá.
- Les pusimos la carnicería mora hasta arriba de mierda –rió Lucas Martos.
- Sólo eso, David.

Bebieron mientras reían las hazañas de los últimos días.

- Ahora, ya que tienes un edificio en pleno centro del Barrio de San Cristóbal, tenemos una oportunidad única –dijo Vila.
- ¿A qué te refieres? Ese edificio está hecho una puta ruina.
- Nos da igual –terció Lucas Martos.
- Lo que queremos es que nos lo prestes.
- ¿Para qué?

Ambos rieron, satisfechos de su proyecto.

- Vamos a meter una tribu entera de gitanos allí –dijo Vila.
- Vamos a echar a la mierda a los moros, David –apuntó Lucas Martos.

Mientras bebía el vino de la tierra, hecho seguramente con las manos y los pies asquerosos de Lázaro, David pensaba. ¿Una negativa a sus amigos de toda la vida? ¿Una negativa a quienes le habían facilitado sin rechistar una coartada que le permitió salir del arresto y dejar de ser sospechoso de haber asesinado a su propio hermano?

- ¿Qué dices, David? ¿Nos dejarás el edificio?
- Aún no es mío –respondió.
- No me jodas – Vila se puso erguido, como si acabara de darle una bofetada. -Nos importa una mierda a nombre de quién esté.

Muerto tu hermano, es tuyo. Y se acabó.

- Todos esos edificios y ese dinero en poder de tu hermano era como echarle margaritas a los cerdos –comentó Lucas Martos.
- ¿Qué mierda tienes tú que decir de mi hermano?

Atardecer

Hasta echarme de mi despacho querían. Me niego, diciéndoles a Raya y Blanes que si entran en mi despacho les pegaré una paliza. Y que hasta que no esté expedientado como Dios manda y cesado como mandan las ordenanzas, nadie ocupará mi despacho. Así que cuando López entra y ellos salen y me dice casi al oído que baje, que alguien quiere verme y que es importante, comprendo que no deben enterarse los de Madrid y salgo de mi despacho y lo cierro con llave.

Cuando llego a la planta baja, López me conduce hasta el sótano, donde están las salas de interrogatorio y las celdas. En la pecera descubro a Salah Eddine y a otro magrebí, mucho más joven, sentado a la mesa de interrogatorios y nervioso como un adolescente en su primera cita.

- No he entendido nada –dice López, que ha manipulado el micrófono.- Hablan en su idioma.
- Luego busca a alguien que te traduzca lo que han dicho ahí dentro.

Paso a la sala de interrogatorios y Salah Eddine me mira con cara de pocos amigos, así que lo dispenso de estrecharnos la mano. No dice nada durante largos segundos. Observa concentrado al joven sentado a su lado. Se trata de un magrebí de veintipocos años, menudo, con el pelo pegado a un cráneo pequeño y los rasgos contenidos y mínimos de una chica. Aún así, resulta agradable y cualquier abuela confiaría en él al instante.

- Se llama Said Lajah –dice Salah Eddine.

Me siento frente a él, dispuesto a escuchar lo que tenga que decirme.

Said mira a Salah Eddine con ojos temerosos. Su mirada brillante está hecha de lágrimas que ni salen ni entran, imploran. Salah Eddine hace un

gesto imperativo y Said me mira:

- Me tiene que prometer… –comienza.
- No sé de qué va esto, así que no voy a prometer nada –respondo.

Said mira a Salah Eddine.

- Tiene algo muy importante que decirle, comisario. Pero quiere que después no la tome con él. Que no lo detenga.
- Aún no sé lo que ha hecho.
- Nada concreto. Es por… sus actividades habituales.
- Tendrá que ser muy importante para que me olvide de esas actividades –respondo.
- Prométalo –insiste Salah Eddine.
- No hasta que sepa qué me va a decir.
- Los españoles siempre igual –salta Salah Eddine.- No respetan a nuestra gente.
- Precisamente porque los respetamos no podemos permitirles ciertas cosas.
- ¿Cómo qué? –se me enfrenta Salah Eddine, incluso da un paso en mi dirección, ofendido y agresivo.
- No podemos permitir que impongan la Sharia en los barrios; ni que peguen a las mujeres que no se visten como ustedes quieren, ni que maltraten a los homosexuales, como hacen en sus países. Si me opongo a lo que usted representa es porque respeto a su gente.
- ¿Y usted qué sabe?
- No soy yo el que tiene que saber. Son ustedes los que tienen que hacernos ver que estamos equivocados. Distinguir entre islam e islamismo no debe ser una exigencia para nosotros, sino un

esfuerzo que deben hacer ustedes. Mientras tanto, sé lo suficiente para asegurarle que mientras sea como hasta ahora será imposible la convivencia, imposible la mezcla, como agua y aceite.

- Pues recuerde que el aceite siempre queda encima.
- Pero hierve antes.

Nos miramos retadoramente. Hay en sus ojos un rencor que adivino también en los míos.

Said, asustado, hace un gesto para levantarse, pero Salah Eddine lo frena con unos gritos en su idioma. El chico se sienta, dócil.

Lo miro y espero. Baja la cabeza y se muerte los labios, luego se los humedece.

- Quiere decirle que Hamid Boudhim no pudo ser quien mató a ese hombre, a don Matías Bereza.

Callo y miro al chico. Pero, aunque eleva los ojos, no debe gustarle lo que ve, porque enseguida los baja de nuevo.

Suspira Salah Eddine y suelta:

- Cuando mataron a ese hombre, al que cortaron la cabeza para que pareciera que fue gente nuestra, Said estaba con él, con Hamid.
- ¿Dónde?
- En…
- Quiero que lo diga él.

Said me mira. Ahora que Salah Eddine ha dicho lo más importante, aunque cohibido, se atreve a hablar.

- Estábamos comprando droga. Juntos, los dos.

Tiene una voz dulce, con un acento que parece el de una mujer.

- ¿Dónde?
- En Almería.
- ¿En qué sitio?
- En El Puche.
- ¿A quién?

Le cuesta, pero finalmente Said cuenta cómo, dónde, a quién, habían

comprado hachís esa misma tarde. Él, que vive en Almería, acompañaba a Hamid porque lo había puesto en contacto con su propio proveedor.

Hamid estaba a cien kilómetros de donde alguien cortaba la cabeza en ese momento al mejor hombre de la ciudad. Ahora no lo dudo. Alguien nos ha confundido, engañado y dirigido.

Siento ganas de golpearme la cabeza contra los muros. Me limito a mirar más allá del cristal a través del cual nada veo, seguro de que López ha grabado hasta la última palabra.

Noche

En menos de cincuenta minutos nos hemos presentado en Almería. Said nos ha conducido hasta una casa baja y estrecha en pleno barrio de El Puche. Nos ha pedido que esperásemos en el coche, para evitar problemas. Finalmente, ha conseguido que salga un gitano grande y aviejado, con cara de malas pulgas. A Said le ha costado convencerlo de que puede confirmarnos si Hamid estuvo con él aquella tarde, a la hora indicada. El gitano no ha dicho ni mu, pero bastaba ver su cara para comprobar que deseaba asentir y que se fueran de allí aquellos dos maderos. Echó una mirada asesina a Said mientras éste subía al coche, por conducirnos hasta él. No cree que me importa una mierda su trapicheo.

Luego, en el coche, mientras volvemos, Said nos va largando una serie de nombres a los que Hamid proveía regularmente. Aunque Said vive en Almería, hacían muchos negocios juntos y pasaban temporadas en Almería o Baria, trabajando en su trapicheo, así que conocían a algunos de sus respectivos clientes. No nos dice nada nuevo cuando menciona a cuatro o cinco camellos de Baria a los que abastecían, a los que por supuesto nosotros también conocemos. Aunque las alarmas de López y las mías saltan cuando menciona un nombre: un tal Lucas no sé qué, dice. López me mira y le devuelvo la mirada. Ambos sabemos que hay un hilo y nos aferramos a él. ¿Por qué no? No tenemos nada mejor, pero lo cierto es que ya estoy convencido. No fui tan imbécil al principio, cuando buscaba la causa de la muerte de don Matías Bereza en su vida privada o en su trabajo, sospechando que su muerte no obedeció a un ataque de un islamista, a pesar de la decapitación y a pesar de los trozos de kaliyya que pusieran en sus manos.

No. López llega a la misma conclusión. Y eso que no es Sherlock Holmes.

Hemos sido engañados. Nos han manipulado a su antojo. De ahí que el mismo maldito Toyota saliera en los vídeos de las gasolineras los mismos días. Porque ahora estoy convencido de que era el mismo coche. No creo en

las casualidades.

Me viene a la memoria la reticencia con que Cristóbal Cárdenas hablaba de don Matías Bereza. El menosprecio por sus actos. No había querido involucrarse en una maldita y estúpida cruzada. Trataba a todos por igual, moros o cristianos. Imagino que debía ser una pieza apetecida para el MET, integrado en sus cuadros hubiera dado prestigio a la formación en la ciudad. Pero su lucha no era política. Tal vez, pensaron, si no les valía, era la víctima ideal para crear un estallido social, un estado de alarma, una provocación. Una situación propicia para justificar los crímenes de Cortijo Llano y el surgimiento en olor de muchedumbres del MET.

Me pregunto si todo estará tan organizado e intuyo que sí.

Y Hamid era el chivo expiatorio perfecto.

Said nos ha dicho que no tiene familia en España. Que, aparte de él, no tenía nadie más que pudiera preocuparse por su desaparición o su muerte. Así que un camello moro, proveedor de camellos locales, que vive entre Almería y Baria y conoce la ciudad y que puede aparecer como el asesino integrista perfecto. Y, además, no estaba fichado, así que nadie puede conocer su clase de vida. Ahora me pregunto qué significa lo que descubrió el forense. ¿Por qué estaba deshidratado? ¿Es creíble que un tipo como Hamid cayera accidentalmente por un acantilado en el cual no hay ninguna razón aparente para que estuviera? ¿Cómo llegó hasta allí? No había ningún coche abandonado en las cercanías.

- Nos han tomado bien el pelo, López –concluyo.
- Vaya –admite con resignación.

No necesito preguntarle para saber que sus conclusiones son muy parecidas.

Así lo constatamos en cuanto llegamos a la comisaría, dejamos libre a Said con nuestro teléfono móvil por si tuviera algún problema, y comentamos el asunto. Ambos pensamos lo mismo. Yo tampoco soy Sherlock Holmes, pero huelo la sangre como un perro. Cada vez más convencido, llamamos a Malasaña y a Martín. Ambos siguen con los seguimientos, cada vez más agotados y aburridos, sin nada reseñable que llevarse a la boca. Les decimos que nos esperen y nos reunimos con ellos cerca de una taberna llamada La Peña Taurina.

- Están ahí los dos. Se pasan las horas muertas bebiendo cerveza, los cabrones –dice Malasaña.
- De vez en cuando, se meten en alguna habitación del fondo y dejamos de verlos un rato –añade

Martín.

López y yo los relevamos y se largan. Les ordeno que tengan los móviles abiertos toda la noche. No espero gran cosa, pero por si acaso.

Acordamos que López seguirá a Vila cuando salga y yo a Lucas Martos.

Aún debemos esperar dos horas. Se hace profunda la noche y oigo, en el silencio del coche, las tripas vacías de López. Me apiado de él, pero soy incapaz de pensar en comer algo. Me siento vapuleado, engañado, humillado, agotado, desbordado, incapaz.

El primero que sale es Vila. Aunque lo veo a lo lejos, matizada su figura por la luz mortecina de las farolas, me resulta familiar. Supongo que como policía local habré coincidido con él en algunas ocasiones. Se sube a un Vectra y se aleja. López corre a coger el otro coche y lo sigue. El tal Lucas Martos tarda en salir aún media hora. No hay duda de que es él porque era el único que quedaba en la taberna.

Se trata de un hombre de estatura baja y fornido. Sube a un todoterreno que por un segundo sueño que es un Toyota plateado pero que resulta ser un Mitsubishi Montero. Se aleja lentamente. Me coloco tras él, a cierta distancia. Lucas Martos me conduce por calles que esparcen la ciudad hacia sus aledaños, como un laberinto de calles cortas y estrechas. Apenas lo veo, pero puedo seguir el rastro de sus luces.

López me llama, me dice que Vila ha ido directamente a su casa. Le ordeno que se vaya a descansar. Mañana será otro día.

Cuando dejamos atrás la ciudad se adentra en carreteras secundarias, la primera cercana al polígono industrial, por el que pasa de largo. Gira en un cruce y se adentra tres kilómetros por la antigua redia que conducía hasta Almería. Luego, se introduce por una vía asfaltada y lo veo detener su coche ante una casa cortijo aviejada y cochambrosa, aunque mantiene una luz cenicienta en la puerta. Dejo el coche lo mejor escondido que puedo entre matorrales, al borde de la vía y desciendo. Procuro acercarme sin encender la linterna que llevo en la mano.

El cortijo parece tan muerto como un cementerio. No se observa luz interior alguna, ni puerta o ventana que atisbe habitantes en su interior. La casa es tan mínima y deteriorada que, por primera vez, siento un escalofrío, y no debido a la humedad de la noche. Cuando estoy a unos veinte metros del Mitsubishi, éste enciende sus luces y se aleja repentinamente. Me siento burlado una vez más, pero no tengo tiempo de mortificarme porque mi pierna se electrifica y se entumece, todo en uno, y caigo al suelo como un saco. El dolor es ardiente como una llama. Mi grito se habrá oído hasta en los confines del infierno. El segundo golpe lo recibo en la espalda y mi cuerpo se estremece y giro sobre la tierra. Un puño tan negro como la noche, surgido de la negrura, se estrella en mi rostro y el tiempo se detiene largos segundos.

Luego, alguien agarra mi pelo y levanta mi cabeza. Sólo puedo ver un pasamontañas negro como el pecado. Apenas distingo los ojos que me miran, pero sí oigo nítidamente, a pesar del dolor sordo que me atenaza, la voz que dice:

- Tienes suerte. Nosotros no matamos policías españoles.

JORNADA SÉPTIMA (sábado)

Mañana

Hasta los ojos de analgésicos, me planto en el despacho del alcalde. Llego directamente del hospital, de donde no me han dejado salir en toda la noche. Cojeo de la pierna derecha, apenas puedo mover la espalda si no es rígidamente y la mitad izquierda de mi rostro, aunque ha perdido parte de la tumefacción provocada por el puñetazo, aún está hinchada.

El alcalde me hace esperar unos minutos, que aprovecho para retirarme a un rincón e intentar pasar desapercibido. No quiero llamar la atención, que todo el mundo me mire. Ya lo hacen a pesar de las gafas de sol con las que intento disimular incluso dentro del Ayuntamiento.

Sobre la ancha escalinata de mármol se ubica una vidriera alta y colorida como la de una catedral. Los pasillos se alargan flanqueados por puertas de madera noble que se abren a distintos despachos. Funcionarios y algunos concejales pululan de un lado a otro, como si llevaran un ritmo de vida frenético que desmiente la cara de circunstancias de varios ciudadanos que esperan aparentando una paciencia que no tienen.

Por fin se abre la puerta del despacho y una funcionaria entrada en años y carnes sale, me hace un gesto y me dice que me espera el señor alcalde.

El despacho es más amplio que mi casa. Parece el de un presidente de gobierno. Suelos de mármol blanquísimo, impoluto. Alfombras gruesas y mullidas bajo la mesa de ébano de despacho y bajo el sofá de piel brillante situado en el ámbito opuesto. Paredes chapadas en madera y dos balcones altos que se abren a la balconada larguísima situada sobre la puerta de entrada.

Aunque hemos coincidido en anteriores ocasiones, el actual alcalde, vencedor en las últimas elecciones municipales, es casi un desconocido para mí. Don Andrés Úrculo se levanta solícito, sortea la amplia mesa de su poder y acorta la distancia que nos separa con la mano tendida. Tiene un apretón suave que aparenta firmeza durante un instante, seguramente aprendido a lo largo de sus años de opositor sin suerte.

Mi lentitud de movimientos le llama la atención, como buen observador de electores que sin duda es. Le cuento mi tropiezo de anoche. Pone cara de preocupación mientras me invita a tomar asiento frente a él y vuelve a su sillón presidencial.

- No puedo creerlo. No sé dónde vamos a llegar –se queja.
- Si seguimos así, sí sé dónde

llegaremos. Por eso tratamos de impedirlo -replico.

- No lo dudo, comisario. ¿Y cómo van las investigaciones?
- Lentas. No disponemos de toda la ayuda necesaria.
- No lo comprendo. Ha venido gente de Madrid, especialistas en terrorismo, para apoyar la investigación.

Convencido de que eso es suficiente, y con la intención de ocultar que mi trabajo es paralelo y que me cortan las alas, me inclino hacia delante, cruzo las manos y digo:

- Nos han negado las escuchas sobre algunos sospechosos. No disponemos de hombres suficientes para hacer todos los seguimientos necesarios.
- No puedo creerlo.

Su cara de asombro esboza una mueca que, por algún motivo, me suena a falsa. Es una intuición, pero severa como el dolor que me cruza la espalda a cada movimiento.

- Pues créalo. Los agentes que vienen son especialistas en terrorismo, pero quienes conocemos esta ciudad somos nosotros. Debemos avanzar en la investigación o de lo contrario, me temo que tendremos más crímenes en los próximos días.

- ¿Qué le hace pensar eso?

Esta vez su gesto de preocupación sí parece sincero. Supongo que a ningún alcalde la agrada comprobar que su ciudad se convierte en el centro de atención de toda Europa por ser la que ha dado a luz a un nuevo grupo terrorista.

- No creo que hayan asesinado a cuatro personas hace unos pocos días para nada. El asesinato de un imán, en Alicante lo confirma.
- ¿Y por qué piensa que la próxima vez será también aquí?
- Porque ha nacido aquí.

Nos quedamos en silencio largos segundos. El alcalde, que en otra situación sólo parecería un contable aburrido, con su calva, su barriguita, su traje gris que le queda ancho y con las mangas largas y su corbata mal

anudada, muestra una expresión casi de miedo en su cara limpia y redonda. Sus ojos, que aparentan familiaridad e inocencia, se demoran en el pisapapeles de la mesa mucho tiempo. El que aprovecho, tras el silencio, para explicarle a qué he venido.

- Necesito su colaboración.
- Claro. Pero… ¿No deberían pedirla sus superiores? Quiero decir… Que es un asunto tan grave que no veo por qué se encarga el comisario local.
- Es posible que me equivoque. Pero imagino cosas que no puedo poner en un informe, pero sí puedo investigar por mi cuenta. Si llego a alguna conclusión positiva, la pasaré a mis superiores.

Úrculo suspira. Veo en su gesto la duda, si la ayuda que le solicita un comisario local y mediocre no será un compromiso, cuando de esto se han de encargar desde mucho más arriba.

- Necesito información sobre miembros de la Policía Local –suelto.

Abre la boca como un niño ante un mago que hace aparecer el conejo de la chistera.

- ¿Cómo?
- No se alarme. Sólo es una precaución. Entre los sospechosos se encuentra gente familiarizada con armas y disciplina policial. Es sólo un estudio a prevención.
- Me niego a creer… -protesta.

Levanto las manos en son de paz.

- No tiene nada que temer. Sólo es para estudiar algunos perfiles.
- Tengo más de doscientos policías a mi cargo. Ni uno sólo de ellos puede estar involucrado en esto.
- Seguramente. Pero debemos investigarlo.
- No puedo hacer lo que me dice. Los expedientes sobre los policías

son confidenciales.

- Por supuesto. Sólo para echarles un vistazo.

Niega con la cabeza, una y otra vez.

- Además –añade.- No hay nada en esos informes. Sólo los resultados de sus pruebas de acceso. Datos familiares y cosas así.
- No perdemos nada por comprobarlo.
- No, comisario. No puede ser. Eso no puedo admitirlo. Y menos si sólo es a prevención. No se investiga a nadie a prevención.

No puedo decirle que uno de los sospechosos, Vila, es uno de sus hombres. Lo dejo estar, de todos modos seguramente no hay nada útil en esos informes. Paso a otra cosa.

- Entonces necesito que me informe sobre las subvenciones que este ayuntamiento ha realizado a diversas asociaciones de la ciudad relacionadas con el MET, el nuevo partido político.

Incomodado otra vez, Úrculo se remueve en su asiento. Se yergue, intentando aparentar una altura que la conversación ha rebajado, pues se ha hundido en su alto y grandilocuente sillón.

- Las subvenciones que concede el ayuntamiento son legales. Se conceden a toda clase de asociaciones. No veo qué tiene que ver…
- Algunas de esas asociaciones no tienen prácticamente actividad, y estoy seguro de que sus fondos han ido a parar al MET.
- Bueno. Nosotros las concedemos. Si alguien no las utiliza legalmente, es otra cuestión.
- Necesito conocerlas. Cuanto más conozcamos…
- Pero –me interrumpe, levantando una mano gordezuela y mínima.-

¿Insinúa que el MET tiene algo que ver con ese grupo terrorista?

- Hay una coincidencia clara de objetivos, ¿no cree?
- Todo objetivo político es lícito, lo dice nuestra Constitución.
- No si un partido es el brazo político de un grupo terrorista –replico.
- Bueno… Eso es discutible. Ahí tiene Amaiur que…
- Usted y yo sabemos por qué es legal.
- No voy a entrar a discutir eso con usted. Pero lo cierto es que no hay pruebas de que el MET haya hecho algo ilegal hasta ahora.
- Es mucha coincidencia, ¿no le parece? El nacimiento de este grupo político y el surgimiento de un grupo terrorista que defiende los mismos fines.
- Yo no me muevo por coincidencias. Si hay algún problema, es función de la policía detectarlo.
- Cierto. Por eso le pido ayuda. Si no me la concede, por los canales oficiales tardará mucho más. Ni siquiera sé si mis superiores querrán solicitarla. Tal vez…
- No puedo ayudarle en algo que no tiene razón de ser.
- Pero ese grupo está levantando a la gente. Está realizando peticiones que pueden…
- A la gente hay que darle lo que quiere.
- ¡Ah!, ¿sí?
- Dentro de un orden –rectifica.
- ¿Y quién fija los límites de ese orden? ¿Las circunstancias? –pregunto.

Asiente.

- Pues si fijan los límites las circunstancias y no la Ley, tenemos un problema, señor alcalde.

Obviamente molesto, Úrculo se inclina hacia delante, cruza los dedos y me mira fijamente.

- Yo no he dicho nada contra la Ley. Pero la gente también es libre de opinar.
- Si esa opinión va contra la Ley, no.
- Las leyes se cambian.
- No todo objetivo es lícito –le recuerdo sus palabras de antes.
- Lo es si la gente lo quiere así.
- Y después, ¿qué hacemos con las víctimas?
- Se les dan cuatro perras y se las olvida.

Atónito, me quedo sin respuesta. No puedo negar la evidencia de su planteamiento. Lo estoy viendo desde hace años en el resto de España con otras víctimas. ¿Por qué no va a ocurrir con las víctimas de Guardia Nacional?

He tenido suficiente. Me levanto. Úrculo, seguramente alarmado de sus últimas palabras, quiere rectificar, no quería decir, quiero decir que…, pero ya no lo escucho. Le doy la espalda y abandono el despacho bañado de luz y de ignominia.

Mañana

- Os haré los partes de asistencia –dijo Cristóbal Cárdenas, sentado ante su mesa de consulta, vestido de bata blanca.

Mientras escribía, Lucas Martos y Vila, callaban y esperaban.

- ¿Blanco está al tanto de lo que pasó anoche? –preguntó Cárdenas sin levantar la cabeza.
- Le hemos informado –confirmó Vila.

- Ha sido un error –dijo Cárdenas, levantando la cabeza. Sus ojos azules mostraron una mirada pétrea, acusadora.- Blanco no lo hubiera hecho jamás –afirmó, poniendo en evidencia la lucidez de los presentes.
- Pero me estaba siguiendo –se defendió Lucas Martos.
- ¿Y qué? –gritó Cárdenas.

Lucas Martos bajó la mirada y buscó refugio en la de Vila. Pero éste, aunque mantenía los ojos fijos en Cárdenas, también acusaba el golpe.

- ¿A quién se le ocurre engañar al comisario y darle una paliza? Sólo un estúpido puede imaginar algo así.
- Está sobre nuestra pista –comentó Vila.
- ¿Y qué esperabais? Tarde o temprano tendrían que sospechar. Suponía que estabais dispuestos a aceptar el riesgo. Y la consigna es clara: si uno es detenido, no acepta nada, calla y no delata a nadie. Punto. A partir de ahí, o tienen pruebas o a la calle. Si no estáis dispuestos a asumir la posibilidad de la cárcel, tendréis que dejarlo.

Ambos hombres se miraron. Asintieron con las cabezas.

- Sabemos dónde nos metíamos. Y estamos dispuestos a continuar adelante, pase lo que pase –afirmó Vila.

Lucas Martos confirmó las palabras de su compañero dando cabezazos.

- Bien. Dejad en paz al comisario. Tened los ojos bien abiertos para evitar el seguimiento o despistarlos y no hagáis nada sospechoso hasta nueva orden. Esta tarde hablaré con Blanco y veremos nuestros próximos pasos.

Vila y Lucas Martos se levantaron. Cárdenas los imitó. No quería que se fueran sin el aliento que sólo él podía insuflarles. Un abrazo viril, los estrechó contra su pecho.

- Por España –los despidió.

Mediodía

Circulo por la ciudad durante un rato. Al menos, sentado al volante, no me duelen la espalda ni la pierna. Y nadie me ve la cara. Oigo la radio local y entonces comprendo mejor las palabras que el alcalde ha escupido un rato antes. Han acudido a la oficina de empleo docenas de musulmanes despedidos de sus puestos de trabajo. Ya nadie quiere darles trabajo por miedo a perder sus negocios, que los incendien, como los invernaderos, o que sufran destrozos. Sus dueños no quieren ser amenazados y extorsionados. La Policía Local ha hecho el resto. No dudo que por orden directa del señor alcalde. Orden que concuerda con su actitud: a la gente hay que darle lo que quiere. Pues estamos bien.

La Policía Local ha irrumpido en el Barrio de San Cristóbal y detenido a una docena de musulmanes sin papeles. Los mismos sin papeles que hasta la irrupción del MET circulaban libremente por la ciudad y que tenían casa y trabajo. Los mismos a los que ahora se acusa de entrada ilegal en el país y que han dejado de ser útiles. Bestias de carga que ahora son incómodas.

Primera presión, primera cesión. Desprecio a los políticos a gritos dentro del coche. Nadie me oye. Ni hace falta, porque mi indignación es tan inútil como mis esfuerzos por acabar con esta lacra.

Aparco en una esquina de una cuesta estrecha y larga del Barrio Alto. Subo unos metros y aparto la vieja cortina de la taberna de José Luis. No veo más que cuatro parroquianos jugando al dominó en una mesa, junto a una ventana de aluminio de los setenta que José Luis no ha cambiado ni cambiará mientras sea capaz de sostener los sucios cristales. La taberna huele a fritura de pescado, como siempre. Me planto ante una barra brillante de tanto pulido con el trapo. Se oye trajinar en la cocina. Un momento después, José Luis, mediana estatura, pecho de toro, brazos cortos y gruesos bajo las mangas arremangadas de la camisa de cuadros, aparece por la puerta de la cocina con un plato de calamares en salsa en una mano.

No le alegra verme. En realidad, jamás lo he visto sonreír a nadie. Sale de la barra y se dirige hasta la mesa de los jugadores, donde tira más que deposita el plato de calamares en salsa.

- ¿Les sirves o les echas de comer?

–pregunto cuando vuelve a la barra y sin decir ni media abre el grifo de la cerveza.

- Si no le gustan mis modales, ya sabe dónde está la puerta –dice en voz alta, para asegurarse de que los otros lo oyen bien.

- Un día te van a bajar los humos –replico, bien alto, para que también me oigan.

De un golpe, deja una cerveza cuya espuma se desborda por la barra.

- ¿Y quién me los va a bajar? Porque habría que ver a algunos sin chapa.

Los arriesgados jugadores de dominó vuelven la cabeza. Consciente de ello, me inclino apoyando las manos en el borde de la barra y dejando mi cara muy cerca del careto de José Luis.

- ¿Quieres que deje la placa en el coche y vuelva a verte?

Nos miran fijamente, sin perder detalle.

- ¿Quién le ha hecho la cirugía estética, comisario? –suelta José Luis con una carcajada.

José Luis no sonríe a nadie. Pero ríe. Y cada risotada suya es una ofensa para el que está enfrente.

- Me caí en la ducha. No quise agacharme a recoger el jabón.

Deja de mirarme con displicencia y se vuelve hacia la cocina. Cada vez que vengo, la misma historia: simulación de que no nos podemos ver, simulación que nadie cree, pero a nosotros nos divierte, y que tarde o temprano tendremos que liarnos a hostias. Esto tal vez lo hagamos. Supongo que ninguno queremos morirnos sin saber quién ganaría. Entretanto, él dirige el CSI, el grupo de Cabrones Sin Identificar que, de cuando en cuando, le dan un susto a alguien o le aprietan las clavijas allí donde yo no puedo llegar. ¿Ilegal y asqueroso procedimiento? Por supuesto. ¿Útil? Hasta cierto punto. Quizá no demasiado. Pero perder a José Luis sería como amputarme la mano izquierda. A veces, sus actos me dejan una paz de espíritu que sólo sería capaz de curar una confesión con un cura antiguo. De momento, no busco la absolución.

Vuelve José Luis con otro plato de calamares en salsa. Para no ser menos

que el resto de comensales, también lo tira sobre la barra, a punto de salpicarme la camisa con la salsa marrón.

- ¿Tienes libre el comedor elegante?
- Usted no tiene categoría para comer allí –replica.

Pero se da la vuelta y nos dirigimos al fondo del local. José Luis abre una puerta y entramos en una habitación en cueva, que se incrusta en la parte ascendente del cerro donde alguno de sus antepasados construyó la casa. Cierra la puerta a su espalda y espera a que deje la cerveza y el plato sobre la mesa. Le pido que se siente conmigo.

- Necesito un nombre –espeto.
- ¿Un nombre de qué?
- ¿Quién puede estar detrás de los crímenes de Cortijo Llano?
- ¿Todavía no lo saben?

Mueve la cabeza, como diciendo vaya policía tenemos.

Seguramente es cierto, pero si alguien sabe quién puede estar involucrado en acciones de esa naturaleza en la ciudad, es José Luis. Conoce a todo el mundo. Ha sido delincuente toda su vida, hasta que una retirada a tiempo le valió convertirse en camarero con negocio propio. Según cuenta, el disparo a la cabeza de un socio suyo le hizo replantearse la situación. Para que digan que nadie escarmienta en cabeza ajena.

- Tenemos algunos nombres. Quiero saber si los que tenemos coinciden con lo que tú puedes decirme. Conoces a todo el mundo. Nadie se hace terrorista de la noche a la mañana. Nadie mata a una familia y a otro hombre sin haber dado antes síntomas de ser peligroso. Sabemos que quienes lo hicieron manejan bien las armas, no es gente a la que le hayan puesto una pistola en la mano por primera vez. Disparos certeros y fríos, sin compasión ni piedad. No hubo duda.
- No soy un chivato –responde categóricamente,
- ¿Estás con ellos?
- No.
- Entonces no será un chivatazo.

Sólo te pregunto qué te dice tu intuición. Sabemos que es gente de aquí.

- ¿Por qué?
- Porque no hubieran elegido lugares…
- ¿Lugares?
- Un lugar, quiero decir. No hubieran elegido un lugar tan recóndito para asesinar sin conocerlo muy bien.
- ¿Y qué quiere que le diga?
- Has estado en todos los rincones sucios de esta ciudad. Conoces a toda la gente que se mueve en el filo de la Ley. A todos los que alguna vez han delinquido. A todos los que…
- Ya vale, coño.
- Dime los nombres. Si tú fueras policía, ¿a quiénes investigarías primero?
- Yo no sería policía en mi puta vida- comenta, ofendido.
- No me jodas.

Nos miramos fijamente. Finalmente, asiente levemente con la cabeza.

- Voy a pensarlo –dice, levantándose.

Sale de la cueva y grita algo a los de fuera, por si acaso hubieran olvidado que la amabilidad no es la especialidad de la casa. Mientras lo espero, bebo cerveza. Tengo el estómago cerrado a cal y canto desde hace días, pero una alarma salta en mi vientre y me obligo a comer. Compruebo que, a pesar de la muerte y la desolación, los calamares de José Luis están de escándalo. ¿Cómo un tipo tan bruto puede cocinar tan bien?

Cuando vuelve, cierra la puerta a su espalda. Se sienta frente a mí. Me mira como si le diera asco lo que va a hacer, pero lo hace.

- Si tuviera que buscar entre la gente de aquí, no tengo dudas. Un tal Lucas Martos y la gente que va con él.

El corazón me da un salto, porque coincide con nuestras sospechas. Lo de José Luis es para mí una confirmación tan importante como si hubiéramos

encontrado las huellas del tipo en el lugar de los hechos. ¿Por qué no he venido antes? Me maldigo.

- ¿Por qué él?

José Luis se encoge de hombros, como desdeñando su propia información.

- Porque siempre ha querido matar a alguien.

Me cuenta cómo era el tal Lucas Martos de jovencito. Un chaval de lo más ejemplar. Me cuenta que estuvo en la cárcel por patearle la cabeza a un tío porque le echó una moneda a una tragaperras cuando él había ido a pedir cambio. Casi lo mata.

- Le vuelven loco las armas. Y además es racista a más no poder. Sobre todo, con los moros y los negros.
- ¿Qué clase de hombre es?
- Gentuza. De los que comen mientras cagan, como las moscas.

Continuamos hablando un rato. Menciona al Pelao y menciona también a Blanco. Una tensión ardiente me colma el pecho.

- ¿Puedo contar contigo para un trabajo especial?

Duda.

- Necesito saberlo -insisto.

Finalmente, una dura sonrisa aparece en su cara ancha y basta. Puedo leer en sus ojos la malicia.

- Te vas a divertir.

Tarde

Renuente, se vio obligado a acudir a la cita obligada. De nuevo, en La Peña Taurina. De nuevo, en la habitación interior. De nuevo, Vila y Lucas Martos con él.

- ¿Qué has pensado? Tienes que darnos las llaves del edificio. Nos vamos a meter en su barrio hasta el fondo. Vamos a echar a los

moromierdas –se excitaba Lucas Martos.

- No puedo daros las llaves.

Tanto Vila como Lucas Martos se quedaron mirándolo, mudos de estupor.

- ¿Por qué? – preguntó Lucas Martos, quien llevaba la voz cantante manteniendo a Vila en la recámara, ya que era el más viejo amigo de David.
- Porque no tengo las llaves.
- Vaya excusa –masculló para que se oyera Vila.
- ¿Y qué falta hacen las llaves? Sólo queremos un contrato, de alquiler o lo que sea. Una cobertura.
- No puedo alquilar lo que está alquilado.
- Podemos hacerlo sin tu ayuda –comentó Vila.- Nos metemos y en paz.
- Entonces, adelante.

Vila y Lucas Martos guardaron silencio un rato. Bebieron del vino del país que había en una jarra, sobre la mesa. El silencio se hacía denso e irrespirable. David se encontraba atónito, sorprendido de sí mismo y, al mismo tiempo, aterrado. No sabía dónde le llevaría su negativa a ayudarles en sus planes de acoso a los moros en el barrio de San Cristóbal. Les debía una coartada sólida para la noche en que murió su hermano. Les debía su amistad desde hacía mucho tiempo. Lucas Martos había sido como el hermano mayor que quiso tener. Les debía sus comentarios racistas y desdeñosos hacia los inmigrantes de todos estos años. ¿Acaso no había sido él como ellos? ¿Por qué ahora se comportaba así?

- Es una decepción, David –dijo con pesar Lucas Martos, mirándolo fijamente con sus ojos de sapo.
- Es una traición- afirmó el otro, con rencor no disimulado.

David se encogió de hombros.

- ¿Qué queréis que haga? No puedo hacer otra cosa.
- Se suponía que estabas con nosotros y que pensabas como nosotros. Y ahora te vemos como

un traidor. Nos has engañado todo este tiempo –espetó, agresivo, Vila.

- Yo no he engañado a nadie –protestó David, que temía por la agresividad con que se expresaba Vila.
- Ya no eres de los nuestros –desdeñó Lucas Martos.

David intentó levantarse para marcharse. Un brazo de Lucas Martos se lo impidió.

- ¿Y ahora qué? –dejó caer.
- ¿Qué?
- ¿Crees que esto puede acabar así? Después de lo que hemos hecho por ti…

David calló. Sin saber por qué, recordó el ataúd de su hermano, introducido en un nicho, en una pared inmensa de nichos blancos, idénticos. Inidentificable.

- Te hemos salvado de la policía. Te hemos dado una coartada.
- ¿Tampoco nos ayudarás con dinero? –preguntó Vila, con acento sardónico.

Volvió a callar. El dinero que había amasado su hermano para él no iría a caer en las manos de los hombres que más lo habían despreciado en vida. De los hombres con los que él, envilecido y cobarde, había compartido aquel desprecio. Comprendió que le debía, al menos, esa mínima lealtad a su hermano muerto.

- ¿Y si vamos a la policía y le decimos que lo de tu coartada es mentira? –anunció Lucas Martos.
- Podéis hacerlo cuando queráis –respondió David, y esta vez se levantó.

Violentamente, Vila también se levantó. Se plantó ante él.

- ¿Y el dinero?
- No habrá dinero. Era de mi hermano, no mío.
- Ahora es tuyo.
- Os habéis reído de él toda la vida.

Ahora no vais a tener su dinero.

El golpe lo alcanzó en el plexo solar. Se quedó sin aire. Se quebró. Las piernas flaquearon. No llegó a caer al suelo gracias a la pared que había tras él. Abrió la boca y boqueó hasta que, por fin, el aire volvió a entrar, una eternidad después.

Ahora los dos hombres estaban frente a él, erguidos como dos verdugos. David lo vio venir. Ya no era de los suyos.

- ¡Te vamos a matar! –advirtió Vila.

Su rostro se transformó en una mueca espantosa de odio. David sintió terror. Intentó dar un paso hacia la puerta de la habitación, pero los otros fueron más rápidos. Una patada de kárate de Vila le alcanzó entre la cadera y el vientre. David se dobló. Cayó el suelo. Los dos hombres se acercaron aún más y se inclinaron sobre él.

- Si hablas con alguien de nosotros, eres hombre muerto –amenazó Lucas Martos.
- Tal vez lo seas, aunque no hables con nadie –ratificó Vila.

Lucas Martos alargó un brazo y frenó a su colega, mientras David se erguía con dificultad.

- No tengo nada que hablar de vosotros –se defendió David.
- Tienes pinta de moro, ahora que te veo bien –dijo Vila.- Así que, cuidadito con lo que haces o dices.
- Me da igual lo que hicieras al inútil de tu hermano, David –dijo Lucas Martos.- Pero esto es muy serio.
- ¿Has sido capaz de matar a tu propio hermano y no eres capaz de estar con nosotros? ¿Qué clase de español eres? ¿Un Caín?

Apenas oyó tales palabras, David se abalanzó contra Vila dando un grito desesperado. Acertó a darle un puñetazo en el costado, pero Lucas Martos le golpeó con el codo en la oreja derecha y David cayó a un costado. Antes de que pudiera reaccionar, las patadas de Vila lo machacaron. El vientre, los brazos con que pretendía protegerse, la cabeza. David quedó inconsciente en pocos segundos.

Tarde

Había recibido nuevas llamadas de advertencia. ¿Por qué hacia la guerra por mi cuenta? ¿Qué estaba pasando? Los informes de Raya eran muy negativos. Apenas colaboraba con ellos. Ni siquiera nos reuníamos para contrastar datos. Alegué que la ausencia de información era de su parte, que me daban de lado. Y luego llegó, por parte del Comisario Jefe y del Subdelegado del Gobierno, que me llamaron con apenas veinte minutos de intervalo, el rapapolvo por continuar indagando en busca de la financiación del MET. Supuse, a la vista de las palabras del comisario jefe, que ni siquiera había leído el informe que le pasé días antes. Ni los siguientes con las actualizaciones de los seguimientos. No les importaba mi investigación. Sólo lo que hiciera Raya. Yo sólo soy una molestia que aún no han podido quitarse de en medio.

El Lila me había dado cuenta de sus pasos en los últimos días. Al menos, tres reuniones con Cristóbal Cárdenas. Raya y Blanes habían ido a su casa el primer día y, luego, lo habían visto una vez en la clínica y otra en el reservado de un restaurante. Habían visitado a miembros de las asociaciones locales que apoyaban al MET. También al alcalde, en el ayuntamiento. El resto del tiempo, entre su hotel y la comisaría.

Sabiendo lo anterior, miro a Raya a los ojos, quien ya no ha tenido más remedio que venir a mi despacho, dado que yo paso de ir al otro lado del edificio para verlo.

- Lo golpearon anoche y no nos ha dicho nada – reprochó Raya.

Ya era como ver a Hernández y a Fernández. Raya y Blanes, sentados uno al lado del otro, tan distintos, tan parecidos en sus chanchullos con la superioridad.

- No tiene importancia –mentí.- Me encuentro bien.
- ¿Golpean al comisario de la ciudad y dice que no tiene importancia?
- ¿A quién seguía? –pregunta Blanes.

Por fin una pregunta inteligente.

- Lo puse en el informe de la agresión.
- Si se han atrevido a golpearle, tal vez haya algo de verdad en lo que dice –afirma Raya.

- No lo crea –miento otra vez.- El objeto de seguimiento es también un camello. Y no sabía quién era yo. Me tendieron una trampa seguramente sin saber que era de la policía. Si lo hubieran sabido, lo hubieran dejado correr.
- Su nombre –dice Raya, levantando un bolígrafo.

Ahora no puedo decírselo. Los planes que tengo se echarían a perder. Extraigo una lista de mi bolsillo.

- ¿Qué tiene ahí? –pregunta Raya, al borde de la ansiedad.
- La misma lista de sospechosos que relacioné en el informe.

Se agarra a mis ojos el nombre de David Herraz. Se lo suelto.

- ¿Seguía a David Herraz?

Asiento con la cabeza.

- ¿Por qué a él?
- Porque los otros nombres de la lista eran seguidos por mis hombres.

Ambos se miran y compruebo que se lo tragan. Raya apunta el nombre.

- Nos gustaría conocer sus pasos, comisario. Esto no empezó bien, pero puede continuar mucho mejor si colaboramos.
- Desde luego. Estoy a su disposición –miento una vez más.

Siempre hay que mentir, al menos, tres veces. Como Pedro.

- Bien. Podemos empezar ahora mismo. Díganme qué están haciendo aquí –sonrío como si quisiera venderles un coche usado.
- Investigar, como usted –responde Raya, casi ofendido.
- Pero no me cuentan qué hacen fuera de la comisaría. A quién han visto, con quienes se han entrevistado. Si han ordenado

seguimientos o escuchas. No sé nada.

Ambos sonríen sutilmente.

- Pondremos su queja en conocimiento de nuestros superiores y les pediremos permiso para compartir más información. No obstante, esto no modifica su obligación, que es tenernos al corriente de cualquier hecho, por mínimo que sea, relacionado con la investigación.
- Por supuesto. Así lo haré.

Se levantan, no muy convencidos. Estoy a punto de soltarles una pregunta, pero me muerdo los labios. ¿De qué han hablado en tres ocasiones con Cristóbal Cárdenas? Sé que no me lo dirán. En cualquier caso, esas visitas me provocan una sensación de alcantarilla que no puedo evitar oler. He estado demasiado tiempo allí arriba para suponer otra cosa.

Atardecer

- ¿Está todo preparado?
- Por supuesto. Sólo tres horas y lo llevaremos a cabo.

Se habían reunido en Las Soledades. Allí, Cárdenas podía acudir con total libertad porque se trataba de su finca. Blanco lo hacía con su Toyota por otra vía, desde carreteras secundarias y caminos de tierra entre montañas.

Habían acordado que, al haber sido seguidos por la policía, Lucas Martos y Vila no debían intervenir en una acción tan arriesgada y que provocaría la paralización completa del país y los convertiría en el centro de atención de toda Europa.

Cárdenas finalmente había dado la orden. Habían debatido entre provocar una explosión en un autobús en el barrio de San Cristóbal, acción por la que se inclinaba Blanco, o secuestrar a algún musulmán importante.

- Una bomba sacude toda la sociedad. Pero el eco concluye antes. En apenas unas horas, todo serán condenas y pésames. En

cambio –decía Cárdenas-, un secuestro de una personalidad atrae la atención de todo el mundo durante días. Provoca división en la sociedad, entre quienes pretenden salvar la vida del rehén y quienes se oponen a cualquier concesión. Cuanto más dura un secuestro, más se impone entre la población el sentimiento de amparo hacia la víctima, de modo que se hacen más comprensibles las razones de los secuestradores. Mañana será conocido en toda Europa. Pasado mañana, muchos comprenderán nuestros puntos de vista. Incluso muchos los compartirán.

- No pretendo discutir sus órdenes –repuso Blanco.- Y comparto lo que dice. Pero el efecto definitivo de una bomba es catártico.
- No seas ansioso. Llegará.

Cristóbal Cárdenas se levantó. Sirvió un café a Blanco. Éste le agradeció el gesto. Cárdenas, de pie ante él, se opuso a que mostrara el menor agradecimiento.

- Sin un hombre como tú, sería imposible llevar esto adelante. Todos te debemos mucho. España te debe mucho. Europa, incluso, te deberá mucho.
- Sólo cumplo órdenes –repuso Blanco.
- Algún día tendrás una estatua en esta ciudad. Y en muchas más.
- Será inmerecida. Ninguno estaríamos en esta lucha si no fuera por usted.

Cárdenas se sirvió café también para él. Se sentó frente a su hombre de confianza.

- ¿Has repasado el plan?
- No es demasiado difícil.
- ¿Y tu coartada? –le interrumpió

Cárdenas.

- Tengo días de vacaciones en el trabajo. Se supone que estoy de viaje en Francia. Tres compañeros franceses jurarán que he estado cuatro días con ellos.
- Bien. Ahora cuéntame. ¿Tienes alguna duda de lo que hemos de llevar a cabo?
- Ninguna. La acción será rápida y no creo que ofrezca dificultad. La vigilancia que hemos hecho lo confirma. En apenas unos minutos, estará en el coche y de allí al lugar convenido. Luego, el Pelao y yo lo vigilaremos durante todo el tiempo. Tenemos víveres y todo lo necesario para esos días.
- ¿Confías en el Pelao? También lo seguía la policía.
- Los perdió. No hay problema. También ha dicho por ahí que se va de vacaciones. Además, no tenemos otro. Lucas Martos y Vila están demasiado marcados para esta acción. Algo rápido pueden hacer. Golpear y volver a su rutina. Pero algo así, no es el momento. El Pelao es más callado, pero más fiero que los otros. Hará lo que le diga. Si después hemos de pasar a la clandestinidad, lo hemos asumido desde el principio. No habrá problemas.
- ¿Ni en el momento final?

Blanco bebió el último trago de su café.

- En ese momento, estaré solo.

Cárdenas suspiró. Bajó los ojos hasta dejarlos posados en la superficie de la mesa.

- A veces, la Historia nos obliga a realizar ciertas acciones dolorosas.

Elevó los ojos.

- Pero no debes olvidar que son un medio para conseguir algo mucho más importante que la vida de un hombre. Que la vida de cualquier hombre. Que nuestra propia vida.
- No lo olvido. Ni lo olvidaré en ese momento. Puede estar tranquilo.

Blanco tenía la sangre helada. Pero no podía evitar que le sudaran un poco las manos. Las restregó contra sus pantalones de lona militar y preguntó, a su vez:

- ¿Aguantarán la presión?
- ¿Nosotros?
- Sí –Blanco asintió con la cabeza.
- Nosotros soy yo, Blanco. Yo aguantaré la presión. Dirán cosas. Pero yo también diré cosas. Y las cosas que diré se oirán en toda España. Miles… Millones de españoles están de acuerdo con lo que defendemos, aunque muchos no lo digan. Su comprensión es nuestro alimento.
- ¿Y ellos? ¿Qué harán ellos?
- ¿Ellos? –preguntó Cárdenas con una mueca de desprecio.- Lamentarse primero; condenar después; hacer discursos grandilocuentes; defender la indecente mezcla; gritar…
- ¿Cederán?
- No. No pueden. Y no deseo que cedan.

Ambos hombres se miraron.

- No ahora. Porque si cedieran ahora, sólo sería una victoria parcial para nosotros. Y algunas victorias parciales suponen una derrota. No. Deben mantenerse firmes. Y nosotros cumplir con nuestro deber. Y, entonces y sólo entonces, nuestro mensaje calará hondo en la sociedad. El acto que vamos a hacer penetra mucho más profundamente en las conciencias de los españoles que cientos de discursos. Los penetra y los impregna. No lo olvides. Lo que vas a hacer dentro de tres días será más importante que miles de reuniones de las asociaciones que nos apoyan. Lo que vas a hacer es… sencillamente… Historia.

Noche

Malasaña y Martín me informan que Lucas Martos y Vila han acudido a la clínica de Cárdenas. Nos topamos con puertas que se cierran. No podemos llegar más allá de seguirlos por toda la ciudad, lo que ya debe ser del conocimiento público. Tengo ganas de echarme a la cara al tal Lucas Martos y al colega que me golpeó. Siempre procuro pagar mis deudas. Y creo que lo voy a hacer muy pronto.

Entretanto, llamo al comisario de Alicante para que me informe si han seguido al tal Blanco. Entre evasivas, me dice que no han obtenido nada, y que ayer se marchó unos días de vacaciones, que ni siquiera está en su ciudad. Corta rápidamente la comunicación.

Me quedo pensativo mientras cuelgo. Es impensable que Raya y Blanes no estén enterados de mucho más que yo. Nadie comparte información conmigo. De acuerdo, puedo aceptarlo. Sólo soy el comisario en una pequeña ciudad del sur. Pero, ¿por qué nadie hace nada? Ésa es la pregunta que me corroe. No puedo entenderlo. Porque si lo entendiera, me escandalizaría.

Mientras me devano los sesos, me llaman de abajo. Me quito las telarañas de las articulaciones, intento mover el cuerpo como si fuera una locomotora vieja, aún dolorido por los golpes, y me encuentro en el sótano a López observando la pecera. En ella, Salas, al cual no le había sentado nada bien dejar libre a David Herraz, enfrentado a una barba de chivo.

- ¿Qué pasa?
- Lo que faltaba. Éramos pocos y parió la abuela.
- ¿Quién es?
- Un gilipollas de ésos que aplican la sharia en el barrio de San Cristóbal.
- ¿Por qué lo han detenido?
- Por pegarle con una vara a una mujer porque llevaba unos tejanos y una blusa.

Pues sí. Lo que faltaba. Si los moros están siendo acosados en toda la ciudad, que éstos hagan de las suyas no mejora las cosas. No les ayuda a ganarse la simpatía de la gente.

- ¿Qué ha dicho?

- Que ha cumplido su Ley.
- ¿Le habéis dicho que la cumpla en su país y que aquí cumpla la nuestra?

López se encoge de hombros.

- ¿Y de qué sirve?

De pronto, se ríe con grandes movimientos de sus hombros, agachando la cabeza, una risa repetitiva. Mientras comprendo, veo a Salas llevarse la mano a la nariz.

- Apesta el tío –consigue articular entre risas.
- Salas está disfrutando –acepto también, con una sonrisa perversa.

Salas sale de la sala de interrogatorios y se planta ante nosotros.

- Yo no entro más. Se ponga como se ponga, comisario.

Mientras nos descojonamos, Salas enciende un cigarrillo y se rocía de humo el pecho, para quitarse el mal olor.

- ¡La hostia! –suelta.
- Bueno, ¿qué te ha dicho?
- ¡Bah! Por lo que ha hecho, como mucho, una falta. Ha dado un varazo a la mujer y le ha gritado. No podemos hacer más. Dice que el barrio de San Cristóbal es como Bad El Oued, que allí no viven más que ellos. Que tienen derecho a aplicar sus costumbres. Que él sólo hace lo que ordena su imán.
- ¿Salah Eddine?

Salas se encoge de hombros.

- Su imán, ha dicho. No sé quién es ni me importa.

Me quedo mirando un rato al colega. Una chilaba de color indefinido desde el cuello hasta los pies. Barba de chivo que oculta el rostro de un hombre bastante joven. Apenas puedo ver sus ojos desde donde estoy, sólo su perfil. Pero tengo la sensación de ver a un hombre joven muerto en vida. Un hombre joven que teme todo lo que podría hacer de su vida algo que no fuera triste y amargo.

Noche

La desvencijada furgoneta con matrículas dobladas se introdujo en el Barrio de San Cristóbal desde calles sin asfaltar que conducían a las afueras de la ciudad. En la noche oscura, sólo los faros cenicientos del viejo cacharro rompían la monotonía negra. En las calles tristes no se veía un alma. A los dos hombres les produjo la sensación de que sus enemigos habían abandonado el lugar. Cierta prepotencia se apoderó de ellos al prever que todo sería aún más fácil de lo que habían planeado.

El Pelao detuvo la furgoneta, que él mismo había preparado en su taller, a un lado de una calle estrecha, de casas viejas de una y dos plantas. Subió el vehículo a la acera para pegar la puerta lateral del furgón a la puerta estrecha de un inmueble aviejado. Blanco se puso un pasamontañas, amartilló la pistola y bajó directamente desde el lateral de la furgoneta hasta la puerta. Allí, la abrió sin apenas dificultad. Una puerta vieja de cerradura sencilla que se abrió con un clic inaudible por el rumor de motor cansado de la furgoneta. Ayudado por una linterna, mientras el pelao se quedaba al volante, Blanco arrancó círculos a la oscuridad de una escalera flanqueada de dos paredes desconchadas y antiguas, que olían a humedad. Un recodo y otra puerta, tan barata y vieja como la de la calle, entre cuyos instersticios con el marco se adivinaban rayas de luz. Llamó con los nudillos amortiguados por los guantes de cuero negro. Oyó una expresión de sorpresa o fastidio, o de ambas cosas, en el idioma que tanto odiaba y unos pasos sordos, de calzado de goma, que se arrastraban. Esperó paciente y fríamente. Estaba totalmente seguro de que todo saldría bien. Nadie lo esperaba. Él sólo se bastaba para llevar al pequeño hombre a punta de pistola hasta la furgoneta. Y desde allí, al agujero donde lo retendrían tres días. Después…

La puerta se abrió con un chirrido sordo de bisagras viejas. No había aparecido aún la cabeza del hombre cuando Blanco propinó un empujón a la puerta y ésta golpeó al hombre, que retrocedió dos pasos, balanceándose. Blanco apunto a su cabeza con el brazo extendido.

- Calle y venga conmigo.

El pequeño hombre miró el arma. Pero Blanco se sorprendió por un instante al no ver terror en sus ojos. Sólo estupor y alarma. El hombre no se movió. Blanco, mucho más alto y fuerte, acercó la pistola a su cabeza y lo agarró del hombro. No parecía haber nadie más en la casa. Lo arrastró hasta las escaleras. Desde abajo, el Pelao iluminó el trayecto. El hombre intentó gritar, pero su gritó se ahogó en el golpe que Blanco le propinó en la boca con la pistola. Apenas el rumor de unos pasos acelerados en la escalera y, de un

salto, el hombrecillo cayó al suelo de la furgoneta. Blanco subió tras él. Ya estaba el Pelao al volante otra vez. Soltó el freno de mano y aceleró sin prisa y sin urgencia. Blanco colocó una capucha al prisionero y le advirtió:

- Sé que hablas español. O te callas o te matamos aquí mismo.

Y luego:

- Si te portas bien, pronto volverás a tu casa- mintió.

Enseguida salieron del barrio por las calles por las que habían accedido a él. La noche los engulló durante varios kilómetros por caminos rurales. Finalmente, llegaron a un claro donde esperaba el Toyota de Blanco. Bajaron al prisionero encapuchado, lo trasladaron al Toyota y luego el Pelao quitó las matrículas dobladas a la furgoneta y la roció de gasolina. Un segundo después, mientras se alejaba el Toyota camino de la sierra, la furgoneta era una inmensa hoguera de hierros viejos.

Noche

No había querido ir al hospital. Tal vez tuviera algo grave. Pero si así era, lo tenía merecido. Podía moverse, pero con las dificultades de un tullido. Las piernas temblaban cada vez que se ponía en pie. Gritaban de dolor cuando intentaba caminar. El brazo derecho apenas podía utilizarlo para nada, pues había recibido muchos golpes. Su cara estaba ensangrentada, la nariz hinchada y los labios rotos.

Cuando aparcó ante la fachada del almacén, tardó mucho en reunir las fuerzas para bajar del coche. Miró largo rato la fachada del viejo negocio y pensó que no lo había abierto desde que murió Eusebio. Se prometió a sí mismo que el lunes lo abriría y continuaría con la labor de su hermano. No sabía por qué había cambiado tanto en tan pocos días, pero por alguna extraña razón se sentía aliviado. Y libre. Se sentía libre como no lo había sido jamás.

Recordó la imagen de Eusebio colgando de la viga y se preguntó, con lágrimas en los ojos, qué fue lo primero que pensó. No había pensado nada, concluyó. Sólo recordó las palabras del viejo: vete, huye lejos y no vuelvas la cabeza atrás. Eusebio había sido una carga para el viejo. Una tara en la familia. Él era el preferido del viejo. Él, bien formado, atractivo como un atleta, de buena presencia y mejores palabras. Eusebio, en cambio, había sido durante la vida del viejo el hijo inútil que no se separa del padre y que éste lleva como una carga. Mira, tenme lástima, así es el zagal. Pero soy un buen padre, que lo cuida y lo protege. Y resulta que el inútil había superado al

padre, a pesar de su apariencia de paleto medio corto; a pesar de su escaso don de palabra; a pesar de su timidez enfermiza.

Y, luego, allí colgando el cuerpo de su hermano. ¿Por qué se le ocurrió tamaño disparate? ¿Por qué en ese momento sintió que esa imagen era la vergüenza definitiva a que lo condenaba su hermano? David no lo supo. Pero las lágrimas, silenciosas, acudieron a sus ojos, impidiéndole mirar la vieja fachada, el viejo negocio, la vieja casa.

Las lágrimas se mezclaron con la sangre. Salió del coche entre dolores de huesos y articulaciones. Ya la cara dolía menos. La hinchazón ejercía de lenitivo. Debió llamar la atención, allí, metido en el coche, de Regina, porque oyó su voz. David, ¿te pasa algo?

David no respondió ni se giró. No quería que lo viera ensangrentado y malherido. Subió las escaleras adosadas al lateral del almacén con la lentitud que imponía el dolor y luego abrió la puerta de su casa.

David se introdujo en el cuarto de baño y comenzó a desnudarse. Apenas podía mover los brazos para quitarse la ropa manchada de sangre y lágrimas. Tal vez también del vino infecto de La Peña Taurina que se había volcado durante la pelea. Olía a vino agrio y a sudor frío y a sangre.

Consiguió a duras penas quitarse la ropa y dio el agua caliente. Se miró en el espejo. Lo que vio no era el chico atractivo que siempre encontraba allí. Vio unos rasgos hinchados que le recordaron la cara desafortunada de su hermano. Sí, somos hermanos, murmuró. Habían tenido que apalearlo para que reconociera el parecido.

Oyó la voz de Regina. ¿Acaso no había cerrado la puerta? No. No la había cerrado. Ya no tenía nada que temer de sus enemigos. O tal vez la había dejado abierta para que ella lo siguiera. No respondió. Esperó, desnudo y dolorido, aterido también de frío, encogido y sucio y poco viril, a que ella entrara. Porque ella iba a entrar.

- ¡Dios mío!, ¿qué te ha pasado?

Gritó llevándose la mano a la boca. Podía ver su espalda, donde los moratones delataban también allí la paliza.

David se giró sin abrir la boca. Ella lo miró a arriba abajo. Él creyó ver temor y también un destello de deseo en la visión del cuerpo desnudo.

- ¿Has ido al hospital?
- Ni he ido ni iré.

Dio un paso hacia ella. Regina dio un paso atrás. Pero enseguida se repuso de la sorpresa y fue hacia él.

- Tengo que curarte.

Puso sus manos gordezuelas y suaves sobre su brazo y su pecho. El

contacto con la suavidad de sus dedos era el mayor lenitivo del mundo, tan fuerte como un chute de morfina.

David se dejó hacer. Ella le puso una toalla alrededor de la cintura y lo obligó a sentarse en un taburete. Conectó la calefacción del baño al máximo y buscó en los armarios agua oxigenada y algodón. Regina se aplicó con ternura de madre que era recibida con deseo de amante por el hombre que la deseaba irracionalmente desde que era un niño.

Noche

Pronto nos enteramos del secuestro de Salah Eddine. Dos hombres se lo han llevado a punta de pistola, arrastrándolo por las escaleras de su casa.

Una vez allí, no hay más que luces de colores que ponen un acento de locura en el barrio. La gente ha salido de sus casas, hablan en su idioma, lloran, nos insultan. Nos culpan de lo sucedido y nos impelen a actuar. Algunos, en español, nos gritan qué hace la policía española. Las mujeres gritan y muestran su dolor como si hubiera una muerte en su familia.

Entramos en la casa, ascendemos por las mismas escaleras por las que subí hace unos días con López. Recuerdo la casa humilde. Abandonada ahora, solitaria, fría.

Cuando compruebo que no voy a descubrir nada aquí, dejo a Martín al mando y me largo.

Llamo a Mike y me dice que José Luis ya está allí. Hemos tenido que retrasar nuestros planes un par de horas. Llamo a López. Asombrado por la noticia del secuestro, alimenta su esperanza:

- Tal vez sólo quieran dinero – tiembla, añorando dejarse robar mientras mira para otro lado, como hacemos habitualmente los españoles.

- Para eso, hubieran constituido una empresa pública –replico.

Enmudece y luego me asegura que está todo preparado, que nos espera en el cortijo.

Echo un último vistazo al espectáculo y me aflijo. Locura de policías que no descubrirá nada. Nadie ha visto nada. Nadie ha podido identificar a nadie. Si alguien ha visto la matrícula de la furgoneta, seguro que es falsa.

Un secuestro, pienso con pavor. ¡¡Un secuestro!!

Y yo con un solo as en la manga.

JORNADA OCTAVA (domingo)

Madrugada

Lo habíamos elegido a él porque vivía solo y su casa se encontraba aislada. Se trata de un bungalow situado en una urbanización antigua de la costa. Mientras vigilábamos los alrededores pudimos comprobar la soledad del lugar en invierno, la mayoría de viviendas deshabitadas en esta época. Era el lugar adecuado a nuestros propósitos. José Luis, que era quien mejor lo conocía, no había dudado un segundo. Vila vivía con mujer e hijos, en un bloque céntrico de la ciudad, por lo que habría que asaltarlo en el exterior. Es posible que fuera armado, aunque anduviera de paisano. Suponía mucho mayor riesgo.

José Luis apaga el motor de la furgoneta y la deja en punto muerto durante los últimos cincuenta metros de trayecto. El coche se detiene en completo silencio ante la misma puerta de entrada, como un animal dócil que conoce su destino. Nos cambiamos en la parte trasera de la furgoneta y preparamos las capuchas, las nuestras y la de Lucas Martos. Bajamos en silencio y Mike abre la verja tan silencioso como un gato. Luego, da unos pasos en el mínimo jardín que no tiene más que un escuálido limonero y se acerca a una ventana. Atisba por ella un rayo de luz y nos hace señas. Nos acercamos a la puerta y preparo el mazo. Lo levanto. Mike se reúne con nosotros. A la tercera señal, doy un golpe y la puerta salta desencajada, la cerradura hecha añicos. Mike y José Luis, disfrazados, entran a saco y antes de que Lucas Martos, tendido en un sofá ante la televisión, pueda reaccionar, se encuentran ante él, encañonándolo. Mudo de asombro, veo por primera vez su cara de cerca. La cara de un capullo con ilusiones de niño, de convertirse en un héroe de mierda en una guerra asquerosa. José Luis, tal vez años de rencores ocultos, le suelta un golpe con la culata de su pistola y el héroe se derrumba en el sofá.

- A ver si te lo has cargado –le reprocho.
- No hable, coño.

Le ponemos la capucha y Mike y José Luis lo llevan hasta la furgoneta. Un instante después, circulamos tranquilamente, alejándonos de la costa.

José Luis detiene el vehículo bajo las ramas de un sauce que lo hacen invisible. Apaga las luces y enseguida vemos a López en la puerta del cortijo. Se trata de una casa de dos plantas, de puerta de doble hoja de madera oscura, bordeada por dos rejas hasta el suelo en la primera planta y situada bajo tres balcones enormes en la primera. Entramos con Lucas Martos a rastras, su cabeza oculta bajo la capucha. Ya nadie se atreve a decir ni media. Tal vez haya despertado.

En lo que fue un salón amplio de casa solariega y abandonada no hay más que paredes desnudas y aviejadas. Nada la puede hacer reconocible. Ocultando uno de los muros, una sábana con un texto en árabe. Frente a ella, en mitad de la habitación, una cámara de vídeo sobre un trípode.

Despertamos a Lucas Martos a patadas, siendo yo el que más empeño pone, y cuando su cuerpo esposado y su rostro oculto bajo la capucha comienzan a dar síntomas de vida, Mike conecta un mp4. Se oye un discurso en árabe. Dejamos que Lucas Martos cueza su terror. Se advierte en sus movimientos, casi epilépticos. Sus piernas se mueven a espasmos. Su cuerpo se arrastra en todas direcciones por el suelo, girando sobre sí mismo, las manos atadas a la espalda con presas de plástico. Su cabeza oculta se eleva como la de un reptil atrapado. Intuye la situación y enseguida comenzamos a oler y a oír su miedo, en forma de sudor helado y de respiración convulsa.

Su intuición se confirma cuando le quitamos la capucha. Lucas Martos compone una expresión de niño aterrado ante una bruja. Ve tres fanáticos musulmanes, encapuchados, y comprende. Se vuelven las tornas. Ahora ellos matarán a los cristianos. Mike porta en su mano un machete tan grande que sólo verlo le hace saltar los ojos de las órbitas.

- Tú mataste a nuestros hermanos. Ahora te vamos a cortar la cabeza –dice Mike.

Hemos convenido que hable él, con su acento inglés imitando un acento magrebí. Lucas Martos podría reconocer la voz de su antiguo amigo José Luis. Y yo no soy hábil para el camuflaje.

- Vamos a grabar cómo te ejecutamos –Mike le hace mirar la cámara.

Viejos recuerdos de vídeos tristemente famosos se hacen presentes en la mirada desencajada de Lucas Martos, que grita como un loco.

Mike lo agarra del pelo y acerca el machete a su cuello. Lucas Martos se calla. Mike mira a la cámara, y suena de nuevo el discurso en árabe, como si él mismo dijera las palabras terribles antes de cortar la cabeza al infiel.

- ¡Nooooo! ¡Noooo!

Lucas Martos grita sordamente. Lucas Martos grita aterrado. Lucas Martos ve la muerte en la hoja afilada del machete y se caga encima. Podemos olerlo enseguida. Putrefacción y terror. Los hombres, la mujer y el niño que asesinó no tuvieron tiempo para cagarse encima. Siento un rencor furioso contra él y por un instante deseo que hable lo que hemos venido a saber y que Mike le corte después la cabeza.

- ¿Quién mató a la familia y al otro

hombre en Cortijo Llano? –pregunta Mike, sujetando la cabeza de Lucas Martos entre sus rodillas y acercando de nuevo el machete a su cuello.

- ¡Blanco! –grita- Blanco… Blanco…
- ¿Y quién más?
- Y Vila. Y el Pelao.
- ¿Y tú?
- Y yo, y yo, ¡por favor! –llora desconsoladamente.

Me acerco a Mike y le digo algo en el oído.

- ¿Quién mató a Matías Bereza?

Responde el silencio durante un segundo. El que tarda Mike en acercar de nuevo el machete al cuello de Lucas Martos. Una diminuta gota de sangre brota del cuello y se desliza silenciosa y densa por la hoja de acero.

- ¡¡¡Blanco. También fue Blanco!!!

Siento cómo José Luis se electriza a mi lado. Vuelve la cabeza hacia mí. No puedo ver su cara encapuchada, pero siento su reacción.

Intuitivamente acertado. Intelectualmente estúpido. Así me siento al confirmar lo que sospechaba y no había sido capaz de ver claramente.

- ¿Por qué? –pregunta Mike.
- Para preparar el ambiente –responde un Lucas Martos que ya no tiene valor ni para gritar, cuya desesperación crispada ha dado lugar a una resignación vencida y llorosa.
- ¿Quién mató a Hamid Boudhim?
- Blanco. Blanco…
- ¿Y quién más?
- Y yo. Y yo…

Acerco mi cabeza otra vez a Mike y le digo algo. Mientras, José Luis pulsa el botón y comienza de nuevo el discurso en árabe. Lucas Martos, intuyendo el final, se encoge sobre sí mismo.

- ¿Dónde está Salah Eddine? ¿Dónde lo tenéis secuestrado?

Lucas Martos se vuelve hacia la capucha de Mike, buscando sus ojos. Como parece no entender, Mike le aprieta las tuercas. Agarra con fuerza su

cabeza con la mano izquierda y aprieta la hoja del machete contra su cuello, por el que corre un hilo de sangre. Lucas Martos estira el cuello al tiempo que hace difíciles movimientos con la cabeza, negando.

- ¿Dónde está? Habla –le urge Mike, toda la rabia en su voz simulada.
- ¡¡¡No lo sé!!! ¡¡Yo no lo sé!! –se desespera gritando.

Mike eleva sus ojos, buscando los míos. Ambos creemos que dice la verdad. Lo habrán dejado fuera, ya que fue seguido por la policía.

- ¿Dónde lo tienen? ¿Dónde ibais a esconder a los secuestrados?

La mano de Mike en su cara, Lucas Martos apenas puede hablar. Niega de nuevo con la cabeza.

- ¿Dónde escondéis las armas con que matasteis a la familia?

Lucas Martos nos describe un lugar cercano al cortijo Las Soledades, donde han excavado un zulo.

Le hago una señal a Mike y éste dice:

- Ahora te vamos a cortar la cabeza.

El terror de Lucas Martos es incontenible. Vuelve a elevarse una ola de olores terribles. Se mueve convulso sobre el suelo, retenido por la presión de Mike. Entonces, éste pregunta:

- Cristóbal Cárdenas es el jefe, ¿verdad? Es el que da las órdenes.

Lucas Martos asiente con la cabeza, compulsivamente.

- Sí, sí, sí…
- ¿Quién pegó a Whiskey Morán?

Mike no iba a desaprovechar la ocasión.

- Vila y el Pelao –grita Lucas Martos.

Los tres nos relajamos. Mike suelta al destrozado Lucas Martos. Ahora, casi me da pena. Nos mira sin comprender aún. Ve tres islamistas encapuchados, uno con un terrible machete en la mano, erguidos ante él. Su cara es un simulacro de rostro, deformado, sucio de mocos y lágrimas. Nos mira largamente, expectante. Hasta que Mike le suelta un golpe y un duro sueño lo acoge en su seno.

Le ponemos la capucha mientras nos quitamos el disfraz. López entra, manipula la cámara y extrae la cinta, que me entrega. La guardo en lo más

profundo de mis bolsillos.

- ¿Y la de seguridad?

López me entrega una segunda grabación que ha hecho desde detrás de la puerta. Se la tiendo a Mike para que la guarde.

Luego, Mike y José Luis se encargan de transportar a Lucas Martos hasta la furgoneta para devolverlo a su casa. López recoge la cámara y la sábana y, con ellas bajo el brazo, nos dirigimos a su coche, para largarnos del triste lugar donde hemos representado la horrible pantomima.

Mientras nos alejamos, me siento vacío. He dejado mi dignidad entre las viejas paredes de aquella casa.

Mañana

A pesar de lo que sabíamos, la mañana se convierte en una pesadilla. Habíamos conocido los hechos con la certeza que desterraba cualquier duda, pero lo que Lucas Martos nos había dicho no suponía sino la confirmación de nuestras sospechas. Sin embargo, lo esencial, dónde se encontraba Salah Eddine, lo desconocíamos. Si no conseguíamos liberarlo, nuestros esfuerzos no conducirían a ninguna parte. Todo continuaría siendo un fracaso por nuestra parte. Un éxito para los terroristas.

La ocho y media y toda España conocía ya el comunicado de Guardia Nacional. Se había difundido por medio de El Heraldo de Baria e, inmediatamente, había sido reenviado a todos los medios del país.

"*Guardia Nacional reivindica el secuestro del imán de la ciudad de Baria, Mohammed Salah Eddine. Concedemos a todos los ciudadanos musulmanes de Baria la posibilidad de irse de nuestra ciudad en el plazo de tres días, como paso previo a desocupar nuestro país. Si dentro de dicho plazo no se cumple esta exigencia, Mohammed Salah Eddine será ejecutado.*"

Las repercusiones son atronadoras. En todo el país vociferan los políticos, los importantes y los secundarios, condenando el secuestro y exigiendo ingenuamente la liberación del rehén. Los tonos pasan del consternado de la mayoría a la falsa firmeza de los del Gobierno de la Nación, que inmediatamente han puesto a mediadores que intenten solucionar el asunto por la vía negociada. Lo sé porque Raya y Blanes no han cesado en su actividad telefónica durante toda la mañana. Lo sé porque el Lila me ha dicho que han ido a ver al menos tres veces esta mañana a Cristóbal Cárdenas.

Les ofrecerán dinero. Les ofrecerán quizá algún trato de favor. Les ofrecerán tal vez la salida del país. Acaso todo a la vez.

De momento, por las caras de Raya y Blanes, no funciona.

Si creían que podrían jugar con los fanáticos, es que no habían aprendido nada durante treinta años de fuegos artificiales en el Norte. Si los fanáticos ahora están tan callados es porque están alcanzando su objetivo gracias a la iniquidad de algunos y a la cobardía de la mayoría. Hay quien no quiere ver la realidad, y la inunda de palabrería como se echa tierra encima de una mierda para que no huela.

Otros no son tan sutiles. Úrculo, el insigne alcalde de Baria, responde a los periodistas echando leña al fuego, criminalizando a las víctimas:

- Estábamos avisando desde nuestra posición a todas las instancias del país. A nuestro gobierno, a través de la Delegación y de la Policía Nacional. Se estaba creando un gueto en el barrio de San Cristóbal. Pero, ¿han hecho algo? ¿Qué ha hecho la policía? Nada. Sabemos lo que ocurre en estas situaciones. Guetos de inmigrantes en las ciudades que crecen, que crean sus propias normas de convivencia, opuestas a las de los demás. Y eso provoca reacciones. Y ahora las tenemos. Nadie ha hecho nada y ésta es la consecuencia.

Tal vez debería explicar por qué él ha regalado subvenciones tanto a unos como a otros. A asociaciones islamistas que están bajo sospecha del Ministerio del Interior y a asociaciones reaccionarias que están detrás del MET. Pero olvida mencionarlo. Al pueblo hay que darle lo que quiere. ¿No dijo eso?

Me informan de que Lucas Martos no ha salido de casa. Por fin, el juez nos ha autorizado las escuchas, acojonado de que se sepa que no las concedió días antes y que tal vez eso pudo evitar la actual situación. Se ha deshecho en excusas de que no las habíamos justificado. No le he hecho caso y me he dado media vuelta con la orden en la mano.

Lucas Martos ni siquiera ha descolgado el teléfono esta mañana. Se ve que aún no se le ha pasado. No le ha dicho nada a sus colegas de su cante de anoche. Tal vez les tenga miedo por su traición.

Los teléfonos de Blanco y del Pelao no dan señales de vida. Se habrán hecho de otros imposibles de localizar para estos días. Y Vila está haciendo su

trabajo de Policía Local como si tal cosa..

Ya se ha producido la primera manifestación. Se han congregado ante el Ayuntamiento varios cientos de modélicos ciudadanos exigiendo al alcalde que haga algo: que eche a los moros de la ciudad. No creo que les preocupe un disparo en el cráneo de Salah Eddine, pero aprovechan para pedir lo que en el fondo han deseado desde el principio: que se vayan de la ciudad los putos moros.

A media mañana me llama el Comisario Jefe. Sus palabras son dardos que no aciertan en mi pecho, porque su discurso es tan cínico que me provoca náuseas. Que por qué dejé de investigar los crímenes para centrarme en cuestiones que nada tenían que ver como la financiación del MET, que tenía que haber seguido las pistas policiales y no las políticas, que había criminalizado al MET cuando no había sabido indagar en torno a Guardia Nacional, etc. Para lo que le queda en el cargo, después de las últimas elecciones, ni me molesto en contestar. Añade que me he ido por las ramas y que ahora tenemos un problema como el de Miguel Ángel Blanco. Le tiembla la voz. Tiene más miedo que vergüenza. Si por él fuera, cedería ante la amenaza y todo acabaría en paz, en la paz indigna de los cobardes.

Como no puedo resistir más, me levanto y busco a Raya. Lo encuentro cabeceando como un muñeco ante el teléfono. Le dice que sí a alguien, sus labios se mueven en silenciosos síes y sus ojos parpadean asumiendo las órdenes como si fuera un amante vencido. Espero que concluya su conversación y me planto ante él.

No le agrada verme con las piernas abiertas frente a su mesa. Blanes nos observa.

- De policía a policía. No me digas nada de lo que has hecho ni de lo que tienes que hacer. ¿Crees que tengo alguna posibilidad si hablo con él?
- ¿Con quién?

Se hace de nuevas.

- Con tu amigo Cristóbal Cárdenas.
- No es mi amigo.
- Pues lo parece.

Se ofende.

- Vete a la mierda. Todo esto es por tu culpa.
- Puede ser. Pero yo investigo y me juego lo que tengo. Vosotros

contemporizáis con monstruos y luego pasa lo que pasa.

- Déjame en paz.

Los miro con todo el desprecio de que soy capaz, que seguramente es mucho.

Mediodía

Cuando llego a la mansión de Cristóbal Cárdenas no soy bien recibido. El servicio sospecha que no le gusto a su amo y me tratan con el desdén con que tratarían a un leproso. No les culpo. Si viven con un monstruo, algo se les debe haber pegado. Esta vez no veo a su escurrida y triste esposa. Me conducen hasta su despacho. Cárdenas se encuentra sentado ante su mesa, rodeado de ordenadores y periódicos. Un aparato de música situado sobre una estantería de madera noble emite música clásica.

Cuando entro, dos hombres de aire antiguo, cuyas caras de estreñidos me suenan de los vídeos del mitin, abandonan la habitación sin decir palabra.

- ¿A qué debo el honor?

La ironía de la voz helada no deja lugar a dudas. Tampoco me mira. Continúa con la vista fija en la pantalla del ordenador, donde descubro sucesivas ventanas con las noticias relativas al secuestro de los periódicos más importantes del país.

Dejo una grabadora sobre la mesa y pulso el botón. He saltado el resto y sólo he dejado las palabras de Lucas Martos. Se oyen con la suficiente nitidez como para que Cristóbal Cárdenas abandone la lectura y me preste atención. Mira fijamente el aparato desde el que se oye la voz aterrada de su gudari de mierda. Cuando concluye la grabación, la paso otra vez. Cárdenas apaga la radio. Mientras vuelve a escuchar, la actitud exasperante de quién jamás pensó pudiera ser traicionado, compruebo que una sombra vela su rostro. Está impresionado. No esperaba que su nombre se mencionara por uno de sus secuaces a las primeras de cambio.

- ¿Cómo ha conseguido eso?
- No importa. Le nombra a usted como el jefe de todo el tinglado de locos que ha montado.

Cárdenas entrecierra los ojos. Busca tiempo para reaccionar. No puedo hacer otra cosa que esperar y rezar. Abre un cajón ante mi alarma. Me echo mano a la cintura, pero antes de que pueda desenfundar lo que veo en su mano

es un puro. Se levanta sin prestarme atención. Se acerca a la librería que hay detrás de su sillón y busca un encendedor incrustado en una piedra. Prende el puro. Nubes azuladas lo envuelven. Esta vez no me invita.

- Esa grabación no es legal –dice.- Si lo fuera, no hubiera venido solo. Hubieran venido dotaciones completas a detenerme. Incluso habría periodistas en la puerta, esperando para grabarme.

Lo dice mirando por la ventana a su enorme jardín. Varios frutales mecen levemente sus ramas al aire tibio del mediodía.

- Es posible –admito.- Pero si lo envío a algunos periódicos, usted y su movimiento quedarían desacreditados.
- Y se sabría que usted, policía, ha cometido un acto ilegal. No me imagino que Lucas Martos hubiera dicho todo eso si no es bajo coacción o algo peor.
- ¿Cree que me importa? Estoy virtualmente cesado ya.
- Sí. Sí creo que le importa. De hecho, sé por qué está aquí.
- ¿Por qué?
- Porque no sabe dónde está oculto el rehén y quiere que se lo diga a cambio de esa grabación.

No respondo.

- Pero no lo haré.
- Es posible que no pueda detenerlo por esta grabación. Pero podemos detener de nuevo a Lucas Martos e interrogarlo.
- En condiciones normales jamás hablaría.

Me mira fijamente, seguro de lo que dice.

- Pero si esto sale a la luz, su movimiento quedaría desacreditado.

Cárdenas se ríe. Ahora, más confiado, se sienta frente a mí. Suelta en el

cenicero un grumo de ceniza gordo como sus dedos y me mira, casi divertido.

- ¿Desacreditado? Usted no se entera de nada, comisario. Ha estado allí arriba y no ha aprendido nada.

Se encoge de hombros.

- Le cambiaremos el nombre y todo seguirá igual. ¿Cuántos nombres han tenido los de allí arriba? Ya ni recuerdo cuántos: Herri Batasuna, Partido Comunista de los Pueblos Vascos… Ahora Bildu o Amaiur. ¿Qué más da?
- A ustedes no les será tan fácil. No cuentan con tanto apoyo.

Vuelve a reírse en mi cara. Cuando cesan sus contenidas carcajadas, con una sonrisa en la boca, vuelve la pantalla de uno de los ordenadores hacia mí.

- ¿No tenemos suficiente apoyo? Mire.

Lo que veo es aterrador. La primera imagen muestra la noticia de que en Hellín un grupo de exaltados han irrumpido en un bloque ocupado por musulmanes, les han amenazado, insultado, humillado y, finalmente, han pegado fuego a sus casas.

Cárdenas teclea y da paso a la segunda imagen. En ella, los mismos ecos en varios pueblos de Cataluña; otro tanto en varios lugares del Levante. Altercados también en El Ejido y Roquetas de Mar.

- ¿Lo ve bien?

Teclea otra vez y ahora veo imágenes de lugares conocidos. Tan recientes que son casi en directo. Cárdenas ha reunido un archivo con sus éxitos. Veo a la Policía Local de Baria actuando en el Barrio de San Cristóbal. Docenas de musulmanes son detenidos y subidos a los furgones.

- Esto ha pasado hace apenas unas horas. Ante sus narices, comisario.

Finalmente, vuelve a pasar página.

- Y esto más allá de nuestra fronteras.

Me ofrece noticias de diversos lugares de Francia, Italia, Austria y Alemania, donde se reproducen ecos de los acontecimientos ocurridos en mi ciudad. En mi desgraciada ciudad.

- Y si no tiene bastante, ahora le muestro si tenemos apoyo o no.

La siguiente página es una imagen de la plaza del ayuntamiento de Baria. Los cientos de manifestantes que he visto esta mañana rogando hipócritamente por la vida de un hombre para que sean expulsados miles de otros hombres y mujeres.

- Estará satisfecho de su éxito.
- ¿Éxito? Sí –responde encogiéndose de hombros.- Puede denominarse así. Mire.

Cárdenas me muestra una última página. Son imágenes de musulmanes, algunos del barrio de San Cristóbal, cargando sus coches de todos los útiles de que pueden tirar.

Deja de mirar la pantalla y vuelve sus ojos metálicos y gélidos hacia mí.

- Y esto es sólo el comienzo.

Enfrentamos las miradas, pero ninguno baja los ojos.

- ¿Dónde está Salah Eddine?

Cárdenas da una chupada profunda y lenta a su puro. Expulsa el humo y responde.

- ¿Quién sabe?

Hay una sonrisa mal disimulada en sus labios gruesos y obscenos.

- Está consiguiendo lo que quiere. No les conviene asesinarlo. Recuerde lo que pasó con Miguel Ángel Blanco.

Cárdenas suspira.

- El pueblo español tiene mala memoria. Un tiempo de dolor y luego, ¿qué?

Se abre de brazos.

- Luego, continúa la lucha.
- Por favor. Evite que lo asesinen –le suplico.
- Yo sólo soy un político –responde cínicamente.
- Entonces seguro que tiene un gran futuro en este jodido país.

Tarde

Cuando vuelvo a mi despacho, compruebo que lo que me ha mostrado Cristóbal Cárdenas no es un espejismo ni un farol. Me llegan noticias de que la Policía Local ha irrumpido en la mezquita del barrio de San Gabriel y la ha cerrado por la fuerza alegando que se celebraban reuniones subversivas. Al mismo tiempo, han desalojado docenas de edificios donde residían musulmanes, también a la fuerza, alegando que se encuentran en estado de ruina, con sorpresivos dictámenes de los técnicos municipales elaborados esta misma mañana. Otros edificios han sido ocupados a la fuerza por grupos de gitanos y de desarrapados, a los que sin duda alguien financia. Finalmente, se ha dictado un decreto de alcaldía por el cual queda prohibido vestir ropas que atenten contra la integridad de la persona, como los burka, niqab, chador, etc

Me comentan mis hombres que el barrio de San Cristóbal parece en este momento un lugar de éxodo. Decenas de familias subiendo a sus viejos coches, cargando en ellos mucho más de lo que pueden transportar y largándose lo más lejos posible en el menor tiempo posible.

Auguro un gran porvenir a los Cristóbal Cárdenas de este país. Ya lo estoy viendo en otros lugares y sólo me faltaba constatarlo en mis propias narices. Los políticos cobardes son el mejor caldo de cultivo para la extorsión y la coacción terroristas. A este paso de cesiones cualquier ciudadano con una reivindicación que hacer sabrá cómo ha de actuar. La tradicional valentía española reducida a escombros. La cobardía de un pueblo que cede y mira a otro lado convertida en naturaleza propia. Y no hay nada más vil y humillante que un cobarde convencido de su bondad. ¿Este pueblo fue capaz alguna vez de una gesta épica? Sería una casualidad o un error.

Agoté la única bala de que disponía en la mansión de Cristóbal Cárdenas. Así que ha llegado el momento. Marco un número de móvil con mi teléfono, el que nadie conoce, el que guardo en la caja fuerte, el que no está registrado. No espero a que responda. Él sabe lo que tiene que hacer.

Diez minutos después entra López simulando una sorpresa inmensa y feliz. Se ha recibido una llamada anónima en la comisaría. Alguien ha preguntado por el agente López. Éste ha descolgado el teléfono y la voz anónima ha informado de quiénes fueron los autores de la masacre de Cortijo Llano y de dónde guardan las armas.

- ¿Has grabado correctamente la llamada? –pregunto a López.
- José Luis ha disimulado bien la voz –asiente.

Ordeno inmediatamente a todo el mundo que mueva el culo. Un grupo se va para detener a Lucas Martos, quien sabemos que está en su casa y que no ha salido desde la visita que sufrió anoche. Otros agentes se encargarán de detener al agente de la Policía Local llamado Vila. Ordeno que busquen a Blanco y al Pelao.

López y yo, con otros siete hombres, nos trasladamos al lugar donde nuestro informante anónimo ha denunciado que se encuentran las armas con que se cometió la matanza.

Llamamos para que nos ayuden a un grupo de la Guardia Civil que conoce el lugar. Yo he avisado a Germán. Ascendemos a la sierra en dos Terrano del Seprona y en menos de una hora llegamos al lugar denominado Las Soledades. Se trata de un cortijo formado por varias casas, unas adosadas y otras separadas por patios. Desde lo alto de un cerro puedo comprobar la inmensidad de la vivienda principal, sus rasgos de cortijo a la usanza de Andalucía Occidental que alguien ha querido trasplantar a este lugar de la Oriental. Aún así, quedan la estructura en cruz del edificio y los muros gruesos con ventanos escuetos, propios de esta tierra de sol y sequedad. La casa principal tiene dos plantas y está repleta de grandes balconadas. Las paredes están pintadas de escrupuloso e inmaculado blanco. Las rejas son negras y repujadas, y brillan al sol tardío. No se observa movimiento alguno en la casa. Desde nuestra posición, situada en un cerro que se alza a la parte trasera de los edificios, podemos ver a la izquierda unos campos de almendros cuyo final lo marca una casa cortijo menos cuidada. Germán nos confirma que allí vive la familia que se encargada del servicio de Las Soledades. A la derecha, asomando la techumbre entre sinuosidades de un terreno corcovado, podemos ver las tejas medio rotas de un viejo granero. A pesar de la inmensidad de la finca, el espacio que podemos observar es circular, cercado por todas partes por cerros que contienen la finca como un pequeño valle de ensueño. Pienso que Las Soledades seguramente habrá sido alguna vez un pequeño Paraíso. Pero que Cristóbal Cárdenas ha ideado en ella un Infierno.

Según las indicaciones de la supuesta llamada anónima, López nos dirige.

- En el cerro que hay detrás de la casa, bajo un pino enorme de copa redonda – repite López una y otra vez.

Enseguida lo encontramos. Porque el resto de árboles del cerro donde nos encontramos son pinos carrascos, típicos de las reforestaciones del Irida de hace cincuenta años. Así nos lo explica un Guardia Civil conocedor del campo.

Los agentes comienzan a observar la tierra en torno al pino piñonero. Se trata de un hermoso árbol de tronco grueso y copa redonda que se eleva al menos ocho metros. Mueven los agentes las hojas de aguja que cubren todo el

suelo circundante y pronto uno de ellos cree observar algo. Cavan con las palas y a treinta centímetros de la superficie aparece un bidón de plástico. Los agentes se encargan de grabarlo todo y fotografiar hasta el último detalle. En ese momento, recibo una llamada: tanto Vila como Lucas Martos han sido detenidos. El primero se ha llevado la sorpresa del siglo. El segundo ha sido tan dócil como un corderito. Estaba en su casa y no se ha resistido. No se ha encontrado a Blanco ni al Pelao.

Ya sé quiénes guardan a Salah Eddine. Pero, ¿dónde?

Los agentes sacan las armas que hay en el bidón. Las colocan en el suelo, sobre sus propios plásticos, con sumo cuidado. Las fotografían. Lo graban todo en vídeo. Les pido que acaben pronto y las envíen para toma de huellas con toda la urgencia del mundo.

- No es mucho armamento – comenta López con cierto desaliento.
- No creas que los de ETA comenzaron con mucho más.

Tarde

- ¿Cómo han podido llegar a nosotros tan pronto?
- Sospechaban. Con eso contaba. Pero no con que el comisario fuera un cabrón. Anoche cogieron a Lucas Martos. He oído una grabación. Debieron torturarlo, porque se lo dijo todo.
- ¿También lo del secuestro?
- No. Eso no lo sabía. Hicimos bien en dejarlos fuera al saber que habían sido seguidos por la policía.

Blanco había llegado a la ciudad sin ocultarse. Hasta ese momento, ni siquiera contaba con que lo buscasen. Luego, cuando se disponía a acudir a la clínica de Cárdenas, recibió la llamada y se dirigió a un lugar previamente

convenido.

Se encontraban en un piso franco del centro de la ciudad, adquirido hacía mucho por Cárdenas a través de una sociedad interpuesta y que debía servir de escondite en casos de urgencia. Se accedía por dos lugares diferentes, puertas abiertas a dos calles poco transitadas, y desde el garaje. Blanco había dejado el coche que ahora utilizaba, un Koleos, en el garaje y había ascendido hasta allí sin cruzarse con nadie. Por su parte, Cárdenas había entrado en el edificio sin tomar ninguna medida de precaución. Teóricamente iba a visitar a un amigo que vivía en el tercero y que estaba avisado.

- ¿Qué les dijo Lucas?
- Lo que se ha hecho. Quiénes lo han hecho.
- ¿Lo menciona a usted?

Cárdenas asintió.

- ¿Entonces…?
- Entonces nada. El comisario consiguió que Lucas Martos hablara, pero sin duda bajo una coacción horrible. El tono de voz de Lucas es de alguien aterrorizado. No puede utilizar esa grabación. Él mismo se inculparía si lo hiciera.
- Pero si sabe que usted…
- Yo soy un político. No tienes nada que temer por ese lado.
- ¿Qué he de hacer?
- Resistir. Aguantar el plazo hasta el límite. Y después, ya sabes…
- Pero están cediendo.
- ¿Cediendo? Sí. Ceden los políticos. Algunos periódicos que, aunque no lo digan, están de acuerdo con lo que hacemos. Pero no ceden los invasores. ¿Cuántos se ha ido hoy? Apenas unos cientos. No es suficiente. Tienen que saber que vamos en serio.

Blanco guardó silencio.

- ¿Hay algún problema?
- Ninguno. Sólo que hubiera sido mejor…

- Lo haremos.
- Una explosión en un autobús. Quince, veinte moros muertos y a la mierda. Esto es demasiado complicado.
- La resonancia de este acto se les va a hacer eterna, no lo dudes. Tres días duró la Pasión y tres días durará su agonía.

Se encontraban en la cocina, con la luz apagada. Blanco abrió el grifo y se sirvió un vaso de agua. Cárdenas dio un paso y le puso una mano en el hombro.

- Si no fuera por ti, no hubiéramos llegado a ninguna parte. Ten confianza.
- ¿Lo conseguiremos?

Cárdenas sonrió a su apóstol. Una sonrisa plena de confianza y satisfacción.

- Tú no has visto las noticias. Pero yo estoy muy bien informado. Ha habido réplicas a nuestros actos en toda España. Incluso en Francia, Austria, Alemania e Italia. Además, ¿recuerdas el secuestro de Miguel Ángel Blanco? Pues hubo millones de españoles en las calles pidiendo su libertad. ¿Sabes cuántos españoles se han manifestado para pedir la liberación de ese imán de mierda? Apenas unos pocos miles. Manifestaciones mínimas, organizadas con la boca chica por algunas asociaciones y partidos políticos. La gente, la mayoría de la gente, de nuestra gente, está callada en sus casas, esperando, con el gusto disimulado por lo que hacemos. Como la gente en el País Vasco cuando ellos secuestraban a alguien. Tenemos respaldo, Blanco. Mucho respaldo. Incluso algunos que no puedes ni

imaginar.

- ¿A qué se refiere?
- No puedo decírtelo aún. Ten siempre ese móvil a mano. Si algo sale mal, te avisaremos. Si es necesario –dijo, mirándolo a los ojos-, tendrás que hacer lo que te diga, sin mirar atrás. Debemos cumplir nuestra misión, pero si algo falla, haz lo que yo te diga. Tú me eres más precioso que cualquier otro. Incluso que esta misión.

Blanco, abrumado, dejó el vaso de agua, miró a los ojos a su jefe, sin saber qué decir. Cárdenas le ofreció un cigarrillo. Fumaron.

- ¿Quiere eso decir que debo huir si algo sale mal?
- Sálvate tú cuando yo te dé la orden. Y no mires atrás.
- ¿Y el Pelao? ¿Y el rehén?
- Tú eres más importante y más útil. Lo que estamos haciendo no puede concluir ahora. Tenemos que seguir y para eso te necesito libre.

Noche

Varias horas después de encontrar las armas, las pruebas dactilares confirman que fueron usadas por Vila, Lucas Martos, el llamado el Pelao y Blanco. Un rato después nos confirman que fueron las armas que se utilizaron en la masacre de Cortijo Llano.

Observo a Vila y a Lucas Martos, detenidos, sentados ante sendas mesas de interrogatorio, frente a Malasaña y López, respectivamente.

Vila no suelta prenda. Se muestra erguido y desafiante. No sonríe, pues Malasaña le suelta una y otra vez los años de cárcel que le van a caer, pero tampoco cede. No quiere hablar. Sólo ha dicho que no reconoce a esta policía, traidora a su país y entregada al poder de los invasores extranjeros. Ya me suena esta letanía. La he oído cientos de veces allí arriba. Arrogantes asesinos convencidos de su misión redentora en la tierra. Soldaditos cobardes, gudaris

de mierda, que asesinaron a víctimas indefensas, irrogándose las ansias de libertad de un pueblo. Éstos también han convertido su ideología en religión. Desde que el terrorismo puso al nacionalismo a la altura de una fe y a la propia tierra como el Paraíso, la estupidez se multiplica exponencialmente y los tontos se pegan a la política como las ladillas a la pelambrera.

Continuamos buscando a Blanco y al Pelao. Cada media hora me llama Germán, pero sólo para decirme que no hay nada, que registran cada palmo de tierra en toda la comarca y no hay ni rastro. Le animo, le digo que llevaban preparando esto mucho tiempo, que lo habrán guardado bien, pero que aún disponemos de casi dos días.

Cuelgo y veo a López que habla con Lucas Martos como un viejo amigo. Lucas Martos no tiene el empaque de Vila. Se encuentra derrumbado sobre la silla metálica. Mira sus esposas como si no acabara de comprender. Recuerdo lo que dijo José Luis. Toda su vida había deseado matar a alguien. Era el más exaltado. Y, ahora, sin embargo, está hundido como un crío arrepentido. López lo conoce de toda la vida, de la ciudad, de viejas borracheras de jóvenes. Utiliza el tono monocorde y comprensivo de un padre vencido ante la descarriada vida del hijo. De cuando en cuando, desvía la mirada hacia el cristal, tras el cual sabe que me encuentro, y veo en sus ojos una desesperación cercana a la violencia. Tiene ganas de agarrarlo del cuello y repetir lo de anoche. No le dejo. Ahora necesitamos una confesión legal.

López insiste: Esto ha acabado. Tenemos las armas. Tenemos las huellas. Son las armas con que matasteis a esa familia. A ese niño, Lucas. No tenéis escapatoria. Vila está en la sala de al lado, cantando todo lo que sabe. Si no lo haces, no te podrás beneficiar de un buen trato. Muéstrate arrepentido y hablaremos con el fiscal. Venga, hombre… Sabes que no te engaño, te conozco desde hace años.

Los hombros de Lucas Martos comienzan a moverse rítmicamente. Sus espasmos son silenciosos al principio. Luego eleva la cabeza que había ocultado entre las manos esposadas y veo su rostro, arrasado de lágrimas. Pero ahora es más humano, no es el rostro desencajado por el terror que conocí anoche. Es el rostro humanizado de un asesino cobarde que se arrepiente porque lo han cogido. López descubre la brecha y lo alienta. Lucas Martos cuenta todo lo que contó anoche, pero ahora sus palabras se graban en un soporte que valdrá para el procesamiento. Quiénes lo hicieron, cuándo, por qué.

- ¿Quién escribió el comunicado? –pregunta López.

Lucas Martos se encoge de hombros.

- Blanco lo llevaba ya escrito.
- ¿Por qué matasteis a esa familia?

Se encoge de hombros otra vez.

- Porque Blanco dijo que sería allí.
- A ti te daba igual unos que otros, ¿no? –pregunta López, con cruel desaliento.

Lucas Martos asiente.

Cuando entro en la celda, ya queda poco por hacer. Lucas Martos me mira, me acerco hasta él y pego mi boca a su oreja.

- Si no respondes a dos preguntas más, me encargaré de que te metan en una prisión rodeado de moros.

Me mira con horror.

- ¿Quién era el jefe?
- Blanco –responde al instante.
- No. Ése era el jefe militar. Quiero saber quién estaba por encima de él.
- No sé.
- ¿Era Cristóbal Cárdenas?

Un silencio mortal se extiende por la celda. Lucas Martos me mira horrorizado.

- ¿Os dio él la orden? ¿Lo organizó todo?
- No sé.
- ¿Cómo que no sabes?
- Él no me dio las órdenes. Él nos reunía y hablábamos, pero no nos dio la orden.
- ¿Quién la dio?
- Blanco.
- Y una mierda –salto.- ¿Por qué no lo dices?
- No tengo nada que decir.

Ahora no sufre el terror que lo inundaba anoche. Ha delatado a los ejecutores, pues sabe que tenemos las armas y las pruebas, pero no sabe hasta dónde llegar. Seguramente, Cárdenas le parece inaccesible. O aún conserva un respeto y un miedo reverencial por él.

- ¿Quién mató a don Matías Bereza? –le pregunto.

Lucas Martos duda. Acerco de nuevo mi boca a su oreja.

- ¿Has pasado mala noche? Puedo hacer que lo de anoche se repita de nuevo, pero esta vez de verdad. Primero te van a encular bien y luego te van a cortar la cabeza.

Lucas Martos me mira horrorizado. Ahora comprende del todo.

- Lo mató Blanco –dice abruptamente, súbitamente vuelto a la imagen de la hoja del machete en su cuello. Instintivamente, se toca el corte en el cuello.
- ¿Quién mató a Hamid Boudhim?
- Blanco.
- ¿Y quién más?

Duda, pero al final admite:

- Y yo.
- ¿Era Cristóbal Cárdenas el jefe máximo, el que lo organizó todo?
- Sí –responde hundido, los ojos cerrados con fuerza a las imágenes de terror y de pesadilla de anoche.

Lo vemos hundir los hombros, sollozar, llevar las manos esposadas al rostro de su vergüenza.

- Los tenemos, jefe –comenta López.

Noche

David Herraz echaba de menos a su hermano. Por primera vez en su vida echaba de menos a Eusebio. Nunca lo hubiera creído posible. Se sentía solo. Tremendamente solo. Aún sentía el cuerpo hinchado. Aún se sentía dolorido. Y tardaría lo suyo en mejorar. Lo sabía. Confiaba en que Regina volviera de cuando en cuando para ver cómo se encontraba. En que ella volviera para curarle sus heridas, para ponerle la yema de sus dedos en la cara mientras le curaba las excoriaciones. Sólo esa yema de sus dedos en la cara y David olvidaba todo el dolor. Se excitaba de una manera tan dolorosa que deseaba que las magulladuras y las heridas duraran para siempre, para que ella volviera siempre y le tocara como lo había hecho.

Se encontraba sentado ante la televisión. Echado en un sillón, miraba alternativamente la televisión y la ventana, cuyos postigos se negaba a cerrar porque así veía la ventana de Regina, al otro lado de la estrecha calle. Ella tampoco cerraba los postigos. Ella lo había visto desnudo. Él se había mostrado como una ofrenda. Haz conmigo lo que quieras. Pero ella sólo lo había curado. Maldita sea. Maldita sea.

David veía en la televisión los telediarios locales. Tenía la sensación de que todo el mundo se había vuelto loco. Una voz interior le remordía: le decía que él había contribuido a lo que ahora pasaba. ¿No había estado él con esa gente que maldecía a los moros una y otra vez? ¿Con los que los insultaban y a veces maltrataban? ¿Con los que se molestaban si un moro cruzaba ante ellos en la calle o si los veían atender un bazar o si los veían comprar en el supermercado? ¿No había participado él de aquellas burlas y aquellos desprecios? ¿No había participado él en el desprecio a su propio hermano?

¿Por qué se sintió así cuando lo vio colgando de la viga? ¿Por qué no lo dejó como estaba y dio aviso? ¿Tuvo que descolgarlo, subir su cadáver al coche, idear la estupidez de quemarlo y aparentar un accidente? ¿Por qué fue tan estúpido, por qué lo hizo?

Supuso que era la última humillación que su hermano le provocaba. El suicidio de Eusebio no hubiera pasado desapercibido para los vecinos y conocidos, que hubieran supuesto que él mismo era en parte responsable de que su propio hermano se hubiera quitado la vida. Incluso la familia que les quedaba hubieran pensado que David era responsable por haber tratado así a su hermano, que iba por la vida como un perro abandonado y solitario. ¿Cuándo los habían visto juntos por última vez? En el entierro del viejo. Luego, nunca más. Eusebio comportándose como el paria que era. David comportándose como el niñato que era.

David se avergonzó de sí mismo. ¿Y qué opiniones le importaban entonces? Las de sus amigos, que consideraban a Eusebio poco menos que un retrasado. Sí. La opinión de sus amigos era tan importante que no podía permitir que pensaran que Eusebio había culminado su debilidad en un acto cruel y patético. David reconoció que se le había pasado por la cabeza, en vida de su hermano, la idea de que éste muriera, que sufriera un accidente que le permitiera vivir sólo, sin la carga del hermano extraño y atontado. Y, luego, cuando lo vio colgando, pensó que estaba bien así, pero que lo había hecho de la peor manera posible, aquella que lo humillaba ante todo el mundo. Y lo maldijo. Y lo bajó de la cuerda y lo llevó al coche y le prendió fuego y lo tiró por un barranco.

¡Estúpido en vida de Eusebio! ¡Estúpido en su muerte! David sabía que había sido vil y necio y miserable en vida de Eusebio. Y que también lo había sido en su muerte, cuando simuló su accidente. Y más tarde aun, cuando suplicó a sus amigos una coartada para dejar de ser el sospechoso de la muerte

de su hermano.

¿Y a quiénes le pidió la coartada? A los mismos que lo han apaleado. A los mismos que, según las noticias, ha detenido la policía por ser los autores de la masacre de Cortijo Llano. Así que ellos también necesitaban la coartada. La misma que le facilitaron era la misma que necesitaban. Ahora comprendía su amistad. Como la comprendió en el cuartucho de La Peña Taurina. Como la comprendía ahora, cuando oía en la televisión las iniciales de los detenidos, en cuyo poder supuestamente se encuentra el imán secuestrado. David comprendió que habían detenido a Vila y a Lucas Martos. Imaginó que no actuaron solos. Que habría otros para cuya identificación David no necesitó mucha imaginación. Su certidumbre se vio confirmada unos minutos después, cuando en televisión aparecieron las fotografías de Blanco y del Pelao como sospechosos del secuestro y de tener en su poder al imán de Baria.

David no se mostró sorprendido. Miró la pantalla de la televisión, en la que veía aparecer las terribles noticias sobre los que habían sido sus amigos hasta hace unos días, con el desapasionamiento de quien está muy lejos de todo ello. No, no le sorprendía. Sólo le sorprendía no encontrarse entre ellos.

JORNADA NOVENA (lunes)

Mañana

Habíamos detenido a Cristóbal Cárdenas media hora después de que Lucas Martos se derrumbara y admitiera que era el responsable máximo de Guardia Nacional, además de la cabeza visible de su brazo político, el MET. Llamé a Gómez para que acudiera a la puerta de su mansión con focos y cámaras. Por desgracia, no se resistió a la detención. Salió de su mansión en la parte de atrás de un coche patrulla. Nos detuvimos a la salida de la mansión, para que se le viera bien, antes de cruzar la calzada y dirigirnos a la comisaría.

Le tomaron las huellas y le hicieron las fotografías de rigor. No salía tan favorecido como en sus posters publicitarios en la campaña de presentación del MET. Se ve que el Photoshop que habían utilizado era de altura. En las fotos policiales se veía a un cincuentón blandito y gordezuelo. Sus ojos de afilado acero perdían toda su fuerza y sólo se adivinaba la expresión de profundo rencor. Le anuncié que sus matones lo habían delatado. Aceptó mis palabras con desdén, como si no me creyera. Así que lo dejé cocer toda la noche en la peor celda de la comisaría. Un cuchitril haciendo esquina, un banco duro como una piedra, un colchón que no quisieran para sí ni los vagabundos de la ciudad y una manta sucia y apestosa que rescatamos de la basura. Su traje de mil pavos se iba a arrugar un poquito.

Ahora lo veo en la pecera, sentado ante la misma mesa de metal que sus matones ayer. Su traje arrugado le proporciona un aspecto de truhán con clase venido a menos. Lleva dos horas en la pecera, esperando que alguien entre a interrogarlo. El cabrón no se muestra nervioso.

Antes de que me decida a entrar, llegan Raya y Blanes. Por sus expresiones, deduzco que no les agrada el espectáculo.

- Comisario – se yergue Raya como un sargento patatero muy digno que ha de llamar la atención de su teniente.- ¿Está seguro de lo que está haciendo?
- Por supuesto. Se han confirmado nuestras sospechas. Uno de los asesinos lo ha delatado como la máxima autoridad de la organización Guardia Nacional.

Ambos se miran.

- ¿Hay pruebas?
- La declaración del tal Lucas Martos. Está grabado.
- ¿La ha firmado?
- Está firmada y filmada.

Raya vuelve a mirarme severamente.

- Espero que tenga suficientes pruebas para detener al secretario general de un partido democrático.
- Me da igual quién sea.
- ¿Ha reconocido los hechos? – pregunta Blanes, quien siempre ha parecido una sombra alargada de Raya, dado su mutismo.
- Aún no lo hemos interrogado.
- Se ha sobrepasado, comisario. No ha avisado a sus superiores de que pretendía detener a un hombre público.
- Tampoco aviso cuando detengo a mujeres públicas.

La ironía no es el fuerte de Raya. Se pone rojo y resopla.

- Tendrá que dar cuenta de esto, comisario. Y del aviso a todos los periodistas de la ciudad para convertir la detención en un espectáculo.
- Hago lo que puedo por preservar el derecho a la información.
- Tendrá noticias nuestras. Y de sus superiores.
- Si alguien ha pactado algo con un terrorista no es mi problema.

Ambos se retiran, ofendidos y dignos. Sé lo que supone esto. Vendrán broncas y tal vez expedientes. Incluso la suspensión. Bien. Necesito unas vacaciones.

Entro en la celda y Cristóbal Cárdenas no se molesta en elevar los ojos. Se mira las manos, aunque no está esposado. Muy digno, hoy todo el mundo se pone digno, pide explicaciones.

- ¿Puedo saber de qué se me acusa?

- De ser el máximo dirigente de un grupo terrorista –respondo, sentándome frente a él.
- El MET no es un grupo terrorista.
- Sí lo es, pero no vamos a discutir esto. Se le acusa de ser el jefe de Guardia Nacional

Resopla, como si hubiera dicho una ocurrencia sin gracia.

- Tenemos pruebas.

Eleva los ojos, con cierto interés e incluso ironía.

- La declaración de uno de los pistoleros que participó en la matanza de Cortijo Llano.

Cárdenas se encoge de hombros.

- No tengo nada que ver con eso. Quiero ver a mi abogado.
- Lucas Martos, cuya participación en la matanza no deja lugar a dudas, ha dicho que recibió las órdenes de usted.
- ¿Se refiere a esa grabación en que dijo disparates porque algo lo aterrorizaba?
- No sé a qué grabación se refiere –atajo.- Lo dijo anoche, aquí, en la celda contigua a ésta. Lo dijo y lo explicó, con detalles: dónde, cuándo, cómo. Y está grabado.

Mi sonrisa de satisfacción no le pasa desapercibida. Cárdenas se muerde los labios con rabia. Si en este momento pudiera asesinar a Lucas Martos, sin duda lo haría.

- Es una sarta de disparates. Lo habrán torturado.
- Aquí no se tortura a nadie.
- Entonces lo dirá para conseguir un buen trato con el fiscal. Soy inocente.
- Ayer le supliqué. Hoy vuelvo a hacerlo: de la orden. No asesine a este hombre. Libérelo.

Cárdenas se queda mirándome, frío como un trozo de mármol.

- Váyase a la mierda. Quiero hablar con mi abogado.

Mañana

- ¿Por qué no quiere hablar con el inspector Salas?
- Porque él no me creerá.

Quien responde es David Herraz, que se ha presentado en comisaría exigiendo hablar conmigo y sólo conmigo. Debido a los terribles acontecimientos de los últimos días, apenas había prestado atención a su caso, a pesar de la convicción del inspector de que el muchacho era responsable de la muerte de su hermano.

- Quiero hacer una confesión –dice, mirándome a los ojos.

Veo un joven bien parecido. Se yergue en un gesto excesivo, como si los golpes que muestra le inclinaran y él se resistiera a dejarse vencer por el dolor. Le invito a avanzar hasta un despacho de la parte trasera donde estaremos solos. No quiero llevarlo a las celdas del sótano hasta saber qué me tiene que decir. Salas comentó que tenía una coartada sólida. Pero ahora que camina unos pasos detrás de mí, recuerdo que la coartada era de los detenidos por el crimen de Cortijo Llano. Y algo me dice que la coartada… Un hormigueo recorre mi espalda.

Se sienta frente a mí, en un despacho desnudo, apenas una mesa y dos sillas enfrentadas.

- Veo que has tenido un tropiezo.

Tiene la parte izquierda del rostro magullada e hinchada.

- Es el recuerdo de los viejos amigos.
- ¿Lo has denunciado?

Sonríe:

- Es el menor de mis problemas. No merece la pena. Además, me parece que ya los tiene usted aquí. Esto no les añadiría mucho.

Me quedo mirándolo. La ventana que hay a nuestro lado nos enciende de luz clara y fría de diciembre.

- Yo no maté a mi hermano.

Deja las palabras suspendidas en el silencio, supongo que escrutando mi expresión. Pero no encuentra en ella nada. Ni siquiera interés, pero tampoco desdén.

- Lo encontré colgando de una viga cuando llegué a casa.

Luego, cuenta que sintió que era una vergüenza y una humillación, tanto para él como para su propio hermano, acabar así. Que se volvió loco de rabia, lo bajó y se le ocurrió lo del accidente y el incendio del coche.

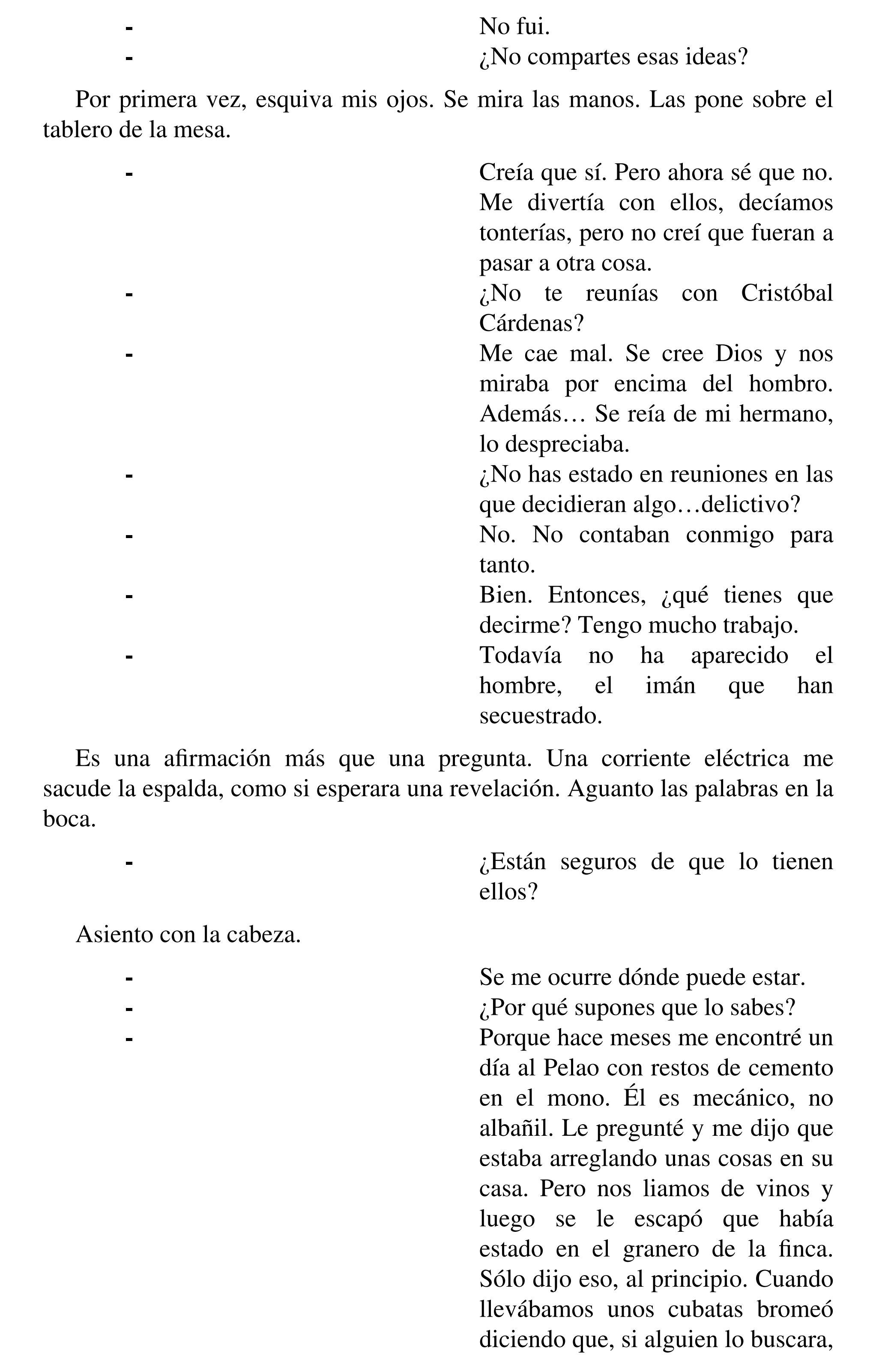
- Pero yo no maté a mi hermano.

Lo repite mirándome al fondo de los ojos. Lo creo.

- ¿Has venido sólo a decirme eso? Creo que te dejamos libre. El psiquiatra dijo que el final de tu hermano era previsible. Si te preocupa la coartada de tus colegas, es posible que tengas que buscar otra.
- No quiero buscar otra. Quiero decirle la verdad.
- Estoy esperando.

David Herraz toma aire.

- Sobre mí, se lo he dicho todo. Puede hacer lo que quiera. Cometí un delito, pero no maté a mi hermano.
- Ya lo has dicho tres veces. ¿Tienes algo más que decirme?
- Soy amigo de los que mataron a esa familia.
- Lo sé. Tu nombre estaba en mi lista.
- ¿Por qué no me ha detenido?
- Porque no te encontramos en los momentos cruciales entre ellos. Perteneces al mismo grupo de caza y del club de tiro. Pero no te vimos en el mitin.



- No fui.
- ¿No compartes esas ideas?

Por primera vez, esquiva mis ojos. Se mira las manos. Las pone sobre el tablero de la mesa.

- Creía que sí. Pero ahora sé que no. Me divertía con ellos, decíamos tonterías, pero no creí que fueran a pasar a otra cosa.
- ¿No te reunías con Cristóbal Cárdenas?
- Me cae mal. Se cree Dios y nos miraba por encima del hombro. Además… Se reía de mi hermano, lo despreciaba.
- ¿No has estado en reuniones en las que decidieran algo…delictivo?
- No. No contaban conmigo para tanto.
- Bien. Entonces, ¿qué tienes que decirme? Tengo mucho trabajo.
- Todavía no ha aparecido el hombre, el imán que han secuestrado.

Es una afirmación más que una pregunta. Una corriente eléctrica me sacude la espalda, como si esperara una revelación. Aguanto las palabras en la boca.

- ¿Están seguros de que lo tienen ellos?

Asiento con la cabeza.

- Se me ocurre dónde puede estar.
- ¿Por qué supones que lo sabes?
- Porque hace meses me encontré un día al Pelao con restos de cemento en el mono. Él es mecánico, no albañil. Le pregunté y me dijo que estaba arreglando unas cosas en su casa. Pero nos liamos de vinos y luego se le escapó que había estado en el granero de la finca. Sólo dijo eso, al principio. Cuando llevábamos unos cubatas bromeó diciendo que, si alguien lo buscara,

podría esconderse durante semanas enteras sin que lo encontraran. Así que até cabos y pensé…

Mediodía

Aviso a Malasaña, a Martín y a López. También llamo a Germán. Le pido que acuda con una patrulla, pero no le digo que sabemos dónde lo tienen.

Nos juntamos donde acaba el asfalto, antes de ascender aún varios kilómetros hasta Las Soledades. Luego, un Terrano blanco y verde con Germán y tres compañeros suyos asciende por los caminos de la finca, esquivando el que lleva a la casa cortijo. Los seguimos en un Ford de la comisaría. Nos dirigimos de nuevo al cerro que hay tras la casa, donde estaba el zulo. Nadie se extrañará de vernos de nuevo allí.

Cuando bajamos de los coches, buscamos un mapa y vemos el círculo que ha señalado David Herraz. Está a más de un kilómetro. Debemos cruzar el cerro, bajar luego una vaguada entre pinos, acebuches y algarrobos, con hierbas altas hasta la cintura. Según Herraz, pueden tenerlo en el sótano de un granero medio derruido que tiene una galería que conecta con un viejo pozo, seco desde hace años. Germán y sus compañeros me miran incrédulos.

- Aún no tenemos nada. No avisemos a nadie –les pido.

Se miran en silencio. Pero Germán hace un gesto con la cabeza y sus compañeros asienten. Nos ponemos en marcha y caminamos intentando ocultarnos a medida que nos acercamos. Nos parapetamos tras unas atochadas y observamos con los prismáticos. Se trata de una vieja construcción, de techo caído. Un viejo granero muy amplio cuyo techo inclinado del lado norte está caído. Se ven muros de barro con ventanucos de rejas en cruz. A pesar de su estado, tiene una puerta de hierro negra que parece nueva.

- A la izquierda del granero debe estar el pozo –comenta Germán, a mi lado.

Manda a uno de sus hombres, que se acerca con la pistola en la mano, agachado, casi arrastrándose luego, hasta donde se supone que ha de estar la vieja boca del pozo. Desde allí, nos hace señas. Antes de acercarnos, comprobamos que nada se mueve en los alrededores. Ruido de campos a mediodía: pájaros, ulular de suave viento entre las retamas y las hierbas y los árboles que rodean el granero. A medida que nos acercamos, descubrimos un coche aparcado en la parte trasera del granero. Mi excitación aumenta y

siento sudor en las manos y la boca seca. Cada segundo es una angustia. Pasan lentos, como moribundos. Nos detenemos, tirados sobre la tierra, esperando. Unos metros a rastras y luego quietos otra vez. No se oye una voz humana. No se oye un ruido que no sea la propia naturaleza en completa soledad.

Del granero parte un camino que lleva hasta una rambla. Ésta se estrecha más abajo entre cerros cubiertos de pinares. Veo las rodadas en el camino y sé que alguien ha pasado hace poco. Tal vez muchas veces. Las rodadas están limpias, sólo tierra. En el centro, un caballón de hierbajos arrasados por los bajos de los coches.

El primero que llega al granero es Malasaña. Confiado en su mínimo tamaño, ha sido más rápido. Se agacha pegado a los muros, y asoma la cabeza hasta un ventanuco. Nos hace señas. Avanzamos. Al otro lado, uno de los guardias civiles levanta lentamente un tablón grande de madera, que tapa la boca del viejo pozo. Germán se anuda una cuerda a la cintura cuyo cabo lo sujeta un compañero y luego agarra con una mano otra cuerda para comenzar el descenso. Abre la presilla de la funda de su pistola, dejándola bien a mano. Lo veo hundirse en la tierra, como si ésta se lo tragara.

Voy con Malasaña y vemos que el interior del granero está vacío. Hay tabiques de separación, algunos medios derruidos y antiguas trojes para separar y contener el grano. Intentamos entrar por la puerta, pero está cerrada con un candado. Malasaña, sin pensárselo dos veces, escala hasta la techumbre derruida y entra pisando maderos caídos. Lo sigo. Ordeno a López y a Martín que esperen fuera.

Herraz ha contado lo que oyó decir al Pelao. Sabe que hay un sótano bajo el granero, pero no sabe dónde está la entrada. Registramos con pasos quedos todo el granero, sin encontrar nada. Malasaña me mira. No se lo cree.

- Tiene que ser aquí –susurro.
- ¿No nos habrá mentido ese chico? – pregunta.
- No creo. Vamos a buscar otra vez.

Recorremos el granero de nuevo, escudriñando el suelo. Hasta que Malasaña me hace gestos. Ha descubierto un trozo de suelo en el que la porquería que lo cubre parece removida. La levanta con el pie y aparece finalmente una plancha metálica. No tiene candado.

La abrimos, apuntando con la linterna y la pistola a un fondo profundo y oscuro. Malasaña no se lo piensa dos veces y pone el pie en el estribo que alcanza hasta los peldaños de una vieja escalera de hierro. Lo sigo mientras por un ventanuco hago señas para que los otros nos cubran desde arriba. A medida que desciendo, creo reconocer una especie de infierno. Estoy convencido de que hemos encontrado el agujero donde las ratas esconden al hombre. Mi corazón salta, lanzado como un galgo, dentro del pecho. Inspiro

hondo, pero no sirve de nada. Suda la mano con que empuño la Glock. La otra mano tiembla asida a los barrotes sucios de la escalera metálica, creo que resbalará y caeré encima de Malasaña, aplastándolo. Éste, ya abajo, observa. Hay tres galerías. Pero un ruido mínimo nos alerta a nuestra izquierda. La galería no llega al metro y medio de alto, así que incluso Malasaña ha de caminar agachado. Lo agarro de la cazadora y lo dejo detrás de mí. Una luz al fondo de un recodo nos guía. Nos pegamos a las paredes, embarradas, dudando de la consistencia del túnel. Damos unos pasos y vemos que lo que parecía un recodo no es más que la apertura que lleva a otra galería. Sin embargo, mi corazón da un salto y hago un gesto brusco que creo ruidoso como una explosión cuando, a mi izquierda, surge una sombra de otra galería oscura que no habíamos visto. Apunto, pero antes de que pueda disparar, la mano de Germán se dispara a mi brazo y me calma. Apenas puedo respirar. El sudor se congela y las piernas en cuclillas me martirizan a calambrazos. Germán señala con el dedo la galería desde la que proviene la débil luz. Nos acercamos y asomo la cabeza. Consigo apaciguar mi respiración y pronto oigo un susurro que al final identifico. Alguien está tarareando una canción. Su sonsonete no es más que un susurro que suena como el del agua subterránea. Antes de que pueda evitarlo, Malasaña se adentra, adelantándose. Intento agarrarlo de la ropa, pero esta vez se zafa y avanza unos pasos. Otro quiebro en la galería y Malasaña se pega a la pared como una araña. Adelanta su cabeza y luego señala con los dedos: uno. Sólo hay un hombre. Señala luego su pistola y asiente con la cabeza. Germán hace un gesto, intenta avanzar un paso para ponerse al otro lado de la apertura desde la que proviene la luz. Cuando cruza el umbral de luz, suena un disparo. Germán cae al suelo, Malasaña se agacha tanto que su mano parece disparar desde el suelo. Oigo un aullido y un ruido de algo metálico que cae al suelo. Me acerco a Germán, pero éste se levanta indemne, la pistola en alto.

- Estoy bien.

Malasaña se pierde en el interior de la galería iluminada. Entramos y vemos que aparta con el pie una pistola. A su lado, un cuerpo caído. Reconocemos enseguida al Pelao. Avanzamos unos pasos y entramos en una dependencia redonda, mínima, excavada en la tierra rojiza. Hay un camastro y una silla a la que está atado Salah Eddine. Tiene los ojos tapados y la boca sellada con un esparadrapo. Levanta la cabeza, intentando averiguar qué ocurre. Malasaña sale y alerta a los demás.

- Lo hemos encontrado –grita a los de arriba.

Oigo sus gritos de júbilo. Se me llenan los ojos de lágrimas sin poder evitarlo. Guardo la pistola en la funda y me acerco al Pelao. Germán está con él. Mueve la cabeza, con gesto negativo. No hay que darse prisa, Malasaña ha hecho bien su trabajo. La bala ha entrado por el cuello y ha salido por detrás. El charco de sangre es tan grande en un instante que apenas podemos sacar a

Salah Eddine sin chapotear en ella.

- Gracias, comisario –dice Salah Eddine.

Observo su rostro. Ha envejecido años en apenas treinta y tantas horas. Lo veo tan mínimo que no parece un hombre, más bien un muchacho desvalido. Apenas pueden sostenerlo sus piernas y sale colgado de los hombros de Germán y de Malasaña.

Me quedo solo ahí abajo un rato. Siento escalofríos. Siento dolor. Mi memoria se arrasa de viejos recuerdos de zulos aún más crueles que éste, donde algunos hombres inocentes han tenido que soportar tormentos inimaginables. Abomino de los hombres que son capaces de hacer esto y me alegro de la muerte del Pelao. Y siento no haber encontrado al otro hombre, al de pelo blanco. Me juro a mí mismo que lo encontraré y procuraré que se resista a la detención.

- Que te jodan.

Es lo único que digo cuando abandono el cuerpo del Pelao allí abajo. Subo hasta la superficie, necesitado de respirar aire limpio. Ya vendrán otros a limpiar la mierda y sacar la basura.

Tarde

La noticia salta enseguida a todos los medios del país. Aparecen periodistas por todas partes. Una plaga como la de la langosta. Graban todo lo que se puede grabar, aunque a Salad Eddine no lo ven. Han llegado tarde. Lo hemos evacuado al hospital.

Dejo a Malasaña y a los de la científica en el granero y registrando los alrededores de la finca y vuelvo a la ciudad. Mis hombres tienen vigilada la casa de Blanco. Se trata de un viejo chalé aislado cerca de la costa, rodeado de campos desolados y fríos. Alrededor de la casa hay un pequeño bosque de eucaliptos y una cerca con un techado donde se supone que alguna vez hubo caballos. No se ve el Land Cruiser de Blanco. Mis hombres no han visto movimiento alguno en las últimas dos horas. Cuando llego, doy la orden de entrada, aunque estoy seguro de que no estará allí.

Tiramos la puerta abajo, entramos con las armas en ristre apuntando a un vacío sucio y viejo. Sofás de otra época, muebles de formica, una cocina sucia, un dormitorio que apesta, una mesa sobre la que hay un teclado y un ratón y cables sueltos. Alguien se ha llevado precipitadamente un ordenador.

Cuando volvemos a la comisaría, con las manos vacías, la multitud de periodistas apenas nos deja entrar. Nos abrimos paso hasta la puerta de cochera que lleva al sótano.

En cuanto subo las escaleras hasta mi despacho, López sale a mi encuentro y trae malas noticias.

- Lucas Martos se ha retractado. Ha dicho que declaró que Cristóbal Cárdenas es el jefe de Guardia Nacional bajo torturas y coacciones de la policía.

López me mira con temor de verse involucrado por una denuncia de malos tratos. Yo lo miro con el pesar casi resignado de quien esperaba algo así. No podía ser tan bonito. No podíamos conseguirlo todo: liberar a Salah Eddine y apresar a Cristóbal Cárdenas. Nos aferraremos a su primera declaración y a ella nos atendremos. Eso no evitará que hayamos fracasado, pero al menos sabremos la verdad. Y haremos que todo el mundo la sepa.

- Han hablado los de Madrid con él –me dice, asustado.

López teme que nos denuncien a Asuntos Internos. Yo me alarmo mucho más, pues temo que sus motivos sean otros.

Como los males nunca vienen solos, un momento después, sentado a mi mesa de despacho, sin atender el teléfono que echa humo, aparece la cabeza mínima del Lila. Lo que me cuenta me deja aplastado contra mi sillón. No me sorprende y ahora comprendo algunas cosas. Pero no por ello se me quitan las ganas de vomitar.

Le prometo que le daré lo convenido y un plus por su trabajo. Grabo lo que me dice y guardo la grabación junto con la de Lucas Martos. Le suelto unos billetes y el Lila sale contento como un niño en día de Reyes.

A cada momento, alguien entra en mi despacho para decirme que me llaman desde todos los puntos cardinales. El comisario jefe, para felicitarme. De Madrid, para congratularse de nuestro éxito. Del mismo ministerio. El Delegado del Gobierno. Periodistas. De las asociaciones de víctimas. De las asociaciones de musulmanes, para mostrarme su agradecimiento.

Me niego en redondo a descolgar el teléfono, ante la cara pasmada de mis hombres. Sólo consiguen moverme del sillón cuando me dicen que Raya y Blanes han vuelto a la comisaría, a recoger sus cosas.

Tarde

Me planto en la puerta del despacho que han ocupado estos últimos días. Apoyado el hombro en el quicio, las manos en los bolsillos.

- Hombre, comisario. Íbamos a ir a despedirnos –comenta Raya.
- Íbamos a felicitarlo –añade Blanes.
- Lo imagino. Están tan contentos que serían capaces de besarme.
- No es para tanto, comisario –se defiende Raya, mientras recoge carpetas de documentos y su ordenador.
- ¿Cuántos ordenadores se llevan?

Ambos se detienen un momento y me miran, sorprendidos.

- ¿Cómo?
- Cada uno el suyo. Y alguno más –dejo caer.
- No entiendo –dice Raya.

Observo a Blanes, que sonríe íntimamente.

- Supongo que en el coche ya llevan otro ordenador. El que se han llevado de la casa de Blanco.

Ambos se yerguen lentamente.

- Comisario…- comienza Raya.- Hemos tenido diferencias. Pero finalmente todo ha resultado muy satisfactorio.
- ¿No me abrirán un expediente? Estaba ilusionado.
- No sea cínico. Ya está olvidado. Ha hecho un buen trabajo. Es un héroe. ¿Qué más quiere?
- Que no me tomen el pelo. Que no me engañen. Que nadie avise a los criminales cuando voy a detenerlos.
- Se está pasando, comisario –apunta Raya con un dedo.
- ¡Tú te estás pasando! –grito, dando un paso hacia él.- ¿Qué has hecho?

Raya me da la espalda, guardando el portátil en su mochila.

- No tengo por qué darle explicaciones. Estamos por encima de usted. Y cumplimos órdenes.
- ¿Qué clase de órdenes? ¿Avisar a un criminal y luego retirar las pruebas que pueden incriminar a su jefe?

Blanes, callado hasta ese momento, da un paso y se planta ante mí.

- Comisario, no tenemos que darle explicaciones.
- A alguien tendrán que dárselas.
- ¿Qué sabe usted? –pregunta Raya, que se da la vuelta y vuelve a su rostro su expresión de rabia habitual.
- Que al amanecer os habéis visto con Blanco. Y sólo podéis haberlo visto si Cárdenas os ha concertado la entrevista. Y que os habéis llevado el ordenador de Blanco. Y que habéis hablado con Lucas Martos para que cambie su declaración y se retracte de incriminar a Cárdenas.
- Usted ha hecho su trabajo. Hasta donde ha podido –dice Blanes.- Nosotros hemos hecho el nuestro. Hasta donde nos han ordenado.
- ¿Qué pretenden? ¿Quién lo ha ordenado?
- Órdenes son órdenes.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos con desprecio.

- ¿Nos hizo seguir, comisario? –pregunta Blanes.

Raya, indignado ante la pregunta de su compañero, me mira con furia.

- Eso no ha sido de buenos compañeros –dice Blanes en un tono que más parece una amenaza que una queja.
- Me temía algo parecido.

- Usted no es un ingenuo. Conoce las implicaciones políticas. Sabe que estamos en guerra.
- Y gentuza como Cárdenas y Blanco son útiles.

Ambos callan. Blanes aprieta los labios. Lo puedo ver tirando de las cuerdas mientras las marionetas se mueven al compás.

- Pueden serlo –admite.- Estamos en guerra –repite Blanes.
- Una guerra sin escrúpulos, ¿no?
- Las guerras no son propicias a los escrúpulos –admite Blanes mientras Raya ultima sus preparativos para marcharse.
- Una bala en la recámara por si es necesario, ¿no es eso? –pregunto.

Blanes asiente.

- Y un movimiento que pueda crear el clima propicio otra vez para acciones radicales.

Blanes no responde. Tampoco asiente. Pero ambos sabemos la verdad.

- Usted ha dado la orden de búsqueda y captura de Blanco. Por tanto, todo correcto. Y respecto a Cárdenas, es cosa del juez ahora que Lucas Martos se ha retractado.
- Ambos sabemos que acabará en la calle.

Vuelve a asentir Blanes. Nos miramos fijamente. Salgo del despacho. Ya no tengo nada más que hacer allí.

Noche

Un rato después, mientras despacho con unos agentes y con otros para ordenar pruebas, diligencias y declaraciones, mientras ultimamos el papeleo para presentar al juez al día siguiente, me veo obligado a dejar libre a Cárdenas tras un habeas corpus.

Pide hablar conmigo.

El Cárdenas que veo ahora es el mismo personaje soberbio y duro que he conocido estos días. Sin un ápice de arrepentimiento en su expresión. Se ha lavado la cara y se ha puesto un traje nuevo para salir de la comisaría entre focos y micrófonos.

Entra en mi despacho. No me levanto para saludarlo. Ni siquiera extiendo la mano.

Él espera hasta que sale el agente que lo ha conducido hasta mí. Despide también a su abogado, que lo esperará fuera, y toma asiento.

Luego, me mira fijamente, duramente.

- Lo que ha hecho le costará caro –amenaza.
- He detenido a un criminal.
- Ha detenido a un político.
- Usted es un terrorista aunque vista de corbata y hable ante los micrófonos de los periodistas.
- Mucha gente me apoya.
- Lo que no le resta ni un ápice de criminal y terrorista.
- No cede, comisario.
- Ni lo haré nunca.
- Tal vez tenga que arrepentirse.
- Tal vez se arrepienta usted.

Inspira hondo. Me mira y se piensa lo que me dice.

- No estoy grabando esta conversación –le digo, para que hable abiertamente.
- Usted no será eterno.
- Usted tampoco.
- Lo que represento sí.
- Lo que quiere decir muy poco bueno de la naturaleza humana.
- Usted no comprende a este pueblo.
- Los que dicen comprender a los pueblos suelen ser criminales. Ya sabe, detrás de un patriota se esconde un canalla.

Se pone rojo de indignación.

- Continuaremos nuestra lucha. A pesar de traidores como usted.
- Y yo continuaré deteniéndolos.

Cárdenas se levanta.

- Recuerde una cosa. Siempre estará en manos de esos matones. Si uno de ellos habla, usted cae –le advierto.
- Hay riesgos que hay que correr.
- Estaré atento.
- No lo dudo.

Se vuelve para irse, pero al llegar a la puerta se detiene, se gira y dice:

- Mis aspiraciones son tan legítimas como las de los otros de ahí arriba. Si ellos están ganando, nosotros también ganaremos.
- ¿Cueste lo que cueste?
- Cueste lo que cueste.

Noche

A las diez de la noche se presenta Mohammed Salah Eddine. Dice que quiere verme. Concluyo la lectura de los informes que estamos preparando y lo recibo en mi despacho. Salah Eddine entra limpio como un recién nacido. Su rostro de hombre antiguo, medio oculto por la barba, muestra aún los estragos de tantas horas sepultado en vida: una mirada donde alguien apagó la luz de su rabia y unos ademanes contenidos, de hombre aún asustado. Lo han tratado bien en el hospital, dice.

- Ahora es usted un héroe – comenta mientras lo invito a sentarse frente a mí.
- No creo en los héroes. Creo en los hombres que cumplen con su obligación.

Se sienta y pega mucho el sillón a la mesa, como un alumno dispuesto a recitar la lección a la menor indicación.

- He venido a darle las gracias –dice, mientras deja sobre la mesa un paquete que llevaba en la mano.
- No tiene por qué.
- Dudábamos de usted. Tiene que

perdonarnos. Le criticamos mucho al principio. Creíamos que no hacía su trabajo.

- ¿Porque las víctimas eran moros?

Asiente mirándome fijamente.

- Todas las víctimas son igualmente víctimas. Todas las víctimas son igualmente inocentes. Nadie tiene derecho a cobrarse la vida de los demás.
- Son palabras sabias, comisario.
- Yo no soy sabio.

Sonríe.

- Le voy a recitar unas palabras: "No soy de su religión, pero también soy un hombre y se me ha de tratar humanamente". Lo dijo un hombre que usted no sabe quién fue: Muhammad Alí. Un hombre que les gustaría a ustedes. Pues hay muchos entre nosotros, comisario. Pero, claro, ustedes no los conocen. Sólo conocen a Bin Laden y a los que son como él. Y creen, estúpidos, que todos somos como él.
- ¿Y no es cierto, al menos en parte?
- Nosotros practicamos la Yihad grande, comisario: predicar, predicar y predicar. Con palabras y con nuestro ejemplo. ¿Le suena? Como sus apóstoles
- Aún así. Tienen costumbres dudosas, inaceptables.
- ¿Qué sabe usted de lo que ocurre en cada casa, comisario?
- Sé lo que ocurre en su barrio. Ha implantado la Sharia. Además de una barbaridad, es ilegal. Al menos aún, en este país.
- ¿Quién lo dice?
- Lo digo yo y lo dice el musulmán que detuvimos.

- Deben respetar nuestras costumbres.
- No. Deben ustedes respetar nuestra Ley.

Nos miramos fijamente. Pero no hay rencor o maldad en los ojos.

- Bueno, comisario, no quiero enfadarme con quien me ha salvado de una muerte segura. Le he traído un regalo.
- No tenía por qué.
- Los hombres de mis creencias somos hombres agradecidos.
- No todos.

Salah Eddine empuja el paquete sobre la mesa, hasta mí. Tiene el tamaño de un libro y está cuidadosamente envuelto en papel de regalo.

Lo desenvuelvo y descubro una magnífica y bella edición de Las Mil y Una Noches.

- No debería haberse molestado.
- No le ha hecho mucha ilusión – comenta con suspicacia.
- Se equivoca. Me encanta. Releerlo me recordará muchas cosas: mi juventud. Y, sobre todo, que todos los hombres en todos los lugares de este mundo tienen los mismos anhelos, sufren los mismos temores y ansían siempre el amor.
- ¿Ve? Es un hombre sabio, comisario.
- Decirme sabio es insultar a los hombres sabios.
- Peca de humildad.
- Peco de demasiadas cosas.
- No puedo confesarlo, pero cuando necesite desahogarse…
- Nunca lo hago.
- Entonces los tumores crecerán en su pecho.
- Lo tengo ancho.

Salah Eddine ya no insiste.

- Le estoy muy agradecido. Es un

detalle que no esperaba. Y muy hermoso –le digo sinceramente.

- Me alegro de que le guste –sonríe.
- Pero eso no evitará que lo detenga por vulnerar la Ley.

Noche

David Herraz tenía miedo. Temía que sus antiguos colegas se enterasen de que él había delatado el lugar del secuestro. Estaba convencido de que lo habían escondido allí. Desde que supo quiénes eran los sospechosos de los asesinatos y del secuestro no tuvo dudas. Le extrañaba no haberlo imaginado…No, no haber estado seguro antes de que eran ellos. Ahora que recordaba, supo que siempre lo había sabido, que los comentarios que se permitían en su presencia, las amenazas que vertían, los deseos que mostraban y su odio a los extranjeros, especialmente a los moros, habían sido sólo los aperitivos del gran banquete que finalmente habían cocinado.

David conocía a Cristóbal Cárdenas. No se había encontrado nunca cómodo en su presencia. Los trataba con condescendencia, con un aire paternalista que ahora comprendía. Estaba buscando a los matones que necesitaba desde hacía mucho para llevar a cabo su proyecto. De ahí su generosidad en Las Soledades, las invitaciones a cazar, los concursos de puntería, la observación a que los sometía, buscando a los más decididos y fríos, las conversaciones tras las horas de caza en los salones, ante la chimenea, sobre política. Los había manipulado. Había encontrado las teas que él sabría prender. David no acertaba a comprender por qué no habían contado con él. Por qué él siempre se había mostrado un poco más remiso a implicarse en aquellas actividades. Entonces recordó el comentario de Eusebio, oído entonces con desprecio:

- Son matones de mierda. Acabarán matando a alguien.

Había dicho sobre sus amigos. Y sobre Cárdenas:

- Es un facha al que le faltan huevos para coger una pistola. Quiere que otros lo hagan por él.

David recordaba lo ofendido que se sintió al oír aquellas palabras y el consejo de Eusebio de que se apartara de aquella chusma. Pero no le hizo caso. Mostró su desprecio por las palabras dirigidas sobre sus amigos y pasó de su hermano, como siempre había hecho. Se avergonzó de él, como siempre había hecho.

- ¿Dónde está tu hermano?

Preguntó la voz. Otra vez. De cuando en cuando, aquellas palabras brotaban en su cerebro y él no tenía respuesta. Su hermano se pudría en un ataúd en un maldito nicho del cementerio de la ciudad. Pensó que tal vez Eusebio ahora fuera más feliz que él. Habían acabado sus tormentos de hombre inteligente que observa, como ahora veía a su hermano, y que estaba cubierto de una pátina de desgracia que lo enturbiaba todo a su alrededor. Eusebio había sido un infeliz desde que nació. ¿Y él, qué había sido David desde que nació? Un Caín, se respondió a sí mismo. Un maldito Caín. Aún llevaría durante mucho tiempo la marca en el rostro. Los signos de la violencia de los que habían sido sus amigos, a los que había admirado y querido en inversa proporción a como había despreciado y odiado a su hermano. David se maldijo a sí mismo. Maldijo también aquella calavera del padre en el lecho de muerte pidiéndole al hijo al que la naturaleza ha tratado mejor que huyera del lado del hermano débil y horrible. ¿Por qué? ¿Por qué un padre puede hacer eso a sus hijos? Maldito viejo.

David sintió ganas de pegarle fuego a todo lo que les había pertenecido a los viejos. Sí, tal vez lo hiciera. Pegaría fuego a la casa. Vendería el negocio. Vendería el edificio que tenía en el barrio de San Cristóbal a los moros que habían querido comprarlo, para que lo dedicaran a hacer nuevas casas para los suyos, para que éstos nacieran, crecieran, se reprodujeran y se mezclaran con los Lucas Martos, los Vila y los Cárdenas de esta maldita ciudad. Y luego, cogería el dinero que le había regalado su hermano y se iría. Se iría muy lejos.

Sólo le quedaba una cosa por hacer antes de largarse para siempre.

Salió de casa y cruzó la calle. Llamó a la puerta de Regina. Ésta abrió, le esperó al final de una escalera empinada y estrecha, lo acompañó hasta un salón convencional como el de un anuncio, pulcro y ordenado como el que uno espera de una cincuentona viuda y sola. Ella le preguntó varias veces qué quieres, pero David no respondió. ¿Por qué sonríes?, preguntó Regina. Pero David no dijo nada. Se dirigió al balcón, lo abrió y salió. Se apoyó en la baranda de hierro. Observó su casa. La casa que habían compartido sin habitar juntos Eusebio y él. ¿Qué era para él ahora aquella casa?

Vio su arquitectura horrible. Un rectángulo de ladrillo blanqueado de cal. Alejado del resto de casas de la ciudad. Una puerta metálica en el bajo y un ventanal que dejaba ver los utensilios a la venta. A un lado, una escalera adosada a la pared, que conducía a la vivienda. No. No le gustaba nada.

Regina salió al balcón. Se puso a su lado, apoyada también en la baranda de hierro negro. Las hojas de unas macetas acariciaban las piernas de David. Sentía la cadera de Regina muy cerca de la suya. A veces, hasta se rozaban. Él intentaba mantener el contacto.

- Me voy a ir –dijo David.

Ella lo miró, sorprendida y un poco inquieta.

- ¿Y dónde vas a ir?

David se encogió de hombros. Se movió apenas unos centímetros a un lado, para hacer más intenso el contacto de las caderas. La mujer no se movió.

- Me vas a dejar sola aquí.

David inspiró hondo. No sabía…

- Si no quieres, no me voy.

No se miraron. Ella nada dijo. Cuando no pudo soportarlo más, David se volvió hacia ella. Llevó su mano a la cadera y acercó su boca a la boca de Regina. Se encontró una mano firme sobre su pecho.

- No me toques.

Ella aún permanecía sujeta por la cintura a la mano del hombre que tanto la deseaba.

- ¿Por qué? Estamos solos.
- ¡No me toques! ¡No me toques!

Madrugada

Damos por concluido el trabajo en comisaría ya de madrugada. Todo está preparado para pasar a los detenidos a disposición judicial. Escaso bagaje: sólo dos, Lucas Martos y Vila. El resto, el Pelao, muerto; Blanco, huído; Cárdenas, libre. Como casi siempre, los peones pagan y los reyes engordan. Nada nuevo bajo el sol.

Con mi pesadumbre a cuestas, acompañado de López, nos vamos a que Mike nos consuele. Cuando entramos en el Baria City Blues, suena una música de blues que desconozco. Mike nos estrecha la mano y nos felicita. Luego, nos dice que suena Memphis Slim. Y que después lo hará Candye Kane.

Le pedimos unos sándwiches que él acompañará con generosos gin tonics. Tomamos asiento. López no puede disimular su exaltación y pega un trago al gin tonic que lo deja a medias.

- ¿Tampoco te regañará esta noche tu mujer? –pregunto.
- ¡Qué va! Me ha llamado. Me ha dicho que está orgullosa de mí. Y de usted.

- Pues aprovecha y dile que se ponga el salto de cama.

Sonríe como un niño grande.

- Eso mañana. Esta noche me voy a emborrachar con mi jefe.
- Permiso concedido.

Mike se acerca con una copa para él en la mano. Se sienta ante nosotros.

- ¿Sirvió de algo la escenita de la otra noche?

Cuando aplica diminutivos no hay quien descifre su maldito acento inglés. Las palabras han de procesarse lentamente en el cerebro. Pero López, con un oído más fino que el mío, asiente.

- Yo creo que sí. ¿No, jefe?
- No del todo. Para descubrir a los asesinos de don Matías Bereza y de Hamid Boudhim sí. Para inculpar al máximo cabrón de toda esta mierda, no. Así que –hago un gesto con la mano-, a medias.
- Fue divertido – afirma Mike.

López se desternilla.

- No debería reírme de quien fue amigo mío. Pero ya no lo es. Y sí –continúa riendo-, vaya acojone que cogió.
- Para no cogerlo… –digo.
- Estaba tan aterrorizado que no se dio cuenta de la pantomima.
- Nadie en su lugar lo hubiera hecho.

Recuerdo la escena poniéndome en el lugar de Lucas Martos y no puedo imaginar un terror mayor.

- Lo malo es que no pude devolverles la paliza que me dieron -comento.
- Ése fue Vila.
- Pero me la tendió él.
- Bueno, podemos arreglarlo en la cárcel. Algún favor nos debe –dice López.

- Tienes razón. No me gusta deber nada a nadie. Hablaremos con algún amigo para que pague por mí.

Elevamos las copas y brindamos.

- A la mierda todos los terroristas del mundo –es mi brindis.
- Y los políticos que los apoyan – ratifica López.
- Que los jodan – dice Mike.

Tras los tragos, López ha concluido su copa. Desde luego, nadie puede dudar de que se va a emborrachar esta noche.

- Los periodistas lo están poniendo como un héroe, jefe.

Me da una palmada en la espalda, gesto poco habitual en él. Con el estómago vacío, el alcohol comienza a hacer efecto pronto en el mastodonte.

- Podían haber ayudado mucho más hace unos días, pero no hicieron caso. Les pedí que no ayudaran a los terroristas, que tuvieran cuidado con el lenguaje. Para nada.
- Pero los periodistas…
- ¿Los periodistas? ¿Quieres que te diga algo de ellos? -lo interrumpo.- Los periodistas creen que tienen obligación de aderezar la verdad, que han de descubrir algo que los ojos comunes no ven. ¿Y qué sucede? Que cuando no respaldas la verdad cruda y desnuda, cuando la adornas, comienzas a deslizar mínimas mentiras en su piel y, al final, la mentira engorda como una bola de nieve y lo que tienes es una mentira descomunal. Si quieres dejarte engañar por ellos, allá tú. Yo no llamaré paz a que un terrorista deje de matar. No llamaré ejecución a que un terrorista le meta un tiro en la nuca

a un ciudadano. Lo único que hay que hacer con los terroristas y los fanáticos es acabar con ellos, o encerrarlos y tirar la llave.

De pronto, se oyen unos aplausos. La pesada cortina se abre y vemos a Wiskhey Morán, que entra aplaudiendo mis palabras.

- Bravo, comisario. Por fin alguien que se fija en los hechos y no en las engañosas palabras. Porque -pontifica mientras se sienta con nosotros-, no es cierto que hablando se entienda la gente. Las palabras son engañosas y falsas. Las palabras lanzan mensajes que los hechos desmienten. Su deformación profesional como policía le ayuda a comprender que hay que reducir las cosas a su esencia. Y la esencia de las cosas son los hechos. Hecho, sólo hechos, dijo aquél, con toda razón.

Aún lleva un apósito en la cara. No tiene buen aspecto. Pero Whiskey Morán jamás tendrá buen aspecto. Mike se levanta y enseguida trae un gin tonic para López y el whiskey de Morán.

- He oído que han hablado por los codos esos héroes de pacotilla, comisario.
- Les hemos ayudado un poco.
- No creo que les hayan apretado mucho. No se hubiera arriesgado a poner en peligro la detención –observa.- Pero no me extraña. La naturaleza del terrorista occidental es la cobardía. La del musulmán el fanatismo.
- Son asesinos, no cobardes –protesta López.
- Se equivoca, amigo López –responde Whiskey Morán levantando un dedo admonitorio, como haría con un alumno que no recita correctamente la lección.- El fanático religioso es capaz de

morir por sus ideas. El occidental sólo realiza actos terroristas desde la impunidad.

- Pero eso no los convierte en cobardes.
- Claro que sí. Están dispuestos a matar por sus ideas. Pero no a morir. Ni siquiera a sufrir por ellas. Se ha convertido en un modo de vida…
- Mira, López – interrumpo.- Si las víctimas de ETA se hubieran vengado, hubiera cundido el pánico entre sus filas. Han tenido la suerte de que no ha habido ni una venganza. Y la única que ha habido ha sido desde el Estado y chapucera. Aún no comprendo cómo ninguna víctima se ha vengado. La venganza es una pasión, un instinto. Y, sin embargo, nada. ¡Qué dignidad!
- Me ha quitado las palabras de la boca, comisario – alega Whiskey Morán. Bebe de su vaso y los hielos tintinean como joyas.

Chasquea la lengua con poca educación. Deja el vaso sobre la mesa sin apartar la mano de él. Como si reconociendo el sabor tan íntimo del whiskey sufriera alguna clase de ascesis.

- Mira, amigo López –continúa.- El terrorismo occidental surge casi siempre en países en libertad. En democracias. No ha surgido ni un grupo terrorista en países sometidos a dictaduras férreas.
- Excepto ETA –repone López.
- Bueno. Surgió en la dictadura, pero su mayor labor ha sido en democracia. ¿Qué pone esto de manifiesto? Que cuando la intensidad de la represión es alta, no surge respuesta. El terrorismo necesita de un caldo de cultivo que

no surge en dictaduras, generalmente. El mayor apoyo social de ETA se ha obtenido tras la democracia, no antes.

- Pero, ¿por qué? –pregunta López con rabia.- Puedo comprender que surja el terrorismo islámico, son unos fanáticos religiosos. Pero en países como España… En países como Alemania… Con la Bader Meinhoff… No lo entiendo.
- Todos los grupos terroristas del mundo odian lo mismo, López. No pierda este objetivo de vista y encontrará parte de la respuesta.
- ¿Y qué odian? –pregunta Mike, volviéndose hacia Morán.
- La libertad. Sobre todo, la libertad. Todo lo que representa la libertad. La gente se acostumbra pronto a la sumisión. Es cómoda, calentita, y no da problemas. La libertad exige responsabilidad. Y tenemos un país en el que todo el mundo reclama derechos y deplora responsabilidades. Los españoles tenemos mentalidad falangista y no nos la hemos quitado de encima. Ni queremos quitárnosla. Es mejor vivir sin complicaciones, que te lo den hecho. Así que odian todo lo que significa libertad y responsabilidad. Se adscriben a ideologías que no les exigen luchar por la vida y las convierten en fe, en evangelio sus doctrinas. Y así están listos para comulgar con ruedas de molino.
- No puedo entenderlo.
- Nadie quiere verlo – afirmo.
- Al menos, hemos conseguido que dejen de matar. Éstos y los de ahí arriba.
- ¿A qué precio? – pregunto con

ira.- Es preferible sufrir de pie que perder la dignidad de rodillas.

- Pero no matan a nadie, comisario. Lo más importante es la vida.
- No. Lo más importante es la dignidad.

Morán aplaude otra vez.

- Bravo, comisario. Me está usted impresionando ahora más que cuando he oído las noticias de la detención.
- No se deje impresionar –le advierto.
- Bueno, por lo menos, a éstos los hemos vencido –dice López.
- No creas. Es peor a veces la amenaza que el hecho. Y ellos apelan al miedo. Es difícil luchar contra la mentira del miedo. Han conseguido introducir la semilla en el huerto. Ya veremos… No tengo nada claro que hayamos ganado la guerra. Tal vez una batalla, pero la guerra… Cuando ha surgido la maldad, puedes aniquilarla. Pero, como en el agujero de la serpiente, siempre quedará un huevo.
- Y tanto. Mañana se prepara un comunicado de adhesión al MET de todos los grupos de extrema derecha de España y de Europa –nos informa Morán.
- De momento, los hemos machacado. En apenas una semana –insiste López.
- Han conseguido demasiado apoyo popular. ¿Vieron el mitin? ¿Vieron las manifestaciones? Esto es lo preocupante –dice Morán.
- Si ETA no hubiera tenido apoyo popular, hubiera sido otro Grapo, nada más. Ese apoyo es el germen de un terrorismo a gran escala –

digo.

- ¿Y lo pueden conseguir? –pregunta López.
- No lo sé. Pero estoy aterrado.
- ¿En qué coño piensa esta gente?
- En lo que sueñan los lobos –respondo.
- Es la tercera vez, comisario. Bravo.
- Solidaridad profesional –aclaro.

Morán sonríe. Bebe de nuevo. A medida que consume whiskey sus movimientos se liberan, sus ojos se despejan.

Mike eleva otra vez su copa.

- Por la victoria –propone.
- Ahora estarán contentos con usted, comisario –suelta López.

Cuando concluyo el brindis, dejo la copa sobre la mesa.

- No lo creo. Hemos hecho lo que hemos querido, sin contar con ellos. Lo tendrán presente.
- ¿Qué pasará con Blanco?
- Que lo utilizarán mientras les sea útil. Luego, cualquier día aparecerá detenido o caerá en un tiroteo con la policía. Vete a saber.
- ¿No lo vamos a detener?
- ¿Con apoyo y documentos proporcionados por quien tu y yo sabemos? No. No lo vamos a detener.

Morán, que nos mira alternativamente intentando comprender, asiente, aunque no sepa de la misa la mitad.

- Las cloacas del Estado –propone.
- Las cloacas –ratifico.

Madrugada

Cuando salimos, cerca ya del amanecer, López se tambalea un poco. Yo

también, pero disimulo. El aire de la cercana mañana nos recibe con un bofetón helado. Subimos al Golf y echo marcha atrás. Golpeo un pivote de la acera y me acuerdo de la madre del señor alcalde.

- A ver si nos coge con la cogorza la Policía Local. Algunos no nos quieren mucho ahora.
- No hay alguacil que ponga un globo al comisario de Baria esta noche.
- Pues no estamos dando muy buen ejemplo, comi.
- Que les den.

Acelero y derrapo en el primer cruce, para que nos oigan si están rondando.

- ¿Dónde vamos, jefe?
- A ver a tu amigo Gómez.
- ¿A estas horas?
- Abre la ventana y respira un poco.

Obedece y el coche se llena de un aire frío que corta el aliento. Humedad y helor que vienen del Mediterráneo.

Nos acercamos a la urbanización de la playa donde vive y López me señala un dúplex de clase media, en medio de una fila de viviendas idénticas como panales. No se ve un alma por la calle. Las farolas aún alumbran en la oscuridad. Crean una penumbra sucia, pues la mayoría están apagadas para ahorrar costes municipales. No debe perderse en facturas legales lo que se puede distraer de otro modo.

Aparco frente al dúplex, me bajo del coche y aprieto un botón con insistencia, seguro de que los habitantes de la casa están maldiciéndome.

Veo una luz en el piso alto. Alumbra un ventanal que se abre, sin duda, a una escalera. Enseguida se oye una voz ronca y encolerizada, que pregunta quién coño llama a estas horas.

Me presento y le digo que lo espero en la puerta, que es urgente.

Gómez sale abrazándose a sí mismo. Del calor de la cama al helor húmedo que nos envuelve hay un constipado inmediato.

- ¿Qué coño pasa, comisario?
- ¿Quiere hacer algo grande, Gómez?
- ¿A qué se refiere?
- ¿Tiene valor, como periodista?

La pregunta le ofende.

- Aquí tiene.

Dejo sobre su mano dos pendrives con las grabaciones de Lucas Martos y del Lila.

- Cuando las oiga, sabrá tanto como yo. No puede preguntarme cómo las he conseguido. Aunque todo el mundo pensará que se las he hecho llegar yo. No importa. ¿Sabe guardar el secreto profesional?
- Si lo duda, es mejor que vaya a otro.
- No hay nadie en toda la ciudad que tenga valor. Salvo usted, tal vez.
- ¿Qué contienen?

Gómez parece haber olvidado el frío. Veo suspicacia e interés en su mirada. Su pelo despeinado le otorga un aire gracioso, de sabio despistado.

- Lo sabrá cuando lo oiga. Llegará a las mismas conclusiones que yo. Alguien tendría que preguntarse por qué se hacen determinadas cosas.
- ¿Qué cosas?
- Por qué sabiendo quién dirige Guardia Nacional le cubren. Por qué algunos pistoleros escapan y otros no. Pregúnteselo, como hago yo.
- Lo haré.

Me mira fijamente.

- ¿Está borracho, comisario?
- Como una cuba.

Amanecer

Dejo a López a la puerta de su casa. Antes de que se baje del Golf le ordeno:

- Cuanto te levantes, y antes de que se te pase la resaca, detienes a Salah Eddine.

Me mira con ojos vidriosos y la boca abierta, inseguro de que he dicho lo que he dicho. Su cerebro no está para florituras.

- ¿Seguro, comi?
- Seguro.
- ¿Por…?

No acaba la pregunta. Ya lo sabe.

- Ahora ve. Te espera tu esposa.

Cierra de un portazo y lo veo caminar inseguro hasta el portal del edificio donde vive, orgulloso de sí mismo y de los abrazos prometidos por su esposa.

Siento un hachazo de ternura y de envidia.

A mí no me espera nadie.

Conduzco lentamente, atravesando Garrucha por el Paseo Marítimo para ver las primeras luces del día, para oír a las gaviotas. Luego continúo la carretera de la costa hasta mi casa, cerca de Mojácar. Esa casa donde ya no habitan sino la ausencia y el olvido. Ella se fue. No quiero dolerme en su recuerdo. No quiero dolerme en el momento en que la encontré. Me niego a ello y miro a mi alrededor, en esta carretera que conozco como la palma de la mano, mirándolo todo como si fuera algo nuevo.

Cuando llego cerca de la primera rotonda me asaltan las luces de colores y una sirena. Me acerco lentamente. No quiero saber qué ocurre. Pero tampoco puedo evitarlo. Aparco cerca de mi casa, hasta donde me permite un policía local de Mojácar que regula el tráfico e impide que alcancemos la urbanización. El policía, que me reconoce, se me queda mirando. No dice nada, aunque me observa mientras bajo del coche y camino hasta mi casa. La que compartía con ella. La que arde como una hoguera.

Es la despedida de Blanco. Como si lo estuviera viendo. Su adiós.

Bien. Tal vez algún día nos volvamos a ver. Queda esa cuenta pendiente.

Me acerco a la casa y un bombero me pide que no continúe. Miro las llamas, altas como una catedral. Algunos vecinos han salido de sus casas y observan, fascinados.

Las llamas engullen altos chorros de agua.

- No hemos podido hacer nada. Ha sido provocado –me dice el jefe de los bomberos, que me conoce.

Le pongo la mano en el brazo.

- Lo imagino. No se preocupe.
- Un fuego así ha tenido que ser

provocado, comisario.

Asiento.

- Alguien ha querido despedirse. No pasa nada. Procure que no se propague a las otras casas.

Se aleja, lanzando órdenes a sus hombres.

Me quedo allí, plantado en mitad de la calle, observando cómo se queman mis recuerdos. Una sombra se acerca y se queda mirando la casa en llamas, a mi lado. Mi vecina, a la que observo siempre que puedo, tan hermosa. Viste un pijama de raso bajo una bata que apresa sobre su pecho. Me pone la mano en el brazo, para consolarme. Me estremezco. Me doy cuenta de que no he pensado en una mujer durante días. ¿Hasta qué punto de horror me han llevado que ni he podido recordar la maravilla de una caricia? Me alejo de ella, porque su presencia me atenaza y me quema más que las llamas.

De repente, entro en el jardín de la casa y oigo las exclamaciones de estupor y alerta de los bomberos. Cojo una maceta. La dejó hace mucho tiempo mi mujer. Increíblemente, no se ha perdido. Está viva, como su recuerdo en mí. Sin alimento, pero viva. ¿Cómo ha podido sobrevivir?, me pregunto. Con ella en brazos, alcanzo el coche. La dejo en el asiento, a mi lado. Arranco y me largo. Sigo la carretera que bordea el mar, hasta más allá de Mojácar, dirección Carboneras. Más adelante, la carretera se enreda y caracolea, vertiginosa y bella sobre el mar. Dejo el coche a un lado y me subo a una roca. Bajo mis pies, un acantilado. El mar. Es el lugar de donde recogimos a otro inocente: a Hamid. Miro al fondo de las rocas negras que un sol perezoso comienza a iluminar. Recuerdo el cuerpo destrozado, allá abajo. Una muerte más que todo el mundo olvidará muy pronto. Como tantas otras. Como las de los miles de víctimas de los malditos terroristas. Estamos llenos de nuestros muertos y queremos olvidarlo. Acaso no somos más que cobardes trozos de carne. Erguido allí, sobre la roca, siento que sería tan fácil… dejarse caer… tan fácil… alejarse de tanta soledad. Estoy tan cansado… Estoy tan solo como se puede estar solo en el mundo.

El sol comienza a calentar mi rostro al tiempo que mi corazón se enfría.